

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON



EL CASO
DEL RELOJ
ENTERRADO



Cuando las pruebas sobre el asesinato de un estafador apuntan a la esposa de la víctima, su padre decide llamar a Perry Mason para pedir ayuda. Es entonces cuando el águila legendaria jurídica tiene que desentrañar el misterio más desconcertante del caso: un reloj enterrado en la escena del crimen.

Pero cuando el tiempo escasea, el tic-tac del reloj suena cada vez más y más como el ruido de los esqueletos de la familia que todo el mundo quiere silenciar.



Erle Stanley Gardner

El caso del reloj enterrado

Perry Mason # 22

ePUB r1.1

Ronstad 09.05.2013

Título original: *The case of the buried clock.*

Erle Stanley Gardner, 1943.

Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: Ronstad (r1.0 a 1.1)

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BEATON Rodney: Joven del círculo de amistades de los Blane.

BLANE Adele: Hermana de la guapa Milicent, acusada de asesinato.

BLANE Milicent: Una joven linda, rica e inteligente.

BLANE Vincent: Acaudalado banquero, padre de Adele y Milicent.

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito, siempre contra Mason.

DRAKE Paul: Titular de una renombrada agencia de detectives.

HARDISTY Jack: Marido de Milicent, cuyo asesinato se investiga.

MACON Jefferson: Doctor en medicina; enamorado de Milicent.

MASON Perry: Famoso abogado e investigador.

MCNAIR Thomas: Fiscal ayudante de Burger, joven y arrogante.

PAYSON Myrna: Excepcional belleza; la «guapa del lugar».

RAYMAND Harley: Buen amigo de la familia de los Blane.

SMILEY William: Marinero; amante de Martha Stevens.

STEVENS Martha: Ama de llaves y enfermera de los Blane.

STRAGUE Burton: Escritor; hermano de Lola.

STRAGUE Lola: Amiga de las hijas de Vincent Blane.

STREET Della: Eficiente secretaria de Perry Mason.

Capítulo 1

El *cupé* ascendía por la sinuosa carretera. Los ojos de Adele Blane, por lo común tan expresivos, se concentraban ahora intensamente mientras guiaba el automóvil por las curvas. Adele Blane tenía veinticinco años; pero, como había dicho su hermana Milicent una vez:

«Adele nunca representa su edad verdadera; parece cinco años más joven o veinte años más vieja».

A su lado, Harley Raymand se sujetaba a la manilla de la puerta, de tal manera que el balanceo en las curvas no echase el peso de su cuerpo sobre el codo izquierdo. Los cirujanos del Ejército habían conseguido unirle la articulación.

«Se mantendrá rígida algún tiempo —le habían dicho—. Trate de corregir ese envaramiento y evite los golpes, en cuanto sea posible».

Unos treinta metros más abajo del automóvil, saltando desde rocas cubiertas de espuma hasta charcos oscuros y serenos, un arroyuelo descendía de la montaña, cayendo por encima de grandes piedras, reflejando los rayos del sol y llenando la garganta con el ruido del agua burbujeante.

El camino cruzaba el torrente de la montaña por un puente colgante, escalaba el otro lado de la garganta y ascendía, al fin, a una meseta cubierta de pinos.

Hacia la izquierda, el sol del sur de California hacía resplandecer las montañas de granito con un brillo deslumbrante que convertía a las sombras de abajo en manchas que parecían de tinta. El camino bordeaba la meseta perfumada por el olor de los pinos que se mezclaba con el aire cálido y seco. Más lejos, hacia la derecha, una especie de niebla cálida, que cubría los terrenos bajos, sembraba

bronce derretido que se volcara en el valle.

—¿Cansada? —preguntó Harley Raymand a Adele.

—No... Un poco preocupada, eso es todo.

Adele enfiló el coche por una curva pronunciada y concentró su atención en el camino. Luego, ya en una recta corta, dirigió una mirada a su compañero.

—Apostaría a que usted está cansado —dijo súbitamente—. Es apenas su primer día aquí y yo le arrastro hasta la cabaña de papá... Y, además, ha tenido usted que pronunciar un discurso en el Luncheon Club.

Harley contestó tranquilamente:

—No, no estoy cansado... Sólo que había olvidado que existen lugares como éste, y ahora estoy acostumbrándome de nuevo a ellos.

—¿No le cansó su charla en el Luncheon Club?

—A mí, no —rió él—; solamente al auditorio.

—Harley, usted sabe que no quise decir eso.

—Lo sé.

—¿Qué les dijo usted?

—Creo que esperaban de mí uno de los discursos usuales. Pero no lo di. Les dije que esta vez la guerra era un negocio..., y que ellos debían conducirse durante la misma como si trabajasen en sus negocios, sin charangas, bandas, ni alboroto. Les dije también que seríamos vencidos si no trabajábamos por ella.

Adele Blane le interrumpió súbitamente:

—Harley, ¿va usted a trabajar para papá?

—Él me habló por teléfono para que viniese a verle cuando tuviera tiempo y supiera lo que voy a hacer.

—Necesita alguien como usted, alguien en quien pueda confiar... No como... ¡Oh, bueno!

—Jack Hardisty, ¿eh? ¿No resultó bien, Adele?

—No hablemos de eso —replicó Adele con agudeza. Luego siguió hablando, como disculpándose por su brusquedad—. No, definitivamente no salió muy bien; pero prefiero no discutirlo.

—Bueno.

Adele le dirigió una mirada rápida. El tono indiferente de la voz de Raymand era nuevo para ella. En cierto modo, este hombre era

un desconocido. Un año antes, Adele le había conocido todas sus características. Ahora él la sorprendía. Era como si el mundo de Kenvale fuese visto en la mente de Raymand a través del extremo opuesto de un telescopio, como si las cosas que eran importantes para ella fuesen triviales para él.

El camino penetraba en otra garganta profunda y ascendía abruptamente. Donde terminaba la cuesta, Adele torció con brusquedad hacia la izquierda y el coche subió hasta una meseta donde la cabaña, situada al borde de un declive triangular, parecía haber crecido allí tan naturalmente como si se tratase de uno de los pinos.

Era de un solo piso y tenía al frente un amplio porche, que se extendía a uno de los costados. La baranda del porche y las columnas estaban construidas con troncos pequeños, desprovistos de corteza. Las paredes eran de tablas que, con el correr del tiempo, habían envejecido hasta confundirse con el verdor de la espesura y las hojas de color pardo de los pinos.

—¿Parece natural? —preguntó Adele.

Raymand asintió con la cabeza.

Por un momento creyó que Raymand estaba aburrido. Luego encontrarse con su mirada.

—He pensado mucho en este lugar —dijo Raymand—. Representa algo que es muy difícil hallar en estos días: Tranquilidad... ¿Cuánto tiempo estaremos aquí arriba?

—No mucho.

—¿Puedo ayudar?

—No, es solamente una visita de inspección, una mirada a las mercancías envasadas, para ver lo que es necesario hacer. Usted, quédese al sol y descanse.

Adele observó cómo él bajaba del coche, cuidando de no golpear su codo izquierdo.

—Usted ya conoce este lugar —dijo—. Hay agua fresca en el manantial.

Ella se dirigió aprisa hacia la cabaña y abrió las ventanas para ventilar el interior. Harley cruzó el camino, yendo al sitio sombrío donde brotaba del manantial un chorro de agua fría y cristalina. Usó una taza de granito para beber un buen trago, y caminó

después hacia una roca chata iluminada por el sol. Contempló el largo y escarpado declive que atravesaba la garganta, que ahora comenzaba a llenarse de sombras de color púrpura. No había suficiente viento para despertar el murmullo más leve en las copas de los pinos. El cielo era enteramente azul, sin una sola nube. Las montañas estaban cubiertas de hierba ondulada, excepto en los lugares en que los despeñaderos se internaban en las cumbres brillantes.

Harley apoyó la cabeza contra una almohada de hojas de pino, y cerrando los ojos a medias, experimentó ese cansancio súbito que ataca a los hombres cuyas fuerzas de reserva han sido minadas por las heridas. Sentía como si el simple esfuerzo para mover un brazo requiriera un despliegue sobrehumano de energía.

—«Tic..., tic..., tic..., tic..., tic..., tic...».

Harley abrió sus ojos. Una expresión de fastidio nubló su semblante. Quería estar en completo silencio, aunque sólo fuera unos momentos...

—«Tic..., tic..., tic..., tic..., tic..., tic...».

Seguramente, su reloj no podría hacer tal ruido. La cosa parecía venir del suelo, justamente al lado de su oído.

Cambió de posición y plegó su chaqueta en forma de almohada. Ya no se oía el sonido de la marcha del reloj. Se hallaba ahora extendido sobre el suelo, mirando hacia arriba, a las ramas entrelazadas de los pinos que se recortaban contra el cielo. Estaba sumamente cansado y sólo quería descansar allí, como si fuese una hoja de pino que hubiese caído al suelo para perderse en el olvido.

Despertó sobresaltado; abrió los ojos y alcanzó a divisar las líneas de un tobillo y una pierna bien formadas y el bordillo de una falda de *sport*.

Adele Blane, sentada sobre la roca, a su lado, le sonreía con esa ternura que tienen las mujeres para los hombres que convalecen de heridas recibidas en combate.

—¿Se siente mejor?

—¡Cielos, sí! ¿Qué hora es?

—Alrededor de las cuatro.

—Cáspita, debo de haber estado dormido un par de horas.

—No mucho más de una hora, creo. ¿Se durmió usted en

seguida que le dejé?

—Sí. Yo..., me sentí como si alguien hubiese sacado un tapón de mi cuerpo, dejando que se derramase toda mi vitalidad.

Ambos rieron.

—¿Y se siente mejor ahora?

—¡Mucho! Esta siesta me devolvió las fuerzas... ¿Está lista para regresar?

—Si usted también lo está...

Raymand se incorporó hasta quedar sentado, sacudió su chaqueta y preguntó:

—¿Para qué es el mecanismo del reloj, Adele?

—¿Qué mecanismo de reloj?

—No lo sé. Probablemente regula algo. Se le oye en el extremo de la roca. Por eso me cambié de lugar.

Advirtió el significado de la mirada de Adele y soltó una fuerte carcajada.

—¿Piensa usted realmente que deliro?

Ella también comenzó a reír, pero su risa carecía de espontaneidad.

Ligeramente irritado, Harley sugirió:

—Usted también podrá oírlo, allí, en la esquina de la roca.

Ella se inclinó, más por cortesía que por curiosidad, pues era evidente que no esperaba oír nada.

Raymand observaba la cara de Adele, cuya expresión indiferente dejó lugar a una marcada sorpresa.

—Eso es lo que yo quería decir —dijo Raymand con mucha dignidad.

—¡Suenan..., Harley, suenan como un reloj! ¡Es un reloj! ¡Está aquí mismo!

Raymand buscó con las manos entre las hojas de pinos, separó luego un poco de tierra y puso al descubierto la tapa de una caja de latón barnizado que había sido enterrada con gran cuidado en el suelo. Levantó la tapa.

Dentro de la caja, bien sostenido por cuñas de madera, había un pequeño reloj despertador que marchaba con gran regularidad. Raymand vio que era un reloj procedente de una de las fábricas más conocidas. Fuera de la forma extraña en que se hallaba sujeto, no

había nada raro en su aspecto. La caja tenía dos agujeritos.

Harley consultó su reloj de bolsillo.

—Está atrasado exactamente veinticinco minutos. Nadie pensaría que pudiera haber tanta diferencia. Es un reloj de buena marca. Fíjese en esta tapa. Está casi al nivel del suelo. Y ha sido cubierta tan sólo con un poco de musgo y algunas hojas de pino.

—¡Qué manera tan extraña de enterrar un reloj! —exclamó Adele.

Raymand sonrió.

—Yo no sé cuál es el modo normal de enterrar relojes. Personalmente, es la primera vez que oigo algo sobre un reloj enterrado. Vamos a...

Oyeron el zumbido de un motor de automóvil que ascendía rápidamente por la carretera.

Harley escuchó y dijo:

—Me parece que vienen hacia aquí. Vamos a poner el reloj en su caja y a cubrirla con las hojas; regresemos después de la cabaña. Quizá, quienquiera que venga en ese coche, va a...

—Hágalo —dijo Adele—. Tendrá que darse prisa.

Harley colocó de nuevo la tapa de la caja; la cubrió diestramente con las hojas de pino y pequeños trozos de musgo.

—Listo —dijo, cogiendo a Adele del brazo.

Por un momento, el matorral los ocultó, al tiempo que un automóvil torcía por la curva del camino para aparecer luego en la pequeña meseta. Por un instante pareció ser un objeto indefinido que se movía en las sombras de la tarde proyectadas por los árboles. Después, al internarse en un claro iluminado por el sol, se convirtió en un *cupé* pintado en dos tonos azules.

—¡Es el coche de Jack Hardisty! —exclamó Adele.

El coche frenó bruscamente. Se abrió la portezuela. Jack Hardisty saltó al suelo, que se hallaba cubierto por una alfombra de hojas de pino.

La mano de Adele Blane se posó sobre el brazo de Harley mientras éste hacía un movimiento para salir de detrás del matorral.

—¡No! ¡Espere aquí, por favor!

Ambos se quedaron inmóviles, observando cómo Hardisty

sacaba del automóvil una pala y se encaminaba hacia la cresta de la roca. Se detuvo de repente al distinguir las figuras confusas detrás del matorral.

Adele y Raymand fueron atacados por esa rígida inmovilidad de los que han sido descubiertos. Luego empezaron a moverse como quienes tratan de conducirse con naturalidad..., fracasando lamentablemente en su objeto.

—Salga de detrás del matorral aparentando no haberle visto —aconsejó Adele en voz baja.

Harley Raymand sintió la presión de la mano de Adele sobre su brazo. Ambos anduvieron torpemente desde detrás del matorral hasta el lugar iluminado por el sol. Por el rabillo del ojo, Harley vio cómo Jack Hardisty colocaba de nuevo apresuradamente la pala en el coche. Adele, ahora bien a la vista, aparentaba una sorpresa que, para el embarazo consciente de Harley, parecía tan evidente como la pantomima representada por un actor cinematográfico del cine mudo.

—¡Pero si aquí hay un coche...! ¡Es Jack!

Había alzado la voz para que la oyeran, y su intención de mostrarse sorprendida no dejó a Harley otra alternativa que imitarla.

Hardisty se acercó a ellos.

Tenía espaldas estrechas y cara demacrada, pero su traje gris de chaqueta cruzada ofrecía la elegancia exenta de arrugas que se encuentra solamente en los trajes que usan los hombres delgados, cuyos poros exudan el mínimo de humedad corporal. Su nariz era prominente, de puente alto, y sostenía un par de gafas.

—¡Bueno, bueno! —exclamó—. ¿Es nuestro héroe que ha vuelto de la guerra? ¿Cómo está usted, Harley? Hola, Adele.

El entusiasmo alegre y «de hombre a hombre» de Jack Hardisty era exagerado. No era capaz de sentir emociones fuertes, y su esfuerzo para poner calor en su saludo era tan sintético que llevaba impreso su propio estigma de falta de sinceridad.

Harley Raymand no pudo amoldarse a contestar a Hardisty con la cordialidad ruidosa de éste. Adele Blane se mantenía a distancia y el primer torrente de frases se convirtió, poco a poco, en una conversación de curso lento.

—Bueno —manifestó Hardisty—, tengo que ir hasta la cabaña. Perdí mi cuchillo preferido cuando estuve aquí hace una semana... Tal vez lo dejara en alguno de los solares, o quizá se deslizara entre los almohadones de ese sillón grande.

—Hace una semana —comentó Adele con aire meditabundo—. Pues yo creí que nadie había venido aquí desde hacía años. No parecía que hubieran abierto la cabaña.

—Oh, no la toqué para nada. Vine solamente para descansar unas horas. Me gusta escapar de los ruidos y de la molestia de las radios... Éste es un lugar muy tranquilo, ayuda a uno a decidirse cuando...

Cortó bruscamente la frase y quedó callado.

Adele habló con gesto muy digno:

—Nosotros estábamos a punto de irnos. Yo vine a echar un vistazo. Papá viene mañana por la noche. ¿Está usted listo, Harley?

Éste hizo una señal de asentimiento.

—Espero que encuentre su cuchillo —dijo Harley cortésmente, mientras partían para el lugar donde Adele había dejado su coche.

Instantáneamente, Hardisty se tornó efusivo.

—¡Gracias, amigo! ¡Muchas gracias! Ojalá ese brazo no le dé trabajo. Cuídese, no trate de hacer todo de una vez. Tómelo con calma, muchacho, tómelo con calma.

Sólo cuando llegaron al pie de la cuesta y se hallaron en la recta que conduce a Kenvale, Adele dio rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Le odio! —dijo.

—Hardisty haría mucho mejor si se condujese con naturalidad —convino Harley—. Alguien le ha engañado con la idea de que puede impresionar a la gente con su personalidad. Y la dificultad está en que él no tiene esa clase de personalidad. Es como si el muñeco de un ventrílocuo tratase de hablar por sí solo.

—No es eso —declaró Adele—. Puedo tolerarle eso, porque creo que tiene un complejo de inferioridad. Es por lo que ha hecho a papá.

Harley reprimió su deseo de hacer una pregunta.

Adele continuó:

—Ha cometido un desfalco de diez mil dólares en su banco. Usted sabe tan bien como yo que fue el dinero y la influencia de

papá los que hicieron posible su entrada en el banco.

—Temo estar poco enterado de algunas cosas —se excusó Harley.

—Papá fundó un banco en Roxbury y dio a Jack un empleo de seis mil dólares anuales..., sólo porque era el esposo de Milicent.

Harley permaneció en silencio.

—Jack Hardisty —continuó Adele— ha estado leyendo libros que tratan de la capacidad comercial y de cómo influir en las personas. Esconde su alma hambrienta y miserable tras una máscara de hombre desenvuelto y audaz... Tengo que contenerme para no ponerle las manos encima.

—¿Se supo el desfalco? —preguntó Harley.

—Solamente los directores del banco y la compañía de seguros. Papá había garantizado a la compañía la pérdida que pudiese resultar sobre la póliza de Jack. Ellos no querían extenderla por escrito... debido a algo que había en el pasado de Jack. Me imagino que papá tendrá que pagar y echarle tierra al asunto y... Supongo que no debí ofuscarme por esto, Harley. Olvídelo, ¿quiere?

—Está olvidado —dijo Harley sonriendo.

Ella advirtió que un año antes este asunto habría absorbido las ideas de Harley y dominado la conversación de ambos. Aparentemente, ahora él lo dejaba aparte como si fuese una cuestión sin importancia. Adele agregó:

—Por esto, papá necesita alguien en quien confiar.

Quizá Harley no oyó lo que ella había dicho, o si lo oyó, no advirtió que la frase se refería a él, porque se limitó a preguntar:

—¿Por qué enterró Jack ese reloj cerca de la montaña?

—¿Cree usted que él lo hizo?

—Claro que sí. Se dirigía al peñasco de granito y había sacado una azada de su coche.

—He estado pensando en eso —dijo Adele—. No lo comprendo. Yo... Pero, ¡aquí viene el coche de Milicent! Ella...

Adele dejó la frase truncada para agitar frenéticamente su mano hacia un ligero automóvil convertible que se aproximaba. El coche se detuvo. Los ojos de Milicent Blane los miraban a través de sus gafas sin montura. Impaciente por la vida ociosa que le deparaba el hecho de ser hija de Vincent Blane, había estudiado para

diplomarse enfermera. Su casamiento interrumpió su carrera, colmándola al principio de una felicidad radiante, que se marchitó tan pronto empezó a florecer. Su cara, nunca muy expresiva, había adquirido una máscara de gravedad inmóvil.

—¡Hola! ¿Has estado en la cabaña? ¡Hola, Harley! ¡No le reconocí al pronto! ¿Cómo está usted?

Harley Raymand abrió la portezuela del coche de Adele y se encaminó hacia Milicent para estrecharle la mano.

—Me agrada verle. Nos dijeron que le habían herido gravemente... ¿Se siente bien ahora?

—Muy bien. Me alegra mucho verla de nuevo.

Milicent se volvió hacia Adele.

—¿Has estado en la cabaña? —preguntó.

Adele hizo un gesto de asentimiento.

—¿Le vieron...? Quiero decir..., ¿estaba...?

—Sí —interrumpió Adele, leyendo el pensamiento de Milicent—. Llegó justamente cuando nos disponíamos a partir.

Milicent intentaba ser cortés y mostrarse interesada por la vuelta de Harley, pero estaba algo confundida por su apresuramiento en llegar a la cabaña.

—Bueno, he tenido mucho gusto en verle —dijo, poniendo la palanca del coche en primera y desembragando—. Espero que le veamos pronto, que nos visite usted..., quiero decir que... ¡Oh, ya nos veremos!

Retiró su pie del pedal de embrague. El coche dio un salto hacia delante.

Por un momento, Adele contempló con gesto de duda cómo se alejaba el *cupé* de Milicent; luego enfiló su coche hacia Kenvale.

—Ese tipo —musitó en tono bajo y salvaje— no es digno de servirle de felpudo a Milicent.

—¿Sabe ella lo que ha sucedido?

—No lo creo. Espero que no lo sepa.

—Entonces, ¿por qué estaba tan apurada por encontrar a su marido? —preguntó Harley.

—Porque también hay... dificultades domésticas. No hablemos de Jack... ¿Dónde se aloja usted, Harley?

—En el hotel.

El pie de Adele apretó el acelerador. Después de la marcha lenta que había llevado el coche (a fin de conservar los neumáticos), la nueva velocidad parecía terrible, aunque el cuentakilómetros demostraba que sólo marchaban a ochenta kilómetros por hora.

Adele sonrió como pidiendo que la disculpara.

—Acabo de recordar que tenía una cita. Voy a llegar tarde... Esto es lo que me ocurre con usted, Harley; me hace olvidar muchas cosas. Ya casi se está poniendo el sol.

Capítulo 2

Harley Raymand se dio una ducha, se tumbó en la cama y, casi al instante, cayó en una especie de letargo. El discurso en el Luncheon Club y la excursión hasta la cabaña, habían requerido mucho consumo de energía, y se daba perfecta cuenta de que sus reservas eran muy limitadas. Aquellas balas habían minado sus fuerzas más de lo que él habría creído posible.

El teléfono sonó perentoriamente. El sobresalto convulsivo con que despertó de su modorra le hizo darse cuenta de lo nervioso que estaba. Encendió la luz y contestó la llamada.

La voz del telefonista le avisó de que un señor llamado Vincent P. Blane le esperaba en el vestíbulo.

—¡Blane! —repitió Harley sorprendido—. Dígale..., dígale que estoy vistiéndome. Tardaré diez minutos en reunirme con él en el vestíbulo. Si tiene prisa, puede subir a verme aquí.

Harley colgó el auricular, se puso la camisa y los pantalones, y estaba calzándose cuando oyó que Blane golpeaba su puerta.

Hacía poco más de un año que Harley había visto al padre de Adele; no obstante, quedó muy sorprendido por el cambio operado en él. Decididamente, estaba mucho más viejo, más preocupado. Poseía aún el mismo trato afable..., ese interés cordial que demostraba por las personas, ni efusivo ni protector, pero sí trasunto fiel de su benévola dignidad.

Harley sabía que el motivo de la visita de Blane era de importancia, ya que parecía estar muy preocupado; sin embargo, no pensaba mencionar su problema hasta haber cumplido con los mínimos detalles que demanda la cortesía: una disculpa por su intromisión y una averiguación amable acerca de la salud de Harley.

—Lamento mucho —comenzó a decir Blane— si le desperté...

—No importa —intervino Harley, tratando de allanarle el camino—. Me siento un poco perezoso estos días. ¿Puedo hacer algo por usted, mister Blane?

Bajo sus cejas espesas, los inteligentes ojos grises de Blane demostraron su gratitud.

—Es muy amable de su parte sugerir tal cosa, Harley... Lo cierto es que estoy un poco preocupado por Adele.

—¿Qué le sucede?

—¿Estuvo usted con Adele esta tarde?

—Sí. Subimos hasta la cabaña.

—¿A qué hora regresaron?

Harley consultó su reloj.

—Pues, llegué al hotel hace, poco más o menos, una hora y media o quizá dos horas.

—Adele no volvió a casa. La estuve esperando, creyendo que vendría.

—Me dijo que tenía una cita y que la había olvidado —explicó Harley—. Aceleró un poco el coche para traerme hasta aquí... ¿No quiere sentarse, mister Blane?

—Presiento que le estoy fastidiando, Harley —se disculpó Blane—. No debí molestarle. Yo...

Harley rió.

—Estaba digiriendo en este momento algo de la salud que absorbí en su cabaña esta tarde. Creo que es la primera vez en mi vida que realmente descanso.

Blane hizo un gesto mecánico de aquiescencia, aunque su mente parecía preocupada por ideas muy distintas. Luego posó una mirada rápida en Harley.

—¿Le gustaría a usted pasar allí unos días?

—¿En la cabaña?

—Sí.

—Pero..., ¿no le molestaría a usted?

—De ningún modo.

—Creía que usted tenía una reunión.

—Prefiero celebrarla en mi casa. Me gustaría que fuese allí, Harley. Por supuesto, usted tendría que guiarse, pero...

Harley sonrió mientras Blane vacilaba.

—Si realmente lo dice usted en serio, le confieso que no hay nada que me guste más que eso.

—¿Vio usted a alguien en la cabaña esta tarde? —preguntó Blane, tratando de hablar con tono indiferente.

—Pues, sí; Jack Hardisty llegó mientras estábamos allí.

Blane mordisqueó su corto bigote gris.

—¿Notó usted algo raro en él? —preguntó bruscamente.

—Sus modales parecían los de siempre —contestó Harley.

—Sí, sí, lo sé —dijo Blane—. Hardisty es como un cohete que simula ser una bala de cañón. Quiero que haga usted algo por mí. Se le pagará bien, y más adelante hablaremos de algo permanente. Deseo que vaya a la cabaña ahora; esta misma noche, y que mantenga bien abiertos los ojos para que no se le escape nada de lo que suceda allí.

Harley vaciló.

Blane, notando el titubeo de éste, continuó:

—Puede usted estar seguro de que le compensaré en la medida en que...

—No se trata de eso —interrumpió Harley—. Me estoy preguntando solamente qué es lo que desea usted que yo haga.

—Le confiaré un secreto —siguió diciendo Blane—. Adele no lo sabe. Milicent tampoco... Jack... Hardisty ha cometido un desfalco de diez mil dólares en el Banco Roxbury. Probablemente, Adele se lo dijo a usted. Y aquí está lo que ella no sabe. Jack esperaba, por supuesto, que yo cubriera su desfalco en el caso de que fuese descubierto y que le echaría tierra al asunto. Pero estaba engañado. Le dije que maldito si lo haría... ¡Condenado ladronzuelo! No le considero como de la familia. Sé perfectamente el daño que le hará a Milicent un escándalo de esta índole, pero es mejor que ocurra de una vez y así terminará antes. Hardisty es un aventurero astuto que se introdujo en la familia cortejando a Milicent. Los muchachos del lugar nunca habían prestado mucha atención a Milicent. Ella nunca ha tenido experiencia alguna con esos que llamaron cazadores de fortunas... No tuve el coraje de decírselo. Nadie lo hizo... Uno no podía decírselo. Yo tenía la esperanza de que Jack estuviera enamorado de Milicent; él decía que lo estaba. Y ella creía que era

cierto. Le quería... ¡Oh, bueno, a usted no le interesa en absoluto todo esto!

Harley trató de decir algo, pero Blane le detuvo con un ademán.

—Aquí viene lo grave. Dije a Hardisty que no cubriría su desfalco, que se arreglara como pudiese... ¿Sabe lo que hizo?

Harley negó con la cabeza.

—Éste es el resultado por no haberle mandado a la cárcel como un delincuente común. Se fugó con todo lo que había en el Banco..., noventa mil dólares, poco más o menos, en efectivo. Luego, me habló por teléfono diciéndome lo que había hecho. Dijo que si yo pagaba su desfalco me devolvería el resto de los fondos; que si tenía que ir a la cárcel sería por algo que valiese la pena. Y ese algo le quedaría cuando saliese en libertad... Tal es la clase de perro que es Hardisty. Si fue a la cabaña, es probable que lo haya hecho con el fin de buscar un escondite para el dinero. Si lo ha enterrado allí, debemos encontrarlo. ¿Qué le parece si vamos allá y...?

Harley Raymand abrió la puerta del armario y sacó su chaqueta.

—Estoy preparado para partir en cualquier momento, mister Blane.

—Usted no ha cenado —dijo Blane—. Vaya al comedor y coma algo. No tenga prisa. Sólo dentro de una hora u hora y media estaré listo para partir. Le llevaré yo mismo en mi coche hasta allí. Tiene tiempo para prepararse... Le agradecería que me esperase en el pórtico para recogerle cuando yo regrese... Y le estoy profundamente agradecido, muchacho. Teniéndole a usted allí me habré quitado un gran peso de encima.

Capítulo 3

Durante la noche, la cabaña estaba más solitaria que nunca. El silencio absoluto que reinaba fuera del porche penetraba en los oídos llenando los tímpanos con una especie de campanilleo vago y extraño. Las estrellas titilantes, parecían perderse casi encima de las copas de los pinos. Harley sentía como si pudiese pararse en el porche con un rifle de calibre veintidós y voltear a tiros todas las estrellas que colgaban de la cúpula del firmamento como si fuesen adornos encendidos de un árbol de Navidad.

La temperatura había descendido mucho. Se sentía ese frío peculiar y penetrante que suele sobrevenir con la llegada de la noche en los lugares elevados, frío que se adentra en la sangre y en la médula de los huesos.

Mister Blane se retiró en seguida y Harley encendió la estufa momentos después. El fuego hacía chirriar alegremente las ramas de pino seco. Sólo cuando Harley experimentó la tibieza de aquél, advirtió el frío que había sentido, y empezó a temblar. Fue hasta la habitación del frente, sacó unas mantas del armario y se hizo una cama sobre el catre de muelles en el portal de entrada a la cabaña.

Había retornado al calor del fuego cuando crujió una tabla del porche. Escuchó, y tuvo la certeza de oír pasos cautos.

Harley se deslizó por el portal hacia la cocina, cerró la puerta de comunicación para quedar a oscuras y permaneció en pie con la cara pegada a la ventana.

Había alguien en el porche, alguien que se movía con pasos felinos y que trataba de espiar por las ventanas laterales procurando no ser visto.

Harley trató en vano de reconocer la figura. Cerró los ojos por un momento para acostumbrarlos a la oscuridad. Cuando los abrió

de nuevo, el desconocido espiaba todavía por una de las ventanas del costado. Apparently, el hombre había encontrado una brecha en las cortinas, porque Harley pudo ver que le cruzaba la cara una línea de luz; una raya angosta que parecía trazada con un lápiz luminoso.

Cuando Harley estaba a punto de salir para interrogar al intruso vio que la figura se dirigía cautelosamente hacia el frente de la casa.

—¿Hola...? ¿Hay alguien aquí? —preguntó el recién llegado.

Casi instantáneamente la voz fue tragada por el silencio, sin que le respondiera el eco.

Harley fue al punto a la puerta del frente, pero no la abrió.

—¿Quién es? —preguntó.

—Ha ocurrido un accidente.

—¿Dónde?

—Aquí cerca, en el camino.

—¿Se lastimó usted?

—No, pero necesito ayuda.

Harley abrió la puerta.

El hombre que tenía ante sí representaba veintisiete o veintiocho años de edad. Poseía una sonrisa un tanto extraña, pero sus ojos miraban con una fijeza desconcertante. Su boca estaba bien formada, tenía cabello negro y enmarañado, peinado hacia atrás y parcialmente sujeto en su lugar por un sombrero de fieltro bastante gastado y de ala amplia. Era de poca estatura —no más de un metro sesenta— y delgado, pero de buena apostura, y sus movimientos daban a entender que poseía un cuerpo fuerte y musculoso.

—No sabía que viviese alguien aquí —explicó en tono de disculpa.

—No llevo aquí mucho tiempo —admitió Harley, y añadió en seguida—: parece que conoce usted muy bien el terreno.

El otro sonrió.

—Soy el vecino de al lado..., en cierto modo. Mi cabaña queda a un kilómetro de aquí, camino abajo.

Harley le extendió la mano y se dio a conocer. El otro respondió:

—Yo soy Burton Strague. Escritor. Mi hermana y yo hemos alquilado la cabaña de Brigham, y la calentamos con el papel de mis obras rechazadas.

—Creo que conozco el lugar —manifestó Harley—. ¿No quiere pasar?

—Gracias, pero estoy buscando ayuda. Un automóvil se ha salido del camino cerca de aquí. Yo subía para ver si Rod Beaton podía acompañarme para echarnos una mano. Luego vi una luz, y me pregunté quién podía haber en esta casa. La cabaña ha estado deshabitada muchos meses... Pertenece a un tal Blane, ¿no?

—Sí... ¿Quién es ese otro hombre que usted ha mencionado?

—Rodney Beaton, el artista, naturalista y fotógrafo de la vida salvaje. Fue quien me indujo a venir aquí. Le conocí por correspondencia. Compró una de las cabañas cercanas hace poco tiempo... ¿Quiere usted venir y echarnos una mano con ese automóvil?

—¿Está muy lejos de aquí? —preguntó Harley, agregando en seguida a modo de explicación—: estoy convaleciendo.

El otro posó en Harley una mirada rápida, con una súbita expresión de respeto en sus ojos.

—¿Del ejército?

—Sí.

—¡Dios mío, cómo deseaba yo ir! Pero estoy enfermo de los pulmones. Me encuentro bien, creo, mientras estoy quieto, pero... un hombre odia estarse quieto mientras su país está en guerra... El accidente ocurrió poco más o menos a unos quinientos metros camino abajo. Mejor es que no venga si no se siente bien. Hace mucho frío fuera.

—Quinientos metros —reflexionó Harley—. Más o menos, donde...

—Justamente al pasar al punto donde este camino desemboca en la carretera principal. El hombre debía venir a gran velocidad y erró la curva. Es un coche pintado de azul en dos tonos. No creo que haya nadie debajo de él, pero debíamos asegurarnos de ello. Tendremos que buscar ayuda para levantar el automóvil. Por eso yo...

—Iré —dijo Harley, tratando de mantener una expresión indiferente cuando advirtió que la descripción del coche correspondía a las características del que conducía Jack Hardisty aquella tarde—. ¿Cree usted que el conductor ha sido aprisionado

por el coche?

—Lo dudo —replicó Strague—. Mi hermana se encuentra allí para el caso de que, si se oyese señales de vida debajo del coche, pueda decirle a la víctima que la ayuda llegará en seguida. Si desea venir hasta el lugar del accidente, yo iré a la cabaña y nos reuniremos con usted dentro de media hora.

—Muy bien —replicó Harley—; partiré tan pronto como me ponga la chaqueta y eche un vistazo al fuego.

Harley volvió a la cocina y cerró los registros de la estufa. Retornó al cuarto del frente, y apagó la lámpara de carburo, se puso su pesado sobretodo y tuvo la precaución de echar la llave a la puerta. Metióse en el bolsillo la linterna eléctrica y comenzó a descender por el camino.

Mientras bajaba, sentía que aumentaba la intensidad del frío. Algunos momentos hacía uso de su linterna al pasar por algunos de los recodos sombríos del camino. Luego, casi sin darse cuenta de ello, se encontró con que había llegado a la intersección de la carretera principal... Si un coche se había despeñado debió de haber sido en la curva, unos diez metros más abajo... Un coche pintado de azul, en dos tonos distintos. Ciertamente, los detalles correspondían al automóvil de Jack Hardisty.

Raymand encendió su linterna y dirigió el rayo de luz hacia el camino, para buscar las huellas. Encontró sin dificultad el lugar donde el coche se había salido del camino. Las huellas eran muy claras —siempre que uno las buscase—, aunque él no las había notado cuando mister Blane le llevó en su coche a la cabaña... Quizá no hubiera debido salir. Además, si este coche era el de Jack Hardisty y...

—¡Jujuuu! —llamó una voz femenina desde algún lugar oscuro situado debajo del borde del camino.

—¡Hola! —respondió Harley—. ¿Es usted, miss Strague?

—Sí.

Harley la vio, entonces, en pie en medio de un declive muy escarpado y con el hombro apoyado contra un pino de gran altura.

—No trate usted de bajar directamente aquí —le previno ella—. Descienda veinte o treinta metros por el camino y encontrará una especie de declive escarpado por el que podrá bajar. Aun así, deberá

andar con mucho cuidado.

—Su hermano y el hombre a quien fue a buscar llegarán pronto —contestó Harley—. Yo soy de la cabaña Blane, allí arriba... ¿A qué distancia está el coche del lugar donde usted se encuentra?

—Está directamente debajo de mí, a nueve o diez metros. No creo que haya nadie dentro de él.

Harley descendió por el camino y encontró el escarpado declive que la muchacha había mencionado. Aunque se ayudó con la luz de su linterna empleó varios minutos para bajar hasta el lugar donde se hallaba la hermana de Burton Strague.

La joven era alta y esbelta. Harley pudo darse cuenta de ello, aunque no podía distinguir sus facciones, por más que lo deseaba. Por cortesía, evitó que la luz se reflejase en los ojos de la joven. La voz de miss Strague daba cuenta de la cultura de su dueña. Sonaba como la de una mujer joven, muy equilibrada y segura de sí misma.

Harley Raymand se presentó a sí mismo. Procuró no mencionar su servicio militar, pero advirtió que la muchacha le observaba, con una mirada escrutadora. Luego la joven declaró súbitamente:

—¡Oh, sí, usted es del Ejército! Debía saberlo. Usted es el hombre que menciona el diario de Kenvale.

Harley trató de desviar el tema dirigiéndose hacia el lugar desde el cual podría inspeccionar el coche. Indudablemente se trataba del automóvil de Jack Hardisty. Estaba vuelto hacia arriba con las ruedas al aire y la carrocería incrustada entre grandes piedras.

—No he oído ruido alguno —manifestó Lola Strague—. Si hay alguien dentro del coche debe de estar muerto... ¡Así que usted es el Harley Raymand del cual he leído tantas cosas!

Siguieron diez o quince minutos durante los cuales Harley se encontró contestando preguntas muy corteses, pero sutiles. Después oyeron el ruido de un automóvil en el camino y en seguida el de una portezuela que se cerraba. Alguien tropezó, y un pequeño trozo de roca, acompañado de una escolta de grava suelta, rodó por la pendiente escarpada hasta zambullirse finalmente en el fondo de la garganta de la montaña.

—Alto el fuego —gritó Lola Strague con una carcajada—. ¿Trajiste un hacha?

La voz de Burton Strague llegó desde arriba:

—Traje de casa un hacha, una linterna y una soga. No pude encontrar a Rod. Había un papel pegado en su puerta que decía que había ido a la ciudad a pasar la noche. Esperé cinco o diez minutos, dando vueltas por ahí con la esperanza de que regresara... ¿Te encontró mister Raymand?

—Estoy aquí —gritó Harley Raymand.

—Bueno, creo que entre los tres podemos hacer el trabajo. Pasaré la soga alrededor de un árbol y me deslizaré hacia abajo. ¡Cuidado, que allá voy! Yo... Esperen un momento, creo que viene un automóvil.

Escucharon y oyeron en seguida el ruido del motor de un automóvil que subía velozmente la cuesta. Un instante después vieron el reflejo de la luz de unos faros sobre las copas de los árboles. La luz bajó luego desde el borde izquierdo de la pendiente hacia el abismo de tinieblas que marcaba el lugar donde se hallaba la garganta de la montaña. Un momento más tarde, los faros dejaron de moverse, arrojando sobre el camino un haz de luz muy brillante. El motor cambió súbitamente su ritmo. Se oyó el chirrido de los frenos y la voz de Burton Strague que decía:

—¿Puede usted echarnos una mano? Hay un coche ahí abajo y...

Una carcajada masculina resonó arriba. Se oyó el golpe de una portezuela que se cerraba y una profunda voz de debajo que decía:

—Bueno, no se ponga usted tan serio por eso.

Lola Strague explicó a Harley Raymand:

—Ése es Rod Beaton. Debe de haber regresado de la ciudad.

Una voz de mujer saludó:

—Hola, Burt.

—Hola, Myrna.

Lola Strague agregó:

—Myrna Payson —y con tono de súbita amargura—: «la muchacha más bonita de nuestro pueblo».

Desde el camino llegó el murmullo de una conversación sostenida en voz baja y el sonido de la carcajada estentórea de Rodney Beaton. También llegó hasta los oídos de Harley Raymand el tintineo de la risa suave de Myrna Payson. En pie, en la oscuridad, aparentemente olvidado por los de arriba, Harley tuvo la oportunidad de apreciar el significado de lo que había dicho Lola

Strague. La presencia de Myrna Payson parecía hacer olvidar a los dos hombres la existencia del coche que yacía en el fondo de la garganta y de la gente que esperaba abajo.

Lola Strague no hizo ningún comentario ulterior, pero, en la rígida seriedad de su silencio irritado, Harley Raymand pudo advertir su enojo.

—¿Qué es lo que tienen ustedes allá abajo?

—Un automóvil destrozado —contestó vivamente Lola Strague sin añadir absolutamente nada más a estas tres palabras esenciales.

Al notar el tono de voz de la joven, Rodney Beaton pareció ansioso por enmendar su aparente indiferencia. Hablando con súbita energía asumió el mando completo de la situación:

—Muy bien, Burt; dice usted que tiene una sogá. Vamos a pasarla alrededor de este árbol. Yo me deslizaré por ella hacia abajo y usted puede seguirme. Luego tiraremos de la sogá para bajarla... Será mejor que se quede usted aquí, Myrna, para vigilar el camino.

La voz de Beaton era tranquila y autoritaria. Tenía la virtud de saber hacer las cosas. Al instante, la escena cobró gran actividad.

Rodney Beaton fue el primero que bajó por la sogá, resbalando y desliziéndose por el escarpado declive y enviando delante de sí una lluvia de grava suelta. Burt Strague le siguió y Myrna Payson se acercó al borde del camino para quedarse allí en pie, con la silueta recortada contra la luz brillante que proyectaban los faros del automóvil de Beaton.

Harley Raymand experimentó una confusa sucesión de impresiones: la joven que se hallaba arriba en pie en el borde del camino mientras los faros hacían traslucir ligeramente su silueta a través de su vestido..., una joven atractiva que quizá no ignoraba que el resplandor de la luz hacía casi transparente su falda; Burt Strague, bastante delgado, que parecía algo torpe mientras se deslizaba burdamente hacia abajo por la sogá, perdiendo pie en dos o tres ocasiones; Rodney Beaton, un gigante bondadoso, cuyos movimientos eran tan eficientes... Luego, Lola Strague, que hacía las presentaciones, y, por fin, la mano de Harley estrechada por los dedos poderosos de Rodney Beaton.

Harley notó que Beaton le llevaba unos diez años a Strague. Era alto, vigoroso, ágil; no grueso, pero fornido. Tenía boca sonriente,

quijada firme y usaba un sombrero occidental del tipo llamado de «cinco galones».

A la luz que reflejaba el rayo de la linterna de cinco elementos que Rod Beaton sostenía en su mano, Harley tuvo la oportunidad de ver a Lola Strague. Era rubia, de veintidós o veintitrés años a lo sumo, y vestía una blusa de lana a cuadros escotada, una chaqueta de lana escocesa, pantalones y botas atadas con cordones. Daba la impresión de ser una persona acostumbrada a andar al aire libre y usar ropas de abrigo, fuertes y duraderas.

El rayo de luz de la linterna se dirigió a la garganta sombría, pasó sobre piedras y árboles caídos e iluminó, al fin, el coche volcado.

Rod Beaton parecía por completo capaz de desenvolverse con eficiencia en una situación como aquélla. Anunció:

—No haremos ningún trabajo de salvamento; solamente nos aseguraremos de que no hay nadie dentro del coche y en seguida nos iremos... Creo que podemos cortar ese árbol, Burt. Si usted sostiene la linterna, yo manejaré el hacha. Usaremos el árbol como palanca y levantaremos el coche para examinar su interior.

Strague sostuvo la linterna. Beaton balanceó el hacha con un movimiento rítmico y suave de sus hombros poderosos, mientras la hoja mordía profundamente la madera a cada golpe. A Harley le pareció que bastaron cuatro o cinco hachazos para cortar el árbol. Luego, Beaton cortó las ramas y la copa, con lo que el árbol quedó convertido en una viga de unos cuatro metros de largo y treinta centímetros de diámetro en la base.

Con mucha calma y destreza, Beaton asumió la dirección. Dio diversas instrucciones con tono muy tranquilo, tratando a Harley Raymand con la misma seguridad con que lo habría hecho si éste hubiese sido Burt o Lola Strague.

—Ahora, Raymand, colóquese en el extremo opuesto de la viga. Siéntese sobre ella. No trate de usar el codo herido... Burt, usted y Lola pónganse encima, a cada lado, tan cerca de la punta como les sea posible. Déjenme manejar este extremo a mí... Muy bien, ahora hagan un poco de presión.

Presionaron sobre el extremo de la viga. El coche se movió y crujió, levantándose. Beaton bloqueó la viga con trozos de roca y

agregó:

—Muy bien. Aflojen la presión sobre la viga. Dejen que les eche otra mano... Está bien, probemos otra vez.

El coche se movió una vez más. Beaton manifestó:

—Podemos ver el interior ahora —y el rayo de su linterna alumbró las ventanillas con sus cristales completamente astillados. El interior del coche estaba vacío.

—No hay nadie ahí dentro —declaró Beaton—. Vamos a echar un vistazo para ver si fue arrojado fuera del coche.

Describiendo círculos, el rayo de la linterna alumbró alrededor del automóvil.

—No hay señales del hombre —anunció Beaton.

Harley preguntó de pronto:

—¿Quiere usted mirar bien el interior del coche, Beaton, y ver si hay allí una pala?

Ante el silencio súbito y completo que siguió a su pregunta, Harley advirtió lo extraño que había parecido a los otros su solicitud.

—Verán ustedes —agregó a modo de explicación—. Yo creo que conozco este coche. Si se trata del que me imagino debe haber una pala bajo el asiento delantero.

—Muy bien, echare un vistazo —respondió Beaton—. ¿No sabe usted el número de la patente?

—No —contestó Raymand un poco desconcertado—. Es un coche que estuvo en la cabaña esta tarde.

—Ya veo... No, parece que no hay pala alguna en interior.

Lola Strague dijo:

—Buenos, hemos cumplido con nuestros deberes como buenos samaritanos. Creo que lo único que nos queda por hacer es subir nuevamente al camino.

Rodney Beaton trepó por el escarpado declive lo más que pudo, y luego, enrollando la sogá, dijo a Myrna Payson:

—Myrna, ¿quieres tomar la punta de la sogá y atarla alrededor de ese árbol?

Con un movimiento de sus hombros poderosos Beaton arrojó la sogá hacia el lugar donde brillaban los faros. Myrna asió la punta y la aseguró alrededor del árbol, moviéndose con gran agilidad y una

coordinación diestra de brazos y piernas, que le permitió terminar la tarea y mandar hacia abajo el extremo suelto de la sogá en un espacio de tiempo sorprendentemente corto.

Con el auxilio de la sogá subieron con relativa comodidad por el declive hasta el camino.

Harley Raymand fue el último.

—Me parece que no puedo confiar en este brazo. Me parece mejor que...

—De ningún modo —interrumpió Beaton vivamente—. Pase la sogá alrededor de su cuerpo y haga un nudo marinero... ¿Puede usted hacerlo?

—Creo que sí —contestó Harley.

—Espere un minuto. Yo haré uno y le arrojaré la sogá.

Las manos de Beaton hicieron dos o tres pases rápidos con la sogá y luego la dejó caer hacia donde estaba Harley. Éste se colocó dentro del lazo, lo corrió hasta su cintura, sujetándose a él con la mano derecha y apoyándose contra la cuerda, y, utilizando sus piernas, fue izado hasta el nivel del camino.

Allí fue presentado a Myrna Payson, quien, según le explicó gravemente Rodney Beaton, poseía un establecimiento ganadero en los alrededores. Una mirada a los ojos grandes y sonrientes de Myrna Payson y a sus labios carnosos y rojos bastó a Harley para comprender el motivo por el cual Rodney Beaton y Burt Strague habían estado tan preocupados un momento antes en el camino. El cutis de la joven demostraba ser objeto de grandes cuidados. Sus ropas se amoldaban tan bien a su cuerpo elegante, que cualquier mujer la habría clasificado entre aquellas personas que «pueden usar cualquier cosa». En cambio, los hombres verían solamente el efecto. Mientras Harley la estudiaba, los ojos de Myrna Payson le examinaron de pies a cabeza, hicieron de él un juicio personal muy cuidadoso.

En la rápida conversación general que siguió a la presentación, Harley advirtió que el automóvil, un *cupé* de modelo antiguo, pertenecía a Rodney Beaton, que, con el pretexto de «ahorrar caucho y gasolina», había «alzado a su vecina» aquella tarde temprano para hacer un viaje a la ciudad. Harley advirtió también que, decididamente, esto había resentido a Lola Strague... Luego,

Harley sintióse súbitamente demasiado cansado para prolongar su interés en los asuntos de aquel pequeño grupo.

—Si no les molesta a ustedes, voy a darles las buenas noches —dijo—. He tenido un día bastante agitado.

—¡Oh! Pero deje que le lleve en mi coche hasta la cabaña —manifestó Burt Strague rápidamente.

A Harley no le agradaba mucho la caminata que le esperaba, pero contestó:

—No se moleste. Me da lo mismo caminar.

—¡Tonterías! —dijo firmemente Lola—. Burt le llevará. Vamos, suba.

Lola Strague saltó dentro del coche, colocándose en el centro del asiento delantero. Harley sentóse a su lado y Burt frente al volante. Durante un momento, Rodney Beaton pareció sentirse intranquilo. Era como si hubiese deseado tener un aparte con Lola Strague para decirle algo en privado antes que aquélla partiese. Pero Myrna Payson pidió:

—Vamos, Rod. Tenemos que sacar nuestro coche del camino para que ellos puedan volver el suyo.

Beaton vacilaba todavía.

Burt Strague dijo:

—El teléfono más cercano se halla en el puesto del guardabosque, a cinco kilómetros camino arriba, Rod. Yo llevaré a Raymand hasta su cabaña. Usted podría ir hasta el puesto del guardabosque y avisar al *sheriff*.

Después de esto parecieron transcurrir unos buenos segundos antes que Beaton contestara:

—Creo que eso es lo que debe hacerse. Buenas noches a todos.

Ninguno trató de conversar mientras Burt Strague conducía el coche hacia la cabaña. Y Harley se alegró por ello. Estaba tan sumamente cansado, que no tenía deseos ni de hablar.

Le dejaron frente a la cabaña. Burt dio las buenas noches y agregó algo acerca de sus deseos de que se encontrasen de nuevo y que confiaba en que la tarea no habría resultado muy pesada para Harley. Lola Strague le estrechó la mano y manifestó:

—Deseo que siga mejor y que nos veamos pronto.

Había alguna finalidad en las palabras de la joven, pero Burt

esperó dos o tres segundos y añadió:

—De acuerdo. Buenas noches —e hizo girar al coche.

Harley se dio cuenta perfectamente de que Burt había estado esperando que le invitase a entrar en la cabaña.

Mientras Harley subía los tres escalones que conducían al porche, advirtió una vez más que estaba completamente exhausto. Tuvo la intención de buscar el reloj enterrado, pero no pudo hacer más que trepar a la cama que había preparado en el portal. Cayó dormido casi al instante.

Faltaba una hora para amanecer cuando despertó, para encontrarse con que el aire se había vuelto helado. Arrebujóse entre las mantas y se entretuvo en fijar los ojos sobre una sola estrella, tratando de que no desapareciera de su vista en el cielo, que aclaraba por momentos. Pero la estrella le eludió; se desvaneció y Harley ya no pudo encontrarla de nuevo. Sonriendo soñoliento ante su fracaso, cayó dormido una vez más. El sol calentaba el porche cuando despertó completamente.

Tan pronto como se desprendió de las mantas, Harley supo que se sentía mucho más fuerte. El aire fresco de la montaña había vencido los venenos de su organismo y por primera vez en varias semanas necesitaba alimento..., mucho alimento.

Encendió la estufa de *kerosene*, preparó café, frió huevos, tocino, tostadas y cereales..., y luego pensó en el reloj enterrado.

Mientras calentaba agua para lavar los platos, Harley salió al porche y anduvo hacia abajo por los terrenos escarpados y cubiertos por las hojas de los pinos. Encontró sin dificultad el lugar que buscaba y lo destapó barriendo a un lado las hojas de pino.

El reloj seguía marchando alegremente.

Harley lo comparó con el suyo de bolsillo.

Continuaba todavía veinticinco minutos atrasado.

Harley colocó de nuevo el reloj de pino y el musgo y volvió a la cabaña. El agua que destinaba a lavar las fuentes y platos no estaba bastante caliente aún. No había paños a la vista, pero Harley recordó que la ropa blanca estaba guardada en un arcón de cedro que se hallaba en el dormitorio del fondo. Abrió la puerta del dormitorio, notando que el aire helado de la noche aún mantenía fría esta habitación del lado norte de la casa. Se hallaba a mitad de

camino del arcón de cedro, cuando se dio cuenta de que la cama estaba ocupada.

Por espacio de varios segundos, Harley permaneció inmovilizado por la sorpresa, no sabiendo qué debía hacer, si hablar o retirarse en silencio. Supuso que Milicent o Adele habrían llegado cansadas a la cabaña y se meterían en la cama sin saber que él había llegado allí después.

Quien dormía tenía el rostro vuelto hacia la ventana más alejada de la puerta. Las mantas estaban tan estiradas hacia arriba, que ocultaban por completo la cabeza. Harley decidió saber quién era el ocupante de la cama.

—¡Buen día!

La figura no se movió.

Harley alzó el tono de su voz:

—No quiero molestar, pero me gustaría saber quién es usted.

La figura no dio señales de haber oído.

Harley se acercó a la cama, dejó caer su mano sobre la manta a la altura del hombro del que estaba acostado... y al instante se dio cuenta de que sucedía algo muy extraño... Hizo un movimiento brusco con su mano derecha y agitó el cuerpo inmóvil.

Era Jack Hardisty.

Estaba muerto desde hacía varias horas.

Capítulo 4

Perry Mason tarareaba una canción mientras caminaba por el pasillo hacia su oficina, moviéndose pausadamente con el ritmo característico de sus largas piernas. Dirigiase al encuentro de sus aventuras del día y no llevaba intención de apresurarse mucho para saborearlas.

Abrió la puerta de su oficina privada y vio cómo le sonreía Della Street, que se encontraba revisando la correspondencia.

—¿Qué tal? —preguntó Mason—. Otro día... ¿Qué hay del dólar, ministro de Hacienda?

Della Street se inclinó con humildad burlona.

—El dólar espera, milord.

Mason perdió su tono burlón.

—Tenemos un cliente en potencia.

—¿En la sala de espera?

—No. Éste no es de la clase de los que aguardan en las salas de espera —Della Street consultó un memorándum que tenía encima de su escritorio—. Es un señor llamado Vincent P. Blane, banquero y dueño de una casa de ramos generales en Kenvale. Llamó por conferencia tres veces en el término de media hora. Las dos primeras no quiso hablar con nadie, excepto con Perry Mason. La tercera, consintió en hablar con la secretaria de mister Mason.

Éste colgó su sombrero en el guardarropa, cruzó hacia su escritorio, eligió un cigarrillo de la caja y dijo:

—No me gusta el hombre.

—¿Por qué no?

—Me parece muy pagado de sí mismo y se da mucha importancia. ¿Qué quiere?

—Su yerno fue asesinado anoche en una cabaña montañesa.

Mason raspó una cerilla contra el borde inferior de su escritorio y dedicó su atención a encender el cigarrillo antes de preguntar:

—¿Y quién ha sido elegido como sospechoso oficial?

—Nadie.

—¿A quién se menciona como sospechoso?

—Ni siquiera han mencionado a alguien.

—Entonces, ¿para qué diablos me necesita Blane? Yo no soy detective, sino abogado.

Della sonrió.

—Parece que mister Blane tiene secretos de familia que desea mantener ocultos. Naturalmente, no se atrevió a decir mucho por teléfono. Las dos hijas de mister Blane estuvieron en la cabaña ayer por la tarde. El mismo mister Blane también estuvo allí... Bueno; al fin y al cabo, el hombre tiene dinero.

Mason dijo:

—¡Oh! Supongo que tendré que ocuparme de eso: pero me parece que es un caso legal, uno de esos asesinatos de familia, rutinarios y aburridos.

Della Street consultó una vez más su memorándum.

—Hay, sin embargo, una cosa interesante —añadió con un fulgor en los ojos.

—Della, usted ha estado ocultándome algo —exclamó Mason.

—No. Solamente que le había reservado el postre para el final.

—Muy bien; venga el postre.

—Un reloj enterrado —siguió ella— que marcha unos veinticinco minutos atrasado. Está enterrado en un lugar cerca de la cabaña donde fue cometido el crimen. Es un modelo pequeño de reloj despertador colocado en una caja barnizada. El reloj...

Mason se dirigió hacia el guardarropa.

Mientras tomaba su sombrero, dijo a Della Street.

—Con lo del reloj basta... Vamos allá. ¡En seguida!

Capítulo 5

A Mason le comunicaron en Kenvale que el ayudante del *sheriff*, un representante judicial, Vincent Blane y Harley Raymand habían partido para el lugar del crimen unos minutos antes de su llegada y que, probablemente, podría alcanzarlos si se apresuraba.

Mason aceleró su coche y llegó a la cabaña justamente cuando el pequeño grupo se disponía a abandonar el frío dormitorio del Norte, donde el cadáver yacía exactamente en la misma posición en que Raymand lo había dejado.

Mason conocía a Jameson, el ayudante del *sheriff*, y, por tanto, nadie se opuso a que se uniese al grupo, como tributo a la reputación de Mason y también a la influencia local de Blane.

El abogado pudo echar un vistazo rápido a un dormitorio frío, rústico mobiliario, paredes de pino nudoso, ropas echadas sobre una silla, zapatos colocados al lado de la cama y la figura tesa e inmóvil del hombrecito que, en vida, había tratado tan desesperadamente de poseer una personalidad dominante y magnética. Ahora, ya muerto, parecía haber recobrado su verdadera estatura; un cadáver frío en un dormitorio frío.

Mason realizó una inspección rápida del cuarto.

—No toque nada —le previno el ayudante del *sheriff*.

—No lo haré —le aseguró Mason, estudiando cuidadosamente la habitación.

—Debió de desnudarse, luego se durmió y fue asesinado mientras dormía —manifestó el representante judicial.

El ayudante del *sheriff* dijo:

—Bueno; está bien muerto y se trata de un asesinato. Voy a cerrar este cuarto y dejar las cosas como están hasta que pueda llegar aquí alguien de la oficina de Los Ángeles... Ahora vamos a

echar un vistazo a ese reloj enterrado..., aunque no sé qué pueda tener que ver eso con el asunto.

El ayudante del *sheriff* les invitó a salir de la habitación, cerró la puerta y siguió a Harley hasta el claro iluminado por el tibio sol.

Harley caminó hacia las rocas de granito.

—Bien; el reloj está enterrado aquí mismo. Si escuchan, podrán oír su tic-tac.

—Vamos a echar un vistazo —propuso el ayudante del *sheriff*.

Harley se arrodilló y echó a un lado el musgo y las hojas de pino. Colocó el oído contra el suelo; luego se incorporó, con una mirada de sorpresa.

—Estoy seguro de que éste es el lugar —declaró.

El tono de voz del ayudante del *sheriff* era francamente escéptico.

—Parece que nunca hubo aquí nada enterrado.

—Quizás esté más abajo —sugirió Blane.

Harley limpió un trozo más amplio en el suelo y replicó:

—No; la tapa de la caja estaba muy cerca de la superficie.

El ayudante del *sheriff* golpeó el suelo con la punta de su bota.

—No me parece que este sitio haya sido tocado desde el último invierno.

Harley se inclinó una vez más para pegar su oído al suelo.

El policía dirigió una mirada rápida al representante judicial.

—No oigo el tic-tac ahora —declaró Harley.

—¿Está seguro de haber visto ese reloj?

Harley se ruborizó.

—Lo tuve en mis manos, lo saqué de la caja. Adele Blane puede atestiguarlo.

Jameson parecía resistirse a creerlo.

—¿Y estaba aquí esta mañana? —preguntó.

—Sí.

—¿Después que usted encontró el cadáver?

—No, antes que lo encontrase.

—Pero, ¿después que Hardisty fue asesinado?

—¡Oh, sí!

—Bueno —continuó el ayudante del *sheriff* con el tono de quien desea terminar con un asunto que puede resultar molesto—;

entonces Jack Hardisty no pudo haberse apoderado de él, y eso parece significar que el reloj no puede tener ninguna relación con el crimen. ¿Qué puede decirnos del coche de Hardisty? ¿No tiene usted alguna idea de cómo fue a parar al fondo de la garganta?

—No.

—Ahora voy a hacerle una simple pregunta —dijo Jameson—. No hay motivo alguno para que usted se preocupe, pero yo quiero que conteste a ella y que conteste sinceramente. No tendrá usted otra oportunidad para hacerlo, Raymand. Su respuesta tendrá que ser sostenida en todo momento... ¿No subió usted al estribo del automóvil de Jack Hardisty, lo hizo marchar un trecho y luego saltó del estribo dejando que el coche se despeñase?

—No, en absoluto.

—¿Por qué le pidió Blane que se quedase en la cabaña?

—Quería que vigilase el lugar.

—¿Y por qué motivo, mister Blane? —preguntó el policía.

Antes que Blane pudiese responder, Harley Raymand contestó sonriendo:

—Creo que fue un rasgo de magnanimidad por parte de mister Blane. Creyó que un período de descanso y recuperación me sentaría bien, y trató de hacerlo aparecer como un empleo, a fin de que yo no pensase que debía quedarle reconocido por su acto.

Blane parecía dispuesto a decir algo; pero al parecer cambió de idea y sonrió con expresión enigmática. Después de un momento, manifestó:

—Ahora, si ustedes me disculpan y mientras obtienen otros detalles adicionales de Harley, voy a charlar un rato con mister Mason.

Blane se dirigió a Mason. El abogado, Della Street y aquél caminaron alrededor del gran peñasco de granito, dirigiéndose hacia un claro desde donde no podían ser oídos.

—Mister Mason —dijo Blane—, no puedo expresarle lo aliviado que me siento desde que usted llegó. Gracias por haber venido.

—El reloj enterrado me atrajo —contestó Mason—. ¿Qué sabe usted de ese reloj?

—Harley Raymand me lo mencionó por primera vez esta mañana. Adele confirmó su relato. El reloj estaba allí, con

seguridad.

—¿Allí donde Raymand hurgó entre las hojas de pino? —preguntó Mason.

—Quizá Raymand haya confundido el lugar —admitió Blane.

—Muy bien; eso puede esperar. Dígame usted exactamente qué desea que yo haga y por qué quiere que lo haga. Vaya derecho al grano. Ese policía estará de vuelta aquí en seguida con más preguntas.

Blane habló con rapidez nerviosa, sin hacer pausa alguna, en su ansiedad por suministrar los detalles a Mason:

—Jack Hardisty era mi yerno... Se casó con Milicent. Ella era una muchacha que deseaba tener una carrera... Estudió para enfermera. Es inteligente..., de la clase de personas a quienes se aprecia por sus conocimientos... Luego vino Jack Hardisty, le hizo conocer el otro aspecto de la vida (el aspecto apasionado, romántico, férvido), la enamoró y se casó con ella. Yo le coloqué en un banco de Roxbury..., a pesar de que era un condenado sujeto que no valía un comino. Amargó la vida de Milicent corriendo detrás de una modista..., desfalcó diez mil dólares... Yo lo supe y le dije que se las arreglara como pudiera... Antes que yo pudiese tomar medida alguna, cogió un par de maletas y se marchó con todo lo que había en el banco. Me habló por teléfono diciéndome que si yo pagaba los diez mil, él devolvería el resto de los fondos, y que si no lo hacía, el banco no tendría un centavo cuando abriese esta mañana.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—¿Qué podía hacer? —contestó Blane—. No sabía cómo salir del apuro.

—¿Y qué hay de la compañía de seguros?

—A eso iba justamente. La compañía se resistía a asegurarle. Había algo en el pasado de Jack. Yo creí que la compañía era demasiado rigurosa... Les dije que extendieran la póliza, que yo la garantizaría... Firmé el documento a tal efecto. He sido un condenado tonto... Me está bien empleado.

—Muy bien. Continúe.

—Mi otra hija, Adele, subió aquí con Harley Raymand ayer por la tarde. Antes que se retirasen, apareció Jack Hardisty, pero él no

los vio. Raymand dice que Hardisty tenía una pala en el coche... Ellos regresaron a Kenvale y se encontraron con Milicent en el camino, que les preguntó si Jack estaba aquí arriba. Adele no pensó mucho en ello hasta que Milicent continuó su camino hacia la cabaña. Entonces se asustó. Dijo a Harley que tenía otra cita; le llevó a toda velocidad hasta su hotel y regresó muy de prisa a la cabaña.

—¿Siguiendo a Milicent?

Blane asintió con la cabeza.

—¿La encontró?

—Sí.

—¿Aquí en la cabaña?

—No, abajo, cerca de la carretera principal.

—¿Qué estaba haciendo Milicent allí?

—Sufría un ataque de nervios.

—¿Dónde estaba su marido?

—Nadie lo sabe. Milicent no fue a la cabaña. Detuvo su coche en una parte ancha del camino y luego siguió a pie hacia la cabaña.

—¿Por qué no continuó el viaje su hija con el coche hasta arriba?

—Manifestó a Adele que no quería que su marido la oyese llegar.

—¿Dijo por qué?

—No.

—Muy bien. ¿Milicent no llegó a la cabaña?

—No; sus nervios la sujetaron. Debe de haber tenido un ataque de histerismo. Tenía un arma en el bolsillo y la arrojó por encima del terraplén, al borde del camino.

—¿Por qué?

—Le daba miedo llevarla consigo, dijo a Adele.

—¿Temía usarla contra sí misma o contra alguna otra persona?

—No creo que lo haya dicho.

—¿Y Adele no se lo preguntó?

—No sé. No creo.

—¿Era un revólver o una automática?

—Un revólver.

—¿De ella?

—Sí. Yo se lo había regalado. Era nerviosa y tenía que permanecer sola muchas noches. Su marido solía estar ausente mucho tiempo.

—Muy bien. Se desprendió del revólver. Y después, ¿qué pasó?

—Adele consiguió que Milicent le prometiese regresar a Kenvale para quedarse con ella.

—¿Y lo hizo?

—No.

—¿Por qué? ¿Qué sucedió?

—No lo sabemos. Adele emprendió el regreso en su coche. Milicent la seguía en el suyo hasta que llegaron a Kenvale. Luego, Adele la perdió entre el tráfico. Estaba oscureciendo y habían encendido los faros. Eso hace difícil la vigilancia de un coche que viene detrás de uno cuando hay mucho tráfico.

—Adele la perdió... Y ¿después? ¿Fue Milicent a su casa de usted?

—No. Por lo que yo sé, nadie ha vuelto a verla. Adele iba vigilando el coche de Milicent por el espejo... Otros faros se reflejaron en él y... Bueno, eso es todo.

—¿A quién ha dicho Adele todo esto? —preguntó Mason.

—A mí solo, hasta ahora. Queremos saber...

Mason le interrumpió:

—El ayudante del *sheriff* se dispone a venir hacia aquí. ¿Sabe alguien que Milicent ha desaparecido?

—No.

—¿Cuándo llegarán a saberlo?

—Puede que pase algún tiempo... Le aconsejé a Adele que le dijese al ama de llaves que Milicent tuvo un ataque de nervios anoche y que ella le administró un somnífero y la metió en cama en el cuarto trasero del piso alto..., que Milicent no debe ser molestada por ningún motivo. Eso arreglará las cosas hasta que podamos encontrarla.

Mason le contestó:

—No creo que lo que ha hecho usted le convenga a Milicent.

—¿Por qué no? Si ellos llegan a saber que ignoramos dónde se encuentra...

—Entiendo lo que usted quiere decir; pero los aficionados no

deben tratar de ocultar la evidencia. No tenemos tiempo para discutir eso ahora. Vienen hacia aquí. Llévase aparte al ayudante del *sheriff* y cuénteles lo del desfalco.

La cara de Blane reflejó una expresión de sorpresa.

—¡Pero si ésa es una de las cosas que yo quería que usted hiciese...! Mantenerlo en secreto, que me dijera cómo...

—Usted no puede mantener eso en secreto —le interrumpió Mason—. Trate de hacerlo, y si le pescan descubrirán todo lo demás.

—Pero yo no quiero que...

—Ahora mismo —declaró Mason— estoy pensando en Milicent, y usted debería estar haciendo lo mismo. Llévase aparte al policía y dígame que le suministra la información como estrictamente confidencial y que usted no quiere que diga una palabra respecto a ello, a nadie.

—Bueno..., muy bien... Si usted lo dice...

—¿Dónde está Adele?

—En casa.

—¿Sabe ella que usted me buscó?

—Sí.

—¿Dónde se halla el teléfono más cercano?

—Camino arriba, a eso de cinco kilómetros, hay un pequeño caserío, un puesto de guardabosque y...

—Muy bien; vaya y hable con el policía. Aquí viene él ahora. Luego búsqume en el Hotel Kenvale tan pronto como pueda usted escabullirse de aquí. Trate de irse dentro de quince o veinte minutos.

El policía caminaba hacia ellos. Su expresión era la de un hombre que está decidido a hacer algo y desea llevarlo a efecto lo más pronto posible.

Mason dijo en voz baja, hablando por un lado de la boca, como si estuviese apuntando a un actor:

—Háblele ahora, Blane.

Éste alzó la voz y dijo:

—Jameson, quiero hablar con usted unos minutos... en privado, por favor.

El policía posó una mirada en los demás y contestó:

—Bueno, está bien.

Mason se volvió hacia Della Street:

—Vamos, Della. Por aquí.

Condujo a Della hacia el fondo de la casa y luego a lo largo de un sendero bien definido que corría hacia abajo por una cañada seca, lo bastante profunda como para hacerlos invisibles desde la cabaña. Después de caminar unos cien metros, salieron de la cañada y fueron hasta el lugar donde Mason había estacionado antes su coche.

—No quiero —dijo Mason— que oigan el ruido del motor, Della. Póngalo en tercera, abra el contacto y apriete el embrague. Yo empujaré el coche hasta esa pendiente. Suelte el embrague cuando yo le diga..., después que marchemos a buena velocidad... Muy bien; ahora tuerza el volante.

Mason empujó el coche hasta que empezó a deslizarse por la pendiente; luego saltó al lado de Della Street. Cuando el coche corría ya a una respetable velocidad, agregó:

—Muy bien, suelte ahora el embrague.

El motor comenzó a roncar con fuerza.

—Rápidamente, hacia el caserío —prosiguió Mason—. Quiero hablar por teléfono.

—¿Presumo que no estamos conservando los neumáticos? —preguntó Della.

—Estamos conservando una reputación —contestó Mason.

Tardaron poco más de tres minutos y medio en cubrir la distancia de cinco kilómetros que había hasta el teléfono. Mason encontró una cabina de teléfono en un almacén, llamó a la residencia de Vincent Blane en Kenvale y preguntó por Adele.

Unos momentos más tarde oyó una voz femenina que preguntaba a través de la línea telefónica con tono de duda:

—Sí... ¿Qué hay, por favor?

—Habla con Perry Mason. ¿Sabe algo de mí?

—Pues... sí.

—Muy bien. No necesito mencionar detalles. Usted sabe que su padre iba a ponerse en contacto conmigo.

—Sí.

—¿Sabe por qué?

—Sí.

Mason continuó:

—Su padre me relató lo del dormitorio del piso alto. ¿Me entiende usted?

—¿Se refiere a la persona que se supone está en él?

—Eso mismo.

—Comprendo.

Mason anunció:

—No me gusta eso.

—¿Por qué no? —preguntó Adele.

—Es peligroso. No sabemos cuáles son los triunfos... todavía. Quiero que usted haga una cosa.

—¿Qué?

—Váyase donde no puedan interrogarle. Váyase, y muy ligera. Simplemente..., desaparezca.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que yo le diga que regrese.

—¿Cómo hará usted para comunicarse conmigo?

Mason agregó:

—Mi secretaria, miss Della Street, se alojará en el Hotel Kenvale. Llámela esta tarde a las cinco. No mencione ningún nombre por teléfono. Ella tampoco lo hará. Si no hay moros en la costa, ella se arreglará para hacérselo saber a usted. Si ella no le avisa nada, es porque hay moros en la costa. Después de las cinco siga llamándola con intervalos de pocas horas... ¿Ha entendido bien?

—Sí, mister Mason.

—Muy bien, parta en seguida..., y no diga absolutamente a nadie adónde va. Trate de no ser seguida... Y no se olvide de llamar a miss Della Street.

—He entendido todo muy bien —contestó Adele—. Adiós.

Mason colgó el receptor, esperó un momento y luego llamó a su oficina de Los Ángeles.

Cuando la telefonista contestó, la central dijo:

—Deposite cincuenta y cinco centavos, por favor, incluido el impuesto federal.

Mason rebuscó en sus bolsillos, abrió la puerta de la cabina del teléfono y llamó al hombre que estaba detrás del mostrador.

—Tengo hecha una llamada a Los Ángeles. La persona que he llamado está en la línea. Necesito cincuenta y cinco centavos. ¿Puede darme cambio?

Mason sacó un billete de un dólar. El hombre marcó «Cambio» en la caja registradora, extrajo de ella tres monedas de veinticinco centavos, dos de diez y una de cinco y se acercó trotando hacia la cabina.

Mason le dio las gracias, cerró la puerta de la cabina, dejó caer las monedas en el depósito y oyó la voz de Gertie, la bondadosa muchacha del conmutador, que decía con su informalidad de costumbre:

—¡Santo Dios, mister Mason! ¿Por qué no les dijo que le cargasen la llamada en cuenta? Así no habría tenido que molestarse por las monedas.

Mason lanzó una risilla ahogada.

—Porque, en el curso de una investigación, que quizá se realice, los oficiales de policía podrían preguntarse por qué vine yo corriendo aquí para hacer una llamada telefónica. Luego hablarán con el dueño del almacén y sabrán que mi llamada fue para mi oficina de Los Ángeles.

Gertie vaciló un momento, y luego continuó:

—Me doy cuenta, su segunda llamada.

—Eso es. Solamente que a ellos no se les ocurrirá que hubo dos llamadas. Pórtese bien, Gertie.

—Gracias, mister Mason. ¿Vamos a entretenernos en los comentarios de costumbre sobre el porcentaje que hay en ello o ya hemos hablado demasiado?

Mason concluyó:

—Ya hemos hablado lo suficiente. De cualquier modo, usted ya sabe todas las respuestas —y colgó el auricular.

Capítulo 6

En el hotel Kenvale, Mason dio a Della Street instrucciones rápidas.

—Justamente antes de salir de la carretera principal pude ver una señal colocada por el Automóvil Club, en la que estaban inscritas las palabras «Distrito de Kern». Busque la situación del límite del distrito y de aquella cabaña. Luego vuelva aquí y espere.

—En seguida —contestó Della—. No tardaré mucho, creo.

Mason se acomodó confortablemente en el vestíbulo del hotel y vigiló la puerta, mientras esperaba a Vincent Blane. Al cabo de treinta minutos de impaciencia, se dirigió a una cabina telefónica y llamó a Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives Drake, de Los Ángeles. Contestaron a la llamada en pocos segundos, y cuando Mason oyó la voz de Drake a través de la línea, dijo:

—Habla Perry Mason, Paul. Los teléfonos me parecen sospechosos, así que tendremos que hablar con cuidado.

—Muy bien, hable usted.

—Estoy en Kenvale. A unos treinta y cinco kilómetros de aquí, en las montañas, un hombre llamado Blane posee una cabaña. El yerno de Blane, Jack Hardisty, fue asesinado en esa cabaña anoche. Jameson, el ayudante residente del *sheriff*, que investiga el caso ahora, se porta decentemente, pero le van a reemplazar unos que vienen de Los Ángeles, con los cuales será más difícil tratar. Me gustaría conocer todos los detalles antes que llegaran.

—¿Qué quiere usted decir con «todos los detalles»?

—Hora de la muerte, pistas, forma de la muerte, motivos, oportunidades, coartadas..., y localizar a Milicent Hardisty, la esposa de la víctima.

Drake dijo:

—¿Es esto último parte de la rutina?

—No.

—¿Quiere usted decir que puede ser difícil?

—Sí.

—¿Es con eso con lo que se supone que debo tener cuidado?

—Así es. Y es probable que deba tener usted mucho cuidado con ello.

—¿Valdrá la pena buscar en los lugares de costumbre?

—Exactamente..., no se deje engañar por informaciones en contrario.

—Muy bien, Perry. ¿Dónde estará usted?

—En el Hotel Kenvale, al menos hasta que consiga averiguar algo. Pero si yo no estuviese, encontrará a Della aquí.

—¿Quién es su cliente?

—Vincent P. Blane.

—¿Es probable que él haya cometido el hecho?

—La policía no ha dicho eso.

Drake insistió:

—Eso no contesta mi pregunta.

—Eso piensa usted.

Mason colgó. Esperó otros cinco minutos y luego llamó impaciente a la residencia de Blane.

—Habla Perry Mason, el abogado —anunció a la voz femenina que contestó al teléfono—. ¿Está miss Adele Blane?

—No, señor.

—¿Está mistress Hardisty?

—Sí, señor. Está aquí, en la casa, pero hay órdenes estrictas de que no sea molestada. Tuvo un ataque de histerismo anoche y le fue suministrado un soporífero.

Mason sonrió y dijo:

—Está muy bien. No la molestaré... ¿Hubo otras llamadas para ella?

—Sí, señor.

—¿Cuántas?

—¡Oh, media docena, aproximadamente!

—¿Amigos?

—No, señor. Voces extrañas que no quisieron dar sus nombres.

—¿Hombres o mujeres?

—Ambos.

Mason terminó:

—Muy bien; si llega a saber algo de mister Blane, directa o indirectamente, llámeme al Hotel Kenvale.

Mason colgó, y cuando justamente salía de la cabina del teléfono, se abrió violentamente la puerta del vestíbulo e irrumpió en éste un pequeño grupo, a cuyo frente iban Blane y Jameson. Al ver Blane a Mason, su cara reflejó una expresión de alivio. Mientras el grueso y cansado hombre de negocios se acercaba al abogado, Jameson se mantuvo al lado de aquél.

Mason sostuvo un tono de voz muy natural al dirigirse a Blane.

—Parece que recoge usted cada vez más personas mientras viaja.

Los ojos de Blane tenían una expresión de ruego desesperado.

—Éstos son testigos —explicó rápidamente—. Miss Strague, su hermano y mister Beaton. Viven allá arriba, en los alrededores de aquel lugar.

Mason continuó:

—Parecen estar muy cansados. ¿Qué les parece si vamos a mi habitación, que está fresca, y donde, además, podemos beber un trago?

El policía contestó:

—Temo que no hay tiempo para eso, mister Mason. Mister Blane ha adoptado una actitud muy extraña.

—¿Y qué actitud es ésta?

—Miss Strague ha encontrado el arma con la cual se cometió el crimen. Mister Beaton la acompañaba cuando la encontró.

Mason, para ganar tiempo, hizo una pequeña inclinación de cabeza a Lola Strague.

—La felicito. Evidentemente, usted ha hecho un buen hallazgo... ¿Puedo preguntar dónde estaba el arma?

—Tirada entre las hojas de pino, al otro lado de la roca, cerca de la cual mister Raymand dice que estaba el reloj enterrado.

—No necesitamos averiguar eso ahora —interrumpió Jameson de prisa—. El hecho es que hay pruebas que relacionan el revólver con la esposa de Jack Hardisty.

—¿Es cierto eso? —preguntó Mason con tono indiferente—.

¿Qué pruebas son esas?

Blane señaló a Beaton, que interrumpió rápidamente:

—Por supuesto, caballeros, que yo no puedo jurar que ése sea el revólver que ella tenía en la mano cuando yo pasé a su lado en mi coche, en la tarde de ayer. Estaba en pie en la carretera principal y tenía algo en la mano. Pensé que sería una llave inglesa y que su coche se había descompuesto. Iba a preguntarle si necesitaba ayuda, pero justamente en ese momento levantó su brazo y arrojó este revólver... si era un revólver lo que tiró hacia abajo, a la garganta de la montaña. Su cara estaba contorsionada por la emoción. Cuando pasé al lado de ella me miró sin dar señal alguna de haberme reconocido. Dudo que ni siquiera me haya visto, aunque me quité el sombrero al pasar.

—¿A qué hora fue eso?

—Entre las seis y cuarto y el oscurecer. Aquí arriba, en la montaña, no nos preocupamos mucho de la hora. Yo uso un reloj barato. Algunas veces le doy cuerda y otras veces me olvido de hacerlo. Cuando mi reloj marcha, por lo general le pongo en hora guiándome por el sol; así, que no voy a fijar una hora que muchos abogados podrían desvirtuar al interrogarme.

La mirada de Beaton se posó amistosamente en Mason, y las patas de gallo que tenía cerca de sus ojos se pronunciaron aún más mientras sonreía.

—Supongo que esto no le fastidiará, mister Mason.

—De ningún modo —contestó Mason haciendo una mueca—. Creo que sería muy difícil interrogar a un testigo como usted.

Beaton continuó:

—Miss Payson iba conmigo en el coche. Nos dirigíamos a Kenvale. Fuimos a cenar y al teatro. Quizás ella pueda decirle la hora que era, aunque ella no vio a mistress Hardisty arrojar el revólver hacia la garganta.

—¿Cree usted que eso ocurrió después de las seis? —preguntó Mason.

—Sé que fue después de las seis y cuarto, porque miss Payson estaba escuchando un programa de radio que comienza a las seis y termina a las seis y quince minutos. Me hizo esperar hasta que terminó la audición, antes de partir para Kenvale... Y ése es el

cálculo más aproximado que puedo hacer sobre la hora.

—Todo esto no tiene nada que ver con el asunto —anunció el policía—. Quiero hablar con mistress Hardisty. Blane se conduce como si creyese que su hija es culpable.

—Nada de eso —respondió Blane, irritado—. Estoy tratando simplemente de proteger la salud de mi hija.

—Bueno, usted corrió al teléfono y trajo aquí a toda prisa a Perry Mason —acusó el ayudante del *sheriff* irritado—. Yo no nací ayer. Sé lo que significa eso.

Mason sonrió afablemente.

—Bueno, caballeros —declaró—, yo no nací ayer, pero no estoy seguro de saber lo que significa esto.

—Significa que Blane está tratando de...

—¿Sí? —gritó Blane mientras el policía se detenía bruscamente.

—Yo no estoy metiéndome en lo que no me importa —declaró Jameson con terquedad—. Soy simplemente un representante, un residente aquí, del *sheriff*. Pronto vendrá alguien de la oficina principal... He tratado de que vengan ya. Yo... Precisamente ahí vienen.

Se abrió la puerta. Dos hombres se acercaron al grupo, moviéndose con actitud aviesa, como si fuesen barcos de guerra que se dirigieran al encuentro de un convoy.

Mason dijo al delegado del *sheriff*:

—Sin duda, usted querrá explicar la situación a estos caballeros. Mientras lo hace, voy a conferenciar con mi cliente.

Tomó del brazo a Blane, le llevó a un lado y anunció:

—Muy bien, Blane, ésta es la despedida.

Cuando Blane habló, estaba tan nervioso, que sus labios temblaban.

—Es el revólver de mi hija, Mason —dijo—. Lo he reconocido.

—¿Qué les dijo usted?

—Les dije que debía consultar con usted antes de hacerles saber dónde se hallaba mi hija... Esto es terrible, Mason. Ahora averiguarán que Milicent ha desaparecido. No podemos ocultarlo por más tiempo.

—No tiene usted idea alguna de dónde se encuentra ella.

—No.

—Bien; tiene que permitirles que vayan a su casa..., y entonces hacer frente a la situación. Recuerde que yo estaré con usted. Cuando encuentren la habitación a oscuras, con una cama que no ha sido usada, empezarán a actuar duramente. Cuando le aprieten demasiado, déjeme intervenir a mí y yo manejaré el asunto.

—Muy bien..., solamente que pueden meterse con Adele.

—No lo harán.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

Mason sonrió:

—¿Para qué cree usted que ha contratado a un abogado?
¡Vamos, Blane, no se desanime usted! Ahí vienen ya.

Los hombres de la oficina de Los Ángeles eran duros de pelar. No trataron a Blane con la cortesía con que lo había hecho Jameson.

—Necesitamos a mistress Hardisty —anunció el hombre que llevaba la voz cantante—. ¿Qué es eso de que no podemos verla?

—Nadie se lo ha impedido a ustedes —declaró Mason.

El hombre se volvió hacia Blane.

—¿Por qué le dijo usted a Jameson que no podía hablar con ella antes que usted lo hubiera hecho con Mason?

—Creo que ha habido una equivocación —intervino Mason—. Mister Blane sabe que su hija ha estado muy preocupada por otro asunto que no tiene nada que ver con...

—Bueno, nosotros pensamos que tiene que ver mucho con esto.

Jameson declaró con gran apresuramiento:

—He explicado a estos señores lo que me dijo mister Blane. Trataremos de evitar que figure en la investigación.

—Eso es lo que yo trataba de explicar —siguió diciendo Mason tranquilamente—, porque, a causa de esta situación anormal, mister Blane...

—¿Qué tiene que ver eso con el paradero de mistress Hardisty?
¿Sabe usted dónde está ella?

Blane vaciló.

Mason dijo:

—Vamos, Blane. Dígale dónde está.

—Está en mi casa, durmiendo.

El hombre se volvió hacia Jameson.

—¿Sabe usted dónde es eso?

—Sí.

—Muy bien, vamos allá.

—¿Tiene su coche aquí? —preguntó Mason a Blane, mientras los otros se alejaban.

—Sí.

—Vamos a tratar de llegar antes que ellos.

Blane guió a Mason hasta el lugar donde había aparcado su coche.

Mason se acomodó en el asiento y guardó silencio hasta que Blane detuvo el automóvil delante de su casa. Entonces dijo, mientras los oficiales llegaban frente a la misma:

—Recuerde que debe mostrarse sorprendido cuando ellos no encuentren a nadie en ese dormitorio...

Acompañaron a los oficiales hasta el interior de la casa. Blane anunció:

—Voy a subir para avisar a mi hija que...

—No, señor —intervino el hombre de Los Ángeles—. Esto es una investigación, no una visita. Queremos hablar con mistress Hardisty antes que nadie hable con ella, antes que nadie le dé informes sobre lo que ha sucedido. Así que usted...

—Insisto —respondió Blane con dignidad— en estar presente cuando ustedes interroguen a mi hija.

El funcionario de Los Ángeles vaciló.

Mason agregó:

—Y yo, como apoderado de mistress Hardisty, también he de estar presente.

—Muy bien, no vamos a discutir por eso. Yo no voy a morder a la señora... Pero una cosa es definitiva, yo voy a llevar toda la conversación. Si ella contesta satisfactoriamente a mis preguntas, muy bien. Si ustedes la ayudan a contestar, lo tendré en cuenta cuando presente mi informe al fiscal de distrito. Ahora muéstranos el camino al dormitorio.

Mason hizo una seña a Blane y éste condujo al pequeño grupo hacia el piso alto, y luego, por un pasillo, hasta una puerta cerrada.

—¿Es aquí? —preguntó el funcionario.

Blane contestó:

—Sí, éste es el dormitorio posterior... Un momento. Mi hija merece algunas consideraciones.

Blane golpeó la puerta. Ningún ruido se oyó dentro de la habitación. El funcionario golpeó con fuerza los paneles de la puerta.

Mason estaba sacando su pitillera cuando oyó que una llave giraba en el interior de la cerradura. En seguida, una mujer, que evidentemente había estado vistiéndose y que se había echado encima un albornoz, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted mistress Hardisty? —preguntó el funcionario.

—Sí. ¿De qué se trata, papá?

El funcionario de Los Ángeles manifestó a Blane:

—Bueno, yo voy a dirigir esto de ahora en adelante.

Mistress Hardisty mostró su consternación.

—Pero..., ¿qué sucede?

—¿Dónde está su marido, mistress Hardisty?

—Yo... Pues, yo... ¿No está en el banco de Roxbury?

—Usted sabe que no.

Milicent permaneció callada.

—¿Sabía usted que él cometió un desfalco en el banco?

Blane se dispuso a interrumpir, pero el funcionario le detuvo con un gesto.

—¿Qué contesta usted, mistress Hardisty? ¿Lo sabía usted o no?

Milicent miró a su padre.

—Quiero que conteste con claridad a mi pregunta, por favor. No trate de que nadie le haga señas.

—Yo... Sí.

—Eso está mejor. ¿Cuándo vio por última vez a su marido?

—Ayer.

—¿Á qué hora?

—Creo que era la una o una y media.

—Vamos a ver si podemos averiguar mejor esto, mistress Hardisty. ¿Conoce usted bien la cabaña montañesa que pertenece a sus padres?

—Pues, sí, por supuesto.

—Usted estuvo allí arriba en la tarde de ayer, ¿no es verdad?

—Sí.

—¿Por qué fue allí?

—Yo..., yo pensé que Jack estaría en la cabaña.

—Así que fue allí para ver a su esposo, ¿no?

—Sí.

—¿A qué hora fue eso?

—No lo sé exactamente.

—¿Y le vio usted?

—No.

Por un momento hubo un intervalo en la rápida sucesión de preguntas, mientras el funcionario digería su sorpresa. Luego continuó su ataque, esta vez un poco más ceñudo, y con un poco más de salvajismo.

—Mistress Hardisty, voy a ser franco con usted. Sus respuestas pueden resultar muy importantes... para usted. Ahora deseo que me conteste la verdad. Usted vio a su esposo allá arriba en la cabaña, ¿no es así?

—No, no le vi. Ni siquiera llegué a la cabaña. Yo..., tuve un ataque de histerismo. Me detuve en la carretera principal... Bueno, caminé hacia arriba un poco por nuestro camino..., y luego volví a la carretera principal, tratando de calmarme los nervios caminando, y me encontré con Adele...

—¿Quién es Adele?

—Mi hermana.

—¿Por qué se sentía usted tan deprimida? ¿Qué era lo que pensaba hacer cuando viera usted a su esposo?

Mason intervino suavemente:

—Creo que usted va demasiado lejos sobre ese punto, oficial.

—¿Le parece?

—Sí.

—De cualquier modo, usted no tiene nada que ver con esto. Ya le dije que yo iba a llevar toda la conversación.

Mason dijo:

—En cuanto se relacione con las preguntas sobre el hecho, todo está perfectamente. No voy a oponerme a que mi cliente conteste...

—Pero, ¿quién es este hombre? —preguntó Milicent muy confundida—. ¿Por qué dice que yo soy su cliente?

Mason anunció al funcionario:

—Voy a darle a usted todas las ventajas. No voy a contestar esa pregunta. Voy a permitir a usted que le dé la noticia a su modo, pero voy a...

—Yo lo haré —dijo el funcionario, muy irritado—. No estoy obligado a hacerlo aquí. Puedo cargar a esta señora en un coche ahora mismo y llevarla a la oficina del fiscal de distrito. Tengo motivos para hacerlo.

—Usted no tiene motivos ni para hacerla moverse de esta habitación —contestó Mason.

—No lo creo. Ese revólver...

—¿Qué hay de ese revólver? —preguntó Mason.

El oficial se volvió muy irritado hacia mistress Hardisty y manifestó:

—Ya que hemos tomado ese tema, le haré la pregunta directamente. ¿Por qué llevó allí arriba un revólver?

Milicent trataba aparentemente de ocultar su confusión.

—Yo... llevaba un revólver... Usted quiere decir...

—Yo quiero decir que usted llevaba consigo un revólver de calibre treinta y ocho cuando subió a la cabaña para ver a su esposo. Bien, ¿por qué lo hizo?

Mason intervino con tono muy significativo:

—El revólver que su padre le regaló a usted para su protección, mistress Hardisty.

—Llevé el revólver allí arriba..., porque temía a Jack.

El funcionario se dirigió, muy irritado, a Mason.

—¡Oh, no! ¡Usted no va a decir nada! Usted va a darme todas las ventajas para averiguar la verdad, y luego pone las palabras en boca de su cliente. «El revólver que su padre le regaló para su protección...». Muy bien. Voy a decirle lo que yo voy a hacer. Voy a llevarme a esta mujer a Los Ángeles para interrogarla allí.

—¿Va usted a detenerla?

—Si usted quiere obligarme a ello, sí.

—Muy bien —dijo Mason—, voy a obligarle.

—Está bien —anunció el funcionario—. Mistress Hardisty, queda usted detenida. Y le prevengo que cualquier cosa que diga, podrá ser usada en contra suya.

—Detenida, ¿por qué? —dijo Mason—. Usted no puede detenerla sin decirle el motivo de su detención.

El funcionario vaciló.

—Prosiga usted —agregó Mason—. Si la saca de esta habitación con carácter de detenida, usted tendrá que arrestarla bajo una acusación concreta. De otro modo ella no saldrá de esta casa.

El funcionario vaciló todavía unos segundos y luego anunció:

—Muy bien, lo haré en forma. Mistress Hardisty, soy un representante de la ley. La detengo a usted por el asesinato de su esposo. Como representante de la ley, tengo motivos suficientes para creer que usted es culpable de este crimen. De ahora en adelante no se le permitirá hablar con nadie. Vístase. Partimos para Los Ángeles ahora mismo.

Mason declaró:

—Y yo, como abogado de esta mujer, le aconsejo que no conteste a ninguna pregunta que le formulen mientras yo no esté presente.

El funcionario agregó muy irritado:

—No debí haberle permitido que nos acompañase, señor. Otra vez sabré lo que tengo que hacer.

Mason sonrió.

—Y si usted hubiese tratado de impedirme que le acompañara, no se habría atrevido a impedírmelo esa otra vez.

Capítulo 7

Mason detuvo su coche frente al Hotel Kenvale y se encontró con que Della Street le esperaba en el vestíbulo.

—¿Averiguó lo de esa cabaña? —preguntó a Della.

—Sí. Fui al Registro de Propiedades del distrito y localicé definitivamente el lugar...

—¿Justamente dónde? —preguntó Mason.

—Es en el distrito de Los Ángeles, pero haciendo unas mediciones en el mapa pude comprobar que la cabaña está situada, más o menos, a cuatrocientos veinte metros del límite del distrito.

—Pero, el camino que lleva a la cabaña, ¿cruza el límite del distrito de Kern?

—Así es. El camino privado que conduce a la cabaña se desvía un poco más allá del límite del distrito.

—¿A qué distancia?

—No mucha...; alrededor de sesenta metros.

Mason sonrió.

—¿En qué piensa usted?

Mason dijo:

—Si el crimen fue cometido en el lugar donde el coche fue despeñado y el cuerpo fue llevado luego a la cabaña, el asesinato fue consumado en el distrito de Kern. Pero si el hombre fue asesinado en la cabaña, entonces, por supuesto, el crimen se llevó a cabo en el distrito de Los Ángeles. Por el momento, quizá los oficiales ignoren esa circunstancia.

—¿Pero hay alguna ley que diga algo de eso? —preguntó Della Street con tono desconfiado.

—Exactamente —contestó Mason—. Artículo setecientos ochenta y dos de nuestro Código Penal... Y eso va a resultar

entretenido.

—Vamos, hombre, desembuche.

—Ese artículo establece que cuando un crimen ha sido cometido dentro de quinientos metros de dos o más distritos, cae dentro de la jurisdicción de cualquiera de ellos.

—Y entonces, ¿por qué sonríe usted? En este caso, cualquiera de los dos distritos tiene jurisdicción.

Mason repuso:

—Ya lo verá usted, si esto resulta..., y creo que resultará.

—¿Qué sucedió en casa de Blane? —preguntó Della.

Mason dejó de sonreír:

—Ahí sí me llevé un chasco. Ella estaba allí.

—¿Milicent Hardisty?

—Sí.

—¿Pero no se suponía que debía estar allí?

—Eso era lo que suponían los oficiales. Blane me dijo que su hija no estaba en la casa.

—¿Le mentía Blane a usted?

—No lo sé. No lo creo. Cuando Milicent abrió la puerta sentí como si alguien me hubiese dado un puntapié en el estómago. Allí estaba yo sin poder hacer nada, mientras los oficiales se disponían a interrogar a mi cliente sin que yo hubiese podido hablar antes con ella... ¿La llamó a usted ya Adele Blane?

—No.

—Bueno, lo hará. Quiero verla. Creo que puede regresar ahora a su casa. Dígale, eso cuando llame..., pero que no se olvide de verme a mí antes de hacerlo.

Della miró a Mason y dijo:

—Parece como si usted hubiese arreglado su desaparición... ¿Qué hicieron ellos con mistress Hardisty?

—La detuvieron, y ahora van a «enterrarla».

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Por lo general, los detenidos acusados de asesinato son llevados a la cárcel del distrito; pero si las autoridades creen que van a investigar mejor el caso llevándose al preso a otra cárcel, lo hacen así... Usted puede darse cuenta de la situación de Milicent Hardisty. Yo le dije que no contestase a ninguna pregunta. Quizá lo

haga o quizá no. De cualquier modo, ellos saben que voy a tratar de verla. Hay diez probabilidades contra una de que en lugar de llevarla a la cárcel de Los Ángeles, donde yo puedo hallarla, la conduzcan a alguna otra localidad del distrito, y la retengan allí. Para cuando yo pueda encontrarla, ellos ya habrán tenido tiempo suficiente de presionarla. Eso es lo que se llama «enterrar a un preso».

—Pero, ¿no es falta de ética?

Mason hizo una mueca:

—No existe la ética cuando usted está tratando con la policía. O, mejor dicho, cuando la policía está tratando con usted. Uno está atado por la ética. Pero para la policía no cuenta. Ellos trabajan convencidos de que están «buscando la verdad», mientras usted está «protegiendo a un criminal».

—Eso no parece justo —contestó Della.

—Por supuesto, usted tiene que admitir un hecho. La policía está tratando de resolver los crímenes. Ellos creen sinceramente que todo lo que hacen tiende a descubrir la verdad y que todo lo que no se les permite hacer es un obstáculo colocado en su camino. Por eso creen que todas las leyes que se sancionan para proteger la libertad individual son barreras puestas en el camino de la policía... Bueno, supongo que tendré que presentar un escrito para solicitar el *habeas corpus*. Usted permanezca aquí y ocúpese del asunto mientras yo no estoy.

—¿Qué desea que haga?

Mason contestó:

—Una de las cosas que ha de hacer se refiere a Harley Raymand. Trate usted de que él vuelva a esa cabaña y que vigile por allí.

—¿Por qué?

—No estoy enteramente satisfecho de algunas cosas.

—¿Qué, por ejemplo?

—Evidentemente, Jack Hardisty usaba gafas. Vi las marcas en su nariz, en el lugar donde era presionada por los soportes.

—¿Y qué?

—No tenía las gafas puestas.

—¿No estaba parcialmente desnudo?

—Sí.

—Los hombres no se acuestan con las gafas puestas.

—No pude verlas en ningún lugar de la habitación.

—Probablemente las puso en un bolsillo de su chaqueta cuando se desnudó.

—Quizá..., pero hay otras cosas que indican que no se desnudó él mismo.

—¿Qué?

—Los zapatos.

—¿Qué hay con los zapatos?

—Por el aspecto de los zapatos —contestó Mason—, parecía que Hardisty hubiese salido recientemente del salón de limpiabotas.

—¿Y qué tiene de raro eso?

—Si Harley Raymand y Adele Blane dicen la verdad, Hardisty bajó de su coche y estuvo caminando entre las hojas de pino. Eso le habría cubierto de polvo los zapatos, pero hay otro detalle acerca de ellos que me preocupa.

—¿Cuál?

—Pude notar que habían sido colocados debajo de la cama con las puntas hacia dentro.

—¿Y qué quiere eso decir?

Mason murmuró:

—Nueve personas de cada diez que se desnudan sentadas sobre la cama se quitan los zapatos y los colocan en el suelo con las puntas dirigidas hacia fuera; pero si otra persona coloca unos zapatos debajo de una cama donde está durmiendo alguien, casi invariablemente los pone con las puntas hacia dentro.

Della lo pensó bien y luego dio su conformidad, muy pensativa.

—Ahora bien —prosiguió Mason—: si usted hubiese visto la parte baja de los pantalones de Jack Hardisty, habría observado que tenía adherida un poco de barro..., tierra rojiza y seca..., no mucha, pero suficiente para notarse. Pero recuerde que hace un mes que no llueve aquí, en el sur de California. Jack Hardisty no pudo haber andado con barro en sus pantalones durante un mes... Quiero que Harley Raymand explore por allí para ver si encuentra algún lugar donde una corriente de agua atraviesa tierra rojiza.

—Pero si Hardisty caminó sobre tierra rojiza, ¿por qué no se le pegó en los zapatos?

—Tiene usted razón. Se quitó los zapatos y los calcetines y caminó descalzo por allí o se limpió los zapatos después.

—Santo Dios... ¿Por qué?

Mason hizo una mueca y respondió:

—Quizá noventa mil dólares en efectivo sean la respuesta.

—Oh, ya veo... ¿Quiere usted que le haga notar eso a mister Raymand?

—De ningún modo.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí. Dígale a Raymand que busque ese reloj y que esté atento por si oye su tic-tac. Si pone sus manos de nuevo sobre el reloj, quiero que me lo traiga inmediatamente.

—Muy bien —contestó Della Street—. Diré a Raymand lo que usted quiere. ¿Algo más?

—Ah, sí. Hay algo que quiero que usted haga con Paul Drake. Será una jugarreta un poco difícil, pero creo que él se las arreglará.

—¿Qué?

—De acuerdo con ese artículo del Código Penal, la jurisdicción corresponde a cualquiera de los dos distritos, el de Kern o el de Los Ángeles. Ahora bien: si Paul pudiese conseguir que algún periodista le dijese al fiscal de distrito de Kern que éste va a ser un caso espectacular, que es probable que se le dé gran publicidad y que es posible que el fiscal de distrito que intervenga en él consiga un gran éxito político... Bueno, usted sabe lo que significa eso. Es lo que ansían todos los acusadores de distritos pequeños.

—Entonces, ¿quiere usted que la causa se ventile en el distrito de Kern?

—No. Lo que quiero es que cada distrito crea que el otro trata de intervenir en la causa.

—Le diré a Paul que trate de arreglarlo. ¿Otra cosa?

—Creo —terminó Mason— que eso será suficiente.

Capítulo 8

Harley Raymand advirtió con cierta sorpresa que los sucesos del día no le habían cansado tanto como él creyera. Su sueño, al aire libre y fresco que se respiraba en la cabaña montañesa, calmó sus nervios, dándole la sensación de que se hallaba repuesto del todo.

La oficina del *sheriff* había cumplido su misión con gran eficiencia. Se incautó del colchón y de las ropas de la cama y los mandó a Los Ángeles para que fuesen examinados por los peritos. Harley advertía que las autoridades dudaban sobre si Hardisty había sido muerto de un tiro mientras descansaba en la cama, o si su cuerpo había sido trasladado a la cama poco después de cometerse el crimen. Y ahora, Harley se hallaba trabajando con objetivos bien definidos en su mente: para encontrar tierra rojiza y húmeda..., hallar el reloj..., localizar la pala que Hardisty había llevado en su coche, y, en general, para hallar cualquier pista perdida en la que no se hubiese fijado la policía..., esas cosas que suelen ser vistas por una persona que vive en un lugar y que escapan a la atención de un investigador casual.

Vincent Blane le había preguntado si se sentiría nervioso al quedarse solo en una cabaña donde había sido cometido un crimen... Harley se reía cada vez que se acordaba de ello; él, que había aprendido a seguir combatiendo mientras sus camaradas caían muertos a su alrededor. ¡Él, que había llegado a acostumbrarse tanto a la muerte, que ya no le inspiraba ni el más leve respeto, iba a tener miedo de dormir en una cabaña, simplemente porque un hombre había sido asesinado en ella!

Los rayos del sol de la tarde caían oblicuos sobre las cumbres, mientras los valles se llenaban de sombras de color púrpura. Harley atravesó la meseta en la que había estado enterrado el reloj.

Quienquiera que fuese el que lo había sacado de allí, había realizado, sin duda, un trabajo útil y astuto al rellenar de nuevo el agujero, apisonándolo, limpiando cada partícula de tierra sobrante y esparciendo el musgo y hojas de pino por encima del lugar.

No solamente no había señal alguna del reloj, sino que Harley se vio forzado a admitir que si él, él personalmente, no hubiese visto el reloj enterrado en este mismo lugar, habría dudado de la palabra de cualquiera que le hubiese dicho que había allí un reloj enterrado.

El musgo y las hojas de pino formaban una alfombra bajo sus pies.

Los rayos de oro del sol caían sobre los árboles rectos y elevados, arrojando largas sombras... Algún objeto reluciente reflejaba los rayos del sol con brillantez centelleante y lanzaba un destello de color.

Harley se dirigió hacia el crestón de la roca creyendo que el objeto que reflejaba los rayos del sol podría hallarse en alguna veta de aquélla.

Al aproximarse a la roca, sin embargo, no pudo encontrar nada que hubiese podido causar el reflejo. En la veta había algo que parecía una línea de hojas de pino, la cual formaba un fondo de color verde oscuro que contrastaría con cualquier objeto metálico que se encontrase allí.

Intrigado, Harley volvió sobre sus pasos hacia el lugar desde donde había visto primeramente centellear la luz del sol, y se movió hacia atrás y hacia delante, hacia arriba y hacia abajo, hasta que de pronto vio, una vez más, el reflejo brillante. Esta vez observó cuidadosamente el lugar y caminó hasta él sin quitarle los ojos de encima.

Justamente cuando llegaba a la roca algo le obligó a volverse.

Lola Strague se encontraba a sus espaldas, a menos de seis metros de distancia de él.

—Hola —dijo la joven con una leve carcajada—, ¿por qué andaba usted zigzagueando de aquí para allá?

Harley contestó, ligeramente irritado:

—¿Y puedo yo preguntar por qué anda usted espiando?

—¿Andaba yo espiando?

—Usted estaba muy quieta.

—Quizá estaba usted muy concentrado en lo que hacía y no me oyó.

Harley adoptó una actitud digna.

—¿Me buscaba usted? —preguntó.

—No era ése mi propósito definido.

—Entonces, ¿puedo preguntar qué era lo que buscaba?

Ella sonrió.

—Presumo, ahora que me doy cuenta de ello, que soy una merodeadora, aunque los límites de la propiedad no están muy bien marcados por estos lugares. Usted sabe que no hay barreras ni señales... y encontré un revólver hoy aquí. Creo que eso debería conferirme el derecho a volver.

—A mí no me preocupan los merodeadores —declaró Harley— pero tengo la impresión casi segura de que usted buscaba algo y que su actitud era un poco... Bueno, furtiva.

—Así le pareció a usted, ¿no? Eso me interesa mucho. ¿Confía usted en las impresiones que se forma de este modo, o advierte a veces que luego resultan equivocadas? Ando recogiendo datos para un artículo que pienso escribir sobre este asunto.

—Yo confío en mis impresiones —respondió Harley—. Mi primera impresión fue que usted andaba buscando alguna cosa; así como mi impresión actual es que usted quiere ganar tiempo tratando de no contestar a mi pregunta hasta que pueda encontrar la respuesta que le conviene.

—Creo que sus impresiones son justas, mister Raymand —dijo Lola sonriendo—. Le diré la verdad. Andaba buscando el reloj.

—¿Por qué se interesa tanto por él?

—No lo sé. Siempre me interesan los misterios, las cosas que no han sido explicadas... Y ahora, ya que yo he contestado, le preguntaré. ¿Qué anda buscando usted?

—Salud, descanso, aire fresco y distracción —contestó Harley.

Los ojos de Lola Strague le sonreían.

—Continúe —dijo la joven.

—Y el reloj —admitió Harley.

—¿Y por qué está usted tan interesado en encontrar el reloj?

—Porque tengo la idea de que la policía cree que estoy mintiendo acerca de él.

—Usted tenía un testigo, ¿verdad?

—Sí, Adele Blane.

Lola Strague formuló su otra pregunta con tono indiferente..., quizá demasiado indiferente.

—¿Dónde está ahora Adele Blane? —inquirió.

—Presumo que estará tratando de ponerse en contacto con Milicent... —contestó Harley frunciendo el ceño—. Mistress Hardisty, ya lo sabe usted, es su hermana.

—Ya veo —declaró Lola, aunque el tono de su voz demostraba que no había quedado muy convencida—. ¿No estuvo ella anoche aquí?

—Estuvo aquí conmigo, ayer por la tarde.

—¿Y volvió después?

—No lo sé. Me fui a dormir al hotel.

La muchacha, alta y esbelta, acercóse al peñasco, ajustando su cuerpo joven y flexible a las irregularidades de la roca. Sus ojos contemplaban a Harley Raymand con fijeza desconcertante.

—¿Piensa usted quedarse aquí con nosotros o está simplemente pasando unas vacaciones?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Harley tratando de sentarse en una posición que le permitiese ocultar el punto exacto de la veta de la roca desde la cual había salido el reflejo que viera antes.

—Oh, usted me entiende. ¿Va a llevar una vida ociosa o a correr sin descanso detrás del éxito?

—No lo sé. Por ahora estoy descansando y tratando de respirar todo el aire puro que me sea posible. No he pensado todavía en el futuro.

Lola levantó una ramita y trazó unas figuras indefinidas sobre la roca.

—Esta guerra parece una pesadilla. Pero ha de terminar, y la gente despertará.

—¿A qué? —preguntó Harley.

Lola dejó de mirar los dibujos que había hecho sobre la roca y alzó la vista.

—Algunas veces —admitió— me asusta pensar en ello.

Quedaron en silencio un rato, mientras Harley observaba cómo

la sombra de una rama de pino se deslizaba del hombro de Lola hasta el lóbulo de su oreja.

—De algún modo —prosiguió ella—, la sociedad erró el camino. Lo que la gente persiguió creyendo que era el éxito, no era tal cosa en absoluto.

Harley permaneció en silencio, arropándose en el lujo de un letargo perezoso.

—Mire a mister Blane —continuó diciendo Lola—. Es un ejemplo de ese sistema..., siempre apresurado. Ahora tiene alrededor de cincuenta y cinco años. Tiene alta presión arterial, bolsitas debajo de los ojos y expresión de espectro. Sus ademanes son nerviosos y violentos... Uno no puede creer que la vida fue concebida para vivirla así. Blane nunca descansa, nunca se toma unas vacaciones largas y buenas..., tiene que atender a demasiadas cosas. Y se dice que sus negocios no marchan bien; que los impuestos fiscales se llevan todo lo que gana y que le tienen siempre preocupado.

Harley sintió que su lealtad hacia Vincent Blane le obligaba a hablar.

—Muy bien, vamos a hablar de mister Blane —dijo—. Sucede que yo sé algo de él. Sus padres murieron cuando él era un niño. Su primer empleo le producía doce dólares semanales. Estudió mientras trabajaba. Ahora dirige dos bancos, uno en Kenvale, otro en Roxbury. Es dueño de una gran casa de ramos generales. Da trabajo a mucha gente. Ha hecho progresar a la comunidad.

—¿Y qué le sirve eso a él? —preguntó Lola.

Harley pensó un rato y luego declaró:

—Si usted quiere considerar eso desde tal aspecto, ¿de qué nos sirve a nosotros? Mister Blane es un americano típico, símbolo del espíritu del progreso comercial que convirtió a este país de colonia en nación.

—¿Va usted —preguntó ella abruptamente— a trabajar para él?

—No lo sé.

—¿Está usted trabajando para él ahora?

—¿Es eso... bueno, por decirlo así, pertinente?

—¿Quiere usted decir que el asunto no me interesa?

Harley movió la cabeza.

—Yo no lo expresé de ese modo.

—Pero, ¿es eso lo que quiso decir?

—No; me preguntaba si realmente ello podría tener alguna relación.

—¿Con qué?

—Con... Bien, su actitud hacia mí.

Los ojos de Lola Strague brillaron con súbito interés, pero apartó en seguida la vista, mientras la ramita de pino que todavía sostenía en su mano empezaba a ser frotada otra vez contra la roca.

—¿Qué estaba haciendo aquí fuera? —preguntó a Harley.

—¿Cuándo?

—Cuando llegué yo, hace un rato.

—Mirando el lugar donde había estado el reloj.

—Y alguna otra cosa encima de la roca —agregó ella.

—¿Estaba usted observándome?

—Solamente mientras me acercaba. Y cuando usted se sentó actuaba como si estuviese ocultando algo.

Cuando oyó eso, Harley sonrió, pero no dijo nada.

—Al fin y al cabo —agregó ella—, puedo quedarme aquí tanto tiempo como usted, si es que está sentado sobre algo para ocultarlo. Y el objeto estará todavía allí cuando usted se levante.

—Por supuesto, yo podría decirle que anda merodeando.

—¿Y expulsarme?

—Quizás.

—En ese caso, tendría usted que levantarse. Dudo de que alguien que se halle sentado pueda expulsar a un merodeador sin levantarse.

—¿Qué es lo que la hace pensar que yo estoy sentado aquí para ocultar algo?

—Lo pensé cuando empezamos a charlar. Ahora estoy segura de ello.

—¿Por qué?

—Porque de otro modo, cuando yo le acusé, usted habría saltado para ver si realmente había algo que ocultar.

—Quizá no soy tan tonto.

—Quizá.

—Muy bien —dijo Harley—, usted gana —y se levantó.

—¿Qué es? —preguntó Lola Strague.

—No sé. Algo que reflejaba la luz.

—No parece que hubiera nada aquí.

—Debe ser un trozo de cristal. No puedo concebir otra cosa que... ¡Sí, ahí está!

—Parece ser el cristal de un par de gafas sin montura —comentó Lola, mientras Harley daba vueltas entre sus dedos al curvado trozo de cristal.

Harley hizo un gesto de asentimiento.

—Debe de haber caído entre estas hojas de pino, que amortiguaron el golpe y evitaron que se rompiese, sosteniéndolo, además, en un ángulo justo para que el sol reflejase sus rayos en él ahora.

—¿Qué piensa usted de ello? —preguntó Lola.

Harley dejó caer el cristal en su bolsillo.

—No lo sé —contestó—. Tendré que pensarlo detenidamente.

Lola rió de pronto, diciendo:

—Es usted una persona muy serena.

—¿Lo soy?

—Sí.

Harley juzgó que había llegado la ocasión para una contraofensiva.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Se mostró usted tan contrariada cuando vio que Rodney Beaton regresaba de la ciudad con Myrna Payson?

—Eso es una pregunta injusta —dijo Lola ruborizándose—. Usted está insinuando que...

—¿Sí? —preguntó Harley tan pronto como ella se interrumpió bruscamente.

—Es una pregunta personal, impertinente e injusta —confirmó Lola.

—Usted ha estado haciéndome preguntas —afirmó Harley— sobre mis proyectos y...

—Estuve tratando simplemente de ser sociable —intervino Lola.

—Y —agregó Raymand sonriendo— tratando también de averiguar algo sobre mis movimientos futuros y el tiempo que voy a permanecer aquí. De ahí mi pregunta. ¿Va usted a contestarla?

Ella contuvo la respiración preparándose para hacer algún comentario indignado, pero súbitamente pareció cambiar de idea.

—Muy bien —dijo con fría formalidad—. Voy a contestar a esa pregunta porque usted cree que es importante y esencial. Si cree que estoy celosa, se equivoca. Estaba solamente irritada.

—¿Hay alguna diferencia? —preguntó Harley.

—Porque Rodney Beaton me había dejado plantada. Teníamos una cita para salir a recorrer juntos los senderos.

—Temo no entender.

—Rodney está tratando de conseguir una colección de fotografías de la vida nocturna de los animales —continuó Lola—. Tiene tres o cuatro cámaras fotográficas equipadas con lámparas de magnesio y las coloca sobre trípodes en lugares estratégicos de los senderos. Durante la primera parte de la noche acostumbra a ir por los senderos para encontrar las trampas que han funcionado al paso de los animales. Entonces coloca placas nuevas, arma de nuevo la contraventana y pone una nueva lámpara.

—¿Y usted le acompaña?

—A veces.

—¿Y anoche le había hecho a usted una invitación específica?

—No, no fue así. Era puramente casual. Rodney me preguntó si yo iba a estar ocupada en algo, le contesté que no, y él dijo que «si yo andaba por ahí, podríamos echar un vistazo a las cámaras», y le respondí que me agradaría hacerlo. Eso es lo que me irrita. No se trataba de una cita definida conmigo y a la que luego hubiera faltado para ir a la ciudad con esa..., esa... mistress Payson; por lo menos yo sabría a qué atenerme. Pero todo fue casual e informal, y simplemente Rodney olvidó el compromiso. Eso me coloca en la posición de tener que fingir que yo también lo olvidé. Es muy molesto para ambos. Y yo creo que mistress Payson conocía nuestra cita... y deliberadamente engatusó a Rodney para que la llevase a la ciudad. Ella es viuda..., una de las... ¡Oh, no hablemos de ella! Ahora bien: Ésta es toda la historia. Como usted puede ver, es un asunto muy sencillo. Yo creo que a ninguna mujer joven le gusta que la dejen plantada... Pero no quiero que usted se forme la idea de que estoy tratando de enamorar a mister Rodney Beaton.

—¿Tuvo usted la impresión de que yo pensaba eso?

Lola miró a Harley sinceramente a los ojos.

—Sí —contestó.

—Ya que estamos con el tema —dijo sonriendo Harley—, y puesto que hemos dejado aparte a Rodney Beaton..., ¿qué puede usted decirme de Myrna Payson?

—No mucho. Es viuda. Heredó algún dinero. Y se ha dedicado a la ganadería.

—¿Tiene un establecimiento aquí?

—Tiene una pequeña hacienda aquí arriba. Posee otras dos haciendas más y... Bueno, ella suele pasear con Rodney y cuidar de las cámaras fotográficas con bastante frecuencia.

—Rodney parece ser muy popular.

—Es un hombre muy interesante y... Yo no sé cómo podría describírselo a usted para que lo apreciase bien; pero esto de la caza con cámara fotográfica es terriblemente entretenido.

—No lo entiendo.

—Usted dispone su cámara, coloca dentro de ella una lámpara de magnesio y pone a través del sendero un hilo de seda negro. Si busca animales del tamaño de un coyote, coloca el hilo a cierta altura. Si anda detrás de un ciervo, lo pone más arriba. Si busca los animales más pequeños, entonces coloca el hilo a pocos centímetros sobre el sendero. Usted se retira, va a revisar las otras cámaras y vuelve al lugar después de un intervalo de una hora, poco más o menos. Si encuentra el hilo roto, la contraventana caída y ve que ha hecho explosión el magnesio, sabe entonces que ha conseguido una fotografía. En seguida se pone de rodillas y estudia las huellas sobre el sendero para saber qué animal hizo la contraventana... Las fotografías de los zorrinos, por lo general, son bonitas. Es difícil conseguir fotografías de un ciervo y, con mucha frecuencia, el ciervo retratado en esas condiciones aparece en forma angular y sin gracia. De los zorros se toman hermosas fotografías. Los gatos monteses tienen un aspecto muy siniestro. Rod es un fotógrafo muy experto. Tiene infinita paciencia. Acostumbra a pasarse varios días buscando el lugar más conveniente para colocar la cámara..., un trozo de terreno liso y nivelado donde no haya fondo que muestre...

—¿Por qué sin fondo? —interrumpió Harley.

—Porque Rod quiere solamente fotografiar al animal contra un

fondo completamente oscuro. Usa una lámpara pequeña y una lente enteramente abierta. Dice que las fotografías tomadas con disparador de magnesio causan el efecto de no ser reales porque muestran un primer plano extravagante y negro... Debe usted pedirle a Rod que le enseñe su colección. Es maravillosa.

—¿Revela mister Beaton sus películas aquí?

—Oh, sí, tiene un cuartito oscuro en el sótano de su cabaña. Vamos allí cuando volvemos de nuestro recorrido revelamos las películas que han sido impresionadas. Entonces es cuando la cosa se vuelve emocionante, viendo que aparece en la película: si es una buena fotografía o si el animal enfrentaba a la cámara, daba la espalda a ella o trotaba a lo largo del sendero cuando hizo funcionar la lámpara.

—¿Alguna vez consiguieron fotografías de seres humanos?

—No, tonto, nada de eso.

—¿Y qué le impide a uno caminar por el sendero y tropezar con una de esas trampas?

—Pues... nada, creo, excepto que nadie lo ha hecho hasta ahora. No hay motivo alguno para que la gente ande rondando por estas montañas por la noche.

—¿Y Myrna Payson se interesa por las fotografías nocturnas?

Lola Strague se tornó de pronto sumamente parca en las palabras.

—Sí.

—¿Y no es cierto que hay cierta rivalidad entre ella usted?

—No.

—Pero usted y Myrna Payson no son muy íntimas, ¿verdad?

—Puedo contestar a eso en seguida, mister Raymand. No es asunto que le interese a usted en absoluto, pero somos muy amigas. Aquí arriba todos tratamos de conocernos, de ser amigos y... no nos ocupamos de los asuntos ajenos.

—¡Oh!

—Usted me obligó a decirle eso.

—Por cierto. Y lo que es más, tendrá usted que decirme cosas parecidas de cuando en cuando.

—Si sus preguntas son tan francas, tendrá que perdonarme si mis contestaciones también son francas.

—Con tal de que yo consiga la información —dijo Harley con una mueca—, no me importa con qué clase de palabras se me suministre.

—Ya veo. ¿Y exactamente qué clase de información es la que usted anda buscando?

—Desearía saber por qué una mujer joven y hermosa como Myrna Payson se encuentra abandonada aquí arriba...

—Vino hace unas semanas para echar un vistazo a su hacienda. Pensaba quedarse unos cuantos días. Era nada más que un viaje de inspección.

—¿Y conoció a Rodney Beaton?

—Sí.

—¿Y ya hace varias semanas que está aquí, dice usted?

—Sí.

—Entonces tardó más en investigar...

—No lo sé —interrumpió Lola Strague con tono irritado—. Soy completamente incapaz de leer el pensamiento de mistress Payson. Ignoro qué objetivo persigue usted, pero si se encuentra aquí arriba haciendo el papel de detective y empieza por sospechar que Myrna y yo estamos empeñadas en alguna especie de lucha por el afecto o la compañía de Rodney Beaton, voy a retirarme... A menos que haya más preguntas... —el tono de la voz de Lola era de fría ira.

Harley contestó:

—Estoy tratando simplemente de figurarme lo que sucede.' Yo... —se interrumpió para escuchar—. Viene un automóvil —agregó.

Ella oyó el ruido que producía el motor del automóvil casi al mismo tiempo que Harley. Ambos quedaron en pie allí sin decir una palabra, esperando que apareciera el coche, cediendo los dos a una curiosidad común, pero manteniendo su digna hostilidad.

Harley Raymand fue el primero en reconocer al hombre que viajaba en el coche que ascendía desde la garganta llena de sombras hacia el declive suave que había delante de la cabaña.

—Es Perry Mason, el abogado —dijo.

Mason los vio allí en pie, hizo girar el coche hacia un lado del camino, cerró el contacto y marchó hacia ellos.

—¡Hola! —dijo—. Ustedes parecen estar muy serios, como si estuviesen ocupados en ultimar un consejo de guerra.

—O en un altercado —contestó Lola Strague con una sonrisa.

—Dígame, ¿qué han hecho con mistress Hardisty? —preguntó Harley Raymand.

—He presentado un recurso de *habeas corpus* para ella. Tendrán que hacerla aparecer ahora. La han tenido enterrada en algún pueblo lejano... ¿Andaban buscando alguna cosa?

—Yo salí a buscar el reloj.

—¿Encontró algo?

—Ni rastro. Escuché en varios lugares... con el oído pegado al suelo. No pude oír nada.

—¿Oía usted claramente su tic-tac cuando lo descubrió?

—Sí. Su sonido atravesaba bien el suelo. Se oía perfectamente.

Lola Strague miraba a Harley Raymand con ojos sonrientes.

—Bueno —preguntó—, ¿va usted a contárselo?

Raymand metió la mano en el bolsillo.

—Mientras buscaba el reloj —anunció—, encontré un pedazo de cristal. Parece haber pertenecido a unas gafas.

Mason cogió el trozo de cristal en sus manos, lo volvió con ademán pensativo, y preguntó:

—¿Y dónde estaba esto, Raymand?

Harley comenzó a buscar en la veta de la roca que estaba llena de hojas de pino.

—Deberíamos encontrar la parte que falta de esto. Es solamente la mitad de un lente, poco más o menos.

Buscaron cuidadosamente en la pequeña grieta de la roca. Luego Mason fijó su atención en el terreno circundante.

—Esto es sumamente raro —dijo—. Supongamos que un par de gafas fuesen arrojadas contra la roca y se rompieran en pedazos. Naturalmente, uno esperaría encontrar pedacitos de cristal esparcidos por el suelo, aquí alrededor. No parece haber señales de nada, ni siquiera... Un momento. ¿Qué es esto?

Se arrastró sobre manos y pies, alzó un pedacito de cristal en forma de cuña.

—Parece que esto pertenece también al cristal de unas gafas rotas —dijo Mason—. Y parece también que es el único pedazo que hay por estos alrededores.

—¿Qué debo hacer con este pedazo que encontré? —preguntó

Harley a Mason—. ¿Cree usted que debo dar cuenta de ello?

—Creo que sería una buena idea.

—¿A la oficina del *sheriff*?

—Sí, Jameson, el ayudante del *sheriff*, es un hombre bastante decente. Usted podría ponerse en contacto con él. Puede hablarle del pedazo que encontró. Yo le hablaré del que encontré.

Lola Strague sonrió.

—Aunque me gustaría quedarme aquí hasta aburrirles a ustedes, creo que tendré que retirarme. Y ya que no he encontrado nada, yo no le diré nada a nadie.

Mason la observó un momento mientras caminaba hacia abajo por el sendero. Una sonrisa suave iluminaba los ojos del abogado. Luego se volvió a Harley Raymand, y dijo:

—Quiero echar un vistazo por estos alrededores y es mejor que lo haga antes que se ponga el sol... ¿Dónde acostumbran a aparcar los coches aquí arriba?

—En cualquier sitio, creo —respondió Raymand—. Estoy un poco fuera de contacto con estas cosas, pero antes de alejarme, cuando había fiestas campestres por aquí arriba, la gente solía dejar sus coches en cualquier lugar donde hubiese sombra. Hay ochenta acres para hacerlo, lo que significa que disponen de mucho sitio para elegir el punto de estacionamiento de sus automóviles.

—Cuando estuve aquí esta mañana, noté que el coche del ayudante del *sheriff* estaba aparcado debajo de ese árbol. ¿Permaneció en ese solo lugar?

—Sí. Más tarde, cuando los hombres de Los Ángeles llegaron por la tarde y se llevaron el cadáver, aparcaron sus coches muy cerca del porche, en ese lado.

Mason se fue a observar las huellas que había en el camino y luego marchó muy despacio hacia la puerta posterior de la cabaña.

—Este parece ser un lugar bastante llano...

—Está reservado para los *picnics* —aclaró Raymand—. Por lo menos, a eso se lo destinaba la última vez que vine aquí como visita.

—No obstante —observó Mason—, un coche parece haber dado vuelta aquí; dejó huellas muy claras de sus neumáticos.

—Así es —convino Raymand.

—Son muy claras estas huellas traseras —señaló Mason—. Se nota donde se cruzaron con las huellas de las otras ruedas... ¿Usted no sabe, Raymand, cuándo quedaron marcadas estas huellas?

—No, señor, no lo sé. Llegué aquí arriba anoche bastante después de oscurecer y... Espere un momento. Sé que no estaban aquí ayer por la tarde, porque pasé por detrás de la casa para ir al manantial. Estoy perfectamente seguro de que lo habría notado si estas huellas de coche hubieran estado allí entonces.

Mason cerró sus ojos a medias en contemplación meditativa.

—¡Oh, bueno!, supongo que la policía ha estado vigilando el lugar... Habrán pasado por aquí para ver qué andaba haciendo usted, Raymand. Estaré en el hotel, caso de que suceda algo.

Capítulo 9

La hacienda de Myrna Payson se hallaba a unos cuatro kilómetros de distancia del lugar donde el camino torcía hacia la cabaña de Blane. Allí la región se convertía en una meseta ondulada, con pequeños valles llenos de árboles y muchos lagos de tamaño reducido. A lo lejos, los picos de las montañas que bordeaban a unos dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar.

Allí en la meseta, lejos de las sombras de las montañas, el sol brillaba lo suficiente cuando Mason hizo volver su coche para pasar por el portón marcado «M Bar P», como para convertir el sinuoso camino de grava en una cinta de color oro rojizo. Una anticuada cerca de estacas arrojaba largas sombras sobre el suelo. Un portón que se balanceaba desconsoladamente sobre un solo gozne hizo recordar, en cierto modo, a Mason a un triste caballo de carga que se mantuviese sobre tres patas.

La casa era de muchas habitaciones, estructura anticuada, de paredes descascarilladas y carente de pintura.

Mason detuvo su coche, subió tres escalones hacia un porche algo vacilante, y no viendo timbre alguno, golpeó ruidosamente la puerta.

Oyó que alguien se movía en el interior. Luego se abrió la puerta y Mason pudo ver que una mujer atractiva, de unos treinta años, le miraba con ojos curiosos.

—¿Miss Payson? —preguntó Mason.

—Mistress Payson. Soy viuda —corrigió ella—. ¿Quiere usted pasar?

Mistress Payson tenía una figura, un cutis y unas manos muy cuidadas. Quizá su nariz era demasiado respingona y su boca necesitaba un retoque para que sus labios no parecieran demasiado

abultados. Sus ojos miraban a la vida con una expresión graciosa y ligeramente burlona y estaba evidentemente interesada en las personas y cosas del mundo.

Era, pensó Mason, cuando aceptó su invitación y entró en la casa, un interés que seguramente haría de esta mujer algo muy fascinador. No era la curiosidad fogosa de la juventud, ni el deseo de explotación de las aventuras, sino más bien la apreciación de una mujer que ha adquirido una perspectiva, ha perdido el temor a las cosas que suelen suceder en este mundo y se siente francamente curiosa por ver qué nuevas experiencias le puede deparar la vida.

Mason preguntó:

—¿No siente usted un poquito de miedo a estar sola aquí?

—¿Miedo de qué?

—De los forasteros.

Ella soltó una carcajada.

—Me parece que nunca en mi vida he tenido miedo a nadie ni a nada... Y no estoy sola.

—¿No?

Mistress Payson movió la cabeza.

—Hay una barraca ahí fuera, a unos cincuenta metros de distancia. Tengo allí a tres de los más rudos vaqueros de piernas combadas que usted haya visto jamás. Y quizá no se ha fijado en el perro que está debajo de la mesa.

Mason miró por segunda vez. Lo que aparentemente era un montón de sombras oscuras, después de una inspección más detenida, mostró ser un objeto peludo que contemplaba atentamente todo lo que sucedía, con ojos muy abiertos y observadores.

Mason rió.

—Voy a enmendar mi opinión acerca de que usted se encontraba sola.

—*Spooks* no parece muy formidable —expuso ella—; pero es un ejemplo viviente de que el agua mansa suele ser honda. Nunca gruñe, nunca ladra; pero, créame, mister Mason, basta que yo le haga una seña para que salte como si fuese un resorte de acero.

—¿Sabe usted quién soy yo, entonces?

—Sí. He visto su fotografía en los diarios y me lo han enseñado a

usted algunas veces en los clubs nocturnos... Presumo que quiere interrogarme sobre lo que Rod y yo vimos cuando fuimos anoche a la ciudad.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

Ella sonrió:

—Temo que será inútil que usted me lo pregunte.

—¿Por qué?

—En primer lugar —dijo mistress Payson con tono claro y lentamente—, yo simpatizo con esa mujer. Simpatizo con ella mucho, mucho. En segundo lugar, no me interesaba lo que tenía en la mano. Me fascinaba lo que vi en su cara.

—¿Qué es lo que vio en su cara? —preguntó Mason.

Ella sonrió de nuevo.

—Y sé lo suficiente para darme cuenta de que ésa no es una verdadera prueba, mister Mason. No creo que ningún tribunal tomase en cuenta mi testimonio sobre ello. ¿No lo llaman pruebas de opinión, o conclusión, o algo por el estilo?

Mason sonrió.

—Usted no está ante el tribunal y a mí me interesa mucho lo que vio en la cara de mistress Hardisty. Me parece que ahora me interesaría más eso que lo que tenía en la mano.

Myrna Payson entornó los ojos como para tratar de recordar con precisión algo. Luego dijo bruscamente:

—Pero no le he ofrecido nada para beber. ¡Qué poco atenta soy!

—Ninguna bebida por ahora, gracias —contestó Mason—. Estoy muy interesado por saber lo que usted vio en la cara de Milicent Hardisty.

—¿Un cigarrillo?

—Tengo los míos, gracias.

—Bueno, vamos a ver si puedo describirlo —anunció mistress Payson con aire pensativo—. La cara de mistress Hardisty tenía una expresión fascinadora, la expresión de una mujer que se ha encontrado a sí misma, que ha tomado una decisión y ha renunciado a algo.

—Eso suena bastante definitivo y deliberado.

—¿Y bien?

—La historia, según yo la he recogido, era que mistress Hardisty

estaba completamente histérica y profundamente emocionada.

Mistress Payson movió la cabeza.

—Decididamente, no.

—¿Está usted segura?

—Por supuesto, mister Mason. Cuando se trata de leer expresiones faciales, todos tenemos nuestras propias ideas, siempre me han interesado las caras y las emociones. Tengo una idea muy definida acerca de mistress Hardisty, por lo que pude ver. Y es algo que no voy a decir ante un tribunal.

—¿Podría usted decírmelo a mí? —preguntó Mason.

—¿Actúa usted como abogado de ella?

—Sí.

Mistress Payson pensó durante un momento y luego declaró:

—Sí, creo que podría decírselo a usted..., si hubiese una razón para hacerlo.

—La hay —le aseguró Mason—. La policía ha «enterrado» a mistress Hardisty. Y yo no puedo ponerme en contacto con ella. He sido contratado para defenderla en la causa que se le seguirá por homicidio.

Mistress Payson dijo:

—Bueno, usted se reirá de mí cuando se lo haya dicho, mister Mason.

—¿Por qué?

—Porque dirá que es imposible que una persona sepa tanto de los problemas y decisiones de otra con sólo haber visto un momento la expresión de su cara.

—Le prometo que no me reiré —declaró Mason—. Quizá me sonría, o dude, o le haga a usted alguna pregunta..., pero no voy a reírme.

—Sobre la base de esa promesa, le hablaré acerca de mistress Hardisty. Tenía la expresión de una mujer que se despertaba, de una mujer que ha tomado una decisión definitiva, una decisión para echar a un lado algo viejo de su vida y seguir adelante con algo nuevo. He visto ya esa expresión dos o tres veces. Yo..., yo misma experimenté eso una vez. Sé cómo es.

—Continúe usted —sugirió Mason mientras mistress Payson vacilaba.

Ella siguió hablando.

—Mister Mason, le diré a usted algo que no podrá usar como prueba. No le servirá para nada en ninguna parte. Sí se lo dice a alguien, se reirá de usted, pero puede creerle a una mujer que sabe lo que dice: Milicent Hardisty fue allí para matar a su marido. Fue con la intención deliberada de matarle. Probablemente no por el daño que le había causado a ella, sino por el que le había hecho a otra persona. Estuvo en un tris de matarle. Hasta quizá le hizo un disparo y erró. Luego Milicent advirtió súbitamente el completo efecto de lo que casi había hecho, advirtió lo que realmente era el revólver que tenía en su mano. Ya no era el arma el medio para expulsar a Jack Hardisty de su vida para siempre, sino la llave que había de abrirle la puerta de la celda de una cárcel. Se había convertido en el símbolo de una obligación para la ley, algo que la encadenaría en una celda hasta que fuese una anciana, hasta que el amor hubiese abandonado su vida para siempre. Y Milicent tuvo esa súbita reacción de sentimientos y quiso deshacerse del revólver. El arma le causaba una sensación horrorosa. Quería arrojarlo muy lejos, donde jamás pudiese verlo. Y luego iría hacia el hombre a quien ella amaba. Indiferente a las consecuencias, indiferente a las habladurías, indiferente a todo, iba a vivir con ese hombre... Ahora, ríase, mister Mason.

—No estoy riéndome, ni siquiera sonriendo.

—Y eso, señor Mason —anunció mistress Payson— es todo lo que sé.

—¿Eso es lo que usted llamaría el resultado de la intuición femenina?

—Eso es lo que yo llamaría psicología aplicada, el conocimiento del carácter que uno adquiere cuando ha vivido y sufrido mucho..., como yo he vivido y sufrido.

Mason no pudo resistirse a hacer otra pregunta:

—¿Y qué me dice de miss Strague?

—¿Qué hay de ella?

—¿Qué deduce usted de las expresiones de ella?

Mistress Payson rió:

—¿Ayudaría eso a la defensa de mistress Hardisty?

—Quizá.

Mistress Payson manifestó:

—Lola Strague es una muchacha deliciosa. Es lozana, dulce y muy mimada. Atiende a su hermano con mucha consideración y él la idolatra y cuida de ella. Lola piensa que soy una aventurera. Está enamorada de Rodney Beaton y cree que yo también lo estoy. Es un poco aniñada en sus celos y también un poco hipócrita. Se pone celosa y no quiere reconocerlo, ni aun ante sí misma. Trata de sobreponerse a sus pequeñas emociones. Y cree que lo consigue. Cuando se cubre con esa máscara tan particular me irrita enormemente, porque entonces es cuando se convierte en una condenada hipócrita. Pero con sus modales infantiles, es una muchachita muy linda... De cualquier modo, no creo que sea la clase de mujer con quien se casaría Rodney Beaton.

—¿Y qué siente usted hacia Rodney Beaton? —preguntó Mason.

Mistress Payson miró a Mason francamente a los ojos y se rió de él.

—Ahora, vamos a ver —dijo Mason—. ¿Qué otra cosa puedo preguntarle a usted?

—Parece que quisiera usted averiguar muchas cosas.

—Le he preguntado sobre casi todas las cosas en que he pensado. ¿Podría usted jurar que mistress Hardisty arrojó el revólver al fondo del barranco?

—No podría jurar que ella arrojó cosa alguna a ningún barranco. Creo que la vi mover el brazo. No podría jurarlo. No sé lo que tenía en la mano. Estaba observando su semblante. Le digo a usted que estaba completamente fascinada con su semblante.

—¿Y Burt Strague? —preguntó Mason.

—¿Qué hay de él?

—¿Qué piensa usted de él?

Mistress Payson vaciló un momento y luego movió lentamente su cabeza.

—¿No va a contestar esta pregunta? —preguntó Mason.

—No voy a contestarla del todo —respondió ella—. Hay algo en Burt que me desconcierta. Tiene un complejo por su hermana. Es intensamente leal, de emociones inestables y un genio ligero e irritable. Seguramente es como él mismo dice y, no obstante... No obstante, tiene algo que...

—¿Algo que no parece sincero? —preguntó Mason mientras ella vacilaba buscando palabras para expresar su idea.

—No es eso —contestó mistress Payson—. Tiene algo..., algo que él teme, algo que su hermana también teme, algo contra lo cual ellos luchan, algún capítulo muy oscuro en su vida.

—¿Qué le hace pensar así?

—El modo en que siempre Burt Strague se está observando a sí mismo, como si alguna palabra descuidada pudiese descubrir algo que él quiere mantener en secreto a toda costa... Veá, pues, le he contado más de lo que pensaba y presumo que usted sabe por qué lo he hecho.

—¿Por qué?

—Porque quiero ayudar a mistress Hardisty. Desearía que todas las mujeres se diesen cuenta de las ventajas de olvidar sus responsabilidades emocionales para mirar hacia el futuro mientras aún queda un futuro. El tiempo se desliza en forma tan imperceptible, mister Mason, que resulta trágico. Cuando una tiene diecisiete años, las de veinte le parecen maduras. Cuando una está en los veinte, cree que los treinta están terriblemente distantes y que las de esa edad son positivamente achacosas. Y la mujer de cuarenta años tiene que ocultar sus emociones; de lo contrario, la gente se ríe de ella... Y el punto de vista opuesto es muy peculiar. Cuando una está en los treinta, cree que está justamente en la flor de la vida; cuando tiene cuarenta años, cree que a las de treinta les falta un poco de experiencia. El tiempo engaña a una.

—A un hombre de cuarenta años, ¿qué le parece una mujer de cuarenta? —preguntó Mason.

Mistress Payson sonrió.

—El hombre ni se fijará en ella. Un hombre de cuarenta años se considera en la primavera de la vida y anda haciendo guiños a las muchachas de veinte. Cree que otros hombres de cuarenta pueden estar un poco «pasados», pero él no. Él está «excepcionalmente bien conservado». Él es un hombre que «parece diez años más joven».

Mason sonrió a mistress Payson.

—Bueno... ¿Y qué me dice de los hombres de sesenta o setenta años? —preguntó.

Mistress Payson extendió el brazo para coger un cigarrillo.

—Yo creo —anunció riéndose— que hasta ahí no llega ni experiencia.

Capítulo 10

Mason encontró a Della Street esperándole en el vestíbulo del hotel.

—¡Hola! —exclamó Della—. ¡Estoy muerta de hambre! ¿Qué podemos hacer?

—Vamos a cenar —respondió Mason.

—Ésa es una buena idea. Paul Drake se encuentra aquí.

—¿Dónde?

—Arriba, en su habitación. Le dieron el cuarto contiguo al de usted, con una puerta de comunicación... Dicen que aquí se come muy bien y que el comedor es uno de los mejores de la ciudad.

—Podemos comer —declaró Mason—, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que Jack Hardisty fuese asesinado anoche, antes de las siete.

—Ésa es justamente la hora en que Milicent se encontraba allí arriba. Usted no deseará que el crimen se cometiera mientras ella estaba allí, ¿no es así?

—Si lo fue —contestó Mason—, es una desgracia; pero yo no puedo hacer nada. Si fue cometido más tarde, también es una desgracia, y entonces sí que tendré mucho que hacer.

—¿Qué será ello?

—En primer lugar tengo que correr el albur..., suponer quién es la persona a la cual Milicent se dirigía cuando se encontraba en una situación desesperada, en quien ella tendría absoluta confianza, y quien recientemente ha podido colocar dos neumáticos flamantes en su automóvil..., ¿sería el médico de la familia?

Della Street lo pensó un rato y afirmó:

—Parece lógico.

—Muy bien. Vaya y hable por teléfono con Vincent Blane. Haga

la pregunta con el tono más indiferente que le sea posible. Pregunte qué médico de Roxbury podría extendernos un certificado declarando que Milicent se encuentra enferma de los nervios a raíz de la crisis en sus relaciones familiares.

—¿Y después? —preguntó Della.

—Eso es todo. Anóteme el nombre del doctor. Luego suba al cuarto de Drake. ¿Ha salido ya el diario de la tarde?

—Sí.

—¿Dice algo de Milicent?

—Ni una línea. No han dado ninguna noticia de su arresto.

—¿Está en el diario la noticia del crimen?

—¡Oh, sí! No mucha información, sino un resumen ampliado y deformado..., como acostumbran a hacer con las noticias en estos tiempos.

—Muy bien. Vaya a hablar con Blane. Yo corro arriba a ver a Paul.

—¿Quiere usted que hable por teléfono desde mi habitación o desde el vestíbulo?

—Desde la cabina del vestíbulo. La muchacha de la centralilla puede ser curiosa.

Della Street hizo una señal de asentimiento y fue hacia la cabina del teléfono.

Mason subió en el ascensor, abrió la puerta de su cuarto, cruzó por la puerta de comunicación hacia la pieza contigua, y encontró allí a Paul Drake, que estaba en pie frente a un espejo terminando de rasurarse con una máquina de afeitar eléctrica.

—Hola, Perry —exclamó Drake desconectando la máquina y echándose loción en la cara—. ¿Qué noticias hay?

—Eso es lo que yo he venido a averiguar.

Drake se puso la camisa y anudó su corbata.

—Bueno, ¿qué dice? —preguntó Mason.

Por un momento, Drake no dijo nada y concentró su atención en el nudo de la corbata. Era alto, flexible, ágil; su aspecto era completamente distinto al que la creencia popular conceptúa que debe ser el de un detective. Cuando estaba quieto, su cara tenía una lúgubre expresión de falta de interés. Sus ojos, a los que no escapaba nada, parecían completamente indiferentes a todo lo que

sucedía a su alrededor. Detrás de esta máscara, una mente lógica trabajaba con matemática seguridad y rapidez.

—Es usted una gran ayuda —dijo Drake con tono patético.

—¿Qué sucede?

—Esa muchacha, Milicent.

—¿Qué hay sobre ella?

—Usted me dijo que la buscara, que pasara por alto las informaciones amistosas y que no me sería fácil encontrarla. Me dijo también claramente que yo oiría que ella estaba en su casa y que eso no era más que una excusa que usted había pensado para engañar a la policía. Bueno; puse algunos hombres...

—Lo sé —interrumpió Mason—; a mí me engañaron peor todavía que a usted.

Drake miró a Mason, tratando de entender mejor las palabras del abogado.

—¿No fue un cuento que usted inventó para engañar a la policía?

Mason se limitó a sonreír.

—Eso me contrarió —siguió diciendo Drake—. La estaba buscando en los lugares más ocultos y ella se encontraba en casa de su padre, arrebujada y muy segura en su cama, con una ama de llaves que contestaba a todas las averiguaciones diciendo: «Sí, ella está aquí; pero no puede ser molestada».

—Y allí estaba —confirmó Mason.

—Exactamente.

—Bueno, Paul, usted me ha dicho algunas veces que yo le daba trabajos demasiado difíciles. Éste era uno fácil. Todo lo que tenía que hacer para localizar a Milicent era hablar por teléfono a casa de su padre.

Drake contestó:

—No me dé usted más trabajos «fáciles» de éstos o me volveré loco.

—¿Qué más hizo usted? —preguntó Mason.

—Creo haber hecho algo con su idea del distrito de Kern. Al fiscal de distrito le gustaría un poco de publicidad.

—¿Qué está haciendo él?

—Nada violento todavía, pero lo está pensando y va

interesándose. Si pudiésemos darle un giro espectacular al caso, creo que no lo dejaría escapar... Usted lo sabe: a los diarios les gusta conseguir un pretexto interesante para relacionarlo con un crimen... «El caso de la Mujer-Tigre», «El caso del Relámpago Blanco», «El asesinato de Ojos de Serpiente...». Se me ocurrió que usted podía inventar alguna teoría acerca de ese reloj enterrado. Luego, los diarios de la ciudad se ocuparían de ello. Cuando eso sucediera, creo que el distrito de Kern tomaría parte en el asunto.

—¿A qué hora fue cometido el crimen? —preguntó Mason.

—No puedo decírselo todavía —contestó Drake—. Tengo un hombre trabajando en eso.

Mason frunció el ceño.

—El médico forense debe de haber hecho, por lo menos, un informe preliminar.

Drake declaró:

—Eso es lo extraño. Los diarios no dan ninguna noticia basada en un informe preliminar. Parece como si hubiera en el caso algún detalle que no encaja.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

Drake agregó:

—No parece usted sentir mucho entusiasmo por eso, Perry.

—Siempre sospecho de las cosas que no encajan en un caso —expuso Mason—. He visto a muchos abogados aprovechar un hecho aislado cualquiera que no ajustaba y blandirlo ante un jurado. Luego, algo se ajustaba, y ese hecho especial encajaba en una interpretación especial que llevaba a la horca al cliente del abogado.

Cuando Drake pensaba solía buscar siempre el completo descanso de su cuerpo, apoyándose sobre alguna cosa o echándose sobre una silla. Ahora había puesto un codo sobre el respaldo de un sillón, y después de un rato fue girando sobre sí mismo hasta quedar sentado sobre el brazo acolchado de aquél, con el codo descansando sobre el respaldo y el mentón apoyado sobre su mano.

—Lo que temo es que en la oficina del fiscal de distrito no presten atención a ese reloj enterrado. Creen que es un cuento de hadas. Si no se ocupan de él, los diarios tampoco lo harán.

Mason declaró:

—Yo casi puedo darle una teoría sobre ese reloj, Paul.

Drake dijo:

—Déme usted una teoría que valga la pena y verá como yo los hago moverse.

—¿Ha oído usted hablar de la hora sidereal, Paul?

—¿Qué es la hora sidereal?

—La hora de las estrellas.

—¿Se está burlando de mí?

—No.

—¿Y por qué la hora de las estrellas es diferente a la hora del sol?

—Porque las estrellas sacan un día de ventaja al sol cada año.

—No entiendo.

—La Tierra traza un gran círculo alrededor del Sol y vuelve al lugar de donde partió una vez cada año. El efecto de ese círculo es hacer aparecer a las estrellas unas dos horas más temprano cada mes, o sea una ganancia total de veinticuatro horas en los doce meses. Por medio de relojes que adelantan unos cuatro minutos al día, los astrónomos pueden saber la hora de las estrellas en lugar de la hora del sol. El tiempo no es nada más que un enorme círculo. Usted divide un círculo de trescientos sesenta grados en veinticuatro horas y obtiene quince grados de arco, que son el equivalente al espacio de cada hora.

—Esto se está volviendo muy complicado para mí —comentó Drake—. No lo entiendo.

Mason continuó:

—Es bastante sencillo, una vez que uno capta la idea. Lo que trato de explicarle es que, al usar la hora sidereal, los astrónomos saben la posición exacta de cualquier estrella dada en todo momento.

—¿Cómo?

—Fíjese. Dan a cada estrella cierta posición horaria en los cielos, que es conocida por «ascensión recta». Luego, conociendo la ascensión recta y mirando el reloj para ver la hora sidereal, pueden saber la posición exacta de la estrella. Ésa es la forma en que trabajan con los telescopios astronómicos. Consiguen la posición de la estrella en un momento dado, hacen girar el telescopio de modo

que el ángulo sea exactamente justo, lo fijan para buscar la latitud en otro círculo graduado conocido por «declinación» de las estrellas, miran en el telescopio «buscador»..., y allí está la estrella.

—Muy bien —dijo Drake haciendo una mueca—; ahí está la estrella... ¿Y qué?

Mason contestó:

—Así, pues, ahí tiene usted un título para un artículo en un diario.

Drake pensó un momento.

—Creo que hay algo en eso, Perry..., si es que conseguimos hacerlo pasar. ¿Qué le hace pensar que este reloj fue puesto en marcha de acuerdo con esa hora sideral de que usted está hablando?

—Mírelo de esta manera, Paul. Dos veces durante el año la hora sideral debe coincidir con la hora oficial..., una vez cuando empieza a marchar y otra vez cuando ha adelantado doce horas, lo que tendría el efecto de un reloj adelantado de doce horas de...

—Sí, sí; lo sé —interrumpió Drake—. Puedo darme cuenta de ello.

—La hora sideral coincide con la hora oficial o solar en el equinoccio el veintitrés de septiembre.

—¿Y luego el reloj sigue adelantando cuatro minutos cada día?

—Así es.

—Pero este reloj estaba veinticinco minutos atrasado.

—Treinta y cinco minutos adelantado —corrigió Mason sonriendo.

—No lo entiendo.

—Usted olvida que nuestro horario ha sido adelantado una hora. Por tanto, nuestra hora de guerra está adelantada una hora con respecto a la hora solar; así que un reloj que estuviese atrasado veinticinco minutos sobre nuestra hora de guerra, estaría treinta y cinco minutos adelantado con respecto a nuestra hora solar... Eso nos da algo en qué pensar.

—Algo en qué pensar es lo que nos conviene —declaró Drake—. Si conseguimos relacionar este crimen con la astrología o siquiera con la astronomía, le daremos tanta publicidad que el fiscal de distrito de Kern saltará sobre él como lo hace un perro sobre un

hueso.

Mason dijo:

—Bueno, habrá que pensarlo. No es más que un pretexto para hacer publicidad en los diarios, pero yo les echaré una mano..., haré unas sugerencias.

—Por cierto —manifestó Drake—, ¿cuándo puedo llevar esa noticia a la ciudad, Perry?

—En cualquier momento.

Della Street golpeó la puerta.

—¿Todo el mundo presentable? —preguntó.

—Entre usted, Della.

Della Street entró y saludó sonriendo al detective. Acercóse a Mason y le deslizó en la mano una tira de papel.

Drake, con sus ojos aparentemente concentrados con gran interés en algún objeto que se encontraba en el otro extremo de la habitación, dijo:

—Está usted echando a perder a esta muchacha, Perry.

—¿Por qué?

—Es el aprendizaje legal. Della está empezando a desconfiar de todo el mundo. Usted le dice que le consiga algún informe, y como ella sabe que usted estará hablando conmigo, escribe el informe en un papel y se lo desliza en la mano.

Mason rió y dijo:

—Della sabe que usted tiene una mente capaz de seguir una sola pista y no quiere distraerle de ella —luego desdobló el papel.

Della Street había escrito solamente un nombre en una hoja de papel que había arrancado de su libreta de apuntes: «Doctor Jefferson Macon, Roxbury».

Drake manifestó:

—Circula una historia de que Hardisty ha andado metiendo la mano en los fondos del banco. Supongo que usted no va a contarme eso. Usted...

Sonó el timbre del teléfono.

Drake anunció:

—Es probablemente alguno de los muchachos con un informe —alzó el receptor, se lo aproximó al oído y dijo—: Hola —luego dejó que su cara se convirtiera en una máscara mientras digería la

información que llegaba a los otros ocupantes de la pieza solamente en forma de unos ruidos agudos y metálicos que emanaban del receptor de tiempo en tiempo—. ¿Está usted seguro? —preguntó Drake al fin; luego, evidentemente convencido de que no había duda alguna acerca del asunto, concluyó—: quédese donde está. Quizá le llame dentro de unos cinco minutos. Debo pensarlo bien —colgó el receptor, se volvió a Mason y anunció—: el informe del médico forense demuestra que Jack Hardisty fue asesinado después de las siete de la tarde, probablemente alrededor de las nueve. Los límites de la hora de la muerte han sido fijados entre las siete, y las diez y treinta.

Mason metió profundamente sus manos en los bolsillos del pantalón, estudió atentamente los dibujos de la desteñida alfombra del hotel y de pronto hizo una pregunta brusca al detective.

—¿Estaba la bala fatal en el cuerpo, Paul?

La pregunta hizo volver la expresión a la cara de Drake, haciendo desaparecer la indiferencia de máscara de madera con la cual el detective acostumbraba encubrir sus pensamientos.

—Perry, ¿qué demonio puso esa idea en su mente?

—¿Estaba? —preguntó otra vez Mason.

—No —contestó Drake—. Y eso es lo que el médico forense no puede explicarse. Ésa es la razón por la cual no presentó su informe hasta reconocer de nuevo el cadáver. El hombre fue indudablemente muerto por una bala, probablemente de un arma de calibre treinta y ocho. La bala no atravesó el cuerpo... ¡Y la bala no está allí!

Mason hizo un gesto lento de asentimiento mientras consideraba y meditaba sobre tal información.

—No parece usted sorprendido —agregó Drake.

—¿Qué quiere que haga..., alzar los brazos y decir oh, oh?

Drake dijo:

—¡Bueno! No puede engañarme, Perry; usted adivinó ese mismo detalle.

—¿Qué le hace pensar así?

—Su pregunta.

—No era más que una pregunta.

—Y yo apostaría a que es el único caso de homicidio en que

usted ha formulado esa pregunta.

Mason no dijo nada.

—Bueno —continuó diciendo Drake—; en todo caso, eso prueba la inocencia de Milicent.

—¿Qué la prueba?

—El hecho de que el crimen fue cometido después de que ella abandonó la cabaña.

Mason movió lentamente la cabeza.

—No, Paul, eso no prueba la inocencia de Milicent; por el contrario, la complica en el crimen. Lamento mucho, pero tendré que pasar por alto la cena. Lleve a Della a cenar... y anótelos en la cuenta de gastos.

Drake declaró:

—A veces tiene usted ideas muy recomendables, Perry.

—¿Puedo saber dónde buscarle en caso de que suceda algo? —preguntó Della Street a Mason, e hizo un gesto—. ¿Dónde? —repitió Della.

El abogado se limitó a sonreír.

Della declaró:

—Entiendo lo que quiere decir.

—Yo no —protestó el detective.

Della Street puso sus dedos sobre el brazo de Drake.

—No importa, Paul. Vamos a cenar... y lo anotaremos en la cuenta de gastos... ¿Incluye usted los aperitivos en sus cenas, Paul?

—Siempre lo he incluido cuando he cenado a expensas de la cuenta de gastos —declaró Drake—, aunque probablemente Perry no lo sabe.

Mason hizo una mueca y sacó un trocito de cristal de su bolsillo.

—Un pedazo de cristal de unas gafas —dijo, entregando el objeto al detective.

Drake dio vuelta al cristal entre sus dedos.

—¿Y qué quiere decir esto?

Mason empezó a caminar hacia la puerta.

—Para eso le pago, Paul.

Capítulo 11

La calle principal de Roxbury parecía extrañamente triste con sus apagados anuncios de neón y su iluminación velada, haciendo que las figuras de los peatones se mostrasen vagas, ensombrecidas e irreales.

Perry Mason, guiando su coche lentamente, contaba las esquinas para encontrar la calle que buscaba. De pronto, torció bruscamente hacia la derecha, siguió por espacio de una manzana y media y se detuvo frente a una casa de presuntuoso aspecto, estucada de color blanco y con tejas rojas. La placa colocada sobre el césped, y que decía «Doctor Jefferson Macon», era apenas visible ahora que las luces de la calle se habían extinguido.

Mason subió unos pocos escalones, encontró el botón del timbre y lo apretó. Una mujer de edad mediana y aspecto severo abrió la puerta y dijo:

—Por la noche, la hora de consulta del doctor es de nueve a diez.

Mason repuso:

—Deseo ver al doctor por un asunto urgente y privado.

—¿Tiene usted una tarjeta?

Mason dijo impaciente:

—Dígale que el abogado Perry Mason desea verle en seguida.

La mujer contestó:

—Espere aquí, por favor —se volvió y se fue por un pasillo con paso deliberadamente lento, abrió una puerta y la cerró dando un golpe; el ruido del portazo daba a entender su manifiesta desaprobación.

Mason había estado en pie allí por espacio de un minuto, poco más o menos, cuando ella volvió, viniendo hacia él con los mismos

pasos lentos, deliberados..., con sus pies pesados y su cara inexpresiva, que parecía de madera.

La mujer esperó hasta asumir exactamente la misma posición en que se encontraba cuando Mason la vio por primera vez...; evidentemente, era la actitud que adoptaba para contestar a las llamadas de la puerta.

—El doctor le recibirá —dijo.

Mason siguió tras ella por el pasillo y entró en una pieza pequeña, a cuyos costados se alineaban muchos libros, en el centro de la cual se encontraba el doctor Jefferson Macon cómodamente sentado en un enorme sillón de cuero negro.

—Buenas noches —dijo el médico—. Siéntese, por favor. Perdone que no me levante. Las exigencias de mi profesión son tantas que debo arruinar mi salud para salvaguardar la de otros. Si yo tuviese un paciente que hiciera la vida que yo, diría que está cometiendo un suicidio. Por ello, me he visto obligado a adoptar la costumbre de descansar durante media hora después de cada comida. Expóngame, por favor, lo que desee. Sea breve. Quiero que me disculpe mi falta de atención. Estoy entrenándome para acostumbrarme a descansar completamente y olvidar todos los asuntos extraños mientras descanso.

Mason manifestó:

—Me parece bien. Descanse usted a gusto. ¿Quiere decirme si Milicent Hardisty pasó aquí toda la noche ayer o solamente parte de ella?

El doctor Macon se sacudió y quedó sentado en postura muy tensa.

—¿Qué...? ¿Qué es eso? —exclamó.

Mason vio que el médico era un hombre que se acercaba a los cincuenta años, delgado, pero de cuerpo macizo y mirada firme. Sin embargo, no se veía en su cara esa grisácea expresión de fatiga que tienen aquellos que están cercanos al agotamiento físico producido por el exceso de trabajo.

Mason insistió:

—Quería saber si Milicent Hardisty pasó aquí la noche entera o solamente parte de ella.

—Eso es una presunción suya. ¡Es una insinuación cobarde!

Eso...

—¿Puede usted contestar la pregunta? —interrumpió Mason.

—Sí, por supuesto. Puedo contestarla.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—No veo ninguna razón para darle a usted alguna respuesta.

Mason dijo:

—Ha sido arrestada.

—¡Milicent..., arrestada! ¿Quiere usted decir que las autoridades piensan...? ¡Es sorprendente!

—¿No sabía usted nada de ello? —preguntó Mason.

—Nada, naturalmente. No me parecía que la policía fuese tan estúpida como para hacer una cosa así.

Mason expuso:

—Hay algunas pruebas circunstanciales que la comprometen.

—Entonces, las pruebas han sido mal interpretadas.

—Siga usted descansando —continuó Mason, señalando los mullidos almohadones del sillón—. Échese atrás y descanse. Yo seguiré haciéndole preguntas. Usted siga descansando.

El doctor Macon siguió sentado muy derecho. Mason continuó hablando:

—Todos han actuado sobre la suposición de que Hardisty fue muerto en las primeras horas de la noche. Posiblemente, diez o quince minutos antes de oscurecer. Recientemente ha presentado su informe el médico forense. El informe fue retenido hasta que el médico pudo revisar el cadáver de nuevo porque no coincidía con lo que la policía creía que eran hechos ciertos.

El doctor Macon se golpeó las mejillas con las puntas de los dedos.

—¿Puedo preguntar qué decía el informe?

—La muerte entre las siete y las diez y treinta —respondió Mason—. Probablemente alrededor de las nueve.

—¿Entiendo que dijo usted probablemente alrededor de las nueve?

—Sí.

—Entonces, eso... Entonces, Milicent no puede estar complicada en el hecho.

—¿Por qué?

—Ella estaba... Estaba en su casa a esa hora, ¿no?

—¿Cómo lo sabe usted?

El doctor Macon serenose al instante y dijo:

—No lo sé. Solamente lo preguntaba.

—¿A qué hora estuvo usted allí arriba?

—¿Dónde?

—En la cabaña de Blane.

—¿Quiere usted decir que yo fui allí arriba?

Mason hizo una señal de asentimiento. El doctor Macon siguió hablando con acento algo desdeñoso:

—Temo no advertir su relación con este asunto, mister Mason. Sé quién es usted, por supuesto. Me gustaría encontrarme con usted en más favorables... y, puedo decirlo, más cordiales... circunstancias; pero temo que ha errado el camino. Soy, por supuesto, lo suficientemente psicólogo como para apreciar la técnica de las preguntas, en la cual las interrogaciones imprevistas sobresaltan a un testigo confiado y...

Mason le interrumpió para decir con apatía aparente:

—Yo puedo estar equivocado.

—Me alegra oírle decir eso.

—Que yo esté o no equivocado —continuó Mason—, depende de los neumáticos de su automóvil.

—¿Qué quiere usted decir?

—Un automóvil dejó sus huellas cerca de la cabaña de Blane. No creo que el significado de esas huellas lo haya interpretado la policía... aún. Los oficiales de Los Ángeles creyeron que las huellas habían sido hechas por los automóviles de las autoridades locales. Y, evidentemente, a las autoridades locales no se les ha ocurrido examinar tales huellas.

—¿Y qué hay con esas huellas?

—Eran huellas de neumáticos nuevos.

—¿Y qué si lo eran?

Mason sonrió.

—Quizá debido a su condición de médico, doctor, usted no ha apreciado todavía la gravedad del racionamiento de los neumáticos y, por tanto, se ha olvidado usted del asunto.

—Temo que no pueda...

—¡Oh, sí, me entiende! Usted está ganando tiempo, doctor. Usted hizo colocar recientemente dos neumáticos nuevos en las ruedas traseras de su automóvil. Indudablemente, consiguió otros neumáticos por intermedio de la Junta de Racionamiento. Allí llevan un registro completo de las solicitudes de compra de neumáticos, de los coches en que son colocados y demás detalles. Tan pronto como vi las huellas de neumáticos nuevos se me ocurrió que eran de un coche de la policía. Cuando llegué al conocimiento de que no eran de un coche de la policía, empecé a buscar por otro lado. Usted sabe que cualquiera no puede tener dos neumáticos flamantes en su automóvil.

—¿Y esa investigación le trajo hasta mí?

Mason hizo una señal de asentimiento.

—Supongo que usted advierte —dijo el doctor Macon con fría normalidad— que está formulando una acusación muy seria.

—No he hecho ninguna acusación todavía; pero dentro de un rato voy a hacer una..., tan pronto como usted se deje de andar con rodeos.

—Realmente, mister Mason, yo creo que esto es un despropósito.

—Yo también. Estoy tratando de ayudar y defender a mi cliente.

—¿Y puedo preguntar quién es su cliente?

—Milicent Hardisty.

—¿Ella le contrató?

—Su padre lo hizo.

—Ella es... Usted dice que está acusada de...

—Asesinato.

—No puedo creer que sea posible eso.

Mason miró a su reloj.

—Tiene usted que empezar a atender a sus pacientes a las nueve, doctor. Le queda poco tiempo. A mí me costó poco llegar hasta aquí. Vi las huellas de dos neumáticos nuevos y saqué mis conclusiones. La policía lo hará más metódicamente. Ellos no pueden basarse en una suposición. Probablemente sacarán una impresión de las huellas, consultarán a la Junta de Racionamiento todos los permisos para comprar neumáticos nuevos; luego, se entrevistarán con los vendedores, y, sin duda, llegarán hasta aquí. Yo simplemente me he adelantado a la procesión.

El doctor Macon se movió inquieto en su sillón.

—Supongo que cualquier cosa que yo pueda decir será enteramente confidencial, abogado.

—Adivinó otra vez.

—Pero, ¿me pareció oírle decir que representaba usted a Milicent Hardisty!

—Así es.

—Yo...

—Yo la represento a ella y a nadie más. Cualquier cosa que ella me diga es confidencial; cualquier cosa que usted me diga, la usaré o no, eso depende de que pueda ayudar a la defensa de ella.

—Si ella tiene una coartada para... bueno, desde las siete de la tarde hasta medianoche, ¿la absolvería de cualquier complicidad en el crimen?

—Probablemente.

—Yo... —la voz del doctor Macon se apagó en una especie de silencio irresoluto.

—Decídase —le instó Mason.

El doctor Macon anunció:

—Quiero contarle a usted una breve historia.

—Me agradecería más que usted contestase a una breve pregunta.

El médico movió la cabeza con impaciencia.

—Usted tiene que entender los preliminares, los pasos por los cuales esto comenzó su existencia.

—Hábleme primero del asunto, y luego charlaremos de los pasos.

—No. No puedo hacer eso. Yo debo contar esta historia a mi modo, mister Mason. Insisto en hacerlo.

Una vez más Mason consultó su reloj. El doctor Macon anunció:

—Seré breve. El médico moderno, a fin de ser útil a sus pacientes, debe saber algo de su índole emocional, algo de sus sentimientos, algo de los problemas que ellos afrontan..., las crisis emocionales, los...

—Ya conozco todo eso —interrumpió Mason—. Hábleme acerca de mistress Hardisty.

—Tan pronto como ella me consultó, advertí que tenía una preocupación muy honda, cierta carencia de armonía mental.

Sospeché de sus relaciones familiares.

—¿Y le hizo algunas preguntas?

—No en seguida. Primero traté de ganar su confianza.

—¿Y luego qué?

—Después la interrogué.

—¿Qué averiguó usted?

—Eso, mister Mason, es confidencial. No puedo descubrir las cosas que me ha confiado un paciente mientras yo le hacía su diagnóstico.

—Entonces, ¿por qué se refirió a ellas?

—Porque quiero que advierta que mis conocimientos acerca de Milicent Hardisty son posiblemente mucho más completos que los de usted.

Mason se acomodó confortablemente en su silla y encendió un cigarrillo.

—¿Investigó usted el estado mental de mistress Hardisty mientras hacía su diagnóstico?

—Sí.

—No se engañe usted —declaró Mason—. Un abogado sondea tanto la mente de las personas como un médico. Y lo que es más: un abogado está mejor capacitado y preparado para hacerlo. Usted probablemente no admitirá esto. No tiene ninguna importancia que lo admita o no, especialmente cuando todavía no he tenido oportunidad de hablar con Milicent Hardisty. Ahora usted anda con rodeos para ganar tiempo, pensar algo para impresionarme y colocarme en una posición desde la cual pueda decirme lo que quiera y ocultar lo que desea que yo no sepa. Si cree que puede engañarme, ya puede empezar a hablar. Nos llevará un poco más tiempo, pero cuando terminemos nos entenderemos mucho mejor. Ahora, siga usted adelante con el discurso que me tiene preparado, y cuando termine, yo haré unos pequeños sondeos.

El doctor Macon sonrió.

—Temo, abogado, que usted no estima en su justo valor las facilidades que dispone un médico experimentado. Conozco a Milicent mucho mejor de lo que jamás pueda usted llegar a conocerla a través de lo que los abogados llaman «repreguntar».

Mason no hizo ningún comentario y se dedicó a saborear su

cigarrillo.

El doctor Macon recobraba gradualmente su serenidad profesional. Con la actitud de un médico que explica a su paciente las cosas que debe hacer para su bien y reteniendo todo lo que el enfermo no necesita entender, dijo a Mason:

—Milicent Hardisty se convirtió en una paciente mía. Tenía plena confianza en mí. Me hacía confidencias. Llegué a conocer sus secretos más íntimos. Pude hacerle algún bien. Puedo decirle a usted esto sin traicionar ninguna confidencia de mistress Hardisty. Ella había dedicado demasiada atención a su carrera, a las cosas serias de la vida. El exceso de concentración en su trabajo le produjo un deseo secreto de ser el centro de atracción de una persona especial...; no una atracción platónica, sino una atracción sexual. Por tal motivo no examinó, ni aun dentro de su mente, los motivos por los cuales Jack Hardisty empezó a enamorarla, cortejándola impetuosamente. Aunque ella hubiese examinado los motivos, dudo que la duplicidad de Jack Hardisty la hubiese detenido. Estaba demasiado entusiasmada con la novedad de tener un hombre que la cortejaba y que no hacía de sus galanteos un pasatiempo intelectual, sino una actividad violenta y emocional. Jack Hardisty era lo suficientemente astuto como para advertir todo eso. Milicent Hardisty tiene muy buenos sentimientos. Había tratado anteriormente de interesar a las personas colocándose en un plano intelectual. A Jack Hardisty le pareció que el modo de impresionarla sería cortejarla con ardor y pasión. Su plan resultó admirable.

Mason dejó caer la ceniza de su cigarrillo en el cenicero del doctor Macon y no hizo comentario alguno.

—Le diré a usted esto... Que después que Vincent Blane consiguió un empleo para Jack Hardisty, éste se lo agradeció a su protector con un desfalco de fondos —el doctor Macon hizo una pausa dramática y Mason un leve gesto de asentimiento.

El doctor Macon estaba evidentemente defraudado porque su información no había resultado sorprendente. Frunció el ceño y dijo:

—Oh, sí, el padre de Milicent le contrató a usted. Por supuesto, él ya le habría dicho esto.

—Prosiga usted —contestó Mason.

El doctor Macon pensó durante un momento y luego comenzó a hablar de nuevo, esta vez con más seguridad y rapidez:

—Yo sabía que mistress Hardisty se aproximaba a una crisis muy definitiva de su vida. Sabía que ella había sido desgraciada durante mucho tiempo. Ella lo ocultaba simplemente para conservar una apariencia de felicidad y porque vacilaba en confesar públicamente que el interés de Jack Hardisty en ella había sido puramente económico. Creo que podrá apreciar usted los sentimientos de Milicent Hardisty.

Mason no hizo comentario alguno.

—En las últimas horas de la tarde de ayer, al no acudir ella a mi consultorio, donde tenía una cita para continuar un tratamiento, yo di ciertos pasos para asegurarme de que se encontraba bien. Como resultado de aquellos pasos pude averiguar que su marido había ido a Kenvale y de allí a una cabaña montañosa, propiedad de mister Blane. Temí que mistress Hardisty, bajo los efectos de algún desequilibrio emocional, pudiera sufrir una conmoción que quebrantara para siempre su estabilidad nerviosa y emotiva.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Salí a buscar a mistress Hardisty.

—¿A qué hora?

—Preferiría decírselo a mi manera, mister Mason. Usted podrá hacer sus preguntas después. Creo que dijo usted que deseaba sondear mi mente —dijo el doctor Macon con fría sonrisa.

—Siga usted —repuso Mason—, y perdóneme. Simplemente porque disponemos de poco tiempo creía que podría apresurar el asunto. Pero si usted quiere repasar su historia a medida que la va inventando, para asegurarse de que es a prueba de bombas, continúe.

El doctor Macon declaró:

—No estoy inventando esta historia. Cualquier vacilación que usted pueda notar en mí es a causa de que no sé exactamente cuánto puedo decirle sin traicionar confidencias y...

—Todo eso no importa —interrumpió Mason—. Siga usted con la historia. ¿Qué sucedió?

—Fui en mi coche hasta la cabaña para buscar a mistress

Hardisty, y eso es todo.

—¿La encontró?

—Sí.

—Continúe —dijo Mason—. Dígalo a su modo.

—No encontré a mistress Hardisty en la cabaña. La hallé en Kenvale. Creo que iba siguiendo a su hermana soltera, quien conducía un coche que marchaba delante de ella —el doctor Macon hizo una pausa bastante larga; su cara demostraba satisfacción, sus ojos tenían una expresión de triunfo—. Creo que eso explica todo... Encontré a mistress Hardisty en un serio estado emocional y nervioso. La retuve conmigo hasta aproximadamente las diez de la noche, hasta que los nervios respondieron al tratamiento. Luego la llevé en mi coche a Kenvale, le apliqué una inyección justamente antes que entrase ella en su casa y le dije que se acostara en seguida y que durmiese hasta muy tarde.

—¿Eso es todo? —preguntó Mason.

—Eso es suficiente, ¿no? Yo sé que ella estuvo conmigo hasta después de las diez de la noche. Personalmente le apliqué una inyección y sabía que después de eso mistress Hardisty se dormiría inmediatamente y permanecería dormida durante casi doce horas.

—¿Ha terminado usted? —preguntó Mason.

—Sí, señor. He terminado.

—Muy bien —declaró Mason—. Ahora comenzaremos a sondear.

—Puede usted empezar.

—Creo que usted ha dicho que había decidido ir a la cabaña para evitar a Milicent una experiencia que desorganizaría sus nervios y emociones.

—Sustancialmente he dicho eso. Como es usual en los profanos, usted ha cambiado la exactitud médica de la expresión, pero dejémosla como ésta.

—¿Y encontró usted a Milicent en Kenvale?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Bien... Vamos a ver... Yo diría que era poco más o menos... Usted sabe que un hombre no consulta su reloj en tales circunstancias, aunque a los abogados les gusta preguntar la hora

exacta.

—Aproximadamente, ¿a qué hora?

—Oh, eran algo más de las seis...; quizás alrededor de las seis y media.

—¿Tanto como las siete?

—No lo creo, pero quizá lo fueran.

—¿Y no antes de las seis?

—No.

—Y cuando usted dejó su consultorio para ir en busca de Milicent, ¿sabía que ella estaba allá arriba en la cabaña?

—Sí.

—Usted dijo que ciertas fuentes de información le avisaron sobre ese punto.

—Bien, sí. Estaba seguro de esa información.

—¿Cómo?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Eso sería traicionar una confidencia.

—¿De quién?

—Eso tampoco puedo decirlo.

—¿Un paciente?

El doctor Macon pensó un momento sobre la pregunta. Un pequeño brillo apareció en sus ojos y desapareció en seguida.

—Sí. La información vino de un paciente.

—¿Y usted advirtió que el estar mistress Hardisty en la cabaña y Jack Hardisty también significaba cierto peligro?

—¿Qué quiere usted decir por «peligro»? Debe ser más explícito, abogado. Quizás usted quiere decir peligro para la salud de mi paciente, o peligro físico, o...

—Que era peligroso para la salud de su paciente ir allí arriba, a la cabaña.

—Sí.

—Entonces —dijo Mason con una sonrisa—, ¿por qué inmediatamente de encontrarla en Kenvale, en lugar de llevarla tan lejos de la cabaña como le fuera posible, la condujo otra vez a ese mismo sitio?

El doctor Macon apretó sus labios.

—Yo no dije tal cosa.

—Lo estoy diciendo yo.

—No creo que ésa sea una deducción justa de lo que yo he dicho.

—No solamente es una deducción justa de lo que usted ha dicho, sino que está claramente indicado por las huellas de sus neumáticos. Su automóvil estuvo allí arriba, en la cabaña.

—Usted no ha identificado las huellas de mis neumáticos. Ni siquiera ha visto mi automóvil.

Mason dijo con tono de cansancio:

—Déjese de andar con rodeos. ¿Subió usted o no con su coche hasta la cabaña? ¿Llevó usted o no a Milicent a la cabaña después de haberla encontrado en Kenvale?

—No estoy obligado a contestar esa pregunta.

—Usted no está obligado a contestar a ninguna de mis preguntas —declaró Mason—. Pero estas mismas preguntas le serán formuladas por la policía.

—Hay una buena posibilidad de que la policía ni siquiera venga por aquí.

—Poco más o menos, una entre un millón.

—No estoy de acuerdo con usted.

—No me importa que usted esté de acuerdo conmigo o no. Usted será llamado a contestar esa pregunta. Tiene razón al decir que yo no tengo autoridad para obligarle a contestarla. ¿Quiere decir eso que usted tiene miedo de contestar a mi pregunta ahora y en este sitio?

—Simplemente, rehúso contestarla.

—¿Por qué? ¿Porque la respuesta podría acusarle?

—No voy a darle las razones. Sólo que no estoy obligado a contestar a esa pregunta, que me niego a ello; eso es todo.

—No puedo discutir eso. Y como es natural, si usted teme contestar mis preguntas, yo soy muy dueño de sacar mis propias conclusiones.

El doctor Macon palmeó con gestos nerviosos sus mejillas.

—Llevé a Milicent allá arriba por ciertas razones..., relacionadas con su salud. Esto constituía parte del tratamiento al cual la había sometido. Y creo que usted estará de acuerdo conmigo, abogado, en

que desde el momento en que yo digo eso no hay autoridad sobre la tierra que me obligue a divulgar cuál era ese tratamiento o por qué yo sabía que era el indicado.

—No creo que su inmunidad de médico sea tan extensa —declaró Mason—; pero, por el momento, dejaremos esa contestación como está. Damos por seguro el hecho de que usted es el médico de Milicent y que esta exposición la hace con ese mismo carácter profesional.

—Cierto.

—¿Desde cuándo está usted enamorado de ella? —preguntó Mason.

El doctor Macon parpadeó visiblemente y luego dijo, mientras intentaba recobrar el dominio de sí mismo:

—Veo que no hay límite para las preguntas insinuantes e insultantes...

—Usted está enamorado de ella, ¿no es así?

—Eso no tiene nada ver que con el asunto.

—Es una pregunta muy a propósito, doctor. Usted cuenta una historia que le coloca en una posición tal que debe apelar a su inmunidad profesional para no contestar al interrogatorio. En otras palabras: tiene usted que demostrar que lo que hizo fue realizado en su carácter de médico. Ahora bien: cuando el carácter de médico se convierte en el de amante, la inmunidad de aquél desaparece.

—Ése es un asunto que dejaremos para la policía —dijo el doctor Macon dignamente.

—Muy bien —prosiguió Mason—. Volveremos a su historia y a mis sondeos. Usted ha dicho que puso una inyección a mistress Hardisty para dormirla.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto?

—Muy pocos minutos.

—¿Diez minutos?

—Sí; en ese tiempo ya podrían notarse los efectos.

—¿Estaría dormida media hora después?

—Sin duda alguna.

—No habría podido irse a la cama y luego levantarse y tomar una taza de café fuerte o una cápsula de cafeína o...

—De ninguna manera.

—¿Y le puso usted esa inyección justamente antes que ella entrase en la casa?

—Sí.

—¿Actuando en su carácter de médico?

—Sí, por cierto.

—¿No como su amante?

—Mister Mason, yo le agradecería que...

Mason hizo guardar silencio al médico con un gesto.

—No necesita contestar la pregunta si no quiere, doctor. Le ruego que no se ofusque por ello.

—Es una pregunta insultante y me niego a contestarla.

—Muy bien. Usted le puso esa inyección mientras ella se hallaba sentada en el automóvil y antes de que entrase en la casa.

—Sí.

—¿Desde cuándo ejerce usted su profesión, doctor?

—Desde hace poco más de veinte años.

—Y durante ese tiempo, ¿alguna vez ha puesto a otro paciente una inyección en circunstancias similares?

—¿Qué quiere usted decir?

—Si usted hubiese estado actuando como médico de ella, y solamente con ese carácter, sería natural que hubiese entrado a la casa con la paciente. Le habría ordenado que se acostara. Cuando ella hubiera estado acostada, usted le habría administrado la inyección. Luego, habría esperado unos minutos para asegurarse de que la inyección había hecho efecto, y después, se habría retirado, tras dar instrucciones para el cuidado de la paciente a la persona que se hallase encargada de esa misión.

Los ojos del doctor Macon eludieron los del abogado.

—El hecho de detenerse en un automóvil frente a una casa y poner a una mujer una inyección, diciéndole que se acueste después, y luego retirarse, hace sospechar una cosa secreta, furtiva y altamente irregular.

—Debido a las circunstancias, pensé que era mejor poner la inyección en esa forma. Tomé esa decisión como médico a causa de los síntomas que presentaba, y me niego a ser interrogado sobre ese punto.

—¿No hay alguna razón por la cual usted no es bien visto en casa de mister Blane?

—Creo que a mister Blane no le agrada que yo sea médico de su hija.

—¿Por qué?

—Ignoro los motivos que tiene mister Blane.

—¿No será porque duda sobre su idoneidad como médico?

—No, por cierto.

—¿Entonces será por las relaciones personales que se han consolidado entre usted y la hija de mister Blane?

—Prefiero no hablar de eso.

—Ya le he advertido... Vea, pues, doctor: hay demasiadas lagunas en su historia y yo podría pensar infinidad de preguntas más a las que usted no sería capaz de contestar satisfactoriamente.

—Entonces, ¿no da usted crédito a mi historia?

—Es increíble. No convencería a nadie. Es contradictoria. Usted no puede probar que sea cierta. Usted no puede explicar por qué llevó a mistress Hardisty a la cabaña ni por qué le puso esa inyección fuera, en el coche.

—No tengo que explicarlo.

—No a mí, quizá; pero si usted está contando una historia para proteger a Milicent tiene que ser algo que pueda creerse.

—¿Qué le hace pensar que yo estoy contando esto para proteger a Milicent?

—Porque es una conclusión justa el hecho de que usted encontró a Milicent; que volvió a la cabaña con ella porque sabía que Hardisty estaba allí arriba; que usted y ella querían hacer alguna proposición a Hardisty; que Hardisty fue asesinado con una bala perteneciente al revólver de Milicent y disparada por usted o por ella, bala que usted extrajo después del cuerpo de Hardisty para que no pudiese ser identificada como perteneciente al revólver de Milicent.

—¡Absurdo!

—Bueno, entonces vayamos a probar otra teoría. Milicent Hardisty fue a la cabaña. Encontró a su marido allí arriba. Tuvieron una discusión. Ella le acusó de muchas cosas e insistió en que le entregase el dinero y los valores negociables que él había tomado

del banco. Él se negó a hacerlo. Ella le amenazó con el revólver. Él quiso quitar el revólver a Milicent y ambos forcejearon un momento. Hardisty recibió un balazo, pero su muerte no fue instantánea. Milicent, frenética, escapó de la cabaña corriendo camino abajo, sin saber apenas lo que hacía. Su hermana Adele vio dónde fue a parar el arma... Jack Hardisty estaba gravemente herido. Milicent y Adele le metieron en la cama. Luego hablaron con usted por teléfono, haciéndole una petición desesperada. Usted corrió a la cabaña, examinó a Hardisty y se encontró con que estaba muerto. Había fallecido durante el tiempo que transcurrió desde que fue acostado hasta la llegada de usted a la cabaña. Luego, usted, impelido por su amor hacia Milicent, trató de arreglar las cosas de manera que el crimen resultase irremediamente insoluble. Despeñó el coche de Hardisty. Utilizando su instrumental quirúrgico extrajo la bala del cuerpo y se arregló de modo que jamás fuese encontrada. Adele tomó o no parte en todo el asunto. Es probable que sí. La intención de usted era negar en absoluto el conocimiento del hecho o que tuvo algo que ver con el mismo. Pero la circunstancia de que yo seguí su pista por medio de esos neumáticos de automóvil le dio a usted un susto terrible... Ahora bien, doctor: vamos a ver qué tiene usted que decir ante esto.

El doctor Macon cambió de posición y no dijo nada.

En ese momento alguien golpeó suavemente con los nudillos en la puerta. La mujer que hizo entrar a Mason abrió la puerta y dijo con tono de disculpa:

—Le ruego me excuse por molestarle, doctor, pero un tal mister Jameson y un tal mister McNair desean hacerle unas preguntas.

Mason anunció al doctor Macon:

—Ahí está. Jameson es el alguacil delegado del *sheriff* en Kenvale y Thomas L. McNair es un agente de la oficina del fiscal del distrito. Así que ya ve, doctor; usted no tenía tanto tiempo como pensaba... Ahora, permítame que le diga algo. Si Milicent Hardisty disparó la bala que mató a su esposo, ya sea accidentalmente o en defensa propia simplemente porque era una desequilibrada que necesitaba matar a alguien, ahora es el momento de que usted lo diga y yo trataré de conseguir para ella una sentencia leve. Pero si usted está tratando de encubrirla, si cree que puede engañar a la ley

y conseguir su objeto, está equivocado, y lo único que conseguirá es enredarse y ella será condenada por asesinato en primer grado... Hable usted claro de una vez.

El doctor Macon anunció:

—No temo a la ley, mister Mason.

El abogado estudió atentamente al médico.

—Ese es el defecto de ustedes, los doctores. Su práctica les hace muy seguros de sí mismos. Porque aconsejan a sus pacientes sobre la dieta que les conviene, ustedes creen que pueden aconsejarles en todo. Un abogado no creería que puede extirpar un apéndice. Pero usted está tratando de hacer la defensa de Milicent, que se halla acusada de homicidio..., y yo opino que es una defensa muy pobre.

El doctor Macon declaró con mucha calma y dignidad profesional:

—No tengo nada que agregar a lo que le he contado, mister Mason; tampoco tengo que retractarme de nada de lo dicho. Haga pasar a esos caballeros, Mabel.

—Un momento —atajó Mason—. ¡Nada más que un momento! Entre aquí, Mabel, y cierre esa puerta.

La mujer vaciló un momento y luego obedeció.

Mason dijo:

—Si esos dos me encuentran aquí, le crucificarán a usted. El mero hecho de que me encuentren hablando con usted les hará pensar que Milicent o Adele me han enviado. ¿Hay alguna otra salida de la casa?

—De esta habitación, no. ¿Dónde están esperando, Mabel?

—En el vestíbulo..., y no creo que esperen mucho.

Mason agregó:

—Dígales que el doctor está ocupado con un enfermo urgente y que los atenderá tan pronto como termine la cura —luego se volvió hacia el doctor Macon—. Véndeme usted la cabeza, doctor. Déjeme al descubierto un solo ojo para que pueda ver y nada más. Póngame un brazo en cabestrillo, écheme encima algún desinfectante y trate de apresurarse para que ellos pasen por mi lado en el pasillo cuando entren.

El doctor Macon hizo una señal de asentimiento al ama de llaves y dijo a Mason:

—Aflójese la corbata y desabróchese la camisa.

Las manos del médico se movieron con destreza y rapidez. Vendó la cabeza de Mason, puso el brazo en cabestrillo, aseguró el vendaje con cinta adhesiva y le roció con un antiséptico.

—¿Listo? —preguntó el doctor a Mason.

La voz de Mason, que venía de debajo de las vendas, sonaba extrañamente velada.

—Muy bien, doctor. Se lo advierto por última vez..., no trate de encubirla. No conseguirá su objetivo.

El doctor Macon habló con tono súbitamente confidencial:

—Yo puedo manejar muy bien esta situación —anunció—. Una de las cosas que usted no toma en consideración, abogado, es que un médico sabe conservar su serenidad ante cualquier emergencia.

Antes que Mason pudiese contestarle, el doctor Macon abrió la puerta de la habitación y dijo en voz alta:

—Haga pasar a los caballeros, Mabel.

Mason, con su sombrero en la mano, salió del consultorio, inclinándose ligeramente a fin de no ser reconocido.

Jameson y McNair pasaron a su lado mientras entraban, manteniéndose bien al costado del pasillo, a fin de no tocar el brazo de Mason. Aparentemente, el abogado no atrajo la atención de los funcionarios.

Mason oyó que el doctor Macon decía a sus espaldas:

—Buenas noches, caballeros. ¿En qué puedo servirles?

El ama de llaves mantenía la puerta abierta para que pasara Mason.

—Buenas noches —musitó el abogado.

La mujer no le contestó y, con expresión indignada, cerró violentamente la puerta tan pronto como Mason alcanzó el porche.

Capítulo 12

Paul Drake esperaba a Mason en el vestíbulo del Hotel Kenvale.

—Hemos localizado a Adele Blane, Perry.

—¿Dónde?

—Hotel San Benito, Los Ángeles... Es decir, estaba allí. La localizamos y la perdimos de nuevo.

—¿Cómo fue?

—Encontrarla fue fácil —prosiguió Drake—, simple cuestión de caminar. Investigamos en todos los garajes de aquí. No encontramos nada, tampoco esperábamos encontrar algo. Buscamos en todos los garajes de Roxbury y hallamos su coche guardado en el garaje Acme. El garaje Acme está cerca de la estación de autobús. Averiguamos la hora en que había sido guardado el automóvil, y luego nos enteramos de los autobuses que habían partido de la estación hasta una hora después de haber sido guardado el automóvil en el garaje. Nos encontramos con que una mujer que respondía a la descripción de Adele había ido a Los Ángeles y que viajaba sin equipaje. Puse a trabajar a dos hombres para que vigilaran todos los hoteles cercanos a la terminal del autobús de Los Ángeles. Teníamos una buena descripción de ella y actuamos bajo la suposición de que viajaba sin equipaje. Uno de mis hombres la localizó al fin en un pequeño hotel situado a unas cuatro manzanas de la estación del autobús. Adele se ha inscrito en el registro del hotel con el nombre de Martha Stevens.

Mason frunció el entrecejo.

—Ese nombre me es familiar, es...

—El ama de llaves —intervino Drake.

—Eso es... ¿Por qué se inscribía Adele Blane con el nombre del ama de llaves de su padre?

—No lo sé —contestó Drake—, pero puedo decirle una cosa, Perry... Martha Stevens no es un ama de llaves cualquiera. Es muy estimada, tanto por Vincent Blane como por sus hijas. Incidentalmente, pone a Blane sus inyecciones.

—¿Qué inyecciones?

—Insulina.

—¿Blane es diabético?

—Ajá. Tiene que ponerse dos inyecciones de insulina diarias. Puede, por supuesto, ponerse él mismo las inyecciones, cuando es necesario; pero es mucho más conveniente tener otra persona que lo haga... Martha lo hace.

—¿Es enfermera?

—No. Usted sabe que Milicent lo es..., o lo era. Milicent debe de haber enseñado a Martha cómo hacerlo... Y usted..., ¿ha averiguado algo?

—Las cosas se complican cada vez más —contestó Mason.

—¿Cómo es eso?

—El nombre que estaba escrito en el papel que Della me dio antes de salir, era el del doctor Jefferson Macon, que vive en Roxbury.

Drake entornó los ojos.

—¿El médico de Milicent?

—Sí.

Drake castañeteó sus dedos exasperado.

—Debí haber pensado en ello. ¿Qué fue lo que le hizo seguir a usted esa pista, Perry?

—Las huellas de neumáticos nuevos allí arriba, en la cabaña.

—¡Oh, oh!

—El doctor Macon es uno de esos médicos competentes y serenos —declaró Mason—. Hace algún tiempo que está enamorado de Milicent. Evidentemente, sabe mucho acerca de lo que sucede... Supo que Hardisty estaba en la cabaña y que Milicent se dirigía allí, así que salió corriendo detrás de Milicent, aunque sostiene que la encontró en las afueras de Kenvale. En esta parte del asunto parece que dice la verdad. Mas temo que él volvió a la cabaña de Milicent. Lo que más me preocupa es que Milicent debió de haberle escrito una nota, y tengo la esperanza de que esa nota no haya sido

destruida.

—¿Qué es lo que le ha dado a usted esa idea de la nota? —preguntó Drake.

—El factor tiempo. Si Milicent le hubiese hablado por teléfono, el doctor Macon habría abandonado todo lo que tenía entre manos para correr detrás de ella, y habría llegado a la cabaña pocos minutos después que Milicent. Como están las cosas, y por lo que me parece a mí, Milicent debió de escribir una nota al doctor Macon. Alguien entregó la nota..., quizá Martha Stevens... ¿Dónde está Della?

—Arriba.

Mason se dirigió al teléfono y, una vez que consiguió hablar con Della, dijo:

—Acabo de llegar y voy a salir nuevamente. ¿No ha tenido noticias de Adele Blane?

—No.

—Quédese aquí. Si Adele llama, dígame que se oculte hasta que yo me ponga en contacto con ella. Su actitud me hace pensar en otra cosa, y quizá sea importante.

—¿Vio al doctor?

—Sí.

—Muy bien. Esperaré aquí mismo.

Mason colgó el auricular y se volvió hacia Drake.

—¿A qué obedeció que su hombre la perdiese después de haberla encontrado? —preguntó.

—¿Adele?

—Sí.

Drake dijo:

—Es una de esas cosas que suelen suceder, Perry. Mi hombre no cree que ella supiese que la vigilaban, pero quizá se diese cuenta. Ella salió andando del hotel, evidentemente buscando un taxímetro, aunque no había señal alguna que diese a entender a mi ayudante que eso era lo que Adele hacía. La siguió unos sesenta o setenta pasos. Ella iba hacia una parada de taxímetros, como efectivamente resultó. Luego, justamente cuando Adele cruzaba un calle, un taxímetro se detuvo. Ella subió al taxímetro, la señal de tránsito cambió, y se fueron. Mi hombre saltó al estribo de un automóvil

particular y dijo al conductor que siguiese al taxímetro. Pero sucedió que el conductor veía las cosas desde otro punto de vista. Arrimó su coche al bordillo de la acera y empezó a discutir. Mi hombre saltó al suelo y trató de subir a otro coche, pero el chófer creyó que se trataba de un atraco y gritó llamando a la policía. Cuando las cosas se aclararon ya no había esperanza de encontrar a Adele Blane... Son gajes del oficio... Estamos vigilando el hotel, por supuesto. Ella no ha pagado su cuenta allí. Y debe volver. Mason anunció:

—Lo que no puedo entender es ese asunto de Martha Stevens. Me preocupa mucho.

—¿No quiere usted que vayamos a interrogar al ama de llaves?
—preguntó Drake.

Mason aprobó con un gesto.

—Tengo el coche fuera. Vamos, Paul.

Capítulo 13

Perry Mason detuvo suavemente su coche frente a la residencia de Blane.

—Está oscuro —comentó Drake.

—Quizás estén veladas las luces —observó Mason, poniendo el freno de urgencia—. Vamos a echar un vistazo.

Caminaron por el cemento, que resonó con sus pisadas, y subieron por la escalera hacia el porche. El sonido del timbre fue un eco sepulcral en el interior de la casa.

Mason y Drake se miraron.

Tocaron el timbre dos veces más antes de darse por vencidos.

—Quizá sea su noche libre —dijo Drake.

—Ajá. Hablaremos con Vincent Blane acerca de ella.

—¿Dónde va a encontrar a Blane?

Mason contestó:

—Apostaría diez contra uno a que hay una reunión de directores de ese banco de Roxbury y a que Blane está sentado en la mesa de la dirección discutiendo suave y afablemente medios, arbitrios y coartadas.

—¿Va usted a interrumpir allí?

—¿Por qué no?

—Muy bien. Vamos.

Mientras marchaban a velocidad muy moderada, más o menos a sesenta kilómetros por hora, Drake dijo:

—No puedo olvidarme del hecho de que Adele se haya inscrito en el hotel bajo el nombre de Martha Stevens. ¿Por qué diablos no inventó un nombre?

—Dos razones —contestó Mason.

—Usted me lleva dos razones de ventaja. Yo no puedo

imaginarme ni una.

—Una de ellas es que puede haber sido que previniendo el caso de que algo ocurriese, Adele haya convenido con Martha Stevens que ésta debía jurar que era ella la que había ocupado la habitación.

—Bueno, ésa es una idea; pero a mí no me entusiasma mucho.

—La otra razón es —señaló Mason— que alguien iba a encontrarse con Martha Stevens en el hotel San Benito. Adele estaba al tanto de la cita y decidió sustituir a Martha Stevens... O quizá fue allí para retener a esa persona hasta que pudiese llegar Martha.

Drake cambió nerviosamente de posición.

—Ahora sí que me parece que ha dado usted en el clavo, Perry. Eso último que dijo me suena mejor. Apostaría a que Martha Stevens se halla camino del hotel ahora mismo.

—Por si acaso, vamos a hablar por teléfono con su oficina desde Roxbury —dijo Mason—. Mande usted un par de hombres para que vigilen el hotel y déles una descripción de Martha Stevens. Dígales que se queden allí para ver lo que sucede.

—Apresúrese —observó Drake—, apresúrese, Perry. Vamos a tardar algo en encontrar hombres que sirvan para ese trabajo. En estos tiempos no se pueden hallar hombres eficientes con sólo pedirlos.

Al entrar en los suburbios de Roxbury, Mason dijo:

—Ya que andamos en esto, podríamos pasar por la casa de Hardisty. Quiero ver qué aspecto tiene el lugar... ¿Sabe usted dónde es?

—Tengo la dirección —contestó Drake, sacando un memorándum del bolsillo—. No he vigilado personalmente la casa. Anduve ocupado con el otro asunto.

—Muy bien. Vamos a buscar la casa. ¿Cuál es la dirección?

—Calle D, cuatrocientos cincuenta y tres.

—Vamos a ver en qué dirección corren las calles. Probablemente las calles designadas por letras corresponden al Sur o bien de Este a Oeste. ¿Qué calle es ésta?

Drake estiró su cuello fuera del coche y contestó:

—No puedo ver. La placa indicadora está fuera del foco de luz de la calle.

—Hay una linterna en la guantera. Iré más despacio para que pueda ver la placa próxima.

Drake dio rienda suelta a sus sentimientos.

—La pesadilla de un detective..., estas lámparas de postes ornamentales con placas para los nombres de las calles. Es imposible leer los nombres durante la noche. Lo único que uno puede ver es la silueta de un objeto negro recortada contra una luz brillante. Las ciudades han estado comprando estas cosas durante los últimos veinticinco años. ¿Qué gracia le puede hacer a uno que le anuncien que es una ciudad amistosa, que le agradecen su visita y desean que vuelva otra vez, si le hacen enfermar metiendo estas placas indicadoras en un lugar donde los forasteros no pueden verlas?

—¿Por qué no va a usted a un Luncheon Club y pronuncia un discurso?

—Algún día lo haré. ¡Y será un buen discurso!

—Mientras tanto, eche un vistazo a esa placa indicadora —observó Mason, reduciendo la velocidad del coche.

Drake trató de hacerlo y dijo:

—No puedo verla —tomó la linterna que Mason le ofrecía, dirigió el rayo de luz hacia la playa y agregó—: Ésta es la calle Jefferson.

—Muy bien. Doblaremos hacia la derecha y veremos si podemos encontrar las calles designadas por letras.

La calle siguiente era la A. Pasaron velozmente por las calles B y C y llegaron a la D, donde doblaron a la izquierda.

Drake, con la ayuda de la linterna de Mason, comenzó a mirar los números.

—Estamos a la altura del doscientos; tenemos que pasar dos manzanas más. Hacia la mitad de la manzana, en el lado derecho... Muy bien, Perry, vaya despacio ahora... Esa parece la casa. Hay luz en las ventanas.

Mason redujo la velocidad del coche a unos veinticinco kilómetros por hora, pasó muy despacio frente a la casa iluminada y en la esquina dobló a la derecha.

—¿Va a dar la vuelta a la manzana? —preguntó Paul Drake.

—Sí. Quiero echar otro vistazo a la casa. ¿Qué le parece a usted

el lugar, Paul?

—Maldito si lo sé. Las luces están encendidas y las cortinas de las ventanas levantadas. Se puede ver perfectamente el interior de la casa, pero no parece que haya señal alguna de vida.

Mason mantuvo el coche a la misma velocidad de veinticinco kilómetros por hora mientras daba la vuelta a la manzana.

—Puede ser una trampa, Paul.

Drake opinó:

—Si no hay nadie en la casa, no andemos dando tantas vueltas.

—Por otra parte —observó Mason—, quizá sea Adele Blane la que está allí dentro. No es probable que sea Milicent Hardisty; no puede ser Jack Hardisty... ¡Oh, bueno, vamos a echar un vistazo!

—Prométame que no va a entrar —suplicó Drake—. Si no hay nadie en la casa y las luces están encendidas y quizá la puerta sin llave, no vayamos a meternos en un lío.

Mason contestó:

—Vamos a ver qué pasa.

Dieron la vuelta a la esquina y entraron otra vez en la calle D. Mason puso la palanca en punto muerto y arrimó el coche al encintado de la acera. Cerró el contacto, apagó las luces y, durante un momento, los dos hombres permanecieron sentados en el coche observando la casa.

—La puerta de la calle está entreabierta —anunció Mason—. Se puede ver el reflejo de la luz en sus bordes.

—Efectivamente.

—Por supuesto, Paul, puede ser que Vincent Blane haya entrado un momento. Quizá él tenga una llave de la casa.

—Yo le digo, Perry, que es una trampa de alguna especie.

—Bueno, vamos a subir hasta el porche.

—¿Me promete no entrar?

—¿Por qué tanto echarse atrás, Paul?

—Porque le acusarían a usted de andar buscando pruebas y de tratar de ocultarlas. Al fin y al cabo, Perry, este asunto está todavía muy oscuro.

—En eso estoy de acuerdo con usted —convino Mason, mientras subían los escalones hacia el porche—. La puerta de la calle está abierta, por cierto —dijo Mason, apretando con el pulgar el botón

del timbre.

Se oyó el sonido del timbre en el interior de la casa, pero ninguna otra señal de vida o movimiento.

Drake, que miraba por la ventana del frente, exclamó súbitamente:

—¡Oh, Perry! ¿Quiere echar un vistazo por aquí?

Mason se acercó a Drake. A través de la ventana se veía un escritorio de caoba macizo y anticuado. Tenía una puerta que al abrirse formaba un pupitre para escribir, hacia atrás había una serie de gavetas.

La cerradura violada del escritorio demostraba lo que había sucedido. Los papeles esparcidos por el suelo habían sido sacados de las gavetas, desdoblados con gran prisa, leídos y descartados luego confusamente.

Drake manifestó:

—Eso lo explica, Perry. Vamos antes que sea tarde.

Mason, en pie frente a la ventana, vaciló un momento y luego dijo con evidente disgusto:

—Creo que es la cosa más sensata que podemos hacer. Si avisamos a la policía, sospecharán que nosotros somos los que hicimos esto y que luego lo modificamos, después de encontrar y ocultar lo que buscábamos.

Drake se volvió y comenzó a caminar ansiosamente hacia la escalera del porche. Mason hizo una pausa y empujó la puerta de la calle.

—No haga eso, Perry —suplicó Drake.

Mason repuso:

—Espere un minuto, Paul. Aquí sucede algo. Hay algo detrás de la puerta. Algo que cede un poco y que, sin embargo, bloquea la puerta... ¡Es un hombre! ¡Puedo ver los pies!

Drake protestó con tono sarcástico e irritado:

—Muy bien, Perry, nosotros no podemos hacer nada. Telefonee a la policía si le parece. Pero no les daremos nuestros nombres. Déjelos que vengan y vean de qué se trata.

Mason vaciló un momento. Luego empujó la puerta y entró en la habitación. Drake protestó con tono sarcástico e irritado:

—¡Muy bien, siga adelante! ¡Mátese! ¡Deje algunas huellas

dactilares! Busque más enredos. A usted no le disgustará un par de cadáveres más y, cuando yo trate de renovar mi licencia, no importará otro mal antecedente.

Mason contestó:

—Quizá podamos hacer algo, Paul —se volvió y empezó a mirar lo que había detrás de la puerta.

El hombre que yacía en el suelo tenía poco menos de sesenta años. Era un sujeto delgado de pómulos prominentes, boca grande y firme, manos huesudas y brazos largos. Su respiración lenta y resonante se oyó perfectamente una vez que Mason penetró en la pieza.

Mason dijo:

—¡Oh, Paul, eche un vistazo! El hombre no está muerto, solamente ha sido conmocionado... No veo señales de ninguna herida de bala... Espere un momento, aquí hay un revólver.

Mason se inclinó sobre el revólver.

—Calibre treinta y ocho, de cañón corto —anunció—. Hay olor a pólvora. Parece que el revólver ha sido usado... Sin embargo, todavía no puedo ver ninguna herida de bala.

Drake imploró:

—¡Por el amor de Dios, Perry, salga de ahí! Hablaremos por teléfono a la policía y dejaremos que ellos se entiendan con eso.

Mason, completamente absorbido por el problema, y tratando de deducir lo que había sucedido, manifestó:

—Este pájaro tiene una pistola en su cinturón. Parece que este revólver es suyo. Quizás haya tirado de él, y fue tiroteado después... Sí, tiene una magulladura en la sien izquierda, Paul. Quizá se la hicieron con un cachiporrazo...

Una sirena sonó con las peculiares notas bajas que preceden y siguen a su aullido discordante. El rayo rojo de una linterna eléctrica alumbró a Drake sobre el porche y luego arrojó su luz a través de la puerta entreabierta de la calle.

Drake dijo con voz que parecía un gemido:

—¡Debí suponerlo!

Una voz autoritaria llegó desde fuera gruñendo una orden brusca:

—¡Vayan saliendo de ahí! ¡Arriba las manos!

Se oyeron unos pasos y la voz de Paul Drake que daba explicaciones en voz alta. Mason se movió alrededor de los pies del hombre caído para aparecer en la puerta medio abierta.

Dos hombres evidentemente agentes de policía de la localidad y que llevaban revólveres y linternas de cinco elementos en las manos trataban de ocultar su nerviosidad bajo una expresión ceñuda:

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

Mason contestó:

—Yo soy Perry Mason, el abogado. Milicent Hardisty es cliente mía. Pasé por aquí para ver si ella estaba. Vimos las luces y subimos al porche. Apenas vi la casa, me di cuenta de que sucedía algo raro.

El otro policía dijo en voz baja:

—Es Mason efectivamente. Le he visto antes.

—¿Cuánto tiempo hace que están ustedes aquí? —preguntó el hombre que había hablado primeramente.

—Unos pocos segundos. Lo suficiente como para mirar dentro. Justamente nos disponíamos a hablar por teléfono con la policía.

—¿Ah, sí? Este tipo bajaba del porche cuando le descubrimos con la luz de la linterna.

—Así es.

—Hay un teléfono aquí mismo, ¿no?

Mason replicó con acento desdenoso:

—Y si lo hubiéramos usado, ustedes pondrían el grito en el cielo diciendo que le habíamos borrado las huellas dactilares.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el policía.

Mason contestó:

—No lo sé. Un hombre que se encuentra dentro parece haber sido tiroteado. Hay un revólver tirado en el suelo.

—¿El revólver es suyo?

—No, por cierto.

—¿Hizo usted algún disparo?

—Por supuesto que no.

—¿Y oyó disparos?

—No. No estoy seguro de que se haya hecho algún disparo.

—Alguien habló por teléfono a la Jefatura —explicó el oficial— y dijo que en la residencia de Hardisty había sido disparado un tiro y que le parecía que era un homicidio.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó Mason.

—Siete u ocho minutos.

Mason volvió a entrar por la puerta medio abierta.

—No veo señal alguna de herida de bala —manifestó—, pero el hombre tiene una magulladura en la sien izquierda.

Los dos oficiales empujaron a Drake hacia la habitación y luego miraron a la figura inconsciente.

—¡Cáspita, es George Crane! —dijo uno de los hombres.

—Será mejor que lo levantemos del suelo —declaró Mason—, y que veamos si podemos hacer algo por él. ¿Quién es George Crane?

—Es un alguacil adjunto, buen sujeto. Además de su empleo, hace algunos trabajos por su cuenta.

Mason dijo:

—Podemos ponerle sobre esa cama.

—Muy bien. Vamos a hacerlo... Un momento. ¿Quién es este hombre que está con usted?

—Paul Drake, jefe de la Oficina de Detectives Drake.

—Vamos a echar un vistazo a sus credenciales primero —dijo el oficial.

Drake extrajo del bolsillo una libreta de cuero y se la pasó al policía. El hombre la abrió y revisó los compartimentos del celofán, uno por uno, mientras miraba las tarjetas. Luego devolvió la cartera a Drake y declaró:

—Creo que está en orden.

En seguida los oficiales pusieron sus revólveres en las pistoleras, las linternas bajo sus cinturones y se inclinaron hacia el hombre inconsciente que estaba tendido en el suelo. Mason y Drake los ayudaron a ponerlo sobre la cama. Casi en seguida el hombre pestañeó, el ritmo de su respiración cambió y los músculos de su brazo se contrajeron.

Mason anunció:

—Parece que recobra el sentido. Busque el cuarto de baño, Paul, traiga unas toallas empapadas en agua fría y...

—Un momento —interrumpió el oficial superior—. Ustedes se quedan aquí conmigo. Frank, trae tú toallas empapadas en agua fría y...

El oficial buscó un poco y en seguida encontró el baño. Se oyó el

ruido de agua que corría y un momento después el policía volvió con unas toallas mojadas. George Crane abrió los ojos, posó una mirada vidriosa en los que le rodeaban y súbitamente se sentó y empezó a mover los brazos.

Los oficiales dijeron:

—Cálmese, George, cálmese. Usted se encuentra bien.

Una mirada de reconocimiento acudió a los ojos de Crane.

—Usted está bien —repitió para calmarle el oficial.

—¿Dónde está ella? —preguntó George Crane.

—¿Quién?

—La mujer que me golpeó.

—¿Una mujer?

—Sí.

El oficial dirigió una mirada de interrogación a Mason. Éste movió la cabeza.

El oficial se volvió hacia Crane.

—Cuando nosotros llegamos aquí no había ninguna mujer, George. ¿Qué sucedió?

Crane se llevó una mano a la cabeza, corrió hacia abajo la toalla, palpó con dedos exploradores la línea de la magulladura que tenía en la sien y dijo:

—Los funcionarios de la policía me dejaron al cuidado de la casa hasta que pudiesen conseguir una llave para ese escritorio o una orden judicial para violar la cerradura.

—¿Quién tiene la llave? —preguntó Mason.

—Creo que mistress Hardisty, pero mister Blane dijo que pensaba que la hermana de mistress Hardisty tenía otra llave del escritorio. Ella tiene una llave de la casa.

—¿Qué sucedió? —preguntó el oficial.

Crane apretó la toalla contra su cabeza magullada y continuó diciendo:

—Yo apagué todas las luces. Tenía el presentimiento de que alguien podía venir a meter las narices por aquí y a mí me convendría por supuesto, pescarlo *in fraganti*. No sucedió nada. Estaba sentado ahí fuera, en el porche..., cuando noté de repente que había alguien dentro de la casa. Espié por la ventana con mucho cuidado. Pude ver que una mujer se hallaba en pie ante ese

escritorio y como el rayo de una linterna jugueteaba sobre los papeles que estaban en las gavetas. La puerta del frente estaba cerrada. Imaginé que había entrado por la puerta trasera. Si yo trataba de entrar por la puerta delantera, ella apagaría la linterna y escaparía..., así que me deslicé muy cautelosamente hacia el fondo de la casa. Y, por cierto, la puerta trasera estaba abierta. Empecé a andar, con paso felino por la casa, dirigiéndome hacia la parte delantera del edificio. Debió de írseme la mano, porque de pronto me di cuenta de que la desconocida estaba justamente delante de mí. Yo tenía mi revólver en la mano derecha. Traté de asir a la mujer con la mano izquierda y ella me golpeó el brazo derecho con una cachiporra. Había levantado a medias mi revólver, cuando la mujer me golpeó en la cabeza. La sacudida que acompañó al golpe hizo funcionar el gatillo del revólver... Y eso es todo lo que recuerdo.

—¿Hirió usted a la mujer?

—No lo sé... No lo creo. No había apuntado; solamente estaba levantando el revólver.

—¿Por qué no usó usted su linterna eléctrica?

—Ya les dije a ustedes que quería atrapar a la mujer con las manos en la masa. Creí que estaba todavía en la habitación del frente. Yo andaba con paso felino, no hacía ruido alguno.

El oficial dijo:

—Lo que sucede con usted, George, es que es medio sordo. Usted creyó que no hacía ningún ruido, pero...

—¡Basta de eso! ¡No permito que usted me critique! — interrumpió George Crane muy irritado—. Usted no es muy vivo que digamos. ¿Qué me dice de aquella vez que usted perseguía a aquellos dos asaltantes en la ferretería y...?

El oficial le interrumpió muy aprisa:

—Cálmese, George. Nadie le critica. Nosotros estamos tratando simplemente de saber cómo sucedió esto. ¿A qué hora ocurrió?

—Exactamente, no lo sé. Alrededor de las nueve, creo. ¿Qué hora es en este momento?

—Poco más o menos, las nueve y cuarto o nueve y veinte.

—Creo entonces que fue a las nueve en punto.

—Alguien telefoneó a la Jefatura diciendo que había oído el

disparo. El que habló no quiso dar su nombre. Usted sabe quién fue el que habló por teléfono, ¿verdad, George?

Crane dijo irritado:

—Desde el momento en que yo iba por la mitad de la casa, ya no sé nada.

—Usted estaba cerca de la puerta de entrada cuando nosotros le encontramos —declaró Mason—. ¿Tiene alguna idea de cómo llegó allí?

Crane miró a Mason con sospecha.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Nosotros somos las personas que le encontramos —respondió Mason sonriendo.

—El abogado de Milicent Hardisty —explicó el oficial. La expresión de sospecha se acentuó en los ojos de Crane.

—¿Qué hacían ustedes aquí?

—Vinimos a ver si mistress Hardisty estaba en casa.

Crane se dispuso a decir algo, pero aparentemente cambió de idea y lanzó una mirada significativa a los oficiales.

El oficial superior dijo:

—Creo que eso será todo. Sabemos dónde podemos encontrarlos a ustedes dos si los necesitamos... ¿Puede usted describir a esa mujer, George?

George Crane dijo francamente:

—No, mientras estos dos tipos estén aquí.

El oficial sonrió:

—Estimo que Crane tiene razón en ello, muchachos.

Drake no necesitaba que se le invitase dos veces.

—Vamos, Perry.

Mason y Drake salieron de la casa, cruzaron el porche y se dirigieron al lugar donde el abogado había estacionado su coche. Drake dijo en tono muy bajo:

—¿No siente usted ganas de correr antes que ellos comiencen a tirar? Apuesto cualquier cosa a que nos echarán mano antes que lleguemos al automóvil.

Mason soltó una carcajada y dijo:

—Nosotros estamos a salvo, Paul. Lo que me preocupa es otra cosa.

—¿Qué?

—Simplemente que me gustaría saber si el coche de Adele Blane se encuentra todavía en el garaje Acme.

Drake manifestó:

—Pronto podemos averiguarlo. El garaje queda una manzana más allá de la calle principal. Mi ayudante dice que es muy fácil encontrarlo.

Mason declaró mientras ponía en marcha el motor:

—A mí me parecen sospechosas las cosas demasiado fáciles de encontrar... Me pregunto quién sería el que telefoneó acerca de aquel tiro de revólver.

—No lo sé, y no creo que nos vayan a dar a nosotros ninguna información en caso de que lleguen a saber quién fue... Vuelva a la izquierda en la esquina próxima, Perry, y luego doble a la derecha.

Mason detuvo su coche en el garaje Acme.

Drake dijo:

—Mejor es que entre yo solo, Perry. Si entramos los dos empezarán a sospechar. Hay cierto modo de hacer estas cosas.

Drake entró en el garaje, estuvo allí unos cinco minutos, volvió, abrió de un tirón la portezuela del coche, se deslizó al lado del abogado y se echó en el asiento.

—¿Qué hay? —preguntó Mason.

Drake contestó:

—Adele Blane se llevó su coche hace exactamente cuarenta y cinco minutos.

Mason colocó la palanca del coche en primera y Drake dijo:

—Hay algo que le puedo decir del hombre que trabaje con usted en sus casos, Perry, y es que nunca tiene tiempo para sentirse aburrido... ¿Adónde vamos ahora?

Mason, que hacía rápidamente los cambios de velocidad, respondió:

—Esta vez voy a tratar de conseguir una entrevista antes de que lo haga la policía.

—¿Con Adele? —preguntó Drake.

—Con Adele —contestó Mason, apretando el acelerador contra las tablas del piso.

Capítulo 14

El más completo silencio rodeaba a la cabaña montañesa. El único ruido que advertían los oídos de Harley Raymand era el silbido de la lámpara de carburo. El viento no movía las hojas de los árboles. El aire estaba frío y quieto, con esa inmovilidad helada que hace resplandecer a las estrellas titilantes.

Era absurdo, por supuesto, pensar que el aura de la muerte podía hacerse sentir. Harley Raymand había visto la muerte golpear a su alrededor, a derecha e izquierda. Había aprendido a desdeñar el peligro. Y, sin embargo, a pesar suyo, persistía en él una sensación que gradualmente se convertía en nerviosismo..., la sensación de que el asesinato se hallaba en el ambiente.

Esas otras muertes de las cuales había sido testigo fueron violentas, muertes plenas de sangre, en el calor del combate. Hombres que buscaban matar habían sido, a su vez, muertos. Era un juego veloz desarrollado al aire libre y con una meta importante...: la victoria para el ganador y la muerte para el vencido. Pero esto era algo diferente: una muerte fría, silenciosa y siniestra que golpeaba furtivamente en las tinieblas y luego desaparecía, dejando detrás de ella tan solo el cuerpo de la víctima.

Harley advertía que las nueve décimas partes de su inquietud se debían a la sensación de sentirse observado, de que alguien mantenía a la cabaña bajo una vigilancia siniestra.

Se deslizó fuera, atravesando la cocina por el claro donde solían llevarse a cabo los *picnics*, cuyo espacio estaba rodeado de árboles. Subió los tres escalones que conducían al rústico porche, caminó en dirección al frente de la casa y quedó en pie cerca de la baranda del porche, mirando las estrellas.

Algo centelleó, un mero hilo de luz que parecía el vuelo de una

luciérnaga fantástica entre los árboles, y desapareció en seguida. Harley esperó, vigilante, con los nervios en tensión. Vio la luz otra vez. Ahora era más intensa, lo suficientemente poderosa como para que Raymand pudiese ver las sombras que arrojaba sobre un pino; entonces comprobó que alguien se abría paso subrepticamente en el bosque y que usaba una linterna solamente a intervalos.

Harley se ocultó entre las sombras y esperó.

Después de unos tres minutos vio dos figuras que salían entre las sombras. Por un momento sus siluetas se recortaron contra un rayo de luz que se dirigía hacia la roca de granito blando. Luego se apagó la linterna y todo fue oscuridad.

A Harley le pareció oír el siseo débil de cautos susurros. Abandonó el porche sin hacer ruido. Moviéndose lentamente, como había aprendido a hacerlo durante su instrucción militar, se aproximó a la roca.

Resguardada por unas manos, la linterna se encendió de nuevo, iluminando un punto del suelo, más o menos en el lugar exacto donde Harley había descubierto el reloj.

Harley estaba lo suficientemente cerca como para oír el susurro:
—Éste es el sitio.

Había algo vagamente familiar en aquel susurro. Era una voz de mujer. Unas manos arañaban el suelo. Harley pudo echar una ojeada a estas manos. Eran unos dedos largos y manos y muñecas graciosas y esbeltas...

—¡Adele! —exclamó Harley.

La linterna se apagó. Oyóse un pequeño grito, luego una carcajada nerviosa y casi histérica y Adele Blane dijo:

—¡Harley! Me ha dado usted un susto terrible... ¿Está solo?

—Sí. ¿Quién está con usted?

—Myrna Payson. Harley, ¿qué sucedió con el reloj?

—No lo sé. No pudimos encontrarlo. No está allí.

—¿Lo buscó usted?

—Sí... ¿Cómo llegaron ustedes hasta aquí? ¿Por qué no vinieron a la cabaña?

—Fui a casa de Myrna. Llegamos en el coche hasta la primera vuelta del camino y lo dejamos allí, tomando después un atajo. Hay un sendero que atraviesa la cumbre de la montaña, más o menos a

un kilómetro... Estoy tratando de ocultarme... Pero si alguien me ofreciera un trago caliente lo aceptaría.

—Tengo, té, café y chocolate —anunció Harley—. ¿Por qué no dice algo, Myrna Payson?

Myrna echó su cabeza hacia atrás y rió.

—¿Qué quiere usted que diga? En lo que se refiere al trago que usted nos ha ofrecido, le diré que sí.

—Vamos a la cabaña —sugirió Adele—. Tendrá que mantener las cortinas corridas, Harley. No quiero que nadie sepa dónde estoy.

—¿Por qué?

—Es una larga historia. No puedo contársela ahora. Simplemente tenemos que encontrar lo que robó Jack. Está por aquí cerca. Por eso trajimos esa pala... Y sigo pensando que el reloj tiene que ver con ello.

—Bueno, iremos a la cabaña, y conversaremos sobre ese tema. Es inútil buscarlo de noche.

—Supongo que sí. Pensé que el reloj estaría aquí y que yo podría deducir algo. Se lo dije a Myrna y ella creyó que ése era el mejor indicio de todos.

—El reloj fue lo primero que buscó la policía.

—¿Usted les habló de él?

—Sí.

—¿Y no lo encontraron?

—No solamente eso, sino que no pueden encontrar prueba alguna de que algo haya sido enterrado allí.

—Yo no estaba segura de que usted estuviese aquí todavía —declaró Adele—. Por eso fui tan furtiva. ¿No hay nadie más en la cabaña, Harley?

—No.

—Nadie debe saber que estoy aquí. ¿Me entiende?

—Por mi parte, puede estar segura de eso.

Entraron en la cabaña iluminada. Myrna Payson contempló francamente a Harley de pies a cabeza y manifestó:

—Hola vecino. ¿Se acuerda usted de mí? Yo soy la muchacha vaquera que tiene su rancho más allá de la meseta. Los hacendados creen que voy a la quiebra porque soy una «mujer tonta», y cuando voy al pueblo, las mujeres que miran de soslayo porque vivo sola,

cocinando para tres vaqueros. Por una parte, soy una tonta; por la otra, una mujer caída. Ahora puede usted elegir entre esas dos opiniones.

—Y una amiga leal —intervino Adele.

Myrna Payson sentóse en una silla, estiró sus pies calzados con botas de montar de tacón alto, sacó del bolsillo de su camisa una bolsita de paño que contenía tabaco y comenzó a liar un cigarrillo.

—Adele no quiere admitirlo, pero yo creo que la policía la busca, y, al ocultarla, me convierto en una verdadera criminal.

Adele dijo:

—No bromees sobre eso, Myrna. Es una cosa seria.

—No bromeo —declaró Myrna, echando tabaco en el papel de color castaño.

—Tengo aquí algunos cigarrillos —ofreció Harley estirando el brazo para alzar el paquete de cigarrillos.

—Yo aceptaré uno —dijo Adele—. Pero Myrna, no.

Myrna manifestó:

—Deje usted caer uno de esos cigarrillos de corte sastre y causará un incendio, pero nunca he visto un incendio producido por un cigarrillo liado por uno mismo. Y lo que es más: puede llevarse siempre en una bolsita tabaco suficiente para que dure algún tiempo... Bueno, parece que hemos perdido el reloj. ¿Qué hacemos, Adele?

—¿Llegó usted ahora? —preguntó Harley a Adele.

—Dejé mi coche en Roxbury. Lo saqué del garaje hace, poco más o menos, una hora y fui hasta la hacienda de Myrna. Ella no estaba en casa. Estuve sentada por allí esperando que volviese.

—Fui al pueblo a buscar provisiones —explicó Myrna—. Volví hace media hora aproximadamente, y me encontré con Adele acampada en el escalón de la puerta de mi casa.

—Quería contar con refuerzos mientras buscaba el reloj.

—Habrías podido hacer eso diez veces mientras yo me hallaba en el pueblo —objetó Myrna.

—¡Myrna! ¿De qué estás hablando?

Myrna encendió una cerilla en la suela de su bota.

—No te ofusques, querida. Hablaba solamente como acostumbraba hacerlo la policía.

—No me gusta la policía —declaró Adele.

—No te lo reprocho —dijo Myrna a través de una nube de humo—. A mí tampoco me gusta. No como institución. Son muy entrometidos. Yo...

Se detuvo bruscamente al oír la bocina de un automóvil. Un momento después oyeron el ruido de un motor.

Adele declaró:

—No debo ser encontrada aquí, Harley.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo. Simplemente, no puedo ser interrogada ahora. Estoy tratando de ocultarme. Usted y Myrna serán los únicos que lo sepan. Si alguien viene aquí, no debe verme.

—¿Y mistress Payson? —preguntó Harley.

—Las dos no podemos escondernos —contestó Adele— y..., sin embargo, parecería un poco raro que ella estuviese aquí sola con usted... ¿Qué hora es, Harley?

—Alrededor de las diez y media.

—¡Santo cielo! —exclamó Adele.

Myrna Payson dio una larga chupada a su cigarrillo y luego habló con tono perezoso; sus palabras llegaron a través del humo que exhalaba:

—Está bien, Adele. De cualquier modo, ya he perdido mi reputación. Ve a esconderte. Aquí vienen.

Oyeron pasos en el porche. La voz de Rodney Beaton llamó:

—¡Ah, de la cabaña! ¿Están levantados todavía?

Adele se deslizó silenciosamente por el pasillo hacía el dormitorio.

Harley dijo a Myrna Payson:

—No tendré que invitarles a pasar...

—Tonterías —contestó Myrna—. Le diré que he venido a hacerle una visita. Estamos simplemente hablando; eso es todo. Por mí puede usted invitarle a pasar.

Harley fue a la puerta delantera, la abrió y dijo:

—Pase usted, Beaton, y...

Se detuvo al ver que Beaton no estaba solo. Lola Strague le acompañaba. Harley recuperó la palabra y continuó hablando afablemente:

—Hola, miss Strague. Pase adelante. Mistress Payson y yo nos estamos haciendo amigos. Estuve tanto tiempo fuera de aquí que ya casi no conozco la región.

Myrna Payson dijo tranquilamente:

—Saludos, Lola. Hola, Rod. Estaba tratando de que Harley me contase algo de la guerra. No quiere hablar.

Harley pudo notar la tensión existente entre las dos mujeres y que Lola Strague se parapetaba detrás de un muro de vigilante hostilidad. Por otra parte, Myrna Payson parecía sentirse muy tranquila y cómoda; no obstante daba la impresión de estar en guardia. Rodney Beaton se sentía turbado, pero Harley no podía saber si era porque había encontrado a Myrna Payson de visita en la cabaña a tal hora o porque no deseaba que Myrna supiese que él había salido con Lola Strague.

—¿Suced... algo? —preguntó Harley confundido.

Rodney Beaton recobró su aplomo y rió:

—¡Cielos, no! Me olvidaba de que ustedes no recuerdan mis hábitos nocturnos. Hemos estado colocando cámaras fotográficas.

—¿Tuvieron suerte? —preguntó Harley.

Lola Strague aceptó la silla que Harley le ofrecía, pero sentóse muy erguida en ella. Beaton se echó sobre una silla, sin etiqueta alguna y muy cómodamente. Myrna Payson continuaba sentada con la pierna extendida hacia delante. Descansaba cómodamente en su silla y se sentía muy entretenida, a juzgar por las apariencias. Beaton manifestó:

—Tengo tres negativos para revelar.

—¿Sabe de qué animales son? —preguntó Harley.

—No, no lo sé. Antes solía examinar las huellas, pero ahora creo que es mucho más entretenido esperar a que sean revelados los negativos.

—¿Tiene usted más de una cámara?

—¡Oh, sí! Tengo media docena esparcidas por ahí.

—¿No espanta usted la caza cuando hace sus recorridos?

—Ya no —contestó Beaton—. Tengo un sistema nuevo ahora. Coloco las cámaras después de oscurecer. Luego trepo a algún lugar desde donde puedo observar bien, me acomodo allí y espero. Cuando una de esas lámparas funciona, produce un gran resplandor

e ilumina un buen pedazo de terreno. Yo me doy cuenta, por supuesto, de qué cámara se trata. Tomo nota de la posición de la lámpara. Después de haber esperado dos o tres horas, voy a retirar las placas, monto de nuevo las cámaras, vuelvo a mi cabaña y revelo las placas.

—¿Y deja montadas las cámaras?

—Sí, las dejo hasta la mañana.

—Entonces no veo por qué las vigila de noche.

—Para poder retirar las primeras placas y volver a cargar las cámaras que han funcionado antes de medianoche... Por lo común, la mejor hora es aproximadamente las cuatro de la mañana, aunque, por otra parte, he conseguido fotografías muy bonitas alrededor de las diez u once de la noche... Íbamos de vuelta a casa y decidimos llegar hasta aquí para ver... Bueno, para ver si ustedes necesitaban algo o... Bueno, si se encontraban bien.

Myrna Payson declaró con tono mesurado:

—Calculo que todos nos sentíamos de la misma manera. Yo sentiría mucho miedo a quedarme en una cabaña donde se hubiese cometido un crimen. Harley dice que a él no le preocupa en absoluto eso.

Harley advirtió que su visitante se había referido a él dos veces llamándole por su nombre de pila, así que rió y dijo:

—Al fin y al cabo, si yo tuviese miedo, casi no lo admitiría en presencia de Myrna.

Lola Strague declaró con cierta frialdad:

—Bueno, creo que será mejor que nos vayamos. Es algo tarde para estar de visita, ya lo saben ustedes. Yo...

Resonaron pasos en el porche. Unos nudillos golpearon impacientes la puerta de entrada de la cabaña.

Myrna Payson dijo:

—Bueno. Parece como si fuésemos a tener una asamblea. Creí que estábamos aquí todos.

Harley se dirigió a la puerta. Antes que diese dos pasos, la voz impaciente de Burt Strague llamó:

—¡Eh, Raymand! ¿Está mi hermana ahí dentro?

—Oh, ¡oh...!, parece que Burt está enojado —dijo Myrna Payson.

Harley abrió la puerta.

Burt Strague, con la voz temblorosa por la ira, dijo a su hermana:

—¡Oh, estás aquí!

—¡Pero, Burt! ¿Qué sucede?

—¡Qué sucede! ¿Dónde diablos has estado?

—Pues por ahí, con Rodney.

Burt repitió desdeñosamente:

—¡Oh, sí, por ahí con Rodney!

Rodney Beaton se movió hacia Burt.

—¿Tiene usted algo que objetar? —preguntó.

Lola consiguió interponerse ante su hermano y Rodney Beaton.

—¡Burt —exclamó—, no seas así! ¡Por favor...! ¿Qué te sucede? Déjame una nota diciendo dónde iba...

—No es así. Tú quieres decir que pensaste dejar una nota, pero olvidaste hacerlo.

—¡Pero, Burt! La dejé sobre la repisa de la chimenea, en el lugar de costumbre.

Burt contestó irritado:

—No estaba allí cuando yo llegué. Me encontraba muy preocupado por ti... Lamento, Rod, si estuve un poco brusco, pero esto fue a consecuencia de mi preocupación.

—Burt, te lo he dicho una docena de veces que no debes preocuparte por mí —declaró Lola Strague con tono agrio—. Puedo cuidar de mí misma.

—Oh, sí. Un asesino anda suelto por las inmediaciones y yo no debo preocuparme... Bueno, olvidemos esto. Lo cierto es que estuve buscándote por las montañas y recorriendo todos los senderos hasta hallarte. Y casualmente, Rod, tropecé con una de sus trampas allí abajo, cerca del gran tronco caído donde usted obtuvo la fotografía de la ardilla.

—¿Esta noche? —preguntó Rodney Beaton.

—Sí. Hice funcionar la lámpara. Probablemente habrá obtenido usted una buena fotografía de mí. No obstante lo preocupado y fastidiado que estaba no pude dejar de sonreírme cuando la lámpara iluminó el lugar, pensando en cómo se sentiría usted cuando hiciera su recorrido para revisar las cámaras y recogiese lo

que creía la fotografía de un hermoso ciervo, y luego, al revelarla, me viese a mí trajinando por el sendero.

Beaton miró su libreta de apuntes.

—Esa lámpara funcionó a las nueve y cinco —declaró—. ¿Quiere usted decir que anduvo vagando por allí hasta ahora?

—Ya le he dicho que he recorrido todos los senderos de la montaña. Hasta subí al túnel de la antigua mina.

Lola Strague se indignó.

—¿Qué crees que yo podría estar haciendo en el túnel de la mina?

—No lo sé —contestó Burt—. Llegué a estar un poco trastornado. No podía encontrarte por ninguna parte... Simplemente a título de curiosidad..., ¿dónde estabas?

—En el lugar en que Rodney pintó el cuadro del crepúsculo —contestó Lola—. Desde allí podemos mirar hacia el valle y saber cuándo funciona una de las lámparas.

Rodney Beaton intervino:

—Es mi nuevo sistema. Evita el andar tropezando por los senderos y asustando la caza.

—¿Y usted quiere decir que estuvieron allí arriba toda la tarde? —preguntó Burt Strague con el tono de sospecha asomando otra vez a su voz. Rodney Beaton se sonrojó—. ¿Y no me oyeron silbar? ¡Pero si recorrí todo ese sendero silbando en la forma en que siempre acostumbro llamar a Lola!

—Lo siento —contestó Beaton, un poco amoscado.

—No te oímos —declaró Lola, y se apresuró a agregar—: por supuesto, no teníamos nuestra atención concentrada de eso y no esperábamos oírte silbar.

Myrna Payson rió y dijo como para cerrar la discusión del tema:

—¡Oh, bueno! Ya fue encontrada la que se había perdido, así que, ¿para qué preocuparse más por ello?

Un silencio tenso reinó en la habitación. Era evidente que Burt Strague quería decir algo, pero dominaba por el momento su deseo de hablar. Rodney Beaton, aunque conservaba su serenidad, mantenía, sin embargo, hacia Burt Strague la actitud de un hombre que estuviese tratando con un niño insolente.

—Bueno —dijo Myrna, riendo y tratando de dar a su voz en

tono indiferente—, que alguien diga algo.

Nadie lo hizo.

Estaba claro que cuando el silencio fuese roto, las amistades también se romperían. Lola Strague era quizá la única que podía hacer algo por detener lo que se acercaba y, por alguna razón, parecía incapaz de hacerlo en aquel momento.

En el escenario de ese silencio cargado de estática hostilidad, el grito aterrorizado de Adele Blane llenó a todos de sorpresa.

Rodney Beaton giró sobre sí mismo.

—¡Santo Dios, Raymand! Eso vino del cuarto donde Hardisty fue asesinado.

Myrna Payson, sin decir una palabra, se puso en pie y corrió hacia la puerta cerrada que conducía al dormitorio. No había dado más que tres pasos cuando la puerta se abrió violentamente. Adele Blane, con el cabello caído hacia atrás, las órbitas de los ojos brillantes a la luz de la lámpara de carburo y la boca muy abierta, corría gritando por el pasillo.

Detrás de ella se vislumbraba una figura borrosa; otra figura atravesó el lugar iluminado por la luz que venía del portal. Un brazo se extendió para lanzar un golpe. Se oyó el ruido de una lucha breve.

Myrna Payson cogió a Adele entre sus brazos y dijo:

—Vamos, vamos, querida, tranquilízate.

Tan dominada estaba Adele por la idea de huir que luchó para desasirse de Myrna, mientras seguía gritando.

—¿Qué sucede, Adele? —preguntó Rodney Beaton.

Harley Raymand no dijo nada. Se abrió paso entre los demás y empezó a correr por el pasillo que conducía al dormitorio. Después de posar una mirada rápida en Adele, Rodney Beaton siguió a Harley por el pasillo. Burt Strague dio un paso vacilante, hizo una pausa y se volvió hacia su hermana:

—Mira, Lola, tú...

Lola le volvió la espalda y, mediante ese gesto, cortó la frase de su hermano.

Harley Raymand pasó por la puerta del dormitorio y retrocedió un momento, mientras el rayo de una poderosa linterna le iluminaba con su brillo cegador.

La voz de Jameson, el ayudante del *sheriff*, resonó con tono firme y seguro.

—Está bien, Raymand —dijo—. Terminamos de arrestar al doctor Macon y, ya que estamos aquí, vamos a detener a Adele Blane como testigo material.

Raymand retrocedió sorprendido. Jameson le empujó a un lado y entró en el pasillo. Detrás de él, uno de sus ayudantes arrastraba hacia el portal al esposado doctor Macon, que aún se esforzaba por resistir.

Jameson dijo a Adele Blane, que había palidecido:

—Y la próxima vez, miss Blane, que confunda usted a la policía con un hato de tontos, deberá recordar que no somos enteramente imbéciles.

Capítulo 15

En mitad de la excitación, la llegada de Perry Mason y Paul Drake pasó inadvertida. Ni aun después que Mason abrió la puerta de la cabaña notaron su presencia. El doctor Macon había desistido de luchar contra las esposas que le apretaban las muñecas. Jameson, sonriendo con aire de triunfo, exhibía el pequeño objeto negro que tenía en la mano.

—Me dirijo a todos ustedes —dijo— para atestiguar que ésta es la bala que el doctor Macon trataba de sacar del sitio donde la había escondido. Voy a hacer una pequeña marca en ella para que tengamos un medio exacto de identificarle... ¿Desea usted hacer alguna declaración, doctor?

El doctor Macon se limitó a mover la cabeza.

—¿Y usted, miss Blane? —preguntó Jameson—. Usted, según creo, vio al doctor entrar por la ventana, ¿verdad?

Adele Blane hizo un gesto de asentimiento.

—¿Y desearía usted hacer una declaración ahora diciendo lo que ha visto y explicando por qué estaba en ese dormitorio oscuro y aparentemente escondiéndose de...?

Perry Mason dio un paso adelante.

—No creo que miss Blane quiera hacer ninguna declaración en este momento —dijo—. Como puede ver claramente, está trastornada y asustada.

Era evidente que Jameson acababa de darse cuenta de la presencia de Mason.

—¿Usted otra vez?

Mason asintió sonriente.

—¿Cómo diablos hizo para llegar hasta aquí? Hemos tenido este lugar bajo vigilancia.

—Acabamos de llegar mister Drake y yo —contestó Mason.

—¡Oh!

—Y ya que estoy aquí, me gustaría hablar con miss Blane.

Esta vez le tocó sonreír a Jameson.

—Por desgracia, mister Mason, tenemos que llevarnos al doctor Macon, y miss Blane nos acompañará también como testigo material. Su arribo fue oportuno, mister Mason; pero temo que llegó un poco tarde para salvar a su cliente de meterse en una trampa —Jameson hizo una señal a su ayudante—. Muy bien —dijo—; vamos a sacarlos de aquí —y añadió después de un momento, durante el cual contempló las posibilidades de la situación—: vamos a sacarlos de aquí en seguida.

Fue en el momento en que el doctor Macon y Adele Blane eran empujados a través de la puerta cuando Mason dijo a Paul Drake en tono muy bajo:

—Observe el barro rojizo que tiene Rodney Beaton en los zapatos.

Adele posó en Mason una mirada de ruego.

Mason cerró apenas el ojo derecho, levantó una mano y se llevó el índice a los labios.

Jameson dijo a Rodney Beaton:

—Usted tiene su coche aquí, Beaton. El nuestro está estacionado al pie de la cuesta. ¿Quiere llevarnos allí abajo, por favor?

Beaton contestó sonriendo:

—Supongo que esto significa una orden.

—Nosotros podríamos conducir su coche —declaró Jameson sonriendo—, pero pensamos que quizá preferirá conducirlo usted.

—Vamos —dijo Beaton.

Jameson no perdió tiempo en sacar a los prisioneros de la casa, cuidando de no darles oportunidad de hablar con Perry Mason. El abogado, que se mantenía a distancia estaba en pie cerca de la chimenea de piedra, apoyado en la repisa mientras fumaba un cigarrillo. En el último momento, Lola Strague declaró:

—Si no se opone usted, Rod, yo le acompañaré.

Beaton se volvió hacia Jameson con aire de interrogación.

—¿Vino ella aquí con usted? —preguntó el delegado del *sheriff*.

—Sí —contestó Beaton.

—Bien. Puede venir con nosotros.

Lola Strague estuvo a punto de decir algo, pero se detuvo mientras observaba cómo los otros salían por la puerta de la cabaña, cruzaban el porche, bajaban los escalones y subían en seguida al coche.

Después que se fueron, Myrna Payson declaró:

—Bueno, no obstante nuestro aislamiento, no nos falta un poco de excitación de cuando en cuando.

—Presumo que Adele Blane vino con usted, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Ese es un privilegio suyo, mister Mason —contestó mistress Payson.

—¿Cuál es mi privilegio? —preguntó Mason.

—Presumir lo que usted quiera.

Mason dirigió una mirada de interrogación a Harley Raymand.

—Realmente, mister Mason, yo no desearía contestar esa pregunta —manifestó Raymand.

—Está bien —repuso Mason.

Burt Strague dijo bruscamente:

—No me gusta esto. No me gusta el modo como están mezclando a mi hermana en este asunto.

—¿En qué asunto? —preguntó Mason.

—Mi hermana anduvo colocando las lámparas con Rodney Beaton —contestó Burt Strague—, pero también estuvieron en algún otro lugar.

—Noté —observó Mason— que había pedazos de barro rojizo en los zapatos de Rodney Beaton.

—Y bien..., ¿qué significa eso? —preguntó con aire suspicaz Burt Strague.

—Simplemente me preguntaba dónde habrá ensuciado sus zapatos con ese barro rojizo.

Burt Strague guardó un silencio terco.

Después de un momento, Mason continuó hablando:

—Había huellas de un barro parecido a ése en el cerco del pantalón que usaba Jack Hardisty cuando su cadáver fue encontrado aquí.

—¿Quiere usted decir que el barro puede ser un indicio? —

preguntó Burt Strague.

—Quizá lo sea —contestó Mason.

—Ah, bueno; eso es diferente. Yo no iba a decir nada si su pregunta respondía a simple curiosidad o si era un intento de complicar a mi hermana; pero puedo decirle dónde es posible que Rod se haya ensuciado los zapatos con ese barro.

—¿Dónde?

—Allá arriba, en la boca del túnel de la mina, situado en las montañas, a eso de un kilómetro o kilómetro y medio.

—¿El barro está dentro del túnel? —preguntó Mason.

—No. Está en el sendero; poco más o menos, a cincuenta o cien metros frente al túnel de la mina, donde el cieno se ablanda por el agua que se filtra desde dentro del túnel. El sendero superior la atraviesa directamente.

—Creí haberle oído decir que estuvo usted allí arriba esta noche —manifestó Raymand.

—Así es. Fui al sendero inferior. Hay dos que llevan al túnel. Creo que en un tiempo había viejas chozas de mineros en los solares de las cabañas de estos alrededores y que los hombres hicieron caminos que subían hasta la mina. Los caminos fueron deshaciéndose y ahora quedan solamente los senderos.

—¿El sendero superior va desde aquí al túnel? —preguntó Mason.

—Sí.

—¿Y el sendero inferior?

—Ese pasa por el otro lado, por detrás de donde tiene su cabaña Rodney Beaton... Subí allí esta noche mientras buscaba a mi hermana. Beaton tiene sus cámaras esparcidas por todos los senderos. Tropecé con una de sus trampas e hice funcionar una de las lámparas.

Mason dijo:

—Me gustaría ver ese túnel y recorrer los senderos. ¿Podríamos hacerlo esta noche?

Strague vaciló.

—No creo que le guste a Rodney —contestó—. Ha dispuesto sus cámaras para conseguir algunas fotografías de animales. No le agrada que le molesten la caza de noche... Sin embargo, si es

importante...

Mason declaró:

—Es importante. Pero, dadas las circunstancias, esperaremos a que vuelva Beaton para preguntarle su opinión.

Myrna Payson dijo:

—¡Bah! No dejemos de lado una investigación a causa de unas simples fotografías... A menos que, por supuesto, usted quiera hablar con mister Beaton.

Mason sonrió.

—Creo que suspenderemos toda acción hasta que mister Beaton regrese. Aquí viene.

Durante el silencio que siguió a las palabras de Mason, pudieron oír el motor del automóvil de Beaton que subía la cuesta hacia la cabaña; un minuto después, Rodney Beaton y Lola Strague se unieron al pequeño grupo.

—La policía lo hizo bastante bien —manifestó Beaton—. Tenía su coche oculto abajo y estaban vigilando la cabaña. Evidentemente supieron cuándo llegaron usted, Adele y Myrna, pero no quisieron cerrar la trampa entonces. Esperaban que viniese más caza. Me parece que tenían idea de que vendría el doctor Macon para hacer desaparecer algunas de las pruebas... ¿Sabe alguien qué sucedió ahí dentro?

Nadie contestó.

—Yo deduje —prosiguió Beaton— que Adele había venido con usted, Myrna, y que cuando ella oyó que llegábamos nosotros se escondió en ese cuarto. Estaba oscuro adentro. Cuando el doctor Macon llegó, se deslizó por la ventana para intentar llevarse la prueba que había dejado allí... Presumo que se trataba de la bala fatal que Macon se llevaba cuando la policía le sorprendió. Lola Strague comentó:

—¡Pobre Adele! No me sorprende que se haya asustado tanto.

Myrna Payson no dijo nada. Mason declaró:

—Mientras usted estaba fuera, Beaton, se presentó una cuestión que creo merece ser discutida.

—¿Qué es ello?

—Un cierto barro rojizo que usted tenía en sus zapatos.

Beaton miró sus zapatos y repuso:

—Sí. Es de allí arriba, cerca del túnel.

—Me parece que usted negó que hubiese estado allí —dijo bruscamente Burt Strague.

Beaton le miró fijamente durante un momento, y luego contestó:

—En el túnel, no, joven. Como usted probablemente sabe, eso está en el sendero superior, a unos cien metros de la boca del túnel. Pasamos por allí para cortar hacia abajo por el otro sendero, a fin de cambiar las películas de la cámara puesta allí. Precisamente esa cámara es la que usted hizo funcionar cuando tropezó con ella.

—Y entonces, ¿cómo no se encontraron conmigo cuando yo subía por el sendero? —preguntó Burt Strague.

—Porque esperamos un poco, después de producirse el fogonazo, antes de bajar hasta la cámara —declaró Lola Strague bruscamente—. ¡Desearía, Burt, que dejases de molestar o te fueras a casa! Al fin y al cabo, yo soy libre, soy blanca y tengo veintiún años. No necesito, por cierto, que me cuides y no veo razón para ventilar estos prejuicios en presencia de...

Mason dijo suavemente:

—Bueno; en lo que respecta a nosotros, eso está enteramente fuera de la cuestión. Lo que nos interesa es la mancha de barro rojizo que tenían los pantalones de Jack Hardisty cuando fue encontrado su cuerpo. Hay también señales de que se intentó limpiar las manchas de ese mismo barro que tenía en los zapatos. Yo había pedido a Harley Raymand que buscara por aquí para ver si podía encontrar un lugar donde hubiese barro en el sendero. Supuse que ese lugar debía encontrarse cerca de una caleta o manantial, porque hacía bastante tiempo que no llovía y...

Beaton le interrumpió:

—Usted debió preguntarme a mí, mister Mason. Raymand no está familiarizado con esta región. Yo se lo habría dicho en seguida. Hay un solo lugar en estos alrededores donde puede encontrarse esa clase de barro, y es en el sendero superior que va hacia el túnel.

—¿Cree usted que podríamos echarle un vistazo? —preguntó Mason.

—Claro que sí... Pero, ¿qué puede haber estado haciendo Jack Hardisty allí arriba?

Mason no contestó. Al parecer, Rodney Beaton entendió el

significado de la situación y silbó suavemente.

—Así que es eso. ¿Anduvo alguno de ustedes por ese túnel recientemente?

Todos se miraron y cada uno movió la cabeza negativamente.

—Existe la esperanza —anunció Beaton— de que quizás encontremos algo allí.

Drake preguntó:

—¿Hay suficientes linternas? Yo tengo una sola y...

—Yo llevo siempre pilas y lamparitas de repuesto para la mía —manifestó Beaton—. Como ando tanto de noche, no puedo descuidarme. ¿Qué deciden? ¿Vamos todos?

Harley Raymand era el único que vacilaba. Luego, mientras estiraba su mano hacia la lámpara de carburo, sonrió y dijo secamente:

—Creo que vamos todos.

Capítulo 16

El pequeño grupo caminaba por el sendero de la montaña. Las linternas arrojaban sus rayos de luz, y semejaban una procesión de luciérnagas abriéndose paso en la noche.

Rodney Beaton iba en vanguardia.

—Éste es el lugar, mister Mason —anunció.

Mason inspeccionó el sendero embarrado.

Beaton continuó diciendo:

—Esta peculiar tierra roja procede del túnel. Fue sacada y arrojada aquí mientras excavaban el túnel. Hay un hilo de agua que se filtra hacia abajo desde la boca del túnel y que mantiene siempre húmedo este pedazo de tierra.

—¿Puede usted decirme algo de estas huellas? —preguntó Mason.

—No mucho. Usted puede ver mis huellas y las de miss Strague. Aquí hay unas huellas de ciervo y por aquí ha cruzado un coyote; pero hay huellas mucho más viejas sobre el sendero. Huellas que fueron dejadas antes que miss Strague y yo viniésemos aquí.

—Vamos a echar un vistazo dentro del túnel —sugirió Mason.

Treparon por un declive empinado hacia la boca del viejo túnel.

—¿Sabe usted a qué profundidad llega esto? —preguntó Mason.

—Tan sólo a unos sesenta metros —replicó Beaton—. Excavaron a lo largo de una veta y luego la perdieron.

El aire del interior del túnel era húmedo e irrespirable. El olor a tierra y roca llenaba la atmósfera.

—Me hace estremecer —declaró Myrna Payson—. Nunca pude resistir la permanencia en el interior de un túnel. Si ustedes me lo permiten, esperaré afuera.

—Yo la acompañaré —decidió Lola Strague—. Siento, poco más

o menos, lo mismo que usted cuando estoy en el interior de un túnel.

Burt Strague vaciló un momento, como tratando de encontrar alguna excusa para quedarse con ellas; pero Lola le dijo bruscamente:

—Anda, entra, Burt. Quédate con los hombres.

Rodney Beaton, Burt Strague, Harley Raymand, Paul Drake y Perry Mason entraron y caminaron hasta el extremo opuesto del túnel. Fue la luz de la linterna de Rodney Beaton la que alumbró la profunda excavación que se encontraba al final del túnel.

—Aquí —declaró Mason— algo fue enterrado y luego sacado de nuevo.

Beaton quedó silencioso y pensativo.

Drake posó una mirada rápida en Mason.

Mason paseó el rayo de su linterna por la pared del túnel.

—Tiene razón —manifestó Burt Strague—; no hay ninguna pala.

—Además —señaló Mason—, esta excavación no fue hecha con una pala común, sino con una pala de jardín que tenía una hoja de quince o veinte centímetros.

—Sí —dijo—, y...

Mason tocó el hombro de Beaton.

—Creo —anunció— que debemos dejar esta prueba tal como está. Vamos fuera..., y tratemos de no tocar nada.

Salieron todos en silencio del túnel y explicaron la situación a Lola Strague y Myrna Payson.

—Me gustaría echar un vistazo al sendero que más abajo pasa cerca de la cabaña de Beaton... —dijo Mason—. Creo que este túnel se encuentra dentro de la jurisdicción del distrito de Kern.

—¡Oh, sí! —asintió Beaton—. Está bastante más allá del límite.

—¿A qué distancia? —preguntó Mason.

—Diría que a más de un kilómetro. ¿Por qué? ¿Hay alguna diferencia?

—Quizá —concedió Mason enigmáticamente.

—Será mejor que yo haga de guía de aquí en adelante —anunció Beaton—. Cargué de nuevo la cámara que retrató a Burt Strague en el sendero. Y si a ustedes les parece bien, haremos un rodeo cuando lleguemos a ese lugar.

Beaton bajó en vanguardia por el sendero, caminando con pasos largos y elásticos y moviéndose con ritmo fácil que le permitía cubrir rápidamente mucho terreno.

Después de caminar hacia abajo unos trescientos metros por un buen sendero, Beaton acortó su paso y anunció:

—Tienen la cámara delante. Allí está.

La luz de su linterna alumbró una cámara dispuesta sobre un trípode y una lámpara sincronizada y sujeta a un lado.

—¿Cómo está enlazado eso? —preguntó Mason.

—Uso un delgado hilo negro atravesado en el sendero —contestó Beaton.

—Y yo tropecé directamente con el hilo —observó Burt Strague.

—Sí, aquí están sus huellas —manifestó Raymand—, y usted caminaba en línea recta por el sendero.

Raymand señaló hacia las huellas de las botas de vaquero de Burt Strague, huellas impresas con la regularidad uniforme de un hombre que camina apresurado a lo largo de un sendero de montaña.

Burt Strague dijo impulsivamente:

—Estaba preocupado por mi hermana... Creo que estuve un poco tonto esta noche, Rod. ¿Me perdonará usted?

La mano grande de Beaton salió disparada para estrechar la de Burt Strague.

—Olvídelo. Su hermana es un artículo bastante precioso y no le culpo por no querer quitarle el ojo de encima.

Capítulo 17

*¿EL CRIMEN PUEDE TENER UN FONDO ASTROLÓGICO?
¿CONTROLABAN LAS ESTRELLAS EL DESTINO DE JACK HARDISTY?*

El problema de la jurisdicción paraliza temporalmente un caso de asesinato. Las autoridades del distrito de Kern investigan nuevas pruebas que indican que el crimen pudo haber sido cometido en el túnel de una mina abandonada.

Revelaciones inesperadas caracterizaron hoy el caso del asesinato de Jack Hardisty como uno de los más extraños en el que hayan intervenido las autoridades locales.

En las últimas horas de la tarde de ayer se supo por intermedio de la oficina del *sheriff* que el reloj que Harley Raymand, un oficial del Ejército herido y repatriado, dice haber encontrado cerca del lugar del crimen, marchaba de acuerdo a lo que se conoce por hora sideral o de las estrellas.

Los astrónomos manifiestan que la hora sideral es completamente diferente a la hora civil y que se adelanta a ésta veinticuatro horas en el transcurso de un año. Sí, por tanto, como ahora parece probable, el asesino eligió para perpetrar su crimen un momento que estuviese bajo las influencias estelares de mejores auspicios, las autoridades creen estar sobre una pista definitiva.

The Bugle ha comisionado a uno de los astrólogos más renombrados para que haga el horóscopo de Jack Hardisty. Éste nació el 3 de julio, lo que, de acuerdo con la astrología, hace de él un cáncer. Los astrólogos afirman que las personas nacidas bajo el signo de Cáncer han sido divididas en dos clases: las activas y las pasivas. Son sensibles, hípersensitivas y sufren de hondos prejuicios

imaginarios o reales. A veces, sus emociones son irracionales y están propensas a tener mala salud.

Con las recientes revelaciones, que indican que el crimen pudo haber sido cometido en el distrito de Kern o tan cerca del límite de los distritos de Los Ángeles y de Kern que cualquiera de ellos pueda tener jurisdicción, el fiscal del distrito de Kern ha comenzado una investigación independiente...

Capítulo 18

SERENO ATACADO EN LA RESIDENCIA DE HARDISTY

*EL FRAGMENTO DE CRISTAL ROTO DE UNAS GAFAS FIJA LA
JURISDICCIÓN DE UN CASO DE ASESINATO*

Una mujer misteriosa golpea al alguacil que vigilaba la casa.

Las revelaciones en el caso de asesinato de Jack Hardisty se han sucedido hoy con rapidez sorprendente.

Una persona que se halla en contacto directo con el asunto, pero que no desea que su nombre sea dado a conocer, ha declarado con absoluta seguridad que Jack Hardisty tenía una gran suma de dinero en su poder en el momento en que fue asesinado. Circula el rumor de que esta suma de dinero fue sacada de un banco de Roxbury, donde Hardisty estuvo empleado hasta la hora de su muerte.

La policía, mientras practicaba una búsqueda en la residencia de Hardisty, encontró un escritorio antiguo que estaba cerrado con llave. El mueble era muy valioso por su antigüedad, y por esta causa, mister Vincent P. Blane, suegro de la víctima, insistió en que los oficiales no debían forzar su cerradura, sino solicitar una llave de mistress Hardisty o de miss Adele Blane. También trató de abrir el mueble con una ganzúa; pero como el antiguo escritorio había sido recientemente equipado con una cerradura del estilo más moderno, todos los esfuerzos hechos en tal sentido resultaron inútiles.

Quedó a cargo de la casa George Crane, alguacil adjunto y sereno comercial de Roxbury, mientras la policía trataba de localizar una llave que abriese la cerradura. Mistress Hardisty, que

se ha negado a hacer declaración alguna que se relacione con el caso, consintió, por fin, a las autoridades que usaran su llave para abrir el escritorio.

No obstante, poco antes de las nueve de la noche, el teléfono de la Jefatura de Policía de Roxbury sonó insistentemente. La voz de un hombre a quien hasta ahora la policía no ha podido identificar, avisó que había oído un disparo de revólver en la residencia de Hardisty. Los oficiales Frank Marigold y Jim Spencer partieron velozmente hacia el lugar del hecho y allí encontraron a George Crane inconsciente a causa de un golpe de cachiporra aplicado momentos antes por una mujer no identificada, a quien Crane hizo un disparo de revólver y que quizá la haya herido. Se informa, asimismo, que el abogado de mistress Hardisty y un detective particular se hallaban también en las dependencias de la casa en el momento en que la policía llegó. Se les permitió retirarse de la residencia de Hardisty sin ser registrados. El escritorio había sido forzado y los papeles estaban esparcidos por el suelo (ver fotografía en página tres).

Coincidiendo con esta revelación, la policía ha encontrado pruebas que establecen definitivamente el lugar donde fue cometido el crimen. Cerca de una roca de granito a unos setenta y cinco metros de la cabaña donde fue encontrado el cadáver de Hardisty, la policía encontró un trozo de cristal de unas gafas. Un examen realizado por peritos competentes demuestra que es un fragmento de las gafas de Hardisty..., que no fueron halladas sobre el cuerpo del muerto.

Basado en esta información, el fiscal del distrito de Kern ha suspendido sus actuaciones, ya que es jurisdicción del distrito de Los Ángeles.

Capítulo 19

Perry Mason arrojó impaciente el diario a un lado. Los ojos de Della Street se encontraron con los del abogado.

—Casi lo hizo, jefe.

—El «casi» no cuenta..., por lo menos en este juego —declaró Mason.

—He advertido que a ustedes se les permitió abandonar la casa de Hardisty sin ser registrados.

Mason dijo amargamente:

—Sí, es una bonita manera de insinuar al público que Paul Drake y yo nos metimos en la casa para largarnos con noventa mil dólares robados que servirán para cobrarnos nuestros honorarios. Es un hermoso ejemplo de indirecta policíaca.

—¿No puede usted hacer nada acerca de esto? —preguntó Della.

Mason movió la cabeza.

—No hay nada difamatorio en esa declaración. A nosotros se nos permitió abandonar las dependencias de la casa sin ser registrados. Ésta es la verdad. Debí pedir que se nos registrase; pero estábamos tan ansiosos de abandonar el lugar lo antes posible, que no pensé mucho en el asunto.

—Bueno, si el asesino confió efectivamente en la astrología a fin de elegir un momento propicio para cometer el crimen, me parece que hizo un buen trabajo —manifestó Della—. Este caso parece enredarse cada vez más. Primero es una cosa, luego, la otra.

Mason encendió un cigarrillo.

—Trabajar en una causa es como cambiar un neumático pinchado. Algunas veces el gato funciona perfectamente el aro sale bien se coloca el otro neumático y usted continúa tan pronto su camino que apenas se da cuenta de que ha tenido un pinchazo.

Otras veces todo sucede al revés. El gato no funciona y cuando se consigue finalmente levantar el coche, éste se desliza de encima del gato, el neumático pinchado no quiere salir y el aro nuevo no quiere entrar... Y éste es un caso justamente igual, donde todo ha ido mal hasta la fecha.

—¿Vio usted a mistress Hardisty?

—Sí.

—¿Qué dice?

—Nada. Absolutamente nada.

—¿Eso significa que ella no desea hablar con usted... como un abogado?

—No quiere decir una palabra. No solamente a la policía, sino tampoco a mí.

—¿Y qué hay de Adele?

—Adele Blane andaba escondiéndose porque sabía que su hermana había escrito una nota, por demás indiscreta, al doctor Macon.

—¿Indiscreta en sentido personal o legal? —preguntó Della Street con una sonrisa.

—En ambos sentidos.

—¿Y ella se lo dijo a la policía?

—No sé lo que ha dicho la policía. Dudo que ella lo sepa tampoco. La hicieron hablar, y tengo entendido que ha hecho algunas declaraciones contradictorias. De todos modos, dudo que le hayan sacado mucho.

—¿Y el doctor Macon?

—El doctor Macon está enamorado. Es uno de esos cirujanos, muy dueños de sí mismos, que han aprendido a maniobrar con cualquier cosa..., y quizás él haya matado a Jack Hardisty.

—¿Nosotros no le representamos a él? —preguntó Della Street.

—Definitivamente, no —contestó Mason—. Representamos únicamente a mistress Hardisty. Probablemente está enamorada del doctor Macon, y conoce alguna prueba que le acusa y, por ello, no quiere decir una sola palabra ni aun a mí. Otra cosa que me preocupa es la actitud tan segura de que hace gala la oficina del fiscal de distrito. Tengo entendido que un nuevo acusador tratará de probar el caso..., un mozo de nombre Thomas L. McNair. Se le tiene

por un torbellino legal. Vino de algún lugar del Este y tiene una carrera jurídica más brillante que la de cualquier abogado joven del país. Ha conseguido un porcentaje de nueve condenas de cada diez casos en que ha intervenido..., y, por alguna razón, la oficina del fiscal de distrito se encuentra muy satisfecha y se ríe de mí, esperando mi presentación en el asunto.

—Y por eso usted cree que este caso va a ser como uno de esos que se parecen al neumático pinchado que da tanto trabajo —comentó Della Street.

Mason asintió malhumorado.

—Sucede algo raro —dijo—. Hay ciertas cosas que no entiendo en este asunto... Usted siempre me ha dicho que yo debía quedarme sentado en mi oficina y esperar que me trajesen los asuntos como hacen otros abogados, en lugar de salir a la línea de fuego. Bueno, usted puede ver lo que resulta esta vez. Desde el principio he andado un poco atrasado y sé, por la forma en que están actuando, que la oficina del fiscal de distrito está virtualmente segura de conseguir que sean condenados ambos acusados.

—¿Quién representa al doctor Macon? —preguntó Della Street.

Mason hizo una mueca.

—El doctor Macon —contestó—. Para eso puede usted confiar en el cirujano dueño de sí mismo. Va a meterse directamente donde todo el mundo teme entrar...

La puerta se abrió con cierta violencia. Paul Drake, demasiado excitado para cumplir con la formalidad de golpear, entró en la oficina de Mason.

—¡Le han pescado a usted, Perry! —anunció.

—¿Quién me ha pescado?

—El fiscal de distrito.

—¿En qué?

—El asunto Hardisty. Tienen un caso a prueba de fuego. Será mejor que vaya preparando una apelación.

—¿Hubo una confesión?

—No. Pero han descubierto una prueba que hace muy claro el asunto. No sé a punto fijo de qué se trata, pero tiene algo que ver con una jeringa hipodérmica. Es lo único que he podido averiguar. El fiscal de distrito se lo dijo a uno de los periodistas. Declaró el

reportero que le gustaría ver la cara que podría usted cuando esa prueba fuese presentada. Dijo también que en todos los casos que defendió, usted ya conocía por adelantado las pruebas que se presentarían, pero que esta vez se iba a llevar un buen chasco.

—Hay una salida en estas circunstancias.

—¿Y cuál es?

Mason hizo una mueca.

—Confiar en las preguntas —contestó.

Drake manifestó:

—Yo creo que usted debería presentar una apelación, Perry. No creo que el fiscal de distrito le permita volver a preguntar. Ha estado acechándole a usted durante mucho tiempo, y esta vez cree que le ha atrapado justamente en el lugar que él deseaba. Pero quizás usted acierte con una apelación.

Mason declaró:

—No creo que pueda presentarla. Y ni siquiera lo intentaría, a menos que Milicent Hardisty me confesara que es culpable y me lo pidiese... ¿Qué ha descubierto usted acerca de ese trocito de cristal de gafas, Paul?

La cara de Drake expresó una expresión de sorpresa.

—Pero —dijo—, yo creí que la oficina del fiscal de distrito había averiguado ya todo acerca de ello.

—¿Qué quiere usted decir?

—Han examinado el pedazo de cristal que Harley Raymand les entregó y concuerda en absoluto con la receta de los lentes de Jack Hardisty.

—¿Y qué hay del pedazo que tiene usted?

—Pues supongo que será lo mismo.

—¿Quiere usted decir que no lo ha hecho examinar?

—No.

Mason dijo:

—Hágalo examinar.

—¡Pero, Perry, será igual al otro!

—¿Cómo lo sabe usted?

Drake vaciló un momento sobre la pregunta, luego hizo una mueca y contestó:

—Estoy actuando en la suposición de que será igual, Perry.

Mason hizo una señal de asentimiento.

—Hágalo examinar, Paul —dijo.

Capítulo 20

Tardó un día y medio la selección del jurado que debería intervenir en el caso del Estado de California *versus* Milicent Blane y Jefferson Macon. A las dos de la tarde del segundo día los miembros del jurado, después de prestar juramento, se acomodaron confortablemente en sus asientos y miraron con expectación hacia el fiscal de distrito.

Thomas L. McNair, el nuevo y brillante acusador, caminó hacia el lugar donde se hallaban los miembros del jurado y quedó en pie ante ellos para hacer su exposición inicial.

—Damas y caballeros del jurado, no voy a hacer un informe detallado de lo que intentamos probar. Dejaré que las pruebas hablen por sí solas durante la vista de la causa. Creo que un fiscal de distrito pecaría de presuntuoso si dijese a hombres y mujeres inteligentes lo que las pruebas significan o lo que él espera que signifiquen. Por tanto, me limitaré a demostrar que en el primer día de octubre del presente año los acusados, asesinaron a Jack Hardisty, esposo de la acusada, Milicent Hardisty. Dejaré a ustedes, damas y caballeros, deducir lo que ocurrió. Llamaré a mi primer testigo, Frank L. Wimble, del departamento judicial.

Mister Wimble, después de prestar juramento, aportó un testimonio sobre los hechos: cómo fue encontrado e identificado el cadáver, y las fotografías que fueron tomadas mostrando la posición y condición del cuerpo. Le siguió en el banquillo el doctor Claude Ritchie, uno de los médicos forenses.

El doctor Ritchie, luego de prestar juramento, declaró que él había examinado el cuerpo de Jack Hardisty, y que la muerte había sido causada por hemorragia y shock producidos por una herida de bala que penetró por la espalda del occiso; que el proyectil había

entrado cerca del lado izquierdo de la espina dorsal, penetrando hacia abajo desde detrás del omóplato. La bala no fue hallada en el cadáver.

Mister McNair quiso señalar este último punto para que al jurado no se le pasara por alto. No obstante conocer tal circunstancia peculiar del caso, trató de dar a su voz un tono de sorpresa.

—¿Lo he entendido correctamente, doctor? —preguntó—. La bala fatal no fue encontrada en el cuerpo.

—Eso es. La bala no fue encontrada.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Había sido extraída del cuerpo.

—¿No pudo haberse caído?

—Imposible.

—¿Y no atravesó enteramente el cuerpo?

—No, señor. No había orificio de salida.

McNair lanzó una mirada significativa al jurado.

—Ahora bien, doctor: ¿encontró en el cadáver alguna otra cosa poco común cuando usted lo examinó?

—Se le había suministrado una droga.

—¿De veras? ¿Puede usted decirnos la naturaleza de esa droga?

—En mi opinión era escopolamina.

—¿Qué es escopolamina, doctor?

—Es una droga que permanece en las aguas madres, en la preparación de biociamina y atropina a partir de semillas de beleño y de *Datura Stramonium*.

—¿Para qué se usa la escopolamina?

—Entre otras cosas, la escopolamina se usa para investigar o más bien para evitar las falsedades.

—¿Puede usted explicar eso, doctor?

—Sí. Mezclada con la morfina, en proporciones adecuadas, la escopolamina tiene la propiedad de inundar ciertas regiones inhibitorias del cerebro, dejando, sin embargo, al mismo tiempo, intactos la memoria, el oído y la facultad de hablar del paciente. En efecto, la memoria se aguza mucho más allá de la memoria consciente normal. Se han registrado casos de personas que bajo influencia de la escopolamina han confesado pequeños delitos que habían olvidado completamente en el transcurso de su existencia

diaria.

—¿Y usted afirma que esa droga tiende a evitar las mentiras?

—Así es. Henry Morton Robinson, en *Ciencia contra crimen*, cita experimentos hechos con sujetos bajo la influencia de la escopolamina, durante los cuales fueron instados a que dijeren falsedades. Lo intentaron, pero fueron incapaces de falsear sus declaraciones.

McNair miró al jurado y se volvió nuevamente hacia el doctor.

—¿Qué puede usted decirnos, doctor, acerca de la hora de la muerte?

—La hora de la muerte fue entre las siete y treinta y las diez de la noche del primero de octubre.

—¿Esas horas representan los límites extremos, doctor?

—Representan los límites extremos, sí, señor. Si yo expresara ese hecho de acuerdo con la ley de probabilidades diría que hay una probabilidad en cincuenta de que ese hombre haya encontrado la muerte entre las siete y treinta y las siete y cuarenta y cinco; que habría más o menos una probabilidad en cincuenta de que haya muerto entre las nueve y cuarenta y cinco y las diez; diría que hay aproximadamente treinta probabilidades de cincuenta de que ese hombre haya encontrado la muerte entre las ocho y cuarenta y cinco y las nueve de la noche.

—A juzgar por la naturaleza de la herida, ¿fue instantánea la muerte?

—Yo diría que no. Creo que el paciente vivió por un espacio de tiempo que podría calcularse entre cinco minutos y una hora. Como promedio, diría que probablemente vivió media hora. Baso esa respuesta en la magnitud de la hemorragia interna.

McNair se volvió hacia Perry Mason.

—Puede usted interrogar al testigo.

Mason esperó hasta que los ojos del doctor se volvieron hacia él y preguntó:

—¿Podría usted decir si el occiso fue muerto mientras estaba en el lecho o si fue colocado en la cama después de haber recibido el disparo?

El doctor Ritchie contestó francamente:

—No puedo decirlo..., es decir, no puedo contestar con

seguridad a esa pregunta. Usted debe comprender que soy médico y no detective. Hago ciertas deducciones médicas basándome en el estado del cuerpo. Eso es todo.

—Comprendo, doctor. Y de paso, ¿había algunas señales de la deflagración de la pólvora sobre la piel de la víctima?

—No, señor.

—¿Examinó usted las ropas del cadáver?

—Sí, señor.

—¿Notó usted si había algún orificio de bala en la chaqueta que el muerto llevaba?

—Sí, señor. Había un orificio.

—La chaqueta, entonces, se la quitaron evidentemente después de que el tiro fue disparado.

El doctor Ritchie sonrió.

—Como ya he dicho, doctor, yo no soy un detective. Esa deducción es para el jurado, no para mí.

Mcnair sonreía con aire de triunfo.

Mason hizo un gesto de asentimiento.

—¿Es usted además un tahúr profesional, doctor?

El aire afectado del doctor Ritchie se trocó en un gesto de indignación.

—¡No, por cierto! Esa es una pregunta que no se justifica.

Esta vez le llegó el turno de sonreír a Mason.

—El hecho de que usted hiciese una lista de probabilidades, doctor, indica que usted posee conocimientos que por lo común no tienen los médicos. ¿Puedo preguntar si su «libro» sobre la hora de la muerte, basado en el número de probabilidades en cincuenta, es meramente una opinión casual o si está fundada en cálculos matemáticos?

El doctor Ritchie vaciló mientras calculaba mentalmente las posibilidades de soportar una serie de preguntas sobre el cálculo de probabilidades.

—Una opinión improvisada —admitió algo tímidamente.

—¿Y una opinión enteramente fuera del ramo de la medicina?

—Solamente en cierto modo.

—¿Ha tenido usted alguna experiencia para determinar las leyes matemáticas de las probabilidades?

—Bien..., no.

—¿Así que usted emitió una opinión improvisada que es probablemente errónea?

—Bien, fue una conjetura.

—¿Así que usted estimó que podía hacer una conjetura y jurar que era un hecho?

—Bien, fue una opinión.

Mason hizo una inclinación de cabeza.

—Muchas gracias, doctor. Eso es todo.

El juez Canfield, por vía de explicación, dijo al jurado:

—Mister Perry Mason defiende a la acusada Milicent Hardisty. El doctor Jefferson Macon actúa como abogado de sí mismo, por derecho propio. Por tanto, voy a preguntar al doctor Macon si tiene algunas preguntas que hacer.

—Sí —respondió el doctor Macon—. ¿Cómo determinó usted la presencia de la escopolamina, doctor?

—Confíe principalmente en la reacción del bromo de Wormley, aunque también utilicé las reacciones de Gerrard y Wasicky.

—¿Y es su opinión —preguntó indignado el doctor Macon— que yo administré escopolamina a esa persona para hacerla hablar y contestar a mis preguntas antes que fuese asesinada?

El doctor Ritchie se volvió ligeramente hacia el jurado para contestar a la pregunta del doctor Macon.

—Eso, doctor —dijo—, es una suposición suya. Yo no hago deducciones. Estoy simplemente declarando sobre los hechos que comprobé.

El doctor Macon musitó:

—Eso es todo.

—Mi testigo siguiente —anunció McNair— será necesariamente un testigo hostil. Me desagrada hacerle comparecer, pero no tengo otra alternativa. Llamaré a Vincent P. Blane, padre de la acusada Milicent Blane.

Blane subió al estrado. Su rostro demostraba claramente los efectos de la preocupación; pero era aún muy dueño de sí mismo y tenía como siempre la misma expresión de equilibrio, cortesía y dignidad.

—Mister Blane —comenzó McNair—, a causa del parentesco con

uno de los acusados, me será necesario hacerle a usted algunas preguntas de importancia.

Blane inclinó su cabeza en un cortés gesto de comprensión.

—¿Usted sabía que su yerno, Jack Hardisty, había hecho un desfalco en el banco de Roxbury?

—Sí, señor.

—¿Hubo dos desfalcos, creo?

—Sí, señor.

—¿Uno de diez mil dólares?

—Ése era el importe aproximado.

—Y cuando usted se negó a ocultar eso, Hardisty desfalcó unos noventa mil dólares en efectivo y le avisó que ya que no podría reponer la primera suma, iba a procurar que el desfalco valiese la pena, y que si usted le salvaba de la cárcel y pagaba los diez mil dólares, él devolvería los noventa mil, ¿no fue así?

—No exactamente con esas palabras.

—¿Pero era el punto capital del asunto?

—Lo positivo del asunto era que la compañía de seguros requería ciertas garantías antes de emitir la póliza de mister Hardisty, y que yo convine virtualmente con la compañía que si extendía la póliza, yo indemnizaría a ésta cualquier pérdida.

—¿Y recobró usted alguna vez los noventa mil dólares?

—No, señor.

—¿Ni parte de ese dinero?

—No, señor.

—Eso es todo.

No hubo preguntas.

—Ahora llamaré a otra testigo hostil —manifestó McNair—: Adele Blane.

Adele Blane, evidentemente nerviosa, subió al estrado de los testigos, prestó el juramento de práctica, dio su nombre y domicilio y miró con expresión algo aprensiva al joven y enérgico acusador que parecía tener la cualidad peculiar de atraer sobre sí la atención íntegra de la sala del tribunal.

—Miss Blane, ¿conoce usted bien la situación de la cabaña montañesa que pertenece a su padre y en la cual fue encontrado el cadáver de Jack Hardisty el dos de octubre?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted en la cabaña en la tarde del primero de octubre?

—Sí, señor.

—¿Vio allí a Jack Hardisty?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—No puedo decirle la hora exacta. Sería algo después de las cuatro y creo que antes de las cuatro y cuarenta y cinco, quizás alrededor de las cuatro y veinte.

—¿Y ésa es la hora más aproximada que usted puede fijar?

—Sí, señor.

—¿Vio usted a Jack Hardisty cuando éste subía hacia allí con su automóvil?

—Sí, señor.

—¿Detuvo Hardisty su coche?

—Así fue.

—¿Y usted vio que Hardisty sacaba algo de su coche?

—Sí, señor.

—¿Qué era?

—Una pala.

—¿Podría usted identificar esa pala si la viese de nuevo?

—No, señor.

—¿Estaba usted sola en ese momento?

—No, señor. Mister Raymand estaba conmigo.

—¿Mister Harley Raymand?

—Eso es.

—¿Y qué hizo usted inmediatamente después de ver a Jack Hardisty cerca de la cabaña? Descríbame simplemente sus movimientos, por favor.

—Bien: fui en mi coche hasta Kenvale con mister Raymand. Le llevé al Hotel de Kenvale. Yo...

—Un momento —interrumpió McNair—. ¿No se olvida usted de algo? ¿Vio usted a la acusada, mistress Hardisty, antes de eso?

—Sí, eso es. La encontré en un automóvil.

—¿Y adónde iba ella?

—No lo sé.

—¿Viajaba ella, no obstante, por el camino que conduce a la cabaña montañesa?

—Bueno, sí.

—¿Y usted conversó algo con ella?

—Sí.

—¿Usted y mister Raymand?

—Sí.

—¿Preguntó ella si su esposo estaba arriba, en la cabaña?

—Creo que sí.

—¿Le dijo usted que su esposo se encontraba allí?

—Sí.

—¿Y ella partió en seguida y continuó su camino hacia la cabaña?

—Pues..., pues, sí.

—Miss Blane, usted sabe que ella fue a la cabaña, ¿verdad?

—No, señor. No creo que ella fuera a la cabaña.

—Usted dejó a mister Raymand en el hotel y luego volvió a buena velocidad por el camino que conducía a la cabaña, ¿no es así?

—Sí.

—Ahora bien: díganos, por favor, miss Blane, exactamente, lo que encontró usted cuando llegó a la cabaña..., o más bien, lo que encontró antes de llegar al camino que sé desvía hacia la cabaña.

—Encontré a mi hermana.

—¿La acusada en este proceso?

—Sí.

—¿Qué estaba haciendo ella?

—Se hallaba en pie cerca de un terraplén.

—¿Notó usted en ella algunas señales de trastorno?

—Estaba llorando. Y parcialmente histérica.

—¿Le dijo ella algo acerca de un revólver?

Adele Blane miró a su alrededor, como si estuviera en una trampa en vez de estar en el estrado de los testigos y haber jurado decir la verdad, haciendo frente a las preguntas sondeadoras e investigadoras que le formulaba un acusador enérgico.

—¿Dijo ella algo acerca de un revólver? —repitió McNair.

—Dijo que había arrojado lejos de sí su revólver.

—¿Cuáles fueron exactamente sus palabras? ¿Dijo que lo había arrojado al fondo de la garganta de la montaña, a cuyo borde se hallaba en pie?

—No. Dijo que lo había tirado... No puedo recordarlo.

—¿Dijo ella por qué?

Adele dirigió una mirada de apelación a Mason, pero éste guardó silencio. No era el silencio de la derrota, sino más bien el silencio de la dignidad. Sus ojos miraban fijamente. Su cara parecía esculpida en piedra. Su expresión era de confianza. Mientras un abogado común habría estado haciendo objeciones a las preguntas voceando en lenguaje altisonante, ganando tiempo y tratando de apartar las pruebas perjudiciales, Mason se mantenía en silencio.

—Sí —contestó Adele Blane—. Ella me dijo por qué.

—¿Qué dijo ella?

—Dijo que tenía miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—No lo dijo.

—¿Miedo de sí misma?

—No lo dijo.

—Evidentemente —dijo McNair a la testigo—, si la acusada hubiera temido a su marido, habría guardado su revólver. El hecho de desprenderse de él significa solamente que tenía miedo de sí misma. ¿No es así como lo entendió usted, miss Blane?

Mason se puso en pie tranquilamente y con gesto de confianza dijo:

—Señoría, voy a oponerme a esa pregunta. Es argumentadora. Es un intento por parte del fiscal de hacer rectificar a su propio testigo. Reclama del testigo una conclusión. Yo no he tratado de impedir que el jurado llegue al conocimiento de los hechos. Ni tampoco he objetado las preguntas importantes hechas al testigo. Pero sí voy a objetar las preguntas capciosas e impropias como ésta.

McNair se dispuso a argüir, pero el juez Canfield le hizo guardar silencio con un gesto.

—Tomo en cuenta la objeción —dijo—. La pregunta es claramente impropia.

McNair saltó de nuevo sobre la testigo, continuando su ataque con furia redoblada, convenciendo a jurado y espectadores, así

como a la testigo, de que allí había un hombre que no podía ser contenido y a quien las dificultades solamente estimulaban a luchar con más denuedo.

—¿Qué hizo su hermana después de eso?

—Subió a su automóvil.

—¿Dónde estaba su automóvil?

—Estacionado a corta distancia, camino arriba.

—¿Con eso quiere decir usted que el coche estaba estacionado en la carretera principal?

—Sí.

—¿No estaba estacionado en el camino lateral que conducía a la cabaña de su padre?

—No.

—Y después, ¿qué hizo ella?

—Me siguió en dirección al pueblo.

—¿Usted lo sugirió?

—Sí.

—Y luego, ¿qué sucedió?

—Cuando llegué a Kenvale vi que la había perdido.

—¿Quiere usted decir que ella la abandonó deliberadamente?

—Lo ignoro. Solo sé que no me siguió hasta mi casa.

—Y usted, ¿qué hizo? ¿Adónde fue?

—A Roxbury.

—Sí —dijo McNair con una sonrisa algo irónica—, usted fue a Roxbury. Usted fue directamente a casa del acusado, doctor Jefferson Macon. Preguntó por el doctor y le dijeron que él había salido para atender a un aviso. ¿No es así?

—Eso es sustancialmente correcto.

—Y usted esperó hasta que volvió el doctor Macon, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cuándo regresó él?

—Aproximadamente, a las diez y treinta.

—¿Qué le dijo usted al acusado?

—Le pregunté si había visto a mi hermana.

—¿Qué le dijo él?

—Un momento —intervino el juez Canfield—. El jurado deberá tener en cuenta que en este momento cualquier declaración que la

testigo afirme que haya sido hecha por el acusado, doctor Macon, será recibida como prueba solamente contra él mismo y como una declaración hecha por el acusado Macon. Dicha declaración no tendría efecto contra la acusada Milicent Hardisty ni será recibida como prueba contra ella. Proceda usted a contestar la pregunta, miss Blane.

Adele Blane se hallaba próxima a llorar en ese momento.

—El doctor Macon dijo que no había visto a mi hermana.

—Pregunte usted —dijo McNair a Mason con cierta brusquedad.

—No tengo preguntas que formular —contestó Mason con calma muy digna.

Luego, McNair se perdió aparentemente en una digresión. Empezó por presentar pruebas relacionadas con la pala perteneciente a Jack Hardisty. Un testigo declaró que había visto a Jack Hardisty usar una pala en el jardín. McNair le preguntó si la pala tenía alguna señal particular. Y el testigo declaró que tenía las iniciales J. H. grabadas en el mango.

—¿Podría el testigo reconocer esa pala si la viera de nuevo?

El testigo creyó que sí.

Con ademán jactancioso, McNair mandó a un ordenanza a la antesala. El hombre regresó con una pala, que en seguida fue presentada al testigo para su identificación.

—Sí, ésta era la pala. Y éstas las iniciales.

El testigo se sentía satisfecho porque ésa era la misma herramienta que él había visto en manos de Jack Hardisty.

No le hicieron ratificarse.

McNair miró el reloj. Se aproximaba la hora en que debía suspenderse la vista de la causa. Evidentemente, McNair buscaba alguna prueba muy dramática para cerrar el primer día del proceso.

—Charles Renfrew —llamó McNair.

Charles Renfrew aparentaba ser un hombre de poco más de cincuenta años, de palabra lenta y pausada. Un hombre que evidentemente no temía las preguntas, y que consideraba su puesto en el banquillo de los testigos con la satisfacción de aquellos a quienes agrada ser el blanco de la atención del público.

Era, al parecer, un miembro de la fuerza policíaca de Roxbury. Había registrado los terrenos en los alrededores donde el acusado,

doctor Jefferson Macon, tenía su residencia y consultorio.

McNair dijo:

—Mister Renfrew, voy a mostrarle una pala cuya identificación ha sido dispuesta en esta causa, y a preguntarle si usted la ha visto antes de ahora.

—Eso es —contestó Renfrew—. Yo encontré esa pala...

—La pregunta era si usted la había visto antes —interrumpiéndolo McNair.

—Sí, señor. La vi antes.

—¿Cuándo?

—El día en que procedía la búsqueda; el tres de octubre.

—¿Dónde la vio usted?

—En un lugar recién cavado, en un jardín, detrás del garaje de la casa del doctor Macon.

—¿Está usted seguro de que ésta es la misma pala que encontró ese día en aquel lugar?

—Sí, señor.

McNair sonrió con aire de triunfo.

—¿No sabe usted, por supuesto, cómo fue transportada esta pala desde la cabaña montañesa hasta la residencia del doctor Macon?

Mason manifestó:

—Protesto, señoría, por referirse la pregunta a un hecho que no es evidente y también por instar al testigo a que llegue a una conclusión. No está probado que esta pala fuese la pala que Jack Hardisty tenía en su automóvil.

McNair contestó en seguida:

—El abogado tiene razón, señoría. Probaré eso mañana. Mientras tanto, retiraré esta pregunta —sonrió a los jurados.

Tampoco fue repreguntado este testigo.

McNair siguió actuando rápidamente. Rodney Beaton dijo haber visto a la acusada, Milicent Hardisty, mientras ésta se encontraba en pie al borde de un barranco, al lado del camino, con algún objeto en la mano y el brazo estirado hacia atrás. Admitió que no podía jurar que la acusada había arrojado en este momento el objeto hacia el fondo del barranco. Quizás ella cambió de idea en el último momento. Beaton atestiguó, asimismo, que él y Lola Strague estuvieron registrando las vecindades del peñasco de granito al día

siguiente, y que encontraron un revólver de calibre treinta y ocho tirado entre las hojas de pino. Reconoció el revólver.

Mason no repreguntó a Beaton.

Lola Strague, llamada como testigo, afirmó también haber encontrado el revólver y lo identificó. Luego McNair, con gesto dramático, aportó pruebas que demostraban que ese revólver había sido comprado por Vincent P. Blane dos días antes de la Navidad de 1941.

Después de ese punto, McNair posó una mirada significativa en el reloj, y el juez Canfield, reparando en la indirecta, anunció que había llegado la hora de suspender la causa hasta el día siguiente.

McNair abandonó la sala del tribunal con un aire de completa satisfacción que se reflejaba en su semblante. Su éxito fue señalado por los fogonazos de las cámaras fotográficas de los reporteros gráficos de los diarios de la mañana.

Capítulo 21

McNair comenzó su segundo día de recepción de testimonios con una técnica que no dejaba dudas de que estaba fundando deliberadamente su causa sobre una serie de situaciones dramáticas. Los *attaches* y jurados de la corte, que estaban acostumbrados a la forma rutinaria de llevar los procesos desde la acusación a la condena, empezaron a llenar la sala atraídos por la dinámica personalidad de McNair, quien, hasta ese momento, había desempeñado papel tan brillante.

William L. Frankline fue el primer testigo de McNair ese día. Frankline, según parecía, había sido el ayudante que acompañaba a Jameson en el momento en que el doctor Macon fue sorprendido en la cabaña de Blane, y declaró detalladamente sobre las medidas que se tomaron para la vigilancia de la cabaña y cómo había visto entrar en aquella a Adele Blane y a Myrna Payson. Luego Rodney Beaton y Lola Strague llegaron allí, y Adele se escondió en el dormitorio oscuro donde había sido encontrado el cadáver de Jack Hardisty. Después había hecho su aparición Burt Strague. Más tarde, una figura que trataba de ocultarse, se había deslizado hacia la parte trasera de la cabaña. Asegurado de que el dormitorio estaba a oscuras y aparentemente desierto, aquella figura forzó la ventana y penetró en el cuarto. En ese momento, el testigo y un tal William N. Jameson, un *sheriff* adjunto también, se aproximaron a la ventana y a una señal encendieron simultáneamente sus linternas, a la luz de las cuales descubrieron a Adele Blane, que salía corriendo del cuarto gritando, y al acusado, doctor Macon, en el acto de retirar una bala del lugar en que había sido oculta, detrás de un cuadro que había en la pared del dormitorio. La bala le fue quitada de las manos al doctor Macon mientras se le colocaban las esposas,

y el proyectil fue señalado con una marca especial para que pudiese ser identificado después. El testigo reconoció sin vacilar la bala que le mostraba McNair como la misma que le había sido arrebatada al doctor Macon.

—Repregunte —invitó McNair a Perry Mason.

Mason contempló pensativamente al testigo.

—¿Dice usted que cuando encendieron ustedes sus linternas vieron a este hombre en el acto de retirar una bala de detrás de un cuadro?

—Sí, señor.

Mason dijo:

—En otras palabras: usted vio la mano de este hombre detrás del marco del cuadro. Cuando usted tiró de la mano de este hombre y la hizo retirar de detrás del cuadro se encontró con que en ella había una bala y por eso dedujo que él estaba sacando una bala de detrás del cuadro. ¿No es así?

—Bueno..., podría decirse que así fue.

—Y según sus conocimientos —prosiguió Mason—, el acusado Macon, en vez de estar sacando algo, pudo estar... —Mason se detuvo bruscamente y su mirada captó la sonrisa afectada de McNair—. Retiraré esa pregunta —agregó con mucha calma—, y no deseo repreguntar más a este testigo.

McNair se volvió súbitamente furioso. Se dispuso a levantarse, aparentemente para formular alguna protesta; luego se echó hacia atrás en su silla y frunció el ceño con expresión pensativa.

Mason tomó un bloc de papel y garabateó en una nota: «McNair quería que yo forzara a Frankline a admitir que Macon quizá había estado poniendo dentro la bala en lugar de estarla sacando. Aquí hay algo raro. Tenga paciencia».

Mason se dirigió hacia donde estaba Della Street y le entregó la nota.

El juez Canfield miró al doctor Macon.

—¿Tiene alguna pregunta que formular al testigo, Macon?

—No, señoría.

—¿Desea usted formular un segundo interrogatorio, mister McNair?

—No..., no, señoría. Eso es todo.

McNair parecía definitivamente desconcertado, pero un momento más tarde llamó al doctor Kelmont Pringle.

El doctor Pringle prestó juramento y dijo ser experto en criminología, químico, especialista en medicina forense, toxicología y perito balístico.

—Aquí tiene usted la bala que ha sido previamente identificada y recibida como prueba —comenzó McNair—. Voy a preguntarle si usted examinó esa bala e hizo ciertas pruebas con ella.

—Así lo hice.

—Ahora le entrego a usted un revólver «Colt» de calibre treinta y ocho, que solicito sea marcado para su identificación posterior. Le pregunto, doctor, si usted disparó algunas balas de ensayo con este revólver.

—En efecto.

—¿Y comparó usted esas balas en un microscopio de confrontación con la que yo acabo de entregarle?

—Sí, señor.

—¿Y las balas disparadas con esta arma representaban las mismas características generales que la bala que usted tiene en la mano, doctor?

—Sí, señor.

—Ahora bien, doctor: ¿determinó usted con la ayuda del microscopio si la bala que tiene en la mano fue disparada o no con esta misma arma a la cual he dirigido su atención?

—Sí, señor.

—¿Fue entonces esa bala disparada con este revólver, doctor?

Pringle parpadeó.

—¡No lo fue! —repuso.

El juez Canfield miró la cara sonriente de McNair, observó a Perry Mason, se inclinó hacia delante en su estrado y dijo:

—Le pido que me disculpe, doctor. ¿Debo entender que usted contestó que la bala no fue disparada con ese revólver?

—Así es —contestó el doctor Pringle—. Con toda seguridad la bala no fue disparada con esta arma.

El doctor Macon se acomodó en su silla con el gesto común de los que se ven aliviados de una gran tensión.

El semblante de Milicent Hardisty mantuvo su expresión

inalterable.

Perry Mason miraba fijamente al testigo.

—Ahora bien —continuó McNair—: ya que parece que la bala no fue disparada con este revólver de calibre treinta y ocho que le entregué a usted, doctor, le preguntaré si hizo algún peritaje posterior con esa bala o encontró algo más que pueda relacionarse con ella.

—Sí, señor. Hice otras pruebas con la bala.

—Llamo su atención, doctor, sobre ciertas manchas de color castaño rojizo que aparecen en la bala y, en lugar especial, sobre cierta sustancia rojiza y seca.

—Sí, señor.

—¿Qué es esa sustancia, doctor?

—Es tejido animal que se ha deshidratado por haber estado expuesto al aire.

—¿Y qué son esas manchas de color castaño rojizo, doctor?

—Son manchas de sangre.

—¿Ha hecho usted algunas pruebas con ese tejido y con la sangre?

—Sí, señor.

—¿Y sus pruebas han demostrado definitivamente si las manchas son o no de sangre?

—Sí, señor. Lo he comprobado. Son manchas de sangre.

—Ahora, doctor, le ruego atienda cuidadosamente esta pregunta. Estando establecido que en el primer día de octubre de mil novecientos cuarenta y dos un hombre fue muerto por una bala disparada con un revólver de calibre treinta y ocho, ¿existe algún detalle en esta bala que autorice a usted a decir, en su carácter de experto, si esta bala especial que tiene ahora en la mano fue la bala fatal que ocasionó la muerte de ese individuo, el primero de octubre de mil novecientos cuarenta y dos?

—Sí —contestó el doctor Pringle—. Hay algo en esa bala que me permite contestar esa pregunta.

—Por favor, doctor, ¿quiere usted exponer al jurado exactamente qué es ello?

—Examiné la sangre que había en esa bala por medio de la prueba de la precipitación y también por la medición microscópica

de una lente micrométrica.

—¿Y qué encontró usted?

—Encontré que el eritrocito tenía un diámetro igual a unas tres mil quinientavas partes de una pulgada.

—¿Qué es un eritrocito, doctor?

—Es el glóbulo rojo de la sangre.

McNair se volvió bruscamente a Mason.

—¿Tiene usted algunas preguntas que hacer?

Mason vaciló y luego dijo:

—Sí.

Frunciendo el ceño miró al doctor Pringle.

—Doctor, ésa es una manera muy peculiar de prestar su testimonio.

—No hice más que contestar las preguntas que se me formularon.

—Así es, en efecto. Usted no ofreció conclusión alguna.

—No, señor. Se me interrogó solamente sobre los hechos.

—Usted declaró que estaba convencido de que el diámetro del glóbulo rojo de la sangre era igual a tres mil quinientavas partes de una pulgada.

—Sí, señor.

Mason hizo una pausa corta y luego prosiguió hablando con mucha cautela.

—Doctor, yo no estoy seguro de que mi información sea absolutamente cierta, pero me parece que el glóbulo rojo de la sangre humana tiene un diámetro igual a la tres mil doscientava parte de una pulgada.

—Así es.

Mason cambió de posición.

El juez Canfield se inclinó bruscamente hacia delante apoyó sus codos sobre el pupitre y miró al testigo.

—Doctor, deseo eliminar la posibilidad de una equivocación. ¿Debo entender por su testimonio que los glóbulos rojos de la sangre que había sobre esta bala eran de un diámetro igual a tres mil quinientavas partes de una pulgada?

—Sí, señor.

—¿Y que los glóbulos rojos de la sangre de un ser humano

tienen un diámetro igual a la tres mil doscientava parte de una pulgada?

—Así es.

—Entonces, ¿debo entender, doctor, que lo que había sobre esta bala no era sangre humana?

—Ésa es la verdad, señoría.

El juez Canfield miró al fiscal de distrito con expresión exasperada, se acomodó en un sillón y dijo a Mason:

—Prosiga con las preguntas, abogado.

—Luego, ya que la sangre que había sobre esta bala no era humana, ¿determinó usted qué clase de sangre era? —preguntó Mason.

—Sí, señor. Era sangre de perro. El eritrocito de un perro mide una de las tres mil quinientavas partes de una pulgada; su tamaño es el que más se acerca al del ser humano. Por la prueba de la precipitación me convencí de que la sangre que había sobre esta bala era la de un perro.

—Entonces —prosiguió Mason, tanteando su camino con gran cautela—, ¿podría usted declarar, doctor, que bajo ninguna circunstancia sería posible que ésta fuese la bala fatal que causó la muerte de Jack Hardisty?

—Sí. Esta bala no ha tenido contacto alguno con sangre humana. Esta bala fue introducida en el cuerpo de un perro.

—Eso es todo —dijo Mason con brusquedad. Mcnair sonrió e hizo una inclinación de cabeza a Mason.

—Gracias, abogado, por aclararme el caso.

El juez Canfield, evidentemente irritado, se dispuso a hacer algún comentario; luego se contuvo. Al fin y al cabo, Perry Mason bien podía cuidarse de sí mismo.

—Eso es todo por el momento, doctor —anunció Mcnair—. Llamaré a mi testigo siguiente. Fred Hermann.

Fred Hermann avanzó hacia el banquillo de los testigos y permaneció allí en pie. Él también pertenecía, al parecer, a las fuerzas policíacas de Roxbury. Era un tipo de hombre estólido y flemático. El hecho de figurar como testigo de esta causa, constituía para él solamente parte de su trabajo diario. Su actitud era indiferente y aburrida, como si hubiese sido llamado a la sala para

testimoniar sobre un arresto insignificante que hubiera efectuado la noche anterior.

Cuando hubo dado su nombre, edad, domicilio y ocupación, McNair le preguntó:

—¿Conoce usted al testigo Renfrew, que prestó declaración ayer en esta causa?

—Sí, señor.

—¿Acompañó usted a Renfrew a la residencia y consultorio del acusado doctor Jefferson Macon el día tres de octubre del presente año?

—Sí, señor.

—Voy a mostrarle la pala que ha sido presentada como prueba, mister Hermann, y me dirá si la ha visto alguna vez.

El testigo tomó la pala, y con ademán lento, metódico y deliberado le dio vuelta entre sus grandes manos. Luego la devolvió al acusador y dijo:

—Sí, señor, ésta es la pala.

—¿Y dónde fue encontrada?

—En el lado norte del garaje. Hay allí un jardín pequeño y alguna tierra recién cavada.

—¿Y qué hicieron ustedes en la parte de tierra removida? —preguntó McNair, mirando con aire de triunfo a Perry Mason.

—Empezamos a cavar.

—¿Hasta qué profundidad cavaron?

—Unos noventa centímetros.

—¿Y qué encontraron?

Hermann se volvió hacia el jurado.

—Encontramos —anunció— el cadáver de un perro. Presentaba un agujero de bala en el cuerpo, pero no pudimos encontrar el proyectil; había sido retirado del cadáver del animal.

McNair sonreía ahora.

—Puede usted repreguntar al testigo —dijo a Mason.

—No tengo repreguntas que formular —anunció Mason.

El juez Canfield miró el reloj y manifestó:

—Es la hora de suspensión del mediodía. El tribunal se constituirá de nuevo a las tres de la tarde.

Mientras el juez Canfield se retiraba de la sala, los espectadores

comenzaron a moverse rápidamente. Los reporteros, muy de prisa, tomaron fotografías de McNair, en las que éste aparecía sonriendo triunfalmente. Hicieron también «posar» al doctor Pringle en el banquillo de los testigos. Pero no pidieron a Perry Mason que se dejase retratar.

Capítulo 22

Perry Mason y Della Street se hallaban sentados en el reservado de un pequeño restaurante situado a la vuelta del bufete de Mason, saboreando una merienda que consistía, en su mayor parte, en té y cigarrillos.

—No entiendo eso del perro —declaró Della Street.

—La cosa se desenvuelve matemáticamente, desde el punto de vista del fiscal de distrito —manifestó Mason—. El doctor Macon se encontró con Milicent cuando ella volvía de la cabaña. Ella le habló del nuevo desfalco y le dijo que Jack Hardisty tenía noventa mil dólares en efectivo que estaba usando para perjudicar a Vincent Blane. El doctor Macon le sugirió la idea de volver a la cabaña; pondría él a Hardisty una inyección de escopolamina que le haría hablar y revelar el sitio donde estaba escondido el dinero robado.

Della Street sorbió su té.

—Entiendo bien eso —dijo—. De acuerdo con esa teoría, ellos debieron de haber vuelto a la cabaña y administraron una inyección a Hardisty. Después él se tornó violento y uno de ellos le disparó un tiro. Pero, ¿qué tiene que ver el perro con eso?

—¿No lo ve usted? El doctor Macon sabía que la policía encontraría la bala fatal, que la estudiaría con el revólver de Milicent y que eso la condenaría. Así que extrajo la bala y la escondió.

—¿Pero cómo hizo para disparar la misma bala contra un perro?

—No hizo eso. McNair supone que Macon consiguió otro revólver del mismo calibre, mató un perro con él, extrajo la bala, enterró el perro y se le ocurrió la idea de esconder la bala, en la cabaña en un lugar donde tarde o temprano sería encontrada. Cuando las autoridades la hallasen, creerían haber descubierto la

bala fatal en el lugar donde el doctor Macon la había ocultado. La examinarían y, con gran sorpresa de su parte, advertirían que no se adaptaba al revólver de Milicent Hardisty.

—Entonces, ¿el doctor Macon estaba colocando la bala detrás del cuadro en vez de sacarla, cuando fue detenido? —preguntó Della Street.

—Exactamente —contestó Mason—. Y casi cometí un error cuando pregunté si quizá Macon no había estado poniendo algo dentro en vez de sacarlo... Pero me detuve justamente a tiempo.

—¿Qué fue lo que le hizo sospechar eso?

—Algo había en el modo con que McNair me observaba, alguna expresión en la cara del testigo... Pero luego me metí en ese asunto del perro. Tuve que hacerlo. Yo estaba en una posición en la cual no dejaba de preguntarme lo que habría dado la impresión de que temía la verdad, o seguía adelante y sacaba a relucir el punto que crucificaba a mi cliente.

—¿Por qué no lo sacó a relucir McNair en el interrogatorio directo?

—Porque perjudica más mi defensa cuando yo lo traigo a colación al repreguntar. Esta es una táctica maligna, pero ya me vengaré de McNair.

—¿Cómo?

—No lo sé todavía —admitió Mason. Della Street movió el té.

—Casi podría ponerme a llorar —dijo—. Usted puede ver lo que ha sucedido. Si Milicent Hardisty no mató a su esposo, por lo menos el doctor Macon cree que lo hizo y trató de protegerla. Al hacerlo Macon se metió en un enredo y arrastró a Milicent consigo... O el doctor Macon mató a Hardisty, y Milicent está tratando de protegerle. De cualquier modo, estamos derrotados... ¡Y McNair está tan hinchado, tan empapado de triunfo, que me pone mala! Me gustaría arrancarle todo el cabello, mechón por mechón. Me gustaría... —la rabia ahogó sus palabras.

—No se excite, Della —dijo Mason sonriendo—. Es mejor que use su cerebro... Hay cierta discrepancia en la prueba, y dudo de que McNair haya pensado en ello.

—¿Qué es?

Mason hizo una mueca a Della.

—Espere a que McNair ponga a Jameson en el banquillo de los testigos.

—No entiendo.

—No creo que haya pensado en ello —manifestó Mason—, pero yo voy a hacer que piensen mucho a este respecto.

—Pero usted no puede idear ninguna teoría que haga absolver a Milicent Hardisty..., ¿no es así?

—No lo sé —contestó Mason con expresión sombría—. Quizá no, pero puedo enredar el cabo de manera tal que haré desaparecer de la cara de McNair bastante de ese aire arrogante y afectado y...

Mason se detuvo al oír la voz de Paul Drake que preguntaba al propietario del restaurante:

—¿No está comiendo aquí Perry Mason?

Mason recorrió la cortina del reservado.

—Hola, Paul. ¿Qué novedades tiene?

Paul Drake entró en el reservado. Su cara se contraía en una mueca de satisfacción. Traía debajo del brazo un paquete envuelto en papel de periódico y atado fuertemente con un cordón.

Casi instantáneamente pudo oírse el ruido débil pero inconfundible de un reloj.

—¿El reloj enterrado? —preguntó Mason.

Drake hizo una señal de asentimiento.

—¿Dónde lo encontró?

—Harley Raymand lo encontró casi a ras de la superficie del suelo, a unos tres metros de distancia del borde de la roca donde fue ocultado la primera vez.

—¿A qué distancia del lugar donde fue encontrado el pedazo de antejo roto? —preguntó Mason.

—No muy lejos... Harley Raymand ató el paquete y escribió su nombre en la envoltura. Yo escribí mi nombre un poco más arriba del de Raymand y cubrí el paquete con otra envoltura más... ¿Quiere usted abrirlo aquí o en la sala?

Mason pensó sobre ello un momento y luego manifestó:

—Pondremos a Harley Raymand en el banquillo de los testigos y dejaremos que identifique su firma... Tenemos que hacerlo antes que se le termine la cuerda al reloj. Es un reloj de veinticuatro horas de cuerda, ¿no, Paul?

—Sí.

—¿Y qué hora marcaba el reloj..., es decir, estaba adelantado, atrasado o...?

—El maldito reloj está dos horas y cuarenta y cinco minutos adelantado —contestó Drake.

Mason sacó un pedazo de papel del bolsillo e hizo rápidamente unos cálculos.

—Entonces marca casi exactamente la hora sidereal, Paul. Tal como yo calculo, la hora sidereal estaría hoy adelantada en unas tres horas y cuarenta y cinco minutos, pero nuestra hora ha sido adelantada en una hora a causa de la guerra. Eso significa que el reloj marca, más o menos exactamente, la hora sidereal.

Drake silbó suavemente.

—Quizás ese cuento suyo acerca de las estrellas no fue solamente un sueño, Perry. ¿Para qué diablos quiere tener un hombre un reloj que marca la hora de las estrellas...? ¿Y por qué andará ese reloj enterrado en lugares diferentes?

Mason hizo una mueca jovial.

—Eso, muchacho, es una prueba que trataremos de arrojarle a la cara a Thomas L. McNair.

—No le permitirán aportar esa prueba a la causa, Perry.

—Ya sé que no me lo permitirán, pero les será muy difícil impedirme que haga pensar mucho a los jurados respecto a ella —contestó Mason.

Capítulo 23

Cuando el tribunal se constituyó nuevamente a las dos de la tarde. Thomas L. McNair estaba sentado en la mesa reservada para el acusador y su cara ostentaba una sonrisa algo afectada. El juez Canfield anunció:

—Los jurados están todos presentes y los acusados se hallan en la sala, caballeros. ¿Está preparado para empezar, mister McNair?

—Un momento, señoría —intervino Mason poniéndose en pie—. Deseo solicitar permiso del tribunal para aportar un testimonio fuera de lugar.

—¿Sobre qué base fundamenta usted su moción, mister Mason?

—Sobre la base de que la prueba es, por su naturaleza, perecedera. No podría conservarse hasta el momento en que mi moción no esté ya fuera de lugar.

—¿Por qué no? —demandó McNair con una leve sonrisa en los labios.

—Es bastante difícil de explicar sin entrar en detalle sobre la naturaleza de la prueba, señor fiscal.

McNair dijo con una sonrisa irónica:

—Prosiga usted y explíquela. Me gustaría saber qué prueba tiene usted que pueda ser, como tan sabiamente la denomina, perecedera.

Mason se volvió hacia el juez Canfield.

—Es un reloj, señoría. Un reloj que fue encontrado enterrado cerca del lugar del crimen. El...

—¿Y qué tiene que ver un reloj con esto? —interrumpió McNair con tono sarcástico—. ¡Cielo santo, señoría! Aquí tenemos un caso claro de homicidio simple y el abogado defensor sale con un reloj que ha estado enterrado cerca de la escena del crimen. Eso es inadmisibles en derecho, es inmaterial y no revela nada. Esa prueba

no puede ser aportada a la causa.

Mason manifestó:

—Por supuesto, señoría, relacionaré la prueba con el proceso a su debido tiempo. De otro modo, los jurados pueden ser informados en el sentido de que tal prueba no debe ser tomada en cuenta.

—Pero, ¿qué tiene de percedero un reloj? —preguntó McNair—. Usted tiene el reloj. Supongo que ha de conservarse, ¿no? Nunca oí que un reloj se echase a perder. Usted podría conservarlo en alcohol.

Hubo un murmullo de risas disimuladas en la sala del tribunal. Unas cuantas sonrisas aparecieron en las caras de los jurados y McNair hizo una mueca alegre a las caras que sonreían.

—El reloj se conservará, pero no la hora que marca su esfera. Si el tribunal me lo permite, voy a decir que me consta que este reloj está adelantado exactamente en dos horas, cuarenta y cuatro minutos y medio con respecto a nuestra hora de guerra del Pacífico. Y puesto que nuestra hora de guerra del Pacífico ha sido adelantada en una hora, eso significa que este reloj está adelantado exactamente en tres horas, cuarenta y cuatro minutos y medio con respecto a nuestra hora solar.

El juez Canfield frunció el ceño.

—¿Y, exactamente, cuál es el significado posible de ese hecho, mister Mason? En otras palabras... ¿Por qué debe ser conservada esa evidencia?

—Porque —declaró Mason— en esta fecha la hora sideral está exactamente adelantada a la hora oficial en tres horas, cuarenta y cuatro minutos y treinta y nueve segundos y medio. Está, por tanto, muy claro que este reloj despertador común ha sido cuidadosamente preparado para marcar la hora sideral, y puesto que yo tengo entendido que es un reloj de veinticuatro horas de cuerda a menos que sea recibido como prueba y se le dé al jurado la oportunidad de anotar la hora que marca su esfera, habrá dejado de marchar y entonces esta valiosa pieza de convicción se habrá destruido.

—¿Y qué relación posible pueden tener las estrellas con este asesinato? —demandó McNair.

—Esa, señoría —manifestó Mason—, es una de las cosas que yo

he de relacionar cuando llegue el momento de hacer mi defensa. Lo único que pido en este momento es permiso para identificar este reloj para conservar así el testimonio mientras sea de utilidad.

El juez Canfield anunció:

—Ha lugar.

Harley Raymand, después de prestar juramento previamente, atestiguó que había encontrado por primera vez el reloj enterrado el primero de octubre, fecha del asesinato. Que en ese momento, según recordaba, el reloj estaba unos veinticinco minutos atrasado. Que lo había encontrado de nuevo el dos de octubre. Que después de eso había buscado el reloj, no siéndole posible, encontrarlo hasta las once de la mañana del presente día, en que había oído el ruido de su tic-tac. Que había escuchado atentamente, localizando el punto del suelo desde donde se oía el tic-tac y que luego destapó lo que parecía ser exactamente el mismo reloj, guardado exactamente en la misma caja. Pero que en este momento, sin embargo, el reloj estaba unas dos horas y cuarenta y cinco minutos adelantado, comparado con su propio reloj de bolsillo.

—¿Qué hizo usted con este reloj? —preguntó Mason.

—Hice con él un paquete y atendiendo a una sugerencia de mister Paul Drake, escribí mi nombre sobre la envoltura. Luego entregué el paquete a mister Paul Drake, quien escribió también su nombre, precisamente encima del mío.

—Abra este paquete que ahora le entrego y vea si es el mismo que usted dice haber entregado a mister Drake —dijo Perry Mason.

Los miembros del jurado se inclinaban hacia delante en sus asientos.

—Señoría —declaró McNair—, no solamente me opongo a la presentación de esta prueba en este momento por hallarse fuera de lugar, sino que me opongo a ella también porque es inmaterial, inadmisible en derecho y no revela cosa alguna.

El juez Canfield anunció:

—El tribunal se ha pronunciado ya sobre este incidente, permitiendo a mister Mason presentar la prueba en este momento, fuera de lugar. La sala se reservará, sobre el derecho de pronunciarse sobre la protesta del acusador hasta que el acusado presente su defensa. O, para explicarlo en otra forma: el tribunal

recibirá la prueba con carácter temporal, es decir, que a petición de la parte acusadora será desestimada en el supuesto de que no estuviese relacionada con este proceso.

—Eso es todo lo que pido, señoría —anunció Perry Mason.

Harley Raymand desenvolvió el paquete y sacó de él una cajita de madera. Abrió la caja y puso al descubierto un reloj despertador que marchaba con regular tic-tac.

Mason sacó su reloj de bolsillo y con ademán algo aparatoso lo comparó con la esfera del reloj despertador. Luego se volvió para consultar el reloj eléctrico que se hallaba sobre la pared trasera de la sala del tribunal.

—Me permito llamar la atención del jurado acerca de que en este momento el reloj se encuentra aparentemente adelantado en dos horas, cuarenta y cuatro minutos y cuarenta segundos.

Mostrando en su voz el interés que sentía, el juez Canfield anunció:

—Así se anotará en el expediente.

Evidentemente irritado, porque había sido interrumpida la marcha fácil de su caso, McNair manifestó:

—Señoría, me agradecería reservar mis repreguntas a este testigo hasta después que el tribunal haya dictaminado si es admisible la prueba.

—Ha lugar a su petición —declaró el juez Canfield—. ¿Ha sido examinado este reloj para tratar de encontrar huellas dactilares, mister Mason?

Mason contestó suavemente:

—Aparentemente, no, señoría. Me agradecería mucho que el tribunal ordenase al experto de la oficina del *sheriff* que hiciera el examen pertinente.

—Ordenaré que se haga —manifestó el juez Canfield—. Ahora, mister McNair, ¿desea usted continuar con su interrogatorio?

—Sí —contesto violentamente McNair—. Ahora que hemos dejado de lado los horóscopos y la astrología, quizá podríamos ocuparnos de algo más terrenal. Llamaré a mister William N. Jameson como mi próximo testigo.

Jameson, después de prestar juramento, atestiguó haber encontrado el cuerpo de Hardisty en la cabaña. Declaró también

sobre los trabajos técnicos de carácter general, identificando mapas y fotografías, y presentando todas las bases y fundamentos necesarios en las causas criminales.

Gradualmente, sin embargo, y luego de haber escuchado todos estos detalles McNair comenzó una vez más a crear un ambiente dramático.

—¿Tuvo usted ocasión de ir conmigo a Roxbury el segundo día de octubre del año actual? —preguntó McNair.

—Sí, señor.

—¿Y dónde fue usted cuando llegó a Roxbury?

—Al lugar donde el acusado, doctor Macon, tiene su residencia y consultorio.

—¿Vio usted al doctor Macon en aquel momento?

—Le vi, señor.

—¿Quién más estaba presente?

—Usted y el doctor Macon, nadie más.

—Y, refiriéndonos a esta entrevista, ¿tuvo usted ocasión de examinar el automóvil del doctor Macon?

—Sí, señor.

—¿Quién estaba presente en ese momento?

—Nadie. Usted estaba hablando con el doctor Macon. Yo me deslicé fuera y revisé el coche del doctor Macon.

—¿Encontró usted algo en el coche?

—El maletín de instrumental quirúrgico del doctor Macon se encontraba en la parte trasera del automóvil. Lo registré. Era una cajita de cuero de las que se usan para guardar medicinas; contenía cierto número de botellas pequeñas. Encontré una que parecía estar llena de algodón. Le quité el tapón y extraje el algodón. Dentro de éste había sido ocultado un trozo de papel.

McNair miró el reloj.

—¿Había algo escrito en ese trozo de papel?

—Sí, señor.

—¿Reconocería usted ese trozo de papel si lo viese de nuevo?

—Sí, señor.

McNair manifestó sonriendo:

—En este momento presento el papel para ser identificado. Mañana haré comparecer a unos peritos calígrafos que demostrarán

que la escritura de ese papel es de puño y letra de la acusada, Milicent Hardisty. Mientras tanto y solamente a los fines de identificación, deseo que se haga constar en el expediente el mensaje que figura escrito en este papel.

—No voy a oponerme a eso —declaró Mason, mientras el juez Canfield le contemplaba con expresión ceñuda e intrigada.

McNair leyó:

Querido Jeff:

Jack ha hecho algo horrible. No podría creer que fuese capaz de tal perfidia, de tan cobarde traición. Está en la cabaña. Voy a ir allí arriba para tener con él una explicación definitiva. Si sucede lo peor, no me verás. No pienses muy mal de mí. Yo no sé cómo se les permite vivir a hombres como él...

No vale la pena que yo trate de decir lo mucho que has significado para mí, Jeff, o lo que hiciste por mí. No importa lo que suceda, siempre sentiré que estoy cerca de ti y que tú estás cerca de mí.

Tengo la esperanza de que Jack abra los ojos y que se avenga a remediar, al menos en parte, el daño enorme que ha causado a mi padre. Lo que me ha hecho a mí no me importa. Puedo soportarlo. Es algo muy humillante, pero puedo sufrirlo. Mas lo que no puedo soportar es lo que le ha hecho a mi padre y quedarme con los brazos cruzados. Y como quizás esto sea mi despedida, quiero que sepas lo mucho, mucho, que has significado para mí. Tu bondadosa paciencia, tu firme fe, tu amistad y lo mucho más que se oculta detrás de todo esto, me han servido de inspiración y de sostén.

Tuya,

Milicent.

Con ademán jactancioso, McNair entregó el papel al escribiente de la sala.

—Haga el favor de marcar esto para su identificación y deje constancia de que ha sido exhibido por el acusador.

McNair se volvió hacia Perry Mason, mirando el reloj con

expresión de triunfo, como para hacer notar que una vez más los periódicos tendrían oportunidad de ocuparse del dramático final de la audiencia vespertina.

—¿Ha terminado usted su interrogatorio directo de este testigo?
—preguntó el juez Canfield.

—Sí, señoría. Son aproximadamente las cuatro y cuarenta y cinco y...

El juez Canfield no hizo caso de la insinuación.

—Puede usted repreguntar —dijo a Mason.

Un relámpago de consternación cruzó la cara de McNair. Era evidente que había esperado que el juez Canfield levantara la sesión, y había un destello de simpatía en la mirada de su señoría mientras observaba a Perry Mason.

Mason enfrentó al testigo.

—¿Trabajó usted este caso, mister Jameson? —preguntó Mason.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—¿Trató usted de descubrir pruebas para este caso?

—Sí.

—¿Hizo usted todo lo posible para hallar hechos de importancia que pudiesen ser considerados como indicios?

—Sí.

—¿Miró usted en el fondo de esa garganta de la montaña para tratar de encontrar el revólver que, según se dice, la acusada Milicent Hardisty había arrojado allí abajo?

—Eso era apenas necesario —respondió Jameson con una sonrisa.

—¿Y por qué? —preguntó Mason.

—Porque el revólver fue encontrado... donde ella trató de esconderlo después del crimen.

—Ya veo —manifestó Mason—. Por tanto, no era necesario buscar un revólver que la acusada pudo haber arrojado al fondo de la garganta de la montaña.

—Eso es.

—En otras palabras: por haberse encontrado el arma de mistress Hardisty, no era necesario buscar ningún otro revólver.

—Así es.

—¿Sabía usted que mistress Hardisty dijo a su hermana que

había arrojado su revólver por encima del terraplén?

—Así lo afirmó ella —contestó Jameson con una sonrisa irónica.

—Y en su carácter de funcionario que busca hechos para el proceso, ¿comprobó usted la verdad de su declaración por medio de una búsqueda en el lugar que ella había indicado?

—No, lo hice buscando en el lugar donde ella había ocultado el revólver con el cual se cometió el crimen.

—Usted no sabe que era el revólver con el cual se cometió el crimen.

—Bueno..., por supuesto... Era el revólver que ella debió de haber usado.

—¿Y usted está dispuesto a jurar que no hay ningún revólver tirado en el declive escarpado donde mistress Hardisty dijo a su hermana que había arrojado su revólver?

—Yo no podría jurar eso, pero apostaría un millón de dólares a que no.

—El testigo se limitará a contestar a las preguntas y se abstendrá de hacer comentarios extraños a la causa —advirtió el juez Canfield con severidad.

—Usted no sabe que éste es el revólver que mató a Hardisty —dijo Mason sonriendo—. Usted no sabe que mistress Hardisty puso el revólver en el lugar donde fue encontrado. Y, como funcionario, usted no comprobó la veracidad de la historia de mistress Hardisty en la que decía que arrojó el revólver que tenía en su bolso por ese declive escarpado. ¿No es así?

—Bueno, yo... ¿Quiere usted decir, mister Mason, que la acusada tenía dos revólveres?

—Yo no quiero decir nada —contestó Mason—. Estoy simplemente haciendo preguntas. Estoy tratando de averiguar qué clase de investigación se hizo.

—Bien; nosotros no buscamos en el fondo de la garganta de la montaña ni a lo largo del declive.

—Así que por lo que usted sabe mistress Hardisty quizás arrojó un revólver al fondo de la garganta.

—Bueno, sí.

—Y ese revólver quizá fue el de calibre treinta y ocho que disparó la bala y que el testigo Pringle sostiene que es el mismo que

fue usado para matar un perro, ¿verdad?

—Bien..., yo no diría eso.

—La pregunta es con argumentación —objetó McNair.

—No obstante, entiendo que está dentro de los límites de las repreguntas legítimas. Y considerando que el abogado está autorizado para tratar de evitar la oblicuidad en las respuestas de los testigos —dictaminó el juez Canfield—, resuelvo desestimar la protesta. Conteste usted a la pregunta.

—Bueno..., yo... Oh, yo supongo que la acusada pudo haber matado a un perro de un tiro, haberlo enterrado en casa del doctor Macon e ir a lo alto de la garganta de la montaña y arrojar lejos de sí el revólver —manifestó el testigo con tono sarcástico.

—Y —observó Mason— podría suponerse también que ella pudo haber ido un poco más lejos, que mató un perro cerca de la cabaña, y se deshizo luego del revólver. Después, el doctor Macon pudo haber encontrado el cadáver del perro, haberlo llevado a su casa, y haberlo enterrado cerca del garaje... ¿No es así?

—Bueno, no pienso que haya sucedido en esa forma.

—Oh, ¿no piensa que haya sucedido en esa forma?

—No.

—Así que lo que usted quiere que haga este jurado es pronunciar un fallo de culpabilidad por homicidio de primer grado, basado en la forma como usted piensa que ha sucedido el hecho.

—Bien, no exactamente eso.

—Perdóneme. Debo de haberle entendido mal. Así interpreté sus palabras y la posición que había adoptado.

—No había ningún perro allí arriba en la cabaña.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Pues, no había prueba alguna de que un perro hubiese estado allí.

—¿Y qué era lo que esperaba encontrar como prueba para convencerle de que un perro había estado allí arriba, mister Jameson? Hablando en su carácter de detective, ¿qué prueba diría usted que quizá dejase tras sí un perro para que usted supiese que había estado allí?

Jameson trató de pensar en una respuesta, pero falló en su propósito.

—¡Vamos, vamos! —dijo Mason—. Se acerca la hora de la suspensión. ¿No puede usted contestar la pregunta?

—Bien..., bien, no anduvo ningún perro por allí arriba.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Bien; sólo sé que no anduvo ningún perro por allí.

—¿Qué fue lo que le convenció a usted?

—No hay pruebas de que un perro estuviese por allí arriba.

—Eso —anunció Mason— nos lleva otra vez al punto donde usted se atascó antes. ¿Qué pruebas esperaba usted haber encontrado?

—No había huellas.

—¿Buscó usted las huellas?

—Sí.

—¿Buscó huellas de patas de perro?

—Sí, señor —dijo Jameson sonriendo.

—¿Y eso fue antes que apareciese ninguna prueba que relacionase un perro con este caso?

—Me parece que sí.

—¿Pero estaba usted buscando huellas de un perro?

—Pues... no precisamente.

—¿Entonces no buscaba huellas de un perro?

—Bueno; no buscaba huellas de perro. Estábamos inspeccionando el terreno.

—¿Y notó usted alguna huella de perro?

—No, señor.

—¿Y no podía haber huellas de coyote? ¿No eran de este animal esas pisadas?

Jameson pensó un momento y contestó:

—Bien; espere usted un minuto... Ahora que pienso en ello, no voy a jurar que no había ninguna huella de perro, mister Mason.

—¿Y no va usted a jurar que había alguna huella?

—Bien; no.

—En otras palabras: ¿no buscó huellas de perro?

—Bien; no busqué especialmente eso. ¡Y, pensándolo bien, las huellas de coyote son tan parecidas...! No, señor; no voy a jurar una cosa ni la otra.

—Usted ya ha jurado ambas cosas —manifestó Mason—.

Primero, que no había ningún perro allí arriba; segundo, que usted buscó específicamente las huellas de un perro; tercero, que no buscó las huellas de un perro; cuarto, que quizás estuvo un perro allí arriba... Ahora bien: ¿cuál es el hecho cierto?

—¡Oh, siga adelante; tergiversar lo que yo digo...! —dijo Jameson muy irritado.

—El testigo deberá contestar a las preguntas —declaró el juez Canfield con tono admonitorio.

—¿Cuál es la verdad? —preguntó mister Mason suavemente.

—No lo sé —contestó Jameson.

—Gracias, mister Jameson, y eso es todo —dijo Mason sonriendo.

El juez Canfield miró el reloj y luego al desconcertado McNair.

—Parece —dijo el juez con tono lento y deliberado— que ha llegado ahora el momento de suspender la audiencia de la tarde.

Capítulo 24

Con la cabeza echada hacia delante y los pulgares metidos en las sisas del chaleco, Mason se paseaba por su oficina. Della Street, sentada frente a su escritorio, le miraba en silencio y con expresión solícita en sus ojos.

Por espacio de casi una hora, Mason había estado paseándose rítmicamente, yendo y viniendo. A veces, hacía una pausa para encender un cigarrillo o para echarse en el gran sillón giratorio que estaba colocado detrás de su mesa de trabajo. Después de estar sentados unos momentos, empujaba impaciente la silla hacia atrás y empezaba de nuevo a pasear por la habitación.

Era casi las nueve de la noche cuando Mason dijo bruscamente:

—A menos que pueda pensar en algún modo de vincular el asunto astronómico con el proceso, seré vencido.

Della Street acogió con alegría la oportunidad que se presentaba de buscar en la conversación una válvula de escape al nerviosismo de Mason.

—¿No puede usted dejar que hable por sí solo el reloj? Seguramente que no es una mera coincidencia el hecho de que marque la hora sideral exacta.

—Podría dejar que el reloj hablase por sí solo —contestó Mason— si consiguiese introducirlo como prueba en el juicio. Pero, ¿cómo diablos voy a probar que tiene algo que ver con el crimen?

—Fue encontrado cerca de la escena del crimen.

—Ya lo sé —manifestó Mason—. Puedo ponerme en pie y argüir hasta el cansancio: «Aquí tienen ustedes un reloj enterrado. Fue hallado cerca de la escena del crimen. Primero, el día del crimen. Segundo, el día después del crimen. Luego, desapareció hasta algunas semanas más tarde, cuando estaba viéndose la causa...», y

el juez Canfield me observará con esa su mirada fría y analítica y dirá: «Y suponiendo que todo eso fuese cierto, mister Mason, ¿qué relación posible puede tener con el caso...?». ¿Y qué voy a decirle yo entonces?

—No lo sé —admitió Della.

—Ni yo tampoco —declaró Mason.

—Pero debe de haber en el caso algo que lo mezcle con la astrología.

Mason manifestó:

—No estoy muy seguro de eso. Ese asunto astrológico fue algo bueno para usar como pretexto a fin de que el fiscal de distrito de Kern se interesara por el caso; pero una persona no necesita conocer la hora sideral para recrearse con la astrología. Uno necesita la hora sideral para un solo propósito: localizar una estrella.

—Por favor, explíqueme otra vez cómo puede localizarse una estrella por medio de un reloj —solicitó Della Street.

Mason dijo:

—El firmamento consiste en una circunferencia de trescientos sesenta grados. La tierra efectúa su movimiento de rotación a través de esa circunferencia cada veinticuatro horas. Eso significa quince grados por hora... Pues bien: los astrónomos dividen el firmamento en grados, minutos y segundos de arco, y luego convierten esos grados, minutos y segundos de arco en horas, minutos y segundos de tiempo. Dan a cada estrella lo que se llama ascensión recta, lo cual no es en realidad nada más que su distancia al este u oeste de un punto dado, en el firmamento, y una declinación, que no es nada más que su distancia al norte o sur del ecuador celeste.

—Todavía no veo en qué puede ayudarnos eso —comentó Della Street.

—Los astrónomos tienen un telescopio colocado sobre lo que se conoce como «montaje ecuatorial». Ese telescopio se mueve hacia el Este y el Oeste en un ángulo recto con el eje de la Tierra. Mientras se mueve el telescopio, un indicador se mueve también a lo largo de círculos graduados. Una vez que uno conoce la ascensión recta y la declinación de una estrella, no tiene más que comparar eso con la hora sideral de esa localidad especial, correr el telescopio a lo largo del círculo graduado, elevarlo hasta la declinación adecuada, y ya

está usted mirando a la estrella en cuestión... Ahora, dígame qué diantres tiene que ver eso con el asesinato de Jack Hardisty.

—No puedo tampoco —repuso Della Street riendo.

—Ni yo tampoco —afirmó Mason—, y, a menos que encuentre el modo de hacerlo, estoy condenado a ver que se dicte para mi cliente un veredicto de culpabilidad por homicidio en primer grado.

—¿Cree usted que ella es culpable?

Mason contestó:

—Eso depende de lo que usted quiera significar en lo de ser culpable.

—¿Piensa usted que ella mató a Hardisty?

—Quizá lo haya hecho —concedió Mason—. Pero el crimen no fue premeditado ni a sangre fría. Fue un accidente, algo que, vino como resultado de un hecho imprevisto. Pero quizás ella apretó el gatillo.

—Entonces, ¿por qué Milicent no refiere los detalles completos al tribunal?

—Tiene miedo, porque al hacerlo complicara a otra persona... Por que estamos en presencia de un crimen compuesto, Della.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Qué le parece eso? Jack Hardisty lleva ese dinero al túnel. Lo entierra. Alguien le da una dosis de escopolamia, él habla, y bajo la influencia de la droga confiesa su secreto. Esa persona va al túnel y se apodera del dinero, o bien va allí y se encuentra con que alguna otra persona ha estado en el túnel antes y se ha llevado el dinero.

—¿Y cree usted que esa persona fue Milicent Hardisty?

Mason negó con la cabeza.

—Si Milicent Hardisty o el doctor Macon hubiesen encontrado ese dinero, se habrían dirigido a mister Blane y le habrían dicho: «Aquí tiene usted. He aquí el dinero». Estaban tratando de recuperar el dinero porque Blane se habría visto en un apuro si hubiese tenido que pagarlo.

—Sí. Me doy cuenta de eso —admitió Della Street.

—Por tanto —continuó Mason—, alguna tercera parte ha intervenido en el asunto. Alguien tiene en su poder noventa mil dólares y no quiere desprenderse de ellos. Puede usted tener la seguridad de que ese reloj está relacionado con ello de algún modo,

y simplemente porque yo no podré saber en qué consiste esa relación antes que se constituya el tribunal mañana, debo dejar que se ría de mí ese condenado y astuto fiscal adjunto de distrito.

—La situación no es tan grave como usted dice —protestó Della Street—. Por cierto, ahora los tiene usted muy preocupados con ese revólver.

Mason asintió distraído y declaró:

—El revólver es una patraña..., es un poco de sal en una herida abierta; pero el reloj... ¡Maldito sea, ese reloj significa algo!

—¿No podemos relacionarlo con algún otro hecho? —preguntó Della—. Por ejemplo, con el pedazo del cristal roto de las gafas. ¿No podría usted...?

Los nudillos de Paul Drake dieron tres golpes en la puerta, y luego, tras una pausa, otros dos más fuertes.

—Paul Drake —anunció Mason—. Déjele entrar.

Della Street abrió la puerta. Drake, sonriendo irónicamente desde el umbral, manifestó:

—Los tiene usted a todos trastornados, Perry. Están allí arriba, rondando por esa garganta de la montaña, con linternas, faroles, antorchas, reflectores y cerillas. Jameson jura que se presentará al tribunal mañana y que va a probarle a usted que no hay revólver alguno en toda la maldita barranca.

Mason asintió con gesto distraído y dijo:

—Ya pensé que lo haría. Quizá me divierta con Jameson durante las repreguntas; pero eso no me dirá el modo en que el reloj se relaciona con el caso.

—¿Astrología? —sugirió Drake. Mason contestó:

—El punto de la astrología es interesante, pero el juez Canfield no querrá tomarlo en cuenta.

—No esté tan seguro de eso. Acabo de averiguar algo acerca de mistress Payson.

—¿Qué hay de ella?

—Es estudiante de astrología.

Mason, muy ceñudo, pensó sobre este asunto.

—Voy a decirle algo más —anunció Drake—. Usted recordará que cuando obtuvimos el informe del oculista sobre ese trocito de cristal roto de las gafas, el hombre pensaba que pertenecía a las

gafas de Hardisty, así como el otro pedazo. Bueno; lo hice examinar por otro oculista y él dice que usted tenía razón. Recuerda que usted creía que no era de las mismas gafas.

—No importa eso —interrumpió Mason—. ¿Cuál es el último informe?

—Era un trozo demasiado pequeño para examinarlo, Perry. El primer oculista temía decir que no pertenecía a las gafas de Hardisty porque el *sheriff* tenía el trozo más grande y entonces dijo que sí... Bueno; de cualquier modo, yo fui a otro oculista, que ha hecho con el cristal unas pruebas muy delicadas y completas. Dice que este pedazo no es de las gafas del muerto; pero que el trozo que está en poder del *sheriff* fue preparado conforme a la receta de Hardisty. Eso quiere decir que hubo dos gafas rotas. Ahora bien: de acuerdo con lo que dice este oculista, el ojo normal tiene cierto poder de adaptación. Es realmente un trabajo muy hábil cambiar el espesor de la lente del globo del ojo, lo que tiene el efecto de colocar los objetos dentro de foco..., exactamente cámara fotográfica, hacia dentro y hacia fuera para enfocar algún objeto.

Mason asintió:

—Conozco eso.

—El poder se pierde a medida que una persona envejece —prosiguió Drake—. A la edad de cuarenta años, poco más o menos, una persona necesita lentes bifocales; a los sesenta, aproximadamente, el poder de adaptación se pierde del todo. Por supuesto, algunas personas son más inmunes a los efectos de la edad en cuanto se relaciona con la vista; pero, en términos generales, un óptico puede calcular bastante bien la edad de una persona al corregir sus gafas. Ahora bien: este oculista me dice que haciendo un cálculo, algo que él no podría declarar bajo juramento, sino haciendo un cálculo bastante aproximado, opina que ese cristal procede de las gafas de una persona de treinta y seis años de edad, aproximadamente. Pues bien: Jack Hardisty tenía treinta y dos años; Milicent Hardisty, veintisiete; Adele, veinticinco; Harley Raymand tiene veinticinco; Vincent Blane, cincuenta y cinco. Rodney Beaton tiene alrededor de treinta y cinco años, pero no usa gafas de ninguna clase. Es uno de esos mozos que tienen ojos perfectos... Pero hay algo que usted no ha tomado en cuenta.

Myrna Payson parece tener alrededor de treinta años, pero quizá tenga más edad de la que representa. Por lo común, no usa gafas; pero quizá lo haga cuando lee... o cuando está confrontando la hora astronómica con la ayuda de un reloj enterrado.

Mason se dejó caer en su enorme sillón giratorio. Se echó hacia atrás, apoyó la cabeza contra el respaldo acolchado, cerró los ojos y dijo bruscamente:

—¿Hizo usted algo acerca de eso, Paul?

Drake negó con la cabeza.

—Acaba de ocurrírseme la idea. No había considerado que mistress Payson estuviese relacionada con esas gafas y ese reloj.

—Entonces, considérelo ahora —respondió Mason sin abrir los ojos.

—Voy a hacerlo —declaró Drake poniéndose en pie—. Me voy ahora mismo. ¿Hay algo más?

—Nada más —contestó Mason—. Solamente que para mañana temprano tenemos que aprovechar ese asunto de la hora sideral. Creo que McNair terminará con su prueba testifical mañana, y entonces yo tendré que presentar la mía. No tengo ninguna prueba que aportar. Lo único que puedo hacer es usar ese reloj para inyectar en el caso un elemento de misterio tal, que forzosamente McNair tenga que tomarlo en cuenta.

—¿No puede usted hacerlo de algún modo? —preguntó Drake.

—Únicamente si consigo que ese reloj sea recibido como prueba —contestó Mason—. Y cómo voy a probar que la hora sideral tiene algo que ver con el asesinato de Jack Hardisty, es cosa que, por el momento, está fuera de mi alcance. Cuanto más vueltas doy al asunto en mi mente, más enredado me encuentro.

Drake se dirigió a la puerta.

—Muy bien —dijo—. Voy a fisgar un poco por los alrededores del rancho de Myrna Payson.

—Cúidese de ella —dijo riendo Della Street—. Tiene mucho *sex-appeal*.

Drake declaró:

—El *sex-appeal* no significa nada para mí.

—Ya lo he notado —observó Della Street.

Drake había llegado ya a la puerta, cuando hizo una pausa, sacó

su cartera del bolsillo y manifestó:

—Tengo aquí otra cosa más, Perry. No pienso que tenga nada que ver con el caso; pero lo encontré cerca de la roca, no más de veinticinco metros del lugar donde fue encontrado por primera vez el reloj... ¿Qué le parece?

Drake abrió un sobre que sacó de la cartera, y entregó a Mason un pequeño círculo de papel negro, de tamaño un poco menor que el de un dólar de plata.

Mason inspeccionó el papel, mientras sus cejas se juntaban con una expresión ceñuda e intrigada.

—Parece ser un círculo recortado cuidadosamente de una hoja de papel carbón flamante.

—Eso es precisamente —convino Drake—. Es lo que se me ocurrió a mí.

Mason manifestó:

—El círculo fue dibujado cuidadosamente. Puede verse aquí el lugar donde la punta del compás hizo un agujero. Luego, el círculo fue dibujado y recortado con esmero. Evidentemente, el papel carbón nunca ha sido usado, porque de otro modo estaría marcado con líneas o con las impresiones de los tipos de una máquina de escribir.

—Exactamente —convino Drake—. Está claro que alguien quiso calcar algo, pero nunca llegó a usar el círculo de papel...; es, poco más o menos, del tamaño de un pequeño reloj de bolsillo. Probablemente no significa absolutamente nada, Perry; pero yo lo encontré allí tirado y pensé que sería lo mejor traérselo a usted.

—Gracias, Paul. Me alegro de que lo haya hecho así. Quizá sirva para algo más adelante.

Paul Drake anunció:

—Bueno, me voy. Hasta la vista.

Después que Paul Drake se hubo retirado, Mason se quedó echado hacia atrás en su sillón giratorio por espacio de unos cinco minutos. Luego se enderezó, tamborileó con los dedos sobre el borde del escritorio durante unos momentos y movió la cabeza.

—¿Qué sucede? —preguntó Della Street.

—No encaja —contestó Mason—. Simplemente, no ajusta. El reloj, las gafas, las estrellas, el...

Mason se detuvo bruscamente, frunció el entrecejo y cerró a medias su ojo derecho, contemplando fijamente la pared opuesta de la habitación.

—¿De qué se trata?

—Martha Stevens —dijo Mason lentamente.

—¿Qué hay sobre ella?

—Tiene treinta y ocho años.

—No lo entiendo.

—Treinta y ocho años —manifestó Mason— y usa gafas. Una enfermera práctica, diestra en colocar inyecciones, porque ella pone a Vincent Blane sus inyecciones de insulina... Ahora, ¿lo entiende usted?

—¡Cielos, sí!

—Y la noche después del crimen, cuando Adele desapareció —prosiguió Mason—, fue al hotel San Benito y se inscribió con el nombre de Martha Stevens... Nunca descubrimos por qué.

—¿Y usted sabe ahora por qué? —preguntó Della conteniendo la respiración.

—Sé que quizás esa pudo haber sido una razón.

—¿Cuál?

—Martha Stevens tenía una cita con alguien en el hotel San Benito. No pudo acudir a la cita. Adele fue allí y se inscribió bajo el nombre de Martha Stevens para poder encontrarse así con cualquier persona que fuese a preguntar por Martha Stevens.

—¿Quién? —preguntó Della.

Mason vaciló un momento, mientras tamborileaba con los dedos sobre el borde del escritorio. Alzó bruscamente el teléfono y marcó el número de la casa de Vincent Blane en Kenvale.

Después de esperar unos minutos, dijo:

—Hola, ¿quién habla? Ah, sí, mistress Stevens... ¿Hay alguien en la casa además de usted...? Comprendo. Bueno; mister Blane desea que usted le lleve la jeringa hipodérmica, la que usa para las inyecciones de insulina, a la oficina de la Agencia de Detectives Drake. Puede dejar la jeringa allí. Querría que usted tomase el primer autobús interurbano y la llevara. ¿Cree que podrá hacerlo...? Sí, en seguida... No; no lo sé, mistress Stevens. Todo lo que sé es que eso fue lo que me pidió mister Blane. Se siente algo

indispuesto, la tensión del proceso y todo lo demás; sí, entiendo. Gracias. Adiós.

Della Street miró a Mason con expresión de curiosidad.

—¿Y de qué sirve eso? —pregunto.

Mason abrió un cajón de su escritorio y sacó un manojito de llaves maestras.

—Eso nos brinda una oportunidad de registrar la habitación de Martha Stevens y de averiguar algunas cosas que probablemente no se le han ocurrido a la policía... Y quizá de robar un par de gafas.

—Eso se llama violación de domicilio con escalo —dijo Della.

Mason sonrió.

—En vista de que yo he sido contratado por el dueño de la casa y considerando que quizá yo tuviese su permiso, surgiría una cuestión técnica acerca de la intención delictiva.

—¿El fiscal de distrito tomaría en consideración esa cuestión técnica?

—Temo que no. Hamilton Burger, el fiscal de distrito o el brillante acusador adjunto, Thomas L. McNair, apenas encontrarían la diferencia entre mi acto y un asalto común... si me pescaran.

—¿No puede usted conseguir la prueba usando de los medios comunes?

—No hay tiempo para eso. Tengo que saber esta misma noche si me es posible encontrar algo que me dé la seguridad de que el reloj es una prueba valedera. Si no encuentro nada, entonces dispondré de más tiempo para discurrir otra cosa.

Della Street se dirigió al guardarropa y sacó su sombrero del estante.

—¿Dónde va? —preguntó Mason.

—Con usted.

Mason sonrió.

—Está bien. Vamos.

Capítulo 25

La arquitectura de la residencia de Vincent Blane se remontaba a los antiguos días en que las enormes casas, guarnecidas de aleros, torrecillas ornamentales y balcones se construían en terrenos espaciosos, en una era de tranquilidad, seguridad financiera y felicidad.

Mason inspeccionó con la mirada la capacidad de la casa.

—Presumo —dijo— que será uno de los cuartos de la parte de atrás.

—Probablemente en el piso bajo —opinó Della—. Vamos a probar primero la puerta de atrás.

—No —repuso Mason—. Esa puerta estará cerrada por dentro y tendrá la llave en la cerradura. La puerta de delante, estará con el pasador. Podemos abrirla con una de estas ganzúas..., si tenemos suerte.

Esperaron hasta que la calle estuvo desierta, y luego se deslizaron en el oscuro porche. Della Street encendió una pequeña linterna del tamaño de una estilográfica, mientras Mason buscaba entre su manojó de llaves maestras una que fuese bien en la cerradura.

—Aquí es donde agregamos una fractura a nuestro delito —manifestó Della Street—. Parecía que nuestro papel legal se estaba volviendo demasiado aburrido.

Mason eligió una llave. Con la esperanza de que marchase bien, la insertó en la cerradura y empezó a probarla.

—Estamos haciendo esto por una necesidad imperiosa y para aclarar la situación de una cliente que quizá sea inocente.

—Si ella es inocente —dijo Della Street con tono airado—, ¿por qué no le cuenta a usted la verdadera historia de lo sucedido?

—Porque tiene miedo de hacerlo. La verdad parece muy negra. Ella... —en medio de la conversación la cerradura cedió con un clic; Mason abrió la puerta, sonrió irónicamente y dijo—: lo hice con la primera llave. Es un presagio, Della.

La casa estaba entibiada con un aura que denotaba haber estado ocupada por seres humanos. Reinaba un ambiente confortable en las habitaciones, en las que se percibía el aroma que dejan los buenos cigarros y las comidas bien sazonadas...; la sensación dulce que se experimenta en las grandes casas de madera, y que casi nunca se encuentra en los departamentos a prueba de incendios.

Mason anunció:

—Bueno, iremos hacia el fondo de la casa. Hay escaleras allí. Recuerdo haberlas visto el día en que la policía vino a detener a Milicent Hardisty.

Della Street opinó:

—Quizás el cuarto de Martha Stevens se encuentre en el extremo de las escaleras de atrás. De cualquier modo, será un buen lugar para el comienzo.

Cinco minutos después lo habían encontrado. Era un cuarto del segundo piso, en la parte de atrás de la casa.

—Es bastante difícil hacer un registro con linterna —declaró Della Street.

Mason asintió, y caminando hacia la llave de la luz, la encendió.

—Los vecinos empiezan a sospechar cuando ven jugar por un cuarto el rayo de luz de una linterna, y aun cuando lo ven proyectarse contra las cortinas cuando están corridas; pero no piensan que ocurre nada raro cuando las luces se hallan encendidas... Asegúrese, Della, de que todas las cortinas estén bajas.

Della Street caminó alrededor de la pieza corriendo hacia abajo todas las cortinas.

—Muy bien —dijo Mason—. Vamos a ponernos a trabajar.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó Della Street.

Mason hizo una mueca.

—Eso es lo bueno del asunto. No lo sabemos. Nosotros... —dejó bruscamente de hablar—. ¿Qué fue eso, Della?

—Alguien ha arrojado grava contra la ventana —contestó Della

Street.

Mason frunció el ceño.

—Quédese quieta. Vamos a ver qué sucede.

—Un momento más tarde alguien arrojó más grava contra la ventana.

—¿Me atreveré a apagar la luz para echar un vistazo a quien esté debajo? —preguntó Della.

Mason apagó la luz. Della Street descorrió las cortinas y se acercó a la ventana oscura, mirando hacia abajo, al patio trasero. Después de un momento volvió de la ventana y dijo con tono algo extraño:

—Es un hombre. Me hizo una señal y luego subió al porche trasero. Está en pie allí esperando, como si pensara que yo le voy a dejar entrar.

Durante un largo rato Mason meditó sobre esta nueva situación, y luego manifestó con decisión súbita:

—Muy bien, Della. Le dejaremos entrar.

—Pero no podemos dejar que nos sorprendan aquí y...

—Le dejaremos entrar —repitió Mason—. Correremos el riesgo. Quizá sea el amante de Martha... Vamos, Della, abra la puerta de atrás y no diga una palabra. Yo estaré en pie detrás de usted. Vamos a ver lo que hace el hombre en cuestión.

Con la ayuda de la linterna eléctrica bajaron las escaleras del fondo y cruzaron por la cocina. Della Street abrió la puerta de atrás. Mason apagó la linterna y se quedó en pie detrás de ella. Al abrirse la puerta, un hombre delgado que usaba un abrigo de estilo marinero entró en el cuarto y pasó su brazo alrededor de la cintura de Della Street.

—¡Cáspita! —dijo el hombre—. Creí que no iba a poder salir. Venga un beso.

Mason encendió su linterna.

El hombre frunció el ceño deslumbrado por la luz. Luego, posó una mirada rápida en Della Street y saltó hacia atrás como si hubiese recibido un balazo.

—Diga, ¿qué sucede? —exclamó.

Mason cerró la puerta de un puntapié y echó la llave.

—Vamos arriba —invitó al recién llegado.

—¿Adónde?

—A la habitación de Martha.

—Diga: ¿quién se piensa usted que es?

Mason dijo en tono autoritario:

—Venga conmigo, amigo; quiero que me conteste a unas preguntas sobre lo que sucedió la noche en que Jack Hardisty fue asesinado.

Como si hubiese recibido un fuerte golpe en el plexo solar, el hombre dejó de ofrecer resistencia.

—¿Quién..., quién es usted? —preguntó a Mason, dejando caer los hombros; su abrigo pareció volverse súbitamente demasiado grande para él.

Mason se limitó a tomarle autoritariamente del brazo.

—Vamos —dijo.

Subieron silenciosamente las escaleras y entraron en el cuarto de Martha Stevens. Con expresión acusadora, Mason se volvió para observar al asustado sujeto. Fijó en él una mirada penetrante y escrutadora, que a veces usaba con éxito durante sus repreguntas en los tribunales.

—Muy bien —dijo al fin—. Empiece usted a hablar.

—¿Dónde está Martha?

Mason manifestó:

—A Martha se le está dando la oportunidad de contar su historia a un detective de Los Ángeles. Usted puede contarme la suya ahora.

El hombre se revolvió inquieto.

—Yo no he hecho nada.

Mason se limitó a sonreír.

El hombre se acomodó en una silla. Su cuerpo parecía estar tratando de esconderse detrás de los grandes pliegues de su colgante abrigo.

Mason anunció:

—No disponemos de toda la noche.

—¿Cómo se llama usted?

—William Smiley.

—¿Dónde estaba usted —preguntó Mason— cuando a Martha se le rompieron las gafas?

—Yo estaba allí mismo.

—¿Cómo se le rompieron?

—Ese tipo arremetió contra Martha.

—¿Quiere usted decir Hardisty?

—Sí.

Della Street extrajo tranquilamente de su cartera una libreta de apuntes, desarrolló la caperuza de su estilográfica y comenzó a escribir jeroglíficos taquigráficos.

—En primer lugar, ¿por qué subió a la cabaña para encontrarse con Hardisty? —preguntó Mason.

—Fue idea de Martha. Ella había leído en esta revista un artículo que trataba del modo como esa droga hace hablar a la gente. Hardisty se había apoderado de una suma de dinero y Blane iba a verse obligado a responder por el robo. Así que Martha pensó que con administrarle una inyección de esa droga, nosotros podríamos hacer confesar a Hardisty y recuperar el dinero. Martha sabía que tendría que recurrir al empleo de la fuerza. Ahí es donde entraba yo... No me gustaba el asunto. No quería hacerlo. Martha misma podrá decírselo a usted.

—Lo sé —declaró Mason con tono de simpatía, mirando de reojo, para comprobar si Della Street seguía la conversación—. Dígame simplemente lo que sucedió, para que yo pueda compararlo con la historia de Martha.

—Martha no mentirá, le dirá a usted la verdad.

—Lo sé —manifestó Mason con expresión tranquilizadora.

—Martha y yo nos habríamos casado si no fuera porque Blane no quiere tener un ama de llaves casada. Decía siempre que nunca había empleado a una pareja que sirviese para algo. O el hombre era bueno y la mujer no, o viceversa... Bien; Martha y yo nos habíamos unido en secreto. Luego se presentó este asunto y ella reclamó mi ayuda.

—¿Dónde consiguieron ustedes la jeringuilla? —preguntó Mason.

—Es una que usaba Martha para administrar a Blane sus inyecciones para la diabetes.

Mason esperó que el otro prosiguiera su relato.

Smiley, al recordar lo que había sucedido, se tornó menos hostil.

—Muy bien —dijo con voz nasal y un poco quejumbrosa, como

si estuviese acostumbrado a presentar quejas que nunca eran atendidas—. ¿Qué podía hacer yo? Tuve que animarme a hacerlo. Martha me consiguió el revólver.

—¿Qué clase de revólver? —preguntó Mason dirigiendo una mirada significativa a Della Street.

—Un treinta y ocho. Era el revólver de mistress Hardisty. Mistress Hardisty pasaba parte de su tiempo aquí. Guardaba ese revólver en su guardarropa. Martha se apoderó de él y me lo dio a mí. Subimos a la cabaña. Hardisty estaba allí. Había estacionado su coche y se encontraba de pie cerca de la roca de granito. Tenía una pala en las manos, como si se dispusiese a cavar. Yo traté de hablar por las buenas con Hardisty y de razonar con él, pero Martha estaba muy impaciente. En seguida dijo a Hardisty lo que pensaba hacer.

—¿Le disparó un tiro? —preguntó Mason.

—No. ¡No sea tonto! Yo tenía el revólver. Martha dijo a Hardisty que iba a ponerle esa inyección, que eso le obligaría a decir la verdad y que no tratase de resistirse. Yo apunté con el revólver a Hardisty y le hice levantar los brazos: Hardisty estaba asustado, pero no demasiado.

—¿Y qué hizo Martha?

—Puso a Hardisty la inyección.

—¿Y luego qué?

—Luego, creo que Hardisty llegó a la conclusión de que yo no haría fuego. De cualquier modo, la cuestión es que asestó un puñetazo a Martha que le hizo que se le cayeran las gafas, haciéndola tambalearse.

—¿Y usted hizo fuego? —preguntó Mason.

—Yo no, hermano. Me irrité cuando Hardisty golpeó a Martha. Arremetí contra él y le golpeé.

—¿Con la mano que sostenía el revólver?

—No. Tiré el revólver antes de golpearle... Maldito langostino, pegarle a una mujer. Debí haberle roto la quijada. Sea como fuera, la cosa es que le hice caer al suelo y se rompió las gafas... Nosotros creímos que habíamos recogido todos los pedazos, pero supongo que nos faltó uno.

—Y después, ¿qué sucedió? —preguntó Mason.

—Durante un momento, Hardisty no quiso hablar, pero luego

comenzó a hacerlo. Al principio creí que mentía el artículo de esa revista. Hardisty dijo que estaba casi decidido a abandonar el asunto y que pensaba presentarse a Blane para afrontar la situación. Dijo que le faltaba audacia para llevar a cabo un trabajo de esa clase y que cada vez que escondía el dinero temía que la policía lo encontrase. Que primero lo había escondido en su casa. Que luego se había puesto nervioso, y había ido a esconderlo en el extremo del túnel de la vieja mina. Esto lo había hecho poco más o menos una hora antes, pero se había puesto nervioso después de avanzar un kilómetro en su coche, y empezó a pensar en otros sitios mejores para ocultar el dinero. Dijo que después de haber escondido el dinero en el túnel le pareció que cualquier niño escogería el túnel como lugar para buscar el dinero. Por supuesto, ahora resulta fácil pensar sobre ello y darse cuenta de cómo nos estaba engañando ese tipo. Martha había cometido el error de decirle que la droga le obligaría a decir la verdad. Y quizá la droga habría obrado así si hubiésemos esperado un poco más, pero el tipo se burló de nosotros. Fingió que le había hecho efecto mucho antes de sentirlo así y nos obligó a correr como locos detrás del dinero.

—¿Quiere usted decir que fueron al túnel? —preguntó Mason.

—¡Claro! Caímos en la trampa. Dejamos a Hardisty allí, cerca de la roca, y Martha y yo subimos al túnel. Nos llevamos su pala para cavar.

—¿Y cavaron?

—¡Vaya si cavamos! No he cavado tanta basura en un año..., y el maldito sujeto tenía la bolsa en su coche todo el tiempo. Hardisty nos engañó, eso es todo.

—¿Qué hicieron ustedes cuando advirtieron que Hardisty les había mentado? —preguntó Mason.

—Volvimos allí para ver si podíamos interrogarle una vez más. Naturalmente, no pudimos encontrarle. Se había escapado apenas nos fuimos. Así que nos volvimos a casa.

—¿Cuál fue el sitio exacto donde encontraron a Hardisty?

—Precisamente al lado de una gran roca de granito. Estaba allí, con su pala en la mano. Parecía estar preparándose para cavar. De haber esperado un poco le habríamos pescado con las manos en la masa. Fue esa inyección lo que entorpeció las cosas y lo que le dio

una oportunidad de burlarnos.

—¿Y eso sucedió antes de oscurecer?

—Sí. Era tarde ya, pero había luz todavía.

—Cuando ustedes subían en su coche, ¿encontraron a Adele en el camino?

—Pasó a nuestro lado justamente antes que tomáramos el camino que conduce a la cabaña —contestó Smiley—, pero ella no nos vio. Un hombre iba con ella en su coche.

—¿Vieron ustedes un reloj que estaba enterrado cerca de ese...?

—No —interrumpió Smiley—. Yo he leído algo acerca de ese reloj. Me parece una cosa absurda. ¿Para qué quería Hardisty enterrar un reloj?

Hubo un silencio prolongado.

Luego Mason preguntó:

—¿Volvió usted a esta casa otra vez junto con Martha Stevens?

—No. Temíamos que este asunto de la droga tuviese alguna consecuencia. Martha me dejó en el autobús interurbano y me fui a Los Ángeles. Ella debía encontrarse conmigo allí en un hotel, la noche siguiente. Por cierto, que se inscribió allí, pero salió de nuevo y no volvió. Yo fui allí y esperé un rato, pero ella no apareció.

—¿Y usted no volvió a la cabaña para recuperar el revólver? —preguntó Mason.

—No. Simplemente lo tiré cuando Hardisty atacó a Martha. Luego, cuando yo le golpeé y él empezó a hablar, me olvidé por completo del revólver. Tan pronto como Hardisty dijo que había enterrado el dinero en el túnel, Martha y yo caímos en la trampa. Fuimos allí a toda velocidad. Yo quería llevarle con nosotros, pero él actuaba como si estuviese narcotizado y se sentó como mareado y sus ojos se pusieron vidriosos. Martha me entregó la pala y me dijo que nos fuésemos, que ella sabía dónde estaba el túnel... ¡Cáspita, el tipo nunca se había acercado al túnel! Le digo que tenía el dinero con él, en su automóvil.

—¿Entraron ustedes en la cabaña cuando volvieron del túnel? —preguntó Mason.

—No. Vimos que el coche de Hardisty ya no estaba, y creímos seguros que él se había escapado. Dejamos la pala allí arriba, subimos a nuestro coche y nos volvimos.

—¿Cuánto tiempo estuvieron arriba, en el túnel?

—No lo sé, quizá transcurrió una hora y media aproximadamente desde el momento en que partimos para el túnel hasta que regresamos. Estaba bastante oscuro cuando volvimos a la cabaña.

—Si recogieron los cristales rotos de las gafas, ¿cómo fue que no cogieron el revólver?

—Recogimos los cristales inmediatamente que terminó la pelea. Usted sabe cómo cualquiera recoge los cristales tan pronto como se rompen. Martha empezó a coger los cristales rotos de sus gafas tan pronto como se le cayeron a consecuencia del golpe que le aplicó Hardisty.

—¿Y recogió las gafas de Hardisty?

—Yo. Las puse en mi bolsillo. Les faltaba un pedazo grande de cristal que se rompió en la pelea. Yo tenía miedo de dárselos a Hardisty, temía que le sirvieran como prueba.

—¿Y supo usted que después fue encontrado el revólver?

—¡Oh, claro está! Leí en los diarios las noticias del proceso, y Martha me contó otras cosas... ¿Y cómo es que Martha no le ha contado a usted esto?

—¿Dónde está trabajando usted? —preguntó Mason.

—En la Compañía de Construcciones Turret..., trabajos de defensa. Hace seis meses que estoy allí.

—¿Leyó usted en los diarios que el cuerpo de Hardisty fue descubierto en la cabaña?

—Claro que sí.

—¿Sabe usted si él estaba en la cabaña cuando ustedes regresaron del túnel?

—No, no lo sé. Su coche había desaparecido y a mí se me estaban enfriando los pies de puro asustado. Usted sabe, inyectándole una droga a un hombre...

—Lo sé. ¿Sabe usted de dónde sacó Martha esa droga?

—Dijo a mistress Hardisty que necesitaba la droga. No sé qué excusa le dio o si le dijo para qué la quería. Creo que le dijo que el viejo la necesitaba o que tenía la intención de usarla de alguna manera... De cualquier modo, la señora era amiga de un médico y dijo que podía conseguir la droga. No creo que mistress Hardisty

supiese que su esposo había cometido un desfalco. Martha descubrió eso cuando oyó que Blane, por conferencia, hablaba del asunto con los directores del banco de Roxbury.

Mason dijo bruscamente:

—¿No le ha contado usted esto a nadie?

—No.

—¿Ni a un alma?

—Ni a una sola persona.

Mason manifestó:

—Bueno, creo que Martha Stevens estará de regreso pronto. Usted puede esperarla, si quiere.

—Yo no. No me gusta entrar en la casa, a menos que Martha esté aquí. No creo que le gustaría eso al viejo. Vi luz aquí arriba y arrojé un poco de grava contra el cristal de la ventana. Esa es nuestra señal... Esperaré fuera hasta que Martha llegue. ¿Cree usted que tardará mucho?

—No, no creo que tarde mucho —contestó Mason.

Della guardó la libreta de taquigrafía en su cartera, atornilló la tapa de la estilográfica y miró a Perry Mason. El abogado movió la cabeza en forma casi imperceptible.

Los tres salieron caminando juntos de la casa. Mason se despidió:

—Bien, buenas noches, Smiley.

Mason ayudó a Della Street a subir al automóvil.

—¿No podría usted haber utilizado a Smiley de alguna manera? —preguntó Della en voz baja.

Mason contestó:

—Si ese hombre contase su historia alguna vez delante de un jurado, mistress Hardisty saltaría de la sartén y caería dentro del fuego. Éste es uno de los casos en que le tiran a la cara a uno todo lo que tienen a mano... Ahora puede usted empezar a entender por qué Milicent mantiene su boca cerrada y por qué el doctor Macon no se anima a decir una palabra. El doctor Macon cree que Milicent cometió el crimen.

—¿Está usted seguro?

—Lo estoy —contestó Mason—. Recuerde que Milicent pidió al doctor Macon la escopolamina. Recuerde que ella estudiaba para

enfermera profesional antes de casarse. El doctor Macon pensó que Milicent quería probar la droga en Hardisty. Evidentemente, alguna revista publicó un artículo sobre la droga... Es probable que el doctor Macon piense que Milicent está mintiendo para proteger a su padre, como así también para protegerse a sí misma.

—Pero si ellos tenían el revólver de Milicent, ¿qué revólver fue el que ella tiró?

Mason manifestó:

—No era lo que ella tiró, fue lo que yo tiré.

—¿Qué quiere usted decir?

—El único punto que yo tenía para argüir ante el jurado — continuó diciendo Mason— era que si Milicent Hardisty había arrojado su revólver por encima del terraplén, ese mismo revólver no podía haber sido encontrado cerca de la gran roca de granito... No pude mantener cerrada esta boca indiscreta. Tuve que tomar lo que en ese momento parecía una discrepancia pequeña y usarla para fastidiar a Jameson. Ahora Jameson está allí arriba buscando ese revólver, y si lo encuentra... Bueno, si lo encuentra no solamente estaremos vencidos, sino también crucificados..., a menos que yo pueda encontrar el modo de introducir ese maldito reloj como prueba en el juicio.

—Bueno, por lo menos hay una cosa —manifestó Della Street—. Usted sabe ahora lo que sucedió.

Los ojos de Mason tenían una mirada pensativa.

—No estoy muy seguro de saberlo.

—¿Qué quiere decir usted con eso? ¿Que Smiley nos ha mentido?

Mason declaró:

—Me preocupa una parte de la evidencia.

—¿Cuál?

—Los pantalones de Hardisty. El barro rojo demostraba que él había estado allí arriba en el túnel..., y alguien le quitó los zapatos, los colocó al lado de la cama..., y se olvidó de inspeccionar el borde de los pantalones de Hardisty.

Della Street tenía los ojos muy abiertos.

—Entonces..., ¿entonces Smiley ha mentido?

—O ha dicho la pura y exacta verdad —declaró Mason.

Capítulo 26

Thomas L. McNair parecía más afable que nunca cuando a la mañana siguiente ocupó su asiento en la sala, que bullía con el susurro de las conversaciones. Los miembros del jurado desfilaron con solemnidad hacia sus asientos. Y luego Hamilton Burger, en persona, un personaje de recia contextura, cuyos movimientos sugerían la tenacidad de un *bulldog*, entró en la sala y tomó asiento al lado de McNair.

Mason sabía que ellos habían entrado dispuestos a terminar el proceso. Llevarían el caso a una conclusión rápida e inesperada y luego se lo arrojarían a él para que se revolviese buscando un eslabón débil en la cadena que aprisionaba a los acusados.

Oficiales de policía escoltaron a los acusados hacia la sala del tribunal. El doctor Macon, con la cara tensa por una expresión fija que había adoptado para ocultar sus sentimientos, se sentó con movimientos firmes que demostraban el gran dominio que ejercía sobre sí mismo. Milicent Hardisty se dejó caer en su asiento, casi en seguida apoyó un codo sobre el brazo de la silla y reclinó su cabeza sobre la mano levantada. Su actitud era de cansado abatimiento. Quería solamente terminar con eso lo antes posible.

El juez Canfield emergió de las piezas interiores del tribunal. El público que llenaba la sala se levantó como respondiendo a un solo movimiento. Cuando el juez hubo ocupado su sitio, los abogados y espectadores volvieron a sus asientos.

—El Ministerio Público *versus* Macon y Hardisty —dijo el juez Canfield con tono de voz firme y eficiente—. Ambos acusados se encuentran en la sala y los miembros del jurado están todos presentes. Caballeros, prosigan con la causa.

McNair siguió adelante presentando testigos que identificaron los

moldes de las huellas de neumáticos encontradas en la cabaña de Blane, y luego peritos que atestiguaron acerca de la fabricación de los neumáticos que dejaron esas huellas y sobre la confrontación de los moldes de los neumáticos que usaba el doctor Macon en su automóvil.

Y luego Hamilton Burger, el fiscal del distrito, se hizo cargo del interrogatorio con ponderable dignidad, con la pesada eficiencia de un gran ataque de guerra al entrar en batalla.

—Deseamos interrogar de nuevo a William N. Jameson —manifestó.

Jameson se situó en el banquillo. Tenía cierta mirada de cansancio, pero su expresión era animosa.

—Usted ya prestó juramento —expuso el fiscal de distrito—. Ahora, mister Jameson, voy a llamar su atención sobre el hecho de que ayer, mientras usted contestaba a las preguntas, el abogado defensor le interrogó sobre si había hecho alguna búsqueda en el lugar cerca del cual estaba la acusada Milicent Hardisty cuando los testigos la vieron arrojar un revólver, o un objeto parecido a un revólver, al fondo de una garganta de la montaña. Y usted declaró, según creo, que no había hecho tal búsqueda.

—Eso es correcto.

—¿Desea usted ahora rectificar ese testimonio?

—No, señor. En el momento en que yo contesté a la repregunta, mi testimonio era correcto, pero desde entonces he practicado una búsqueda muy cuidadosa y agotadora del lugar.

—¿Cuándo fue hecha esa búsqueda?

—A eso de las seis de la tarde.

—¿Cuándo terminó?

—Aproximadamente a las dos y treinta de esta madrugada.

—¿Por qué puso usted fin a su búsqueda?

—Porque encontré el objeto que buscaba.

—¿De veras? ¿Y qué era ese objeto?

—Un revólver «Colt» de doble acción de calibre treinta y ocho, con su carga completa de seis balas y marcado con el número uno-cuatro-cinco-ocho-uno. El arma tenía dos huellas dactilares ocultas que, no obstante, pueden ser identificadas como pertenecientes a la acusada Milicent Hardisty.

Hamilton Burger era demasiado digno para sonreír con afectación a Perry Mason, como lo habría hecho McNair. Dijo simplemente:

—Su testigo, mister Mason.

—No tengo repreguntas que formular —manifestó rápidamente Mason.

Hamilton Burger pareció algo sorprendido. No obstante, llamó en segunda a un empleado de la oficina del *sheriff*, quien manifestó que unos cinco años atrás un ciudadano de Kenvale había presentado una solicitud de permiso para llevar un arma oculta para su protección. El arma fue descrita como un revólver «Colt» de calibre treinta y ocho, de doble acción, y que llevaba el número 14.581.

—¿Ha traído usted consigo esa solicitud?

—Sí, señor.

—¿Presenció alguna persona el acto de la firma de esa solicitud?

—Sí, señor. Yo lo presencié.

—¿Fue firmada en su presencia?

—Lo fue.

—¿Quién firmó esa solicitud?

—Mister Vincent P. Blane —contestó el testigo, y luego agregó gratuitamente—: el padre de la acusada Milicent Hardisty.

Mientras se levantaba dirigiéndose al lugar donde estaba el testigo, Hamilton Burger se movía con la dignidad lenta de una apisonadora de vapor.

—Ahora voy a pedir que esta solicitud para llevar un arma sea recibida como prueba aportada por la acusación, y que sea marcada por el escribiente con el debido número de exhibición.

El juez Canfield posó una mirada en Perry Mason.

—¿Hay alguna oposición por parte de la acusada Hardisty, mister Mason?

Mason tuvo una actitud audaz ante los jurados.

—Ninguna en absoluto —contestó.

Con ese aire de importancia que era tan característico en él, Hamilton Burger manifestó:

—Señoría, me agradecería llamar de nuevo a Rodney Beaton para formularle unas preguntas. Creo que la sala sabrá apreciar la

situación en que se encuentra la parte acusadora. Debido al hallazgo de esta segunda arma, se torna relativamente más importante el hallazgo de la llamada primera arma marcada con la letra «A» y exhibida por la parte acusadora... Eso quiere decir que las circunstancias que rodean al hallazgo cobran más importancia ahora.

El juez Canfield anunció:

—El tribunal le permitirá llamar de nuevo al testigo fiscal.

Burger hizo una grave inclinación de cabeza.

—Rodney Beaton, pase, por favor.

Rodney Beaton, que se había sentado cerca del fondo de la sala, se levantó y avanzó hacia el banquillo de los testigos.

Una vez más, fue Hamilton Burger en persona quien formuló el interrogatorio.

—Mister Beaton, usted fue previamente interrogado acerca del hallazgo de un arma que ha sido aportada como prueba por la acusación y marcada con la letra «A». Llamo su atención, mister Beaton, hacia dicha arma, y también al hecho de que una de las cápsulas del tambor ha sido descargada. Voy a preguntarle si cuando usted y miss Lola Strague encontraron esa arma, notó algo relacionado con esa cápsula descargada.

Beaton contestó:

—Yo noté que había sido recientemente disparada.

Burger movió la cabeza.

—Esa es una conclusión. Usted no es un experto en armas de fuego, supongo.

Beaton sonrió.

—Creo que sí lo soy.

Burger demostró cierta sorpresa.

—¿Cuál ha sido su experiencia en eso?

—He sido coleccionista de armas de fuego durante muchos años. Retuve durante dos años consecutivos un campeonato de tiro de revólver. He descargado millares de cargas de revólveres de tipos distintos. He estudiado los efectos de diferentes cargas, los distintos modelos y pesos de los cartuchos, consultando los antecedentes ventajosos de las armas de fuego y las opiniones de los fabricantes de balas y haciendo observaciones prácticas por mi cuenta.

La cara de Burger demostró su gran satisfacción.

—Y, como resultado de sus conocimientos, ¿debo entender que usted dice que esta arma había sido disparada recientemente?

—Dentro de las veinticuatro horas anteriores al momento en que la encontramos —contestó categóricamente Rodney Beaton.

—¿En qué se funda usted?

—En el olor a pólvora que había en el cañón. Hay cierto cambio sutil en el olor después que el arma ha sido disparada. Durante las primeras horas hay un decidido olor acre, que luego da paso a un olor más metálico.

—Ahora bien: Usted ha señalado en el mapa, prueba de la acusación marcada con «C», el punto aproximado donde encontró el arma. El revólver estaba metido en la tierra, como si hubiese sido pisado. ¿Puede usted exponer algo relacionado con el aspecto físico del terreno?

Beaton contestó cuidadosamente.

—El arma, cuando miss Strague y yo la encontramos, estaba tirada entre algunas hojas de pino, que a su vez descansaban sobre una parte algo blanda del terreno. El arma se hallaba metida en la tierra, como si hubiese sido pisada.

—¿Había señales de lucha?

—Las hojas de pino no retienen claramente las huellas de pisadas; pero en la inmediata vecindad del lugar había ciertas señales que daban a entender que las hojas habían sido removidas. A causa de mis actividades fotográficas, estoy acostumbrado a estudiar huellas. Un ciervo deja ciertas huellas donde hay muchas hojas de pino, y por un momento pensé que aquéllas fuesen pisadas de ciervo, pero cambié de modo de pensar cuando...

—Deje de lado sus conclusiones, mister Beaton. Limítese a exponer la apariencia física de las hojas de pino.

—Bueno, las hojas de pino estaban removidas.

—Puede usted repreguntar —dijo Burger a Perry Mason.

—¿Qué fue lo que les llevó a ustedes a ese lugar especial —preguntó Perry Mason— cuando descubrieron el revólver?

—Miss Strague y yo andábamos buscando un lugar para colocar una cámara. Durante cierto tiempo pensé disponer una de mis trampas de cámara en un lugar cercano al sudoeste del peñasco de

granito. No obstante, un cuidadoso estudio de las huellas de los animales me convenció en el último momento de que el mejor lugar para colocar la cámara era el situado al sudoeste del crestón de aquella roca.

—¿Aproximadamente en el lugar donde fue descubierto el revólver?

—Sí, señor. Yo me encontraba haciendo un examen preparatorio del lugar, antes de colocar la cámara allí.

—Y, previamente, ¿usted había hecho un examen del lugar situado al sudoeste de la roca?

—Eso es.

—Y en esta ocasión especial, cuando usted y miss Strague encontraron el arma, ¿advirtió las huellas, mister Beaton?

—Sí, señor.

—¿Y usted dice que tiene por costumbre fijarse en las huellas?

—Sí, señor. Me considero algo naturalista. Cuando uno procura obtener fotografías de animales nocturnos, necesariamente debe colocar las cámaras con cierta habilidad..., si su deseo es obtener fotografías de primera clase.

—Durante el tiempo que estuvo usted examinando aquel lugar, ¿vio usted algo de un reloj, oyó el tic-tac de un reloj o...?

Hamilton Burger se había puesto en pie y se aclaraba la garganta con aire de importancia mientras se levantaba.

—Señoría —interrumpió—, parece que... No, señoría. Perdóneme, abogado, termine la pregunta.

—¿O —preguntó Mason— notó usted alguna señal de que el suelo hubiese sido pisoteado?

—Señoría —manifestó Hamilton Burger—, voy a oponerme a esa pregunta, porque es inmaterial, inconveniente, inadmisible en derecho y no revela cosa alguna. Si los acusados desean introducir en esta causa alguna prueba que se relacione con un reloj, será necesario que la introduzcan en propio caso y como parte de ese caso. Además, parece que la tentativa de introducir un reloj despertador en este juicio y a esta altura del proceso, y dar a esa prueba algún significado siniestro, es simplemente una tentativa de entorpecer el procedimiento y confundir a los jurados. Desafío al abogado defensor a que indique al tribunal en este momento

cualquier teoría posible mediante la cual este reloj puede tener relación alguna con el asesinato de Jack Hardisty.

Burger tomó asiento.

Mason sonrió y dijo:

—En este momento, señoría, estoy solamente repreguntando al testigo para examinar sus recuerdos y para determinar la naturaleza y extensión de la búsqueda que él hizo en aquella oportunidad.

—Como la repregunta responde solamente a ese propósito, resuelvo que debe ser permitida y se rechaza la protesta —anunció el juez Canfield.

Beaton manifestó:

—No, señor. No vi señal alguna de un reloj enterrado ni oí el tic-tac de ningún reloj ni vi señales de que el suelo estuviese pisoteado.

—Y después, mister Beaton, cuando usted estaba en aquel terreno, ¿algún testigo le señaló un lugar donde había sido encontrado un reloj?

Tanto Hamilton Burger como Thomas L. McNair se pusieron inmediatamente en pie. Fue McNair, poderoso, dramático, rápido para hablar, quien consiguió introducir la primera protesta.

—Señoría, protestamos. Eso es absolutamente inadmisibles en derecho. Se intenta hacer otra cuestión de hecho en este caso. La repregunta reclama del testigo una declaración sobre algo que sólo conoce de oídas. Es una tentativa de probar un hecho inadmisibles, repreguntando a un testigo acerca de una conversación.

Hamilton Burger se aclaró la garganta y añadió con aire de importancia:

—Es una cuestión que no ha sido tocada en ningún momento durante el interrogatorio directo, señoría. Ni siquiera se ha pretendido que la pregunta se relaciona con el mismo lugar a que ha aludido el testigo en su declaración.

El juez Canfield hizo un señal de asentimiento.

—Parece que esta protesta ha sido bien fundada, abogado —dijo el juez Canfield.

—Desearía ser escuchado sobre ese punto, señoría.

—Muy bien.

Mason miró el reloj.

—Señoría, éste es un punto crucial del caso. Si la sala me lo

permite y se me concede un poco de tiempo, creo que podré conseguir alguna jurisprudencia sobre esta cuestión. Al fin y al cabo, algunos sucesos de la mañana eran ya conocidos por el fiscal de distrito y, como es natural, han cogido enteramente por sorpresa a la defensa. El tribunal debe tener en cuenta que lo atestiguado acerca del segundo revólver difiere completamente de lo testimoniado hasta ayer.

—Y por eso fue delineado, anticipado y hasta sugerido por usted en sus repreguntas de ayer, mister Mason.

Había cierta alegría en los ojos de Mason cuando dijo:

—Y el testigo ofreció apostarme un millón de dólares a que no se encontraría ningún segundo revólver en el barranco. En vista de la falta de pago de ese millón de dólares yo debería tener derecho a disponer del tiempo suficiente para investigar la nueva situación legal que significa este brusco cambio en el testimonio.

—Muy bien —dijo sonriendo el juez Canfield—. La vista se suspenderá hasta las dos de la tarde. Si desea buscar alguna jurisprudencia, mister Mason, por favor, tenga en cuenta la exposición de la parte acusadora en el sentido de que se trata de una tentativa de probar un hecho mediante la declaración de una persona que conoce ese hecho solamente de oídas. No solamente considera el tribunal que el hecho mismo es extraño a la causa y carece de valor probatorio, sino también que la pregunta, en la forma en que fue formulada, incitaba al testigo a relatar un acto suyo relacionado con la declaración prestada por otra persona.

—Pero su señoría debe notar —manifestó Mason— que la pregunta se relaciona con una actividad de parte de este testigo. La razón de esa actividad está incluida como parte de la pregunta. Creo que tenemos derecho a demostrar esta actividad y la razón que hubo para ella, lo que quizá tendería a poner en evidencia cierta oblicuidad por parte del testigo.

El juez Canfield frunció el ceño, muy pensativo, y movió la cabeza.

Hamilton Burger dijo:

—Si la presidencia me lo permite...

—La vista se suspenderá hasta las dos de la tarde —anunció el juez Canfield—, y todos los argumentos serán oídos a esa hora.

Mientras tanto, nada ganaremos con una discusión ulterior. De cualquier modo, el tribunal considera que es indispensable que mister Mason aporte alguna jurisprudencia en apoyo de su repregunta. Si así no lo hiciere, será tomada en consideración la protesta. Creo que eso aclara la situación y posición de la sala. Suspendemos la audiencia hasta las dos de la tarde.

Capítulo 27

De regreso a su oficina, Mason sostuvo una conferencia apresurada con Jackson, su escribiente jurídico. Della Street y Paul Drake.

—Encuéntreme alguna jurisprudencia —dijo el abogado a Jackson— que tenga aunque sea un poco de relación con alguna doctrina que diga que la prueba conocida de oídas puede ser introducida en las repreguntas, con el fin de demostrar la razón que ha inspirado las acciones del testigo... Debe de haber alguna jurisprudencia en alguna parte... Tal, por ejemplo, como una pregunta así: «¿No fue usted a cierto lugar porque Fulano le dijo que tal y tal era el caso?».

Jackson hizo un gesto de asentimiento y desapareció dentro de la biblioteca jurídica.

Mason manifestó, frunciendo el entrecejo:

—A menos que consiga meter ese reloj en las repreguntas, no podré introducirlo en el caso. Y, por el modo en que las cosas se presentan ahora, no conseguiré relacionar mis preguntas con el reloj.

—¿Creía usted que podría hacerlo? —preguntó Della Street.

Mason contestó:

—Estoy tratando de ganar tiempo. Burger intentaba fundar su acusación. Si lo hubiese conseguido, entonces el juez Canfield me habría dado tiempo hasta las dos de la tarde para presentar mi defensa. Tal como se presenta ahora, empezaremos a argüir a las dos de la tarde. Yo podré hablar durante diez o quince minutos. Supongamos que luego el juez Canfield dictamina en mi contra y después Burger fundamenta su acusación. El juez Canfield me dará luego otro plazo hasta mañana por la mañana, antes que yo tenga

que empezar mi defensa. Por lo menos, ganaré algo... Maldita sea. Paul, ese reloj significa algo y, sin embargo, no puedo introducirlo en el proceso como prueba, a menos que averigüe qué significa.

—No vamos a ninguna parte con mistress Payson —manifestó Drake—. Ella se interesa por la astrología, pero también está interesada en muchas otras cosas. Parece que la astrología no tiene mucho que ver con la astronomía y, como una cantidad de mujeres que hablan de los signos del Zodíaco, mistress Payson no sabe un comino acerca de las estrellas.

—¿Está usted seguro de eso?

—Sí. La he sondeado.

—Quizá le haya engañado a usted.

—No lo creo.

Mason manifestó:

—Deje eso de lado, Paul. Ese reloj no fue puesto en la hora sideral por mera casualidad. No fue... —Mason se detuvo bruscamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul.

Mason contestó:

—Una luminosa idea, eso es todo..., pero... ¡Cáspita, Paul!

Mason alzó el teléfono y dijo a la muchacha encargada de la centralilla:

—Gertie, comuníqueme con la oficina judicial del distrito. Quiero hablar con el empleado que tiene a su cuidado las piezas de convicción en el caso seguido por el ministerio público *versus* Hardisty y Macon. Esperaré aquí en el teléfono.

Mason sostuvo el teléfono, mientras los dedos de su otra mano tamborileaban sobre el escritorio. Después de unos momentos dijo:

—Hola. Habla Perry Mason. Ese reloj despertador que fue presentado como prueba... ¿Está marchando todavía...? Lo está. ¿Cuánto está adelantado...? Confronte eso con exactitud, ¿quiere? Y hágame saber la hora exacta que marca en un momento preciso.

Mason sacó su reloj de bolsillo, lo puso sobre el escritorio que tenía delante y agregó:

—Muy bien, dígame la hora exacta ahora mismo.

Anotó las cifras en un bloc de papel, las miró con aire pensativo y el ceño fruncido y dijo después de un momento:

—Sí, eso es todo. Gracias.

Volvió el receptor a su lugar y anunció:

—¡Qué extraño!

—¿Qué? —preguntó Della Street.

—En primer lugar —contestó Mason—, ése es un reloj de veinticuatro horas de cuerda. Podemos contar con que marchará, más o menos, durante treinta y seis horas. Variará un poco..., eso depende del estado de la cuerda y de la fabricación del reloj. De cualquier modo, está marchando bien todavía. Eso indica que se le dio cuerda poco antes de ser encontrado. Pero lo interesante es que el reloj no ha adelantado un minuto desde ayer.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Della Street.

—La hora sidereal —contestó Mason— adelanta casi exactamente cuatro minutos al día. Le faltan solamente dos o tres segundos para eso. Le... —bruscamente Mason echó hacia atrás su cabeza y comenzó a reír.

—¿Qué pasa? —preguntó Della Street.

La risa de Mason se convirtió en una fuerte carcajada.

—La broma es para mí —dijo—. Estoy riéndome de mí mismo. Armamos una trampa y nos metimos en ella nosotros mismos.

—No le entiendo —manifestó Drake.

Mason declaró:

—Esto se parece al cuento del ingeniero a quien hizo volar por los aires su propio petardo... Della, dígale a Jackson que suspenda sus investigaciones. No necesitamos esa jurisprudencia... ¡Ahora, concédanme ustedes media hora para poner en orden mis ideas e iremos al tribunal para dar a mister Hamilton Burger y a su fresco ayudante, mister Thomas L. McNair, un traqueteo que recordarán durante toda su vida! ¡Tenía la solución de todo el misterio delante de mis ojos y estaba tan ciego que no la veía!

Capítulo 28

Eran las dos y cinco de la tarde cuando el juez Canfield dirigió su mirada hacia Mason.

—¿Está usted preparado para aportar jurisprudencia en apoyo de su posición, abogado? —preguntó el juez.

—No, señoría. He decidido abandonar mi posición. Retiro mi repregunta.

Hamilton Burger demostró claramente su sorpresa. Thomas L. McNair esbozó abiertamente una sonrisa irónica.

—Muy bien —manifestó el juez Canfield, sin demostrar sus sentimientos—. Continúe usted.

—Solamente voy a formular al testigo unas cuantas repreguntas más —anunció Mason—. Mister Beaton, usted ha declarado que es un rastreador experto.

—Bien, aunque no precisamente eso, pero he dedicado considerable atención al estudio de las huellas.

—Sí. ¿Y usted ha colocado varias cámaras fotográficas en diversos puntos convenientes en los alrededores de su cabaña, así como en las cercanías de la cabaña de Blane, donde este crimen fue cometido?

—Sí, señor.

—Vamos a referirnos, mister Beaton, al momento en que el testigo, mister Jameson, descubrió al doctor Macon en la cabaña de Blane. ¿Estaba usted allí en aquel momento?

—Sí, señor.

—Antes de aquel momento, ¿dónde estuvo usted?

—Estuve observando mis cámaras, haciendo el recorrido, como yo le llamo.

—¿Solo?

—No. Me acompañaba miss Strague.

—¿Se reunió después con ustedes, en la cabaña, Burton Strague, el hermano de miss Strague?

—Así fue.

—¿Y dijo que había estado buscándoles a ustedes por toda la montaña y que su búsqueda resultó inútil?

—Sí.

—¿Y dijo después que mientras realizaba esa búsqueda tropezó con una trampa de una de las cámaras que usted había colocado?

—Sí.

—¿Y le dijo a usted de qué cámara se trataba?

—Sí, señor.

—¿Y a qué hora tropezó con la cámara, según él?

—No sé si lo dijo. Pero yo sé qué hora era, sin embargo, porque tomé nota de ella cuando explotó el encendedor.

—¿Estaba usted en un sitio desde el cual podía verlo explotar?

—Sí, señor. Vi el destello de la luz.

—¿Y acostumbra usted tomar nota de esos momentos?

—¿Quiere usted decir que sí anoto la hora en que se producen los destellos de luz?

—Sí.

—Sí, señor, lo hago.

—Y, sin embargo, cuando usted tuvo que fijar la hora en que vio tirar un revólver a la acusada Milicent Hardisty, no pudo determinarla con mucha exactitud, ¿no?

El testigo sonrió.

—Algunas veces, mister Mason, pongo mis relojes en hora por simple proceso de adivinación. Cuando anoto la hora en que es tomada una fotografía lo hago por mi propia conveniencia, no porque la hora oficial tenga alguna diferencia. Es solamente la hora relativa. En otras palabras: quiero el dato para mis archivos propios. Quiero saber el tiempo relativo. Es decir, cuánto tiempo después que la cámara fue colocada, cuánto tiempo antes de ser expuesta y datos por el estilo.

—Sí —manifestó Mason—. ¿Así que su reloj puede variar, a veces, de la hora oficial tanto como media hora?

—Así podría ser, señor.

Mason dijo:

—¿Reveló usted la fotografía que fue tomada cuando Burton Strague tropezó con la trampa de la cámara?

Beaton sonrió otra vez.

—Lo hice, sí, señor.

—Usted no tiene consigo ahora una copia de esa fotografía, ¿verdad?

—No, señor, no la tengo.

—¿Pero hizo una copia de ella?

—Sí, señor. La hice.

—¿Y qué mostraba esa copia?

—A Burton Strague caminando a lo largo del sendero.

—¿Muestra claramente su cara?

—Sí, señor.

—¿Tenía Strague la cara vuelta hacia la cámara o vuelta hacia otro lado?

—Vuelta hacia la cámara.

—¿Caminaba Strague rápidamente?

—Así lo creo, señor.

—¿Se veía claramente el fondo de la fotografía?

—No, señor. Hay poco o nada de fondo en mis instantáneas. Acostumbro colocar a propósito mis cámaras en lugares donde un fogonazo de poca potencia y una lente enteramente abierta me proporcionen la fotografía de un animal contra un fondo negro.

—¿Qué lente tiene la cámara con la cual fue tomada esa fotografía, mister Beaton?

—¿Usted desea una descripción técnica?

—Sí.

—La lente de esa cámara especial es una «Taylor-Hobson-Cooke», anastigmática, de una extensión focal de seis pulgadas y cuarto, con una velocidad de F. tres, cinco.

Mason extrajo de su cartera el disco de papel carbón que Drake había descubierto.

—¿Diría usted que la lente es, poco más o menos, del mismo diámetro que este círculo de papel carbón?

Beaton se tornó muy excitado.

—¿Puedo preguntarle dónde encontró usted eso?

Mason sonrió.

—Primero conteste usted a mi pregunta.

—Sí. Yo diría que es poco más o menos de ese diámetro.

Hamilton Burger se puso en pie con ponderable dignidad y manifestó:

—Señoría, he vacilado en protestar porque consideraba que los acusados debían disponer de la más entera libertad para su defensa. Advierto que argumentar sobre una protesta lleva más tiempo que permitir que se formule y contesten preguntas que están fuera de la cuestión. No obstante, si esta clase de interrogatorio va a continuar, seguramente tendré que presentar una protesta.

—Unas pocas repreguntas más y terminaré —anunció Mason.

El juez Canfield se dispuso a decir algo, pero se contuvo y musitó cortésmente:

—Muy bien, mister Mason. Continúe.

—Ahora bien, como rastreador experto —manifestó Mason—, ¿tuvo usted ocasión de examinar las pisadas de Burton Strague sobre el sendero, mister Beaton?

—Sí, reparé en ellas.

—¿Le indicaban las pisadas algo que se relacionara con la rapidez con que caminaba Burton Strague?

—Realmente, señoría, debo objetar algo a esto —declaró Hamilton Burger—. La pregunta está sencillamente fuera de la cuestión. No es una pregunta legal.

—Puedo asegurar a la sala que es muy pertinente —manifestó Mason—. Examino la memoria del testigo y es una repregunta legal porque se refiere a sus conocimientos. La sala recordará que la parte acusadora interrogó a este testigo basado en que era un experto en revólveres y huellas.

—Creo que esto se lleva demasiado lejos —intervino McNair.

El juez Canfield dijo:

—Se rechaza la protesta. Es una repregunta legal porque se basa en los conocimientos que tiene el testigo como rastreador experto. El testigo contestará la pregunta.

—Las pisadas estaban bastante espaciadas unas de otras y demostraban que Burton Strague caminaba rápidamente —declaró Beaton.

—¿Y estaban las pisadas impresas a intervalos regulares?

—Sí.

Mason sonrió al testigo.

—¿Y notó usted algo desusado en eso, mister Beaton?

—¿Qué quiere usted decir?

—Acerca del hecho de que las pisadas estaban impresas a intervalos regulares.

—¡Pues, no!

—En otras palabras: Mister Beaton, como rastreador experto, cuando usted ve las pisadas de un ser humano que ha caminado a lo largo de un sendero, que ha tropezado con una trampa que hace funcionar el disparador de una cámara fotográfica y, al mismo tiempo, se enciende súbitamente una lámpara brillante, usted esperaría, como es natural, que esas pisadas demostrasen que ese hombre ha dado un salto hacia atrás o hacia un lado, ¿no? Difícilmente podría esperar usted que las pisadas de ese hombre demostrasen que se movía regularmente por el sendero, con pasos de intervalos uniformes, ¿verdad?

Una expresión de sorpresa incrédula contrajo los músculos de la cara de Rodney Beaton.

—¿No puede usted contestar a eso? —preguntó Mason.

—¡Santo Cielo! —exclamó Beaton—. ¡Nunca pensé en ello!

—Como rastreador experto, usted ha advertido lo que sucede con los animales salvajes cuando hacen funcionar una lámpara, ¿no es así?

—Sí, por supuesto. Es decir, yo no puedo entenderlo, mister Mason.

—¿Pero está usted seguro de lo que dijo acerca de las pisadas?

—Sí, señor. Estoy seguro. Reparé muy bien en ellas, aunque el significado de lo que noté no se me ocurrió hasta este preciso momento.

—Exactamente —manifestó Mason—. La naturaleza de esas trampas fotográficas que usted arma es tal que cuando se hace cualquier presión sobre un hilo de seda negro atravesado sobre el sendero la fotografía es tomada, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y una pregunta final —anunció Mason—. ¿Sería posible que

un hombre dispusiera un reloj despertador y que conectando por medio de un hilo ese reloj despertador con el mecanismo que hace funcionar el disparador de su cámara tomase una fotografía a cualquier hora determinada? En otras palabras: ¿a cualquier hora en que funcionase el timbre de alarma del despertador?

Hamilton Burger y McNair se pusieron en pie, protestando ambos al mismo tiempo.

El juez Canfield oyó sus protestas con una sonrisa helada, y anunció con mucha calma:

—Se rechaza la protesta. El testigo contestará la pregunta.

Beaton, algo desconcertado, contestó:

—Sí, señor. Podría hacerse eso. Mason manifestó:

—Creo que eso es todo, mister Beaton. ¡Oh, a propósito, mister Beaton! Yo creo que la hora que usted anotó para la toma de la fotografía de Burton Strague fue aproximadamente la misma en que la casa de Hardisty en Roxbury fue asaltada y el sereno nocturno, George Crane, fue golpeado, ¿no es así?

—Yo, yo creo que lo era. Yo, por supuesto, no había pensado antes en esa contingencia.

Mason saludó con cortesía exagerada a los dos fiscales acusadores, quienes contemplaban, con la boca abierta, al testigo.

—¿Tienen ustedes que hacer al testigo un segundo interrogatorio, caballeros?

Burger parecía estupefacto. Volvió sus ojos del testigo a Mason y luego se inclinó hacia McNair para celebrar con él una conferencia susurrante.

—Señoría —manifestó Hamilton Burger, después de unos momentos—, ésta es una revelación sumamente interesante. No solamente da una interpretación completamente nueva a gran parte de la prueba en este caso, sino que abre la posibilidad de... Si al tribunal le parece bien, nos agradecería tener un plazo hasta mañana por la mañana.

—No tengo nada que objetar a eso —declaró Mason.

—Concedido —anunció rápidamente el juez Canfield.

Capítulo 29

De regreso en su oficina. Mason abrió un cajón de su escritorio, sacó una botella de coñac añejo y tres vasos grandes, y dijo a Paul Drake y a Della Street:

—Bueno, ahora podremos descansar. Por fin he conseguido sacarme de la mente ese maldito reloj.

—No lo entiendo —manifestó Drake.

Mason rió.

—Supongamos, Paul, que hemos encontrado un reloj despertador enterrado en el suelo cerca de un punto donde un hombre tenía la intención de colocar una cámara con el fin de obtener fotografías nocturnas. Supongamos que nos encontramos después con que una de las personas que figuran en el caso confiaba en una fotografía tomada de noche, para establecer una coartada. ¿Qué habríamos pensado?

—Bueno, por supuesto, si usted lo explica de esa forma... —dijo Drake.

—Ésa es la única forma de explicarlo —continuó diciendo Mason—. Ésos, son los hechos simples. Demasiadas veces pasamos por alto los hechos simples y entramos a considerar muchas complicaciones extrañas que sólo sirven para hacer que las conclusiones sean muy confusas. Yo fui el responsable de eso, Paul. Y debería servirme de lección. Traté de introducir muchas cosas relacionadas con la hora sideral a fin de conseguir que se interesara en el caso el fiscal de distrito de Kern. Como es natural, esas cosas aparecieron en los diarios y el asesino leyó todo lo que se dijo acerca de ello. Por tanto, cuando el asesino se dispuso a permitirme que yo descubriese el reloj, era simplemente lógico que lo pusiese de acuerdo con la hora sideral.

—Pero, ¿para qué quería él que usted lo descubriese?

—Porque yo había comenzado a confundir las conclusiones y él pensó que sería una buena cosa confundirlas aún más.

—¿Qué cree usted que sucedió? —preguntó Della Street.

—No puedo darles a ustedes todos los detalles —manifestó Mason—, pero podría hacer una conjetura bastante aproximada a la verdad. En casa de Vincent Blane había una revista, en uno de cuyos artículos decía que la escopolamina podía hacer hablar a los testigos, obligándoles a confesar crímenes que estaban tratando de ocultar. Naturalmente, Vincent Blane leyó ese artículo; Martha Stevens, su ama de llaves, lo leyó; Adele Blane y Milicent Hardisty también lo leyeron. Probablemente todos ellos pensaron en ese artículo cuando se supo que Jack Hardisty había hurtado otros noventa mil dólares y que los había escondido Martha Stevens buscó a su amante y llegó hasta el punto de hacer una prueba práctica. Martha consiguió que Milicent Hardisty le procurase la droga, y luego se apoderó subrepticamente del revólver de Milicent. Recuerden ustedes que Martha se enteró del segundo desfalco de Hardisty al escuchar la conversación telefónica. Milicent no se enteró del asunto de los noventa mil dólares hasta el día del crimen. Cuando lo descubrió se puso furiosa. Sabía evidentemente que su esposo iría a la cabaña, y decidió tener una entrevista con él. No pudo encontrar su revólver, pero sabía que su padre guardaba un arma en la casa. Se apoderó de ella y partió para la cabaña. Eso, empero, fue después que Martha y Smiley habían ido a la cabaña. Milicent estacionó su coche cerca del camino que se desvía hacia la cabaña y luego tuvo un acceso de histerismo. La misma fuerza del ataque de nervios sirvió para calmarla, dándole una clara perspectiva de lo que estaba por hacer. Se volvió, tiró el revólver, y al encontrarse con Adele, emprendió el camino de retorno a su casa. El doctor Macon la encontró en Kenvale. Ella le contó lo que había sucedido. Macon quería que ella regresara a la cabaña, bien para borrar alguna prueba que pudiese indicar que Milicent había estado allí, para encontrar el revólver que había tirado o porque no creía enteramente la historia que ella le contó y quería enterarse por sí mismo de lo que había sucedido. Llegaron a la cabaña un buen rato después de oscurecer, luego de haber pasado, sin verlos en la

oscuridad del camino, a Martha y Smiley, encontrándose con que Jack Hardisty se estaba muriendo. Milicent dijo que no sabía nada de eso. Apenas se puede culpar al doctor Macon por no haber creído lo que le decía Milicent.

—Pero, ¿quién le mató? —preguntó Della Street.

—Martha Stevens le administró una inyección de escopolamina —contestó Mason—. Cuando Jack dijo a Martha y a Smiley que había escondido el dinero en el túnel, no estaba mintiendo. Estaba diciendo la pura verdad. Ellos subieron al túnel y el dinero no estaba allí. Eso significaba que alguien les había ganado por la mano. Esa persona retiraría el dinero de allí tan pronto como Hardisty lo hubo enterrado, y después debió de seguir su camino hasta la cabaña. Podemos reconstruir lo que sucedió luego. Se encontró con Jack Hardisty, que estaba narcotizado y locuaz y que decía la verdad absoluta bajo la influencia de la droga. Encontró el automóvil en el cual habían venido Martha y Smiley; por supuesto, el coche de Hardisty también estaba allí. Las gafas de Hardisty estaban rotas. Probablemente estaba sentado sobre el crestón de esa gran roca y el revólver que Martha había sustraído a Milicent Hardisty estaba tirado entre las hojas de pino, en el lugar donde Smiley lo había arrojado cuando golpeó a Hardisty. Ahora bien: este recién llegado debía de ser amigo de Hardisty; más que un amigo, un socio, un cómplice. Y debió de haber estado planeando matar a Hardisty, desde algún tiempo antes.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Della.

—Las pruebas lo demuestran. Cuando él colocó por primera vez ese reloj despertador, lo hizo para prepararse una coartada. Pero no lo usó porque ese día Beaton no colocó su cámara en aquel lugar, y en vez de quedarse para observar sus cámaras esa noche, Beaton llevó a Myrna Payson a un cine.

—Pero, ¿por qué querría matar a Hardisty ese socio?

—Póngase usted en su lugar —contestó Mason sonriendo—. Hardisty había sido descubierto e iba a ir a la cárcel. Él era cómplice de Hardisty, y si se deshacía de Hardisty no sólo cerraría sus labios para siempre, sino que podría disfrutar de los noventa mil dólares sin que nadie sospechase nada. El primer desfalco había sido de unos diez mil dólares escasos. Eso representaba un dinero

que ellos habían «tomado a préstamo» probablemente para emplearlo en la explotación de una mina, en carreras de caballos o en jugadas de bolsa. El desfalco de los noventa mil dólares era una tentativa de estafa y no podía dar buen resultado. Póngase usted en la posición de Burton Strague. Jack Hardisty iba a ir a la penitenciaría. Si Jack hablaba también iría allí como cómplice. Strague tenía la intención de matar a Hardisty, si podía hacerlo sin despertar sospechas. Por eso fue por lo que primeramente puso el reloj despertador donde esperaba que Rodney Beaton colocaría una de sus cámaras fotográficas. Estaba preparando por adelantado una coartada. Se encontró con Jack Hardisty, que estaba narcotizado. Probablemente Hardisty dijo a Burt Strague que había dejado alguna prueba acusadora en el escritorio, prueba que demostraba que el primer desfalco había sido hecho en complicidad con Strague. Y también diría a Strague quién le había narcotizado y que les había dicho dónde dejó el dinero, que estaba ya cansado de todo el asunto y que no tenía la audacia suficiente para llevarlo a cabo. Cuando Martha y su amante volviesen del túnel, Hardisty iba a contarles todo.

—¿Dónde se encontraba Milicent durante todo ese tiempo? —inquirió Drake.

—En ese momento especial, probablemente Milicent estaba estacionando su coche en el lugar donde se desvía el camino y empezaba a caminar hacia la cabaña. De cualquier modo, ella no llegó allí. Tuvo un ataque de histerismo, volvió a la carretera y tiró el revólver que llevaba consigo, el revólver de su padre. Luego encontró a Adele, volvió hasta Kenvale, se encontró con el doctor Macon, habló con él y regresó por consejo del mismo doctor. Probablemente, Macon quería encontrar ese revólver, y quizás haya dudado de que Milicent pudiese recordar con exactitud lo que había sucedido mientras ella sufría el ataque de nervios. Cuando el doctor Macon llegó allí, encontró a Hardisty en la cama, muriéndose a consecuencia de una herida de bala. Naturalmente, pensó que Milicent, bajo la influencia de su histerismo, había llegado mucho más lejos de lo que recordaba, y que una amnesia piadosa había borrado de su mente la peor parte de lo que había sucedido. Eso ocurre frecuentemente en los ataques de histerismo. En efecto,

Medicina legal y Toxicología, de esas tres eminentes autoridades en la materia, González, Vanee y Helpert, menciona el histerismo como causa auténtica de la amnesia. Así que ustedes pueden comenzar a ver la posición del doctor Macon. Sintióse seguro de que la mujer que amaba había matado a su esposo, probablemente en defensa propia, y que luego tuvo un acceso de histerismo que había causado un vacío en su memoria. Pero volvamos a Burt Strague y a Hardisty. No hubo discusión alguna entre ellos. Hardisty dijo algunas cosas que no debió decir. Burt Strague le hirió de un tiro, probablemente en el transcurso de una lucha. Luego, alarmado, llevó al herido a la cabaña y le metió en la cama. Advirtió que Hardisty se moría. Sabía que el barro que tenían los zapatos de Hardisty demostraría que había estado en el túnel. Naturalmente, limpió los zapatos, porque Burt Strague había retirado el dinero enterrado en el túnel tan pronto como Hardisty se hubo alejado con su coche, y Strague quería que Martha y Smiley pensaran que Hardisty les había mentado acerca del túnel. Burt Strague sabía que Martha Stevens y su amante volverían pronto de su búsqueda inútil en el túnel. Saltó al automóvil de Hardisty, bajó con él por la cuesta y lo despeñó por encima del terraplén. Eso le desembarazaba del automóvil. No tuvo la oportunidad de hacer desaparecer las otras pruebas como habría querido. Hasta la mañana siguiente no tuvo oportunidad de desenterrar su reloj, y tuvo que violar el escritorio de la residencia de Hardisty. Ése era un trabajo delicado. Y cuando llegó el momento de hacerlo, Strague confió en la coartada que ya había preparado.

—Pero, ¿cómo pudo dejar su fotografía en la cámara —preguntó Della Street— si él no estaba allí en aquel momento preciso?

—Muy fácilmente —contestó Mason—. Con su propia cámara, se sacó una instantánea de él mismo mientras caminaba por el sendero. Guardó el negativo, sin revelarlo. Cuando Rodney Beaton hubo colocado su cámara, lo que probablemente fue el poco tiempo de oscurecer, Burt Strague, evitando cuidadosamente tropezar con el hilo que habría hecho funcionar el disparador, fue al sendero y dejó sus pisadas allí. Luego destornilló el primer elemento de la lente, insertó el disco de papel carbón, repuso la lente y sustituyó su película expuesta por la que estaba en la cámara. Recuerden ustedes

que ya estaba oscuro en ese momento y que podía trabajar usando el tacto y sin temor de velar la película. Enterró su reloj despertador, ajustó el mecanismo en forma tal que tirara del hilo e hiciera funcionar el encendedor en el momento preciso, y luego corrió hacia Roxbury. Recuerden ustedes que Burt Strague es delgado. Se vistió con las ropas de su hermana, golpeó al sereno, violó el escritorio, consiguió lo que buscaba, volvió a las montañas, retiró el disco de papel carbón de la lente y luego fue a la cabaña de Blane, donde contó la historia de haber buscado por todas partes a Rodney Beaton y a su hermana, Lola Strague. Ésos son los puntos más importantes. Ustedes pueden completar los detalles.

—Pero, ¿por qué estaba el reloj veinticinco minutos atrasado cuando fue encontrado por primera vez? —preguntó Drake.

Mason sonrió irónicamente.

—Porque, a los fines de que no fallase su plan, Burt Strague quería tener sincronizado su reloj despertador con el reloj de bolsillo de Rodney Beaton. Y como era notorio que el reloj de Rodney Beaton nunca marcaba la hora exacta, Burt inventó una excusa cualquiera para pedir la hora a Beaton y puso su propio reloj de acuerdo a esa hora y luego dispuso la campanilla de su reloj despertador también de acuerdo con esa hora. Una vez descubierto el reloj, quizá nosotros habríamos encontrado todo el hilo del asunto si no hubiese sido por el hecho de que yo, yo mismo, confundí el caso al inyectarle esa cuestión de la hora sideral. Habiendo hecho esto para burlar a la policía y a los fiscales del distrito de Kern y de Los Ángeles, me encontré luego con que me había burlado a mí mismo, porque el asesino recogió mi idea y la adoptó como suya propia. Y ahora, vamos a dejar de hablar del caso y beberemos un trago de buen coñac añejo.

—¿Qué hará la policía? —preguntó Della.

—Averiguarán todo, le aplicarán a Burt Strague el «tercer grado» y probablemente obtendrán de él una confesión —contestó Mason—. Strague tiene algo de alfeñique, es un introvertido, del tipo emocional. No les dará mucho trabajo. Lo siento por su hermana, sin embargo. Ella no puede haber tenido nada que ver con eso y es una chica simpática. Bueno, brindo por el crimen.

Se abrió la puerta que daba a la oficina exterior.

Gertie anunció:

—Mister Vincent Blane está aquí. Dice que desea verle a usted en seguida.

—Hágale pasar —contestó Mason.

Mientras Vincent Blane entraba en la oficina, Mason sacó otro vaso del cajón de su escritorio.

—Ha llegado usted a tiempo —dijo.

Blane estaba tan excitado que apenas podía hablar.

—Strague confesó —dijo—. Le detuvieron. Les contó todo lo que había sucedido y dónde había escondido los noventa mil dólares que desenterró de la mina, y cómo había colocado ese retrato suyo en la cámara de Beaton. Era una coartada para poder introducirse en la casa de Jack y...

Mason le interrumpió:

—Lo siento, mister Blane, pero en este momento acabamos de hacer una autopsia del caso y hemos decidido que no vamos a hablar de él hasta que hayamos bebido un buen trago.

Por un momento, Vincent Blane pareció estar un poco fastidiado. Luego, hizo una mueca y se dejó caer con explosión de cansancio en el gran sillón de cuero acolchado.

—A veces, mister Mason —manifestó—, a usted se le ocurren ideas excelentes. Si hay suficiente bebida en la botella, vamos a hacer que sean dos buenos tragos.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970). Fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.